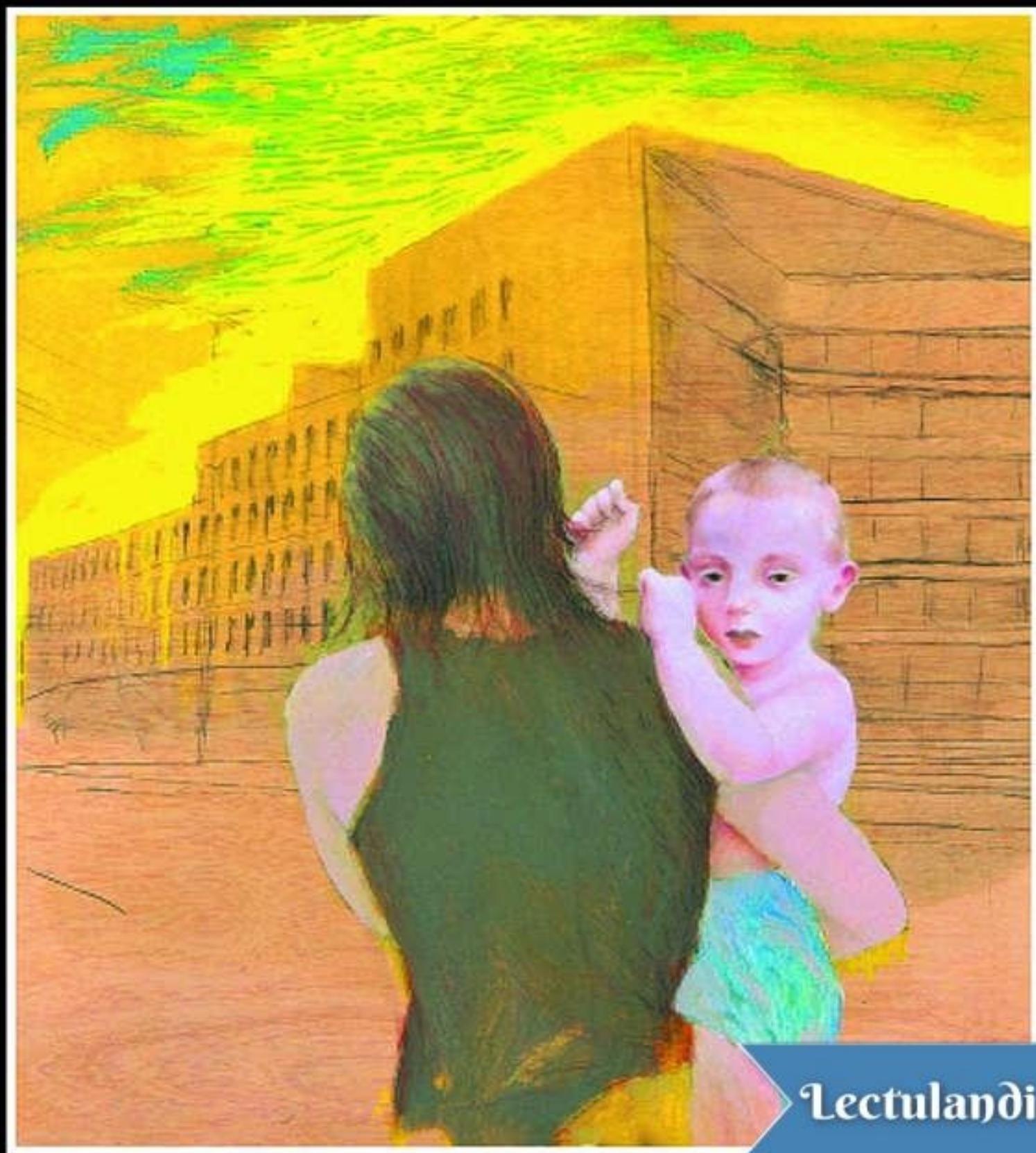


Eugenio Fuentes

VENAS DE NIEVE



Lectulandia

En la comisaría madrileña donde trabaja, Andrea está asignada a la unidad de violencia doméstica, donde se ha especializado en un cometido particular: representar el papel de víctima en las reconstrucciones de asesinatos ante jueces y acusados. Su fortaleza emocional se pone a prueba, sin embargo, ante un suceso íntimo que trastoca la frágil serenidad de su vida privada. A su hijo Lucas le diagnostican leucemia, y los análisis médicos revelan, además, que el padre biológico no es su marido, sino un antiguo amante del que ella ha perdido todo rastro. Andrea centra todos sus esfuerzos en la búsqueda de ese hombre del pasado, por lo que se lanza a la carretera confiada en que sea el donante compatible que su hijo necesita.

En la enunciación contenida, casi impasible, de los acontecimientos más alarmantes, y en el desesperado recorrido tras la huella de un hombre huidizo, Venas de nieve consigue envolvernos gradualmente en una desasosegante y conmovedora historia de lucha contra la fatalidad, narrada con mano maestra.

Después de Las manos del pianista, Eugenio Fuentes deja momentáneamente a su detective Ricardo Cupido y nos entrega una novela de alto voltaje sentimental, una historia de búsquedas y desplazamientos, cuyos avatares reflejan conflictos tan actuales como la violencia de género o la inmigración.

Lectulandia

Eugenio Fuentes

Venas de nieve

ePub r1.0

turolero 10.09.15

Título original: *Venas de nieve*
Eugenio Fuentes, 2005

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres

Primera parte

Sangre roja, sangre blanca

He muerto de mil formas diferentes, de mil maneras distintas me han matado. He sido violada, estrangulada, acuchillada, abrasada con fuego y gasolina. Han rociado con ácidos mi rostro. Me han destrozado muchas veces la cabeza, con un martillo, con una bala o con un bate de béisbol. Me han ahogado en el mar o en un río y me han arrojado de coches en marcha, mi cuerpo abandonado en la cuneta mientras mi sangre se coagulaba bajo el sol. Mis muñecas conocen bien la dureza del hierro y la aspereza del esparto, mis uñas se han roto arañando las puertas de las celdas donde estaba encerrada. Mis ojos recuerdan muchos rostros que yo no quiero recordar.

Esta mañana he sido arrojada al vacío desde un décimo piso. Mientras el hombre me empujaba hacia la ventana he visto muy de cerca sus ojos. El odio le agrandaba las pupilas a pesar del exceso de luz allí arriba, en lo alto. Sus mandíbulas estaban tan apretadas que los tendones casi estallaban bajo la piel de las mejillas. Ocurre a menudo, como si olvidaran que están haciendo una reconstrucción y vieran en mí de nuevo a su mujer. En esos momentos soy Hamlet obligando a toda la corte a asistir a la representación del asesinato de su padre en el jardín del palacio mientras el rey de Dinamarca se estremece de furor y de miedo. Miro sus rostros y creo adivinar quién es culpable. Muy pocas veces me equivoco.

En el caso de esta mañana no he tenido dudas. El acusado afirma que ella se cayó. Pero no he sabido nunca de una mujer que caiga al vacío desde una ventana cuando está tendiendo la ropa o regando las macetas. Menos aún si en las tristes ventanas no hay ropa ni macetas. Mucho menos aún si aparece con una pinza atravesada en la garganta.

¡He muerto tantas veces en esos simulacros!

Pero hoy he comenzado a morir de verdad en la limpia consulta de un médico del hospital Gregorio Marañón, cuando nos ha dicho que mi hijo Lucas está enfermo de leucemia.

—¿Crees que también debo ir yo?

—¡Claro que lo creo! También es tu hijo, ¿no?

—Pero otras veces Luqui ha estado enfermo y no...

—¡No lo llares Luqui! —lo interrumpí—. Parece el nombre de un perro.

—Vale, otras veces Lucas ha estado enfermo y no hemos tenido que ir los dos.

—Esta vez es diferente. Nunca había adelgazado cinco kilos.

—Creo que estás exagerando. Los niños enferman y se curan con la misma rapidez.

—¡Cinco kilos en un cuerpecito de veinte! —insistí, decidida a no hacer más concesiones con Nico, ya hice demasiadas mientras estuvimos casados. A veces pienso, y lo he comprobado en mi trabajo, que es un error ser en exceso generoso con quien vive con uno, y no tanto porque nadie devuelve ni siquiera una parte de todo lo que uno da, como porque nadie perdona que un día no se le siga dando. La

generosidad a menudo termina creando una especie de privilegio en quien la recibe, de modo que se presenta como víctima el desposeído de pronto de un derecho que nunca debió recibir.

—¿Tomó lo que le recetaron?

—Los dos botes enteros. Y no ha mejorado —suspiré—. Hay algo raro en todo esto, Nico, y ojalá no sea grave. El médico nos dirá los resultados de los análisis.

Lo oí respirar al otro lado de la línea, lo imaginé con la cabeza agachada sobre las facturas, los pedidos, los catálogos con la última tecnología para piscinas, acariciándose la frente, desconcertado, preguntándose por qué si él y yo somos fuertes nuestro hijo es tan débil y no crece lo necesario, no cambia los dientes y su rostro es sólo ojos y pestañas. Sus piernas son muy delgadas y tropieza a menudo cuando corre, sus brazos no soportan mucho peso y, cuando va al colegio, parece que va a caer aplastado por el peso de su mochila.

—¿A qué hora?

—A las cinco y cuarto.

—De acuerdo. A las cinco y cuarto. Dime las señas.

Así había comenzado el día, con una preocupación que, aunque insidiosa, no dejaba adivinar la verdadera dimensión de la amenaza. Por la tarde he ido a recoger a Lucas a la salida del colegio. Hemos montado en el coche para ir directamente al hospital.

—¿Van a pincharme otra vez? —me pregunta asustado.

—No, ya no. Eso ya pasó.

Somos los segundos en la lista y, como aún no se han acumulado esos retrasos con los que tantos médicos agotan tu tiempo y tu paciencia, apenas tenemos que esperar. De modo que Nico, al llegar tarde, fiel a su costumbre, entra directamente en la consulta, levantando una pequeña corriente de aire. Siempre ha sido muy fuerte, hace recordar a los caballos. Su rostro tiene cierto parecido con esas viejas estatuas de los incas esculpidas en láminas, trazadas en líneas rectas, como si desconocieran la curva, que con tanta eficacia expresan dureza de gestos, pero también honradez y esfuerzos dignamente soportados. Da la sensación de que sus huesos han sido soldados con un adhesivo más fuerte que el habitual. Me saluda, besa a Lucas y yo lo presento como el padre de mi hijo. El doctor Calderón está repasando los datos de los análisis que días antes nos ordenó repetir. Es evidente que algo va mal cuando contrae su frente y, con un gesto grave, aleja la cabeza de los papeles, como si desprendieran fuego. Aprieta un botón del teléfono y entra una ayudante con un suave taconeo de sus limpios zuecos de suela de madera.

—¿Quieres ir a jugar un momento ahí fuera?

Lucas lo mira extrañado, pero enseguida acepta la mano de la enfermera, con esa docilidad que tanto me maravilla, tan distinto de lo que yo era a su edad, una niña arisca que no besaba a nadie extraño y que por nadie se dejaba besar.

—Nosotros salimos enseguida —le digo.

—Siento tener que comunicarles esto. —El doctor se quita las gafas, como si antes de hablar quisiera eliminar cualquier barrera entre él y nosotros. Nico y yo nos miramos entonces a los ojos por primera vez—. Su hijo tiene leucemia.

Escucho el diagnóstico mientras siento lo que deben de sentir quienes reciben el impacto de un rayo y no mueren: una noticia que viene de otro mundo a buscar precisamente tu cabeza y fundir todas las piezas de oro que lleves dentro y fuera de tu cuerpo. No conozco muchos detalles, pero sé que es una enfermedad amiga de la muerte. Cáncer de la sangre. Anemia. Palidez. Médula. Huesos huecos. El recuerdo infantil de una niña en un ataúd blanco.

—¿Leucemia? Es grave —casi pregunta Nico.

Bestia, bestia, nunca has querido enterarte de nada, pienso, súbitamente irritada contra él, derivando el dolor y la furia contra su ignorancia, contra su arraigada indiferencia por cualquier asunto que no afectara a sus proyectos de empresa.

—Es muy grave —contesta el médico—. Hasta hace muy pocos años era una enfermedad mortal. Por fortuna, hoy tenemos medios para curarla en un porcentaje muy esperanzador.

Nico me mira desconcertado, esperando que yo diga algo que lo ayude a comprender o a asumirlo. Pero sigo en silencio. No quiero contarle que una niña, compañera del colegio, murió así. Primero se puso blanca, como si también de la piel hubieran desaparecido los glóbulos rojos, y después fue adelgazando hasta mostrar los finos huesos, que, casi sin carne, tenían una fragilidad insospechada. Al caminar, daba la impresión de que iba a quebrarse en cualquier momento, de que iba a caer rodando por el suelo.

El doctor nos va hablando de sangre blanca y sangre roja, de plazos y posibilidades, del daño que vendrá y la entereza necesaria para soportarlo. De vez en cuando pronuncia términos inextricables y obscenos —hemoglobina, marcadores sanguíneos, cromosoma Philadelphia, aplasia—, pero nos lo explica todo muy despacio, redondea las palabras para que sean menos lacerantes, para que duelan menos. Nos habla con una bondadosa gravedad que no excluye la esperanza, no olvida apoyarse en ella cada vez que cita el daño o el peligro.

—Aún no lo sabemos todo sobre ella, hace falta seguir investigando. Aunque quizá estemos cerca de poder curar la en todos los enfermos.

—¿Cerca? ¿Tanto como para que Lucas...? —insiste Nico.

—No, la solución no es tan inminente. Se necesita tiempo y recursos... ¡Si quienes pueden proporcionarlos no dedicaran más fondos a investigar nuevas armas de causar dolor que a nuevos medios para paliarlo...!

Son muchas las preguntas que se me agolpan, porque la leucemia parece una enfermedad clandestina que se oculta y agazapa para morder, no salta a la piel, no altera el pulso ni hace que los bronquios escupan sangre, no provoca fiebre ni dolor, opera en la sombra.

—Como dos ejércitos en una guerra en la que uno de ellos tiene una superioridad

aplastante sobre el otro. Debemos corregir ese desequilibrio, y que convivan en paz. Pero en ese proceso siempre hay un gran sufrimiento en el campo donde se desarrolla la batalla. Una parte será tierra quemada.

—¿Qué quiere decir?

—Quimioterapia. Comenzaremos con un tratamiento de quimioterapia. Pero no será suficiente. En este tipo de leucemias agudas en las que hay una alteración cromosómica la única solución final es el trasplante de médula.

—¿Un trasplante? ¿De quién? —le pregunto.

—De alguien cuyos marcadores sanguíneos sean compatibles con los del enfermo. Existe un banco mundial de donantes, pero no quiero engañarles, la coincidencia es muy difícil. Por eso, antes, o al mismo tiempo, hay que buscar entre la familia. En primer lugar, entre hermanos nacidos de los mismos padres. Luego, entre hermanastros. Si no, hay que comprobar la compatibilidad de los padres, aunque las posibilidades se reducen mucho. Por último, de algún pariente cercano.

Nico me mira antes de seguir hablando.

—Lucas no tiene hermanos. Pero nosotros estamos dispuestos a todo. Si hubiera que buscar a otra persona...

—No tendría que preocuparse. Donar un poco de médula no es donar un riñón. La médula se regenera enseguida. Es como donar sangre. El único problema es encontrar a alguien compatible —explica lentamente.

—Confiemos en que no haya que llegar tan lejos —les digo.

—¡Confiemos! Mañana deben volver con Lucas para iniciar el tratamiento. Al mismo tiempo, ustedes dos tendrán que hacerse unos análisis. Luego, si fuera necesario, habría que recurrir a otros familiares.

—¿Cuándo? —pregunta Nico.

—Hoy mismo —respondo, anticipándome al doctor.

Sin embargo, nos citan para el día siguiente. En la calle, nos sentamos en una terraza a tomar algo, a mojar con ansiedad la boca seca mientras miramos a nuestro hijo y observamos con perplejidad este pequeño cuerpo que, de pronto, es a la vez aliado y enemigo de nuestro desconcertado terror. Hablamos en clave delante de él, en voz baja, como si, a pesar del luminoso día de septiembre, estuviéramos en una cueva y el eco amplificara por toda la ciudad las palabras, las frases amargas que nos resistimos a pronunciar, con miedo de que nombrar el peligro pudiera consolidar o anticipar su llegada. Pero no tenemos mucho que decir, el silencio nos crece entre los labios. No es fácil el consuelo cuando dos tienen las mismas heridas.

Nos separamos y, al llegar a casa y bajar del coche, de pronto me sorprende que sean tan chillones los colores de la ciudad, de los automóviles, de los vestidos de la gente. Me detengo en la acera, bajo el sol blanco que inunda la calle, y miro alrededor, extrañada de que todo siga en su sitio y todo funcione: los semáforos, los relojes, las fuentes, la máquina que taladra el suelo. La noticia de la enfermedad de mi hijo es secreta, compruebo casi con incredulidad que no impide que sigan volando

las palomas y que no estallen todos los cristales.

Una enfermera me hace pasar a una habitación con extraños aparatos de acero inoxidable cuya limpieza y brillo incitan a confiar en su eficacia. Pantallas, gráficos, bombonas, medicinas y pequeños utensilios meticulosamente ordenados en las estanterías blancas sugieren que, aunque ocurriera algo grave, allí dentro nadie podría morir. Cualquiera podría ser salvado.

Me siento en la camilla y la enfermera me pide que descubra el brazo mientras prepara la jeringa, el algodón, los tubos de ensayo. Entra un médico joven que me saluda estrechándome la mano. Todas las personas que nos atienden son amables.

La enfermera coloca la goma en mi brazo, hace que abra y cierre el puño varias veces y busca la vena en la sombra del codo. Entonces desinfecta la piel y, con suavidad, introduce la aguja.

—No tardamos nada. No se mueva.

—No se preocupe. Soy donante de sangre —le digo.

Cuando miro, la jeringa está llena del líquido nutricio, denso, rojo oscuro. ¿Cómo será la sangre blanca?, me pregunto. ¿Tendrá un color diferente, menor densidad, será más inquieta? ¿Olerá menos?

Me pone una tirita y salgo de la consulta. Es el turno de Nico, que se levanta en cuanto me ve regresar a la sala de espera.

—¿Duele? —es lo único que me pregunta. Pero no es en mí en quien está pensando. Se le ve pálido, sé cuánto lo aterrorizan las agujas.

—Mucho —le respondo de forma injusta, porque tampoco él es culpable de lo que está ocurriendo. Pero su pregunta sobra, ahora su dolor y el mío son insignificantes. No puedo compartir ese pueril optimismo suyo, irritante cuando se resiste a admitir la gravedad de los hechos.

Le digo que tengo prisa y, sin esperarlo, me voy sola a la calle, llena de preguntas. ¿Por qué a Lucas? ¿Alguna cosa hicimos mal? ¿Cómo combatir contra esa sangre que, vaya donde vaya, acuda a la víscera o al músculo que acuda, siempre arrastra consigo la voracidad de sus células depredadoras, siempre lleva veneno? La sangre es vida ordenada. Si se desordena la sangre, se desordena la vida. Por mis venas ya no corre la misma que hace un mes corría por ellas, es otra, se ha renovado como se renueva el agua del río, porque los manantiales siguen fluyendo. Pero en Lucas no, sus venas son como un pequeño arroyo con las fuentes exhaustas. Si terminan de manar, ya no habrá más, todo habrá terminado. Sólo quedará la posibilidad de un trasplante.

Trasplante, palabra extraña, un trozo de carne o un puñado de células ajenas, de alguien diferente, quizá de otro país, o de otro color, o de otra religión o idea política, dentro de tu cuerpo. Imposible imaginar que el corazón que mueve tu sangre, o el ojo con que miras, o el riñón que te limpia pueda ser el de un muerto. Y sin embargo todo

eso es posible —nos había dicho el doctor Calderón, previniéndonos— desde que la medicina le ha encontrado uso a los cadáveres.

Llego a casa de noche. He pasado toda la tarde en la oficina estudiando el expediente M/683, en cuya reconstrucción debo intervenir dentro de dos días. Como siempre, preparo a fondo mi actuación: ponerme en la piel de una mujer que, tras discutir con su marido, recibió el golpe de un ancla en la cabeza y fue arrojada desde una barca a algún lugar del fondo de un pantano. También tengo que conseguir todos los materiales: la vestimenta adecuada y un ancla idéntica.

Mi hijo y mi padre se han quedado dormidos en la misma cama. El rostro de Lucas tiene ahora una paz que los ojos abiertos no reflejan desde hace algún tiempo, desconcertados por su debilidad y por los extraños efectos de la enfermedad en su interior, de la primera dosis de quimioterapia que pronto arrasará su pelo. Ha extendido el brazo y apoya la mano abierta sobre el pecho de su abuelo, que ronca suavemente. Entre ellos ha quedado el libro de cuentos que leemos cada noche y el poni de peluche que le ahuyenta los malos sueños.

Vivo con mi hijo en un piso, pero mi padre tiene el suyo propio dos plantas más abajo, en el mismo edificio. Aunque mantiene su independencia, sube y baja continuamente. En muchas ocasiones, cuando yo trabajo hasta tarde y Loreto —la chica que me ayuda en las tareas de la casa— ya se ha ido, él se queda con Lucas hasta que regreso. De modo que casi puedo decir que vivo con los dos. O, mejor, que ellos dos viven conmigo. Mi hijo y mi padre: tres generaciones directas sin ninguna persona ajena —iba a decir extraña— entre nosotros. Desde que me separé de Nico no tengo pareja, un hombre que me abraza cuando me despierta el terror de una pesadilla, mi dinero no dura más de un mes en el banco, en mi armario no abundan precisamente trajes ni zapatos caros y hay tardes en las que mi respiración se hace muy rápida y en mi piel se alternan los brotes de sudor y de frío, pero no puedo decir que me sienta desdichada. Una vez viví con un hombre y entonces no era mucho más feliz. Es cierto que ahora me falta eso, y algunas noches lo echo brutalmente de menos, pero en general no estoy menos satisfecha que cuando compartía cama a cambio de confusión y de discusiones en las que nunca era fácil encontrar la última palabra. Mariana me dice que soy la persona más adecuada para mi oficio, porque no puedo comprender que algunas mujeres aguanten tanto por el simple hecho de conservar a un hombre a su lado.

Lucas se remueve y, al aplastar la barriga del poni, el rostro del pequeño caballo se ilumina por el mecanismo de presión. No soporta dormir a oscuras y tengo que dejar abierta la puerta de su dormitorio, con la luz del pasillo encendida y, dentro de la habitación, un pequeño piloto en el enchufe que derrama una tenue claridad, anaranjada y sedosa.

A su lado, también el rostro de mi padre refleja paz, como si estuviera soñando

una historia agradable. Lo despierto despacio, tocándole la cara.

—Te has quedado dormido.

Abre los ojos y mira desconcertado la habitación hasta comprobar dónde está. Su cara se contrae y sus arrugas correosas y profundas se agrupan en un repentino gesto de desamparo, como si al despertarlo le hubiera arrebatado algo. Observa a Lucas y sale de la cama con movimientos torpes, pero suaves, para no molestarlo.

—Me he quedado dormido —repite.

Pero yo sé que puedo confiar en él cuando se ocupa de Lucas. Cuando Loreto se va, a las tres, y yo trabajo por la tarde, me marcho tranquila dejándolos juntos, aunque le dé en la merienda fiambres demasiado sustanciosos en lugar de frutas, aunque nunca vea cuándo están sucias sus manos y lo lleve en exceso abrigado cuando salen al parque. Un hombre que apenas me había dado una comida y que, de repente, a los sesenta y siete años, ha tenido que aprender a llevar un carrito de niño por la calle, a cambiar algún pañal y a calentar más de un biberón. Ahora, abuelo y nieto han comenzado a parecerse, como si Lucas le hubiera ido robando algunos de sus gestos.

—¿Cómo te ha ido en el hospital esta mañana?

—Me sacaron un poco de sangre para hacer los análisis, pero hasta dentro de tres días no tendrán los resultados. Luego, tal vez tengas que ir tú. Tú y los padres de Nico.

—Bien —asiente, sin preguntar más.

Lo sigo a la cocina y me señala una fuente con ensalada, cubierta con un plato.

—Tendría que haberme ocurrido a mí —dice poco después.

—¿El qué?

—Esa enfermedad. Tener así la sangre —dice con un gesto de dolor, como si las palabras le hicieran daño físico.

Lo abrazo durante unos segundos, sin necesidad de decirle nada, porque con él la intensidad de mi cariño siempre ha sido mayor que mi capacidad para manifestarlo.

—No vamos a tener nosotros, su madre y su abuelo, me nos confianza que los médicos. Ellos son optimistas. Ya verás como todo se arregla.

—Claro que sí —se rehace—. A pesar de la enfermedad, Lucas es un niño fuerte. Se parece a ti, Andrea.

Le gusta repetir esa frase, le gusta decir que su nieto ha heredado toda su apariencia física de mí y que tiene muy poco de Nico. Encuentra en esa afirmación una especie de orgullo de sangre que a mí me deja indiferente, porque siempre me ha resultado muy difícil, casi imposible, reconocer y delimitar los parecidos. Tampoco me ha importado. Nunca he creído en la pureza directa de la herencia. Toda sangre viene mezclada con cientos de sangres anteriores. Me admira esa gente que atribuye cada rasgo del rostro de un bebé a uno de sus progenitores, que señala matices, huesos y colores remitiéndolos a vínculos familiares. Siempre he sospechado que los niños terminan pareciéndose al padre o a la madre según estén más unidos a uno o a

otro, según compartan más tiempo y copien más gestos.

Mi padre se marcha y yo apago todas las luces de la casa, excepto la del pasillo. Lucas sigue dormido, mi beso no lo despierta. Me voy a la cama pensando que también esta noche ocurrirán cosas extrañas en sus venas. Algo muere cada minuto allí dentro, en un misterio que no acabo de comprender y que lo va dejando a cada instante más débil y más enfermo. Hemos visto la sangre tantas veces desde niños, tantas veces hemos oído repetir que es benigna, que cierra las heridas incluso cuando el herido no quiere que se cierren, que transporta alimentos y oxígeno, que lucha ferozmente contra el invasor..., que ahora resulta difícil aceptar que ha traicionado su misión. Doy vueltas en la cama, expatriada del sueño, y aparto con furia el embarazo de las sábanas. Me levanto a beber agua, a enjuagar el charco amargo de mi boca, a comprobar que Lucas duerme arropado por la paz que yo no tengo. Me llega el sueño al alba, envuelto en la esperanza de que en pocos días comenzará a solucionarse todo.

En este país de cuarenta millones de habitantes, cada semana muere al menos una mujer a manos de su compañero sentimental, o del que ha sido su compañero, o del que quiere seguir siendo su compañero cuando ella ya no lo desea. Algunas veces, el hombre se mata después de haber matado, con el propósito de que su suicidio justifique y perdone su crimen. Un engaño obscuro. En todo caso, los suicidas son una minoría. Casi todos quieren seguir viviendo, y viviendo libres de castigo, machos y perpendiculares mientras las muertas lloran su muerte. Como a menudo eligen las armas más primitivas —el palo, la piedra, el fuego, el cuchillo, la cuerda, también las propias manos—, las que exigen cercanía y contacto, para que a la víctima no le quepa ninguna duda de quién es su verdugo, no pueden ocultar su implicación, pero mienten sobre las circunstancias en que se produjo.

Para aclararlas hay un juicio. Y ahí comienza mi trabajo. Represento el papel de la mujer asesinada cuando los jueces deciden llevar a cabo una reconstrucción de los hechos que ayude a desvelar la verdad. En esos casos tengo que ponerme ante ellos y dejar que hagan conmigo una ficción de lo que antes hicieron con sus mujeres. Creo que casi nunca consiguen engañarme.

Sé que no es un buen oficio, como me repite mucha gente que me quiere. Cada vez que aparece en la prensa el estrépito de otra muerte, se dicen: «Otro caso para Andrea. Ahora tendrá que ponerse frente a esa bestia que vimos en la tele esposado entre dos policías, tendrá que simular que es su víctima, fingir que recibe los mismos golpes que ella recibió», casi estremecidos, porque no es el horror o la saña de una muerte lo que de verdad nos aterra, sino su cercanía y su contacto. Siempre es liviano el crimen que ocurre lejos.

Pero hay razones para que continúe aquí al menos durante dos años más. No sólo porque gano un sustancioso complemento que me ayuda a que nada le falte a Lucas y a reducir la hipoteca de mi casa. También porque si sigo en él, dentro de dos años habré ascendido en el escalafón por un atajo que me ahorrará muchos esfuerzos. Y, por último, aunque esto no se lo digo a nadie, ni siquiera a mi padre, que lo sabe todo sobre nuestro oficio, porque no me resulta difícil interpretar los papeles de víctima y, al hacerlo bien, siento un orgullo que se completa con la satisfacción de que los demás lo reconozcan y te admiren. Quizá porque he fracasado en mi vida personal, en lo relativo a mi trabajo soy vanidosa.

Estoy adscrita a la comisaría de Centro, en el Servicio de Atención a la Mujer, aunque a veces me llaman de otras ciudades de España cuando necesitan a una especialista. Aprecio a mis colegas y ellos me aprecian a mí. Al menos, eso creo. Son, en general, mejores de lo que dice su fama, no demasiado sombríos para lo que vemos cada día en las calles, si bien algunos necesitan controlar más sus impulsos en situaciones de tensión: aquellos que por su carácter violento no pueden soportar la violencia de los demás. Mariana, además de ser mi compañera y mi jefa, es mi mejor amiga.

Tengo treinta y siete años y, aunque algunos piensan que ya no debería estar en

este puesto, que debería irme a una oficina a descansar, sé que sigo siendo la persona apropiada. Nunca he retrocedido ante una amenaza o una mirada, por más agrias y obscenas que fueran, nunca han tenido que repetirme una indicación en un simulacro. Preparo a fondo cada expediente para saber con qué voy a encontrarme. En el aspecto físico, a pesar de mi ligero sobrepeso, supero con creces las horas obligatorias de gimnasio y las marcas mínimas de velocidad y resistencia.

Hace un año, el nuevo comisario también pensó que ya era hora de retirarme de aquello. Me envió al despacho, a trabajar con Mariana, a un destino más cómodo, para atender el teléfono y reforzar la atención a mujeres maltratadas. En mi lugar pusieron a una chica joven, de veinticuatro o veintitrés años, recién llegada de Ávila con un expediente brillantísimo y una idea muy clara, al menos en la teoría de los manuales, de dónde termina la realidad y dónde comienza la ficción. De modo que, a los pocos días, la enviaron a un simulacro con el acusado de haber matado a su mujer en una granja de cerdos. Les vomitó encima al acusado, al comisario y al propio juez.

Volvieron a llamarme.

Cuando llego a la comisaría, cinco minutos antes de las ocho, Mariana ya está allí, con el inspector jefe y dos policías que esperan en el pasillo. Todos permanecen en silencio, tensos, como siempre que hay que sacar fuera, para cualquier trámite, a un detenido que debe regresar tal como salió. Poco después llega el juez y entonces los dos policías salen y vuelven enseguida sujetando por los brazos a un hombre esposado. Es delgado y débil, muy pálido, con un rostro estrecho en el que se mezclan dos únicos colores, el gris y el blanco. Yo podría inmovilizarlo fácilmente. Pero cuando mira hacia nosotras, rehuimos su mirada. Aún no es el momento.

—¿Listos? —dice el juez.

—Listos.

Mariana y yo vamos solas en uno de los tres coches. Eso nos permite repasar los detalles de su declaración. El hombre afirma que, como en otras ocasiones, habían subido a la lancha y fueron hacia el centro del solitario pantano, donde él solía pescar mientras su mujer tomaba el sol o esperaba. Esta vez ella comenzó a insultarlo a propósito de su incapacidad para hacerse valer en una discusión que había mantenido con el camarero del restaurante adonde habían ido a comer. Le había reprochado a gritos su debilidad, mientras él intentaba pescar, en vano, porque los peces huían de las voces airadas de la mujer. Cuando al fin sacó una gran carpa y la volcó en el cubo, ella la devolvió al agua, en un gesto de desprecio y venganza. Él estalló de pronto y la golpeó con el ancla en la cabeza, aunque, viendo su débil aspecto, se diría que es incapaz de levantarla. Luego la usó para hundir el cuerpo en el fondo. Todo eso es lo que dice la declaración que figura en su expediente.

—¿Tú lo crees? —le pregunto a Mariana, que ha asistido a los interrogatorios.

—Sí —responde tras unos segundos de silencio—. No es un tipo fácil de

imaginar llegando a casa borracho y gritando con cualquier pretexto. Quienes lo conocen dicen lo mismo. Más bien parece que sucedía lo contrario.

La escucho mientras conduzco, sorprendida de que ella, que nunca ha preguntado dos veces por las excusas que un hombre arguye para matar a una mujer, no sea en esta ocasión tan radical.

—Cualquiera que te oyera diría que lo estás justificando.

—¡En absoluto! Eso es lo que ellos esperan siempre. Están ansiosos de que alguien les hable mal de sus mujeres muertas, de que les recuerden todo lo que soportaron junto a ellas, porque entonces se creen respaldados. Y esa creencia es la que todavía tenemos que desmontar: que, incluso cuando se trate de la mujer más odiosa, no puede permitirse el uso de la fuerza. A nadie se le prohíbe separarse.

Tiene la mirada fija en el coche que va delante, en la pequeña cabeza del acusado, que apenas sobresale tras el cristal, hundida entre los hombros de los dos policías que lo escoltan. Luego, con esa seriedad que reserva para hablar del trabajo, añade:

—Esta vez la ha pedido él.

—¿El qué?

—La reconstrucción. Para encontrar el cuerpo. Las corrientes de agua y todo eso.

—No me digas que tiene remordimientos.

—¿Remordimientos? No, ni siquiera arrepentimiento. Sólo dice que, si no lo encuentran, cree que nunca más se atreverá a pescar en el pantano.

—Entonces sólo se trata de miedo, miedo a que un día el anzuelo...

—De miedo y de inconsciencia. Como si fuera a salir libre mañana.

Llegamos al pantano y caminamos tras ellos. El agua brilla mansa bajo el esplendor del sol, sin olas, sin remolinos, pero ahí debajo hay una mujer muerta. Al principio, habían buscado en vano el cadáver durante dos días, sin ninguna colaboración del acusado. Luego, de repente, cambió de opinión. Y ahora de nuevo están aquí, esperándonos, dos zodiacs de la Guardia Civil y varios buceadores.

Montamos en la lancha, una fiberglass de unos seis metros de eslora que también parece demasiado grande para él. El acusado mira alrededor, como si todo aquello ya no fuera suyo: los aparejos, el salvavidas con aspecto de no haber sido usado nunca, la caña de pescar, la mesa de madera de teca, el timón, que maneja un guardia. Avanzamos hacia el centro del pantano seguidos por las zodiacs mientras en las barandillas de la presa comienzan a juntarse los curiosos que nunca faltan cuando huelen la sangre. Son inevitables, se acercan imantados al lugar del crimen y pueden esperar allí muchas horas sin cansarse. Por la emoción que expresan sus rostros, es como si lo reconstruyeran paso a paso en su interior, como si ellos fueran las víctimas e imaginaran qué se siente mientras se sufre el daño y llega el dolor y se va perdiendo la sangre. El guardia detiene el barco cuando el hombrecillo hace un gesto con la mano. Todavía no he oído su voz. Entonces el juez me llama para ocupar el lugar de la mujer.

Responde brevemente a cada pregunta, sin dar detalles. Dice que ella había estado

gritando a sus espaldas mientras él procuraba concentrarse en la brisa, en las corrientes, en los movimientos de la caña. Luego, el tirón en el sedal, la gran carpa clavada en el anzuelo, la presa que justifica la espera y da sentido al ritual. Acababa de meterla en el cubo cuando la vio volar de vuelta por encima de su cabeza y oyó el ruido que hacía al caer al agua. Entonces, de pronto, sin esperar más preguntas, levanta con esfuerzo el ancla que está junto a sus pies y, sin mirarme a los ojos, esboza el movimiento del golpe, sin tocarme, como si sintiera mucha vergüenza. Apenas logra mantener el hierro en alto, pesa demasiado para sus brazos muy delgados, las puntas de los codos rojizas y arrugadas como huesos de melocotón. Al fin, detalla cómo me ata al ancla y señala el lugar aproximado donde me arroja al fondo.

Cuando termina el simulacro noto que se ha hecho un espeso silencio alrededor, a pesar de que somos tantos allí, en mitad del pantano. Es ese breve momento en que todo se esclarece y las incógnitas policiales se retiran para dejar su sitio a las incógnitas del fuero moral que tan a menudo quedan sin respuesta. Con los motores de las lanchas apagados, con el mudo bosque de pinos rodeando las orillas, verde sobre azul, no se oye ningún sonido humano, y todos nosotros, durante esos segundos de parálisis, parecemos inmóviles figuras de cartón que no pueden alterar la naturaleza que nos rodea.

Luego, vuelve de pronto el movimiento. Los buceadores calculan las corrientes de agua y se zambullen con rapidez. La encuentran dos horas después y, mientras la introducen en la bolsa homologada, descubro que los peces son las criaturas más voraces de la Tierra.

—Pero ¿cómo pueden formarse parejas de este tipo? —le comento a Mariana en el camino de regreso—. Es como poner juntos un escorpión y una rana y pretender que bailen.

—Bueno, quizá todos tenemos alguna culpa de eso —dice después de un segundo, como si dudara de lo adecuado de la comparación.

—¿Por qué?

—A todos nos gusta hablar de independencia, pero vivimos en una sociedad que no acepta fácilmente a las personas que viven solas. Si son hombres, se les mira con desconfianza, como si ocultaran algún vicio al que tendrían que renunciar viviendo acompañados; si son mujeres, a menudo con maledicencia. Entre todos nos empujamos a vivir en parejas. ¡Como si no fuera más fácil sobrevivir a la soledad que sobrevivir a los conflictos, a las tensiones y a la violencia! No tendríamos que extrañarnos tanto de lo que ocurre luego.

La miro y no digo nada. Sé que no está pensando en mí y en Nico y en nuestra separación. Está pensando en ella, en cómo una y otra vez se deja arrastrar por su tendencia a salir con hombres complicados con los que nunca alcanza una relación

estable. Mariana fuma demasiado, gasta demasiado y se relaciona con hombres que le repiten una y otra vez la mala suerte que tienen o han tenido en su matrimonio y que lamentan no haberla conocido a ella antes.

A Mariana la destinaron aquí hace varios años, cuando se creó el Servicio de Atención a la Mujer. Ella lo puso en marcha. Se dedica exclusivamente a prevenir y atender a las víctimas de malos tratos. Yo trabajo a su lado, pero cuando es necesario también participo en otras funciones de la plantilla: registrar y atender a chicas yonquis y prostitutas, vigilar a las detenidas, colaborar en los interrogatorios.

Lo que me resulta extraño es que una persona como ella, que con tanta frecuencia asiste a mujeres dañadas por hombres, siga siendo tan ingenua cuando intima con uno de ellos. Enseguida comienza a soñar y es incapaz de aplicarse a sí misma las prevenciones y consejos que da en el trabajo. No importa que a la mañana siguiente se encuentre con otra realidad, cuando al entrar en la oficina comienza a sonar el teléfono con un nuevo grito de socorro o llega a la mesa una orden del juez solicitando un simulacro porque no son claras ni creíbles las palabras de un acusado. Hemos visto a tantos tipos mintiendo, intentando eludir el castigo, que a mí ya me resulta muy difícil creer en cualquiera que no tenga algo más sólido que sus buenas palabras para demostrar su buena intención. Los hombres no me causan depresiones sencillamente porque no me decepcionan. En cambio, cada vez que acude a la oficina una mujer maltratada, Mariana odia personalmente a quien ha hecho aquello. Y no sólo por el daño infligido a la víctima, sino porque también para ella es una decepción más, otro golpe a su desesperada necesidad de seguir creyendo en ellos. Cada bestia que llega detenido a nuestra comisaría es un nuevo pedazo arrancado a su esperanza.

Sin embargo, ha logrado encontrar cierto equilibrio en esa agitada contradicción entre la necesidad de ordenar la vida ajena y su propio desorden emocional. Es consciente de que resulta más lúcida y eficaz cuando se trata de proteger a las víctimas que cuando debe protegerse ella misma.

Mariana tiene una voz suave y profunda, muy agradable, de la que resulta casi imposible desconfiar. Pero ella no es atractiva. No es que sea fea, ni que tenga defectos físicos ostensibles; es algo más intangible, como una falta de sosiego bajo una piel áspera y nerviosa que la hace poco proclive a ser acariciada, como si fuera a ponerse a vibrar al menor contacto íntimo. Esa tensión —que desaparece cuando está en el trabajo— la convierte en diana de pequeños incidentes que deterioran su imagen: si se sienta en un sillón de mimbre, al levantarse se ha roto una media con una astilla o un clavo que los demás evitamos; si estamos a la mesa, suele terminar con la blusa manchada de la salsa más grasienta o brillante. Entonces fuerza una sonrisa de pasmo y resignación que nunca logra desplazar de los confines de su boca un residuo de angustia.

Recuerdo que una tarde de calor me pidió que la acompañara a una de esas tiendas de cosméticos que se hacen llamar clínicas de belleza. Tenía una cita esa

noche y había decidido dejar por una vez de lado su imagen de austeridad para ponerse guapa, artificialmente guapa. En el lujoso y carísimo local, una empleada vino a atendernos en cuanto cruzamos el umbral. Mariana le explicó lo que quería y la chica, toda brillo y amabilidad, le pidió que se sentara en un sillón frente a un espejo mientras traía en una bandeja un muestrario completo de cremas, polvos, ampollas, esmaltes, perfumes y barras de labios.

—Con el tipo de piel que usted tiene, lo más adecuado es empezar con una base que... la suavice, que la ilumine —explicó, bien aprendido el vocabulario correcto, esquivando cualquier palabra dura—. Sobre ella, veremos luego qué tonos le favorecen.

Mariana recostó la cabeza hacia atrás y la dejó hacer. La empleada extendió sobre su rostro el contenido de una ampollita de color rosado mientras nos explicaba las virtudes mágicas de hidratantes, nutrientes y aminoácidos. Se retiró unos minutos para esperar sus efectos y, al regreso, no pudo evitar un gesto de decepción: los gruesos poros de la piel habían absorbido el contenido de la ampolla y resaltaban más abiertos, más llenos. Sin desanimarse, lo limpió todo y aplicó con un cojinete de algodón una capa de un polvo que intentaba imitar el tono del cutis. Mariana se miraba al espejo una y otra vez, me preguntaba qué me parecía, dudando, porque, a pesar del aire acondicionado, su rostro había empezado a sudar bajo la nueva capa, tanto que daba la impresión de que, de un momento a otro, de los poros taponados iban a salir burbujas.

De nuevo fue necesario borrarlo todo y aplicar directamente sobre la piel distintos maquillajes sin que ninguno consiguiera favorecerla, sin que ninguno ocultara los defectos del rostro sin profanarlo. Porque si utilizaba colores fuertes y rotundos, le hacía parecer una furcia decadente o un indio que va a la batalla con la cara marcada con pinturas de guerra, pero si optaba por suaves tonos pastel, entonces era peor, porque resultaba de una cursilería impostada que nada tenía que ver con el resto del cuerpo, con su forma de vestir, de hablar, de moverse.

De modo que, por la vergüenza de no comprar nada después de todo aquello, pidió unas barras de carmín y una base discreta que me puso en las manos apenas salimos de la tienda, mientras me decía:

—Es inútil, Andrea. Quienes inventan estas cremas y colores no lo hacen pensando en mujeres como yo. Nunca podría ponérmelas. Así que, o las aceptas, o las tiro ahora mismo a una papelera.

He comprado varios libros de medicina.

La historia es más compleja, pero puede simplificarse así: tienes en tu sangre un ejército profesional bien armado, disciplinado y dispuesto a eliminar a todo enemigo que se atreva a invadirte. A la primera almena derribada, a la primera brecha en las murallas, al primer túnel socavado..., allí acuden rápidas tus fuerzas defensivas, acaban con el intruso y cierran las fisuras. Una vez cumplida su tarea, se retiran a sus cuarteles de invierno dejando en el campo de batalla los cadáveres blancos y calientes. Ése es su oficio y lo cumplen con un rigor sacrificado y admirable. Pero a veces, como ocurre en algunos países, como a menudo ocurrió en este trágico país en que vivimos, todo se confunde y el ejército deja de ser tu colaborador para convertirse de pronto en tu enemigo. Como si estuviera aburrido o insatisfecho con lo que ve a su alrededor, decide actuar contra los de dentro, contra la humilde y laboriosa población civil que oxigena y ventila, que acarrea el agua y los alimentos, que limpia las ciudades de aquello que le sobra. Como una guerra civil en la que los soldados de piel blanca desplazan, devoran y diezman a todos los habitantes de piel roja.

Esa guerra se llama leucemia. Para curarla hay que aplicar ciclos de quimioterapia que acaben con los ejércitos destructores. En el proceso, el paciente sufre malestar, debilidad, vómitos, llagas. Se le cae el pelo. En los casos en que aun así no se cura, el último remedio consiste en la búsqueda de un donante compatible que ceda de su médula o de su sangre periférica un puñado de células madre que colonicen el territorio arrasado del enfermo y lo pueblen con sus descendientes.

Nico y yo vamos de nuevo al hospital, a conocer los resultados de los análisis que nos han hecho. El doctor Calderón, cuyo apego e interés por Lucas ha ido aumentando en estos días, nos pide que nos sentemos y remueve lentamente los papeles que tiene ante él. En ese momento sé que algo va mal, porque las buenas noticias no se hacen esperar tanto para ser comunicadas.

—Habrà que seguir buscando —nos dice—. Usted no puede ser la donante. Su sangre no coincide con la de su hijo más que en tres marcadores inmunológicos. Y necesitamos al menos seis para que no haya rechazo.

—¿Y él? —pregunto señalando a Nico.

El doctor vuelve a consultar los papeles, como si no quisiera confundirse.

—Él tampoco —titubea ligeramente—. Su coincidencia es aún menor.

La sospecha que tantas veces me había asaltado, pero que yo negaba y cuestionaba hasta terminar olvidando, se convierte ahora en certeza.

—¿Menor? —está ya preguntando Nico.

—Sí —se limita a responder el doctor, con una neutralidad tan limpia y blanca como la bata impecable con que se cubre.

—¿Entonces? —le pregunto, porque la tragedia ya no puede resolverse dentro de casa, ha roto los límites domésticos y ahora todo será mucho más difícil.

—Entonces estamos ante las dificultades habituales en esta enfermedad. Es lo

extraño y lo cruel de la leucemia —se quita las gafas para mirarnos a los ojos—, que el enfermo pocas veces puede recibir la sangre de quienes lo han engendrado. «Carne de mi carne», se dice, creo que en la Biblia, para definir la unión íntima de los padres con el hijo. Con otra enfermedad que necesitara de un trasplante eso sería cierto, pero con la leucemia no. No con la leucemia. Por eso resulta tan grave. Hemos de encontrar entre los bancos de donantes a alguien que tenga sus mismas características. No puedo ocultarles que necesitarán mucha paciencia y serenidad.

—¿Qué probabilidades hay?

—¿Cuánto tiempo tenemos para encontrarlo?

Casi hemos preguntado Nico y yo a la vez, atribulados por la misma angustia.

—No puedo afirmarlo. Este país tiene muchas cosas malas y algunas buenas. Una de las buenas es que disponemos del mayor porcentaje de donantes de órganos del mundo. Si entre ellos no lo encontramos, habrá que buscarlo fuera. En siete u ocho días lo sabremos.

—¿Y Lucas, mientras tanto?

—No se preocupe, hay tratamientos. Su estado no es grave, al menos todavía. Con la medicación que le estamos aplicando podemos esperar un tiempo. Y no duden en llamarme si le notan algo extraño.

Salimos de la clínica y vamos a tomar un café. Hablamos de lo único que podemos hablar, de Lucas, de cómo curarlo, de que ahora nada es más importante que el color de su sangre. Y estamos de acuerdo en todo, nos damos ánimos, esta vez no discrepamos sobre ningún detalle, porque los dos nos sentimos igualmente devastados e impotentes.

—Tendrá todo el dinero que necesite. Si hay que viajar al fin del mundo para convencer a un donante, allí iremos. Ya verás como todo sale bien —me anima—. Me llamas en cuanto tengas la primera noticia. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No. Me vendrá bien caminar.

En cuanto su coche desaparece tras la esquina, vuelvo al hospital. Le digo a la enfermera que he olvidado comentarle algo muy importante al doctor Calderón. Al cabo de cinco minutos me hace entrar en su limpia consulta.

—Estaba esperando que me llamara por teléfono —me dice, sin mostrar ninguna sorpresa al verme—. Si no, iba a llamarla yo.

—¿No es el padre, verdad? —le pregunto directamente.

—No, no es el padre.

—Gracias.

—¿Gracias?

—Por no decírselo ahora a él. Algún día tendrá que saberlo, pero éste no es el momento adecuado. Cuando me quedé embarazada de Lucas... estábamos a punto de separarnos —le digo, porque, aunque no tengo ninguna obligación de hacerlo, siento necesidad de explicarme, de justificarme, de contarle cómo ocurrió. No quiero que piense en una historia frívola y pícaro, ni, mucho menos, que se forme de mí la

imagen de una de esas mujeres casadas sin demasiados escrúpulos para lanzarse a aventuras en sus años de esplendor y que, sólo cuando su piel pierde atractivo, se acomodan a su pareja con la cínica satisfacción de no haber perdido el tiempo—. No fue una decisión radical, de un día para otro. Todo iba mal entre nosotros, pero nos veíamos y seguíamos haciendo intentos para arreglarlo. Él siempre ha creído que era su hijo.

—¿Y usted?

—Lo he dudado siempre. Lucas se parece tanto a mí que hasta ahora no había estado nunca segura de nada. Al principio creía que Nico no era el padre. Pero... es extraño, cuando cogían en brazos al niño, desde el primer día que nació, su familia encontraba en él rasgos de Nico: la nariz, la forma de la cabeza, un reflejo en el color de sus ojos, con ese empeño de los familiares en identificar ya en la cuna qué herencia ha recibido de cada uno de los padres. Luego, más tarde, como pasaban juntos los fines de semana, iba copiando algunos de sus gestos, de sus expresiones, de sus movimientos. Y llegó un momento en que todo eso dejó de preocuparme y lo aparté de mi cabeza. Nico era el padre, el que estaba con él y lo quería, el que pagaba la mitad de su comida y de su ropa y de su colegio. Y, sobre todo, Lucas lo llamaba papá. No había nada más que remover. Por eso le doy las gracias.

—No tiene nada que agradecerme. Él no preguntó por qué no coincidían sus marcadores. Aunque debo decirle que, si viene, como usted, a buscar una respuesta médica, tiene todo el derecho a saberlo. Pero hasta que eso ocurra, por el bien de Lucas ahora mismo, ser discreto es una obligación de todo médico. Siete de cada cien pruebas genéticas que hacemos en este hospital revelan que el padre oficial no coincide con el padre biológico. Pero de aquí nunca ha salido un nombre a la luz pública. Por otra —añade bajando el tono de la voz—, tampoco usted tiene por qué contarnos nada. Cada cual tiene sus motivos, y sólo cada cual sabe si son justos o infames.

—Si estamos separados sin que él sepa que no es su hijo es porque ya había otras causas para la separación —le digo, repentinamente aliviada por estar hablando así con él, con este médico de impecable bata blanca que transmite tanta confianza y seguridad, que da la impresión de que podría encontrar la sangre que necesitara un hospital de guerra. Y sonrío, manteniendo a raya la suave presión de las lágrimas. Porque puedo permitirme llorar alguna vez al día, pero no pasarme todo el día llorando.

—No piense más en todo eso. Ahora, como usted dice, lo único importante es Lucas. Y para él...

—Es una buena noticia —me adelanto a sus palabras—. Para eso iba usted a llamarme.

—Sí, porque ahora todavía nos queda la posibilidad de que el padre biológico pueda ser donante. No es fácil, ya se lo dije. No es frecuente que los progenitores sean compatibles, pero hay que comprobarlo. En el caso de Lucas tenemos más

posibilidades, puesto que los haplotipos de su grupo sanguíneo, A+, son muy comunes. ¿Podría usted pedirle que viniera a vernos? —me pregunta con cautela para no invadir mi intimidad; es su forma delicada de saber si seguimos en contacto.

—Lo intentaré. Han pasado siete años desde entonces. Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

—Es necesario que lo localice, que hable con él y que pase por aquí. Nosotros, mientras tanto, seguiremos buscando en el banco internacional de donantes.

—¿Cuánto tiempo tengo? —vuelvo a preguntar.

—Lucas podrá esperar varios meses sin sufrir ninguna consecuencia grave.

Vuelvo a casa. Mi padre está sentado en un sillón, leyendo el periódico, mientras Lucas ve una película galáctica en el vídeo, rodeado de piezas de construcción dispersas por la alfombra con las que ha hecho una nave tratando de imitar las que ve en la pantalla. Lo aprieto entre mis brazos y lo beso hasta que comienza a protestar, porque no le dejo seguir la lucha con las espadas láser. Me dice que soy una pesada con los besos y se finge molesto, aunque yo sé cuánto le agradan estas efusiones.

Cenamos y poco después nos vamos a dormir. Mi padre baja a su casa.

Ha sido un día agotador. Doy vueltas en la cama, ahueco la almohada, busco la postura más cómoda y un ritmo de respiración uniforme, pero la calma y el sueño no llegan. Por primera vez siento mucho miedo. No es una enfermedad que pueda curarse con paciencia, con medicinas, con tiempo, con el servicio de médicos y hospitales de un país donde la gente vive ocho décadas, casi más tiempo que en ningún otro lugar. Sé que el proceso de curación va a ser largo y duro, pero no quiero asumir que lo que hoy es grave mañana puede ser terminal. Esa palabra me aterra. La enfermedad ha venido a trastocar el orden natural de la vida. Es en la vejez cuando todo funciona mal en el cuerpo, cuando no hay día en que algo no marche bien: una articulación que se oxida, una vena que se obstruye, una glándula que no produce o produce en exceso, un músculo que se hincha de humores o de agua. Y sin embargo aún no tenemos nada que pueda volver a ordenarla, no hay todavía un donante. ¿Cómo sustituir su sangre si no tenemos sustituto? ¡Tanta sangre desperdiciada, tanta sangre vertida en guerras, agresiones, accidentes absurdos, suicidios..., y mi hijo no tiene a nadie que pueda darle las gotas que necesita!

Me niego a aceptar que Lucas pueda morir, que acaso no logremos evitarlo. Tres meses, ha dicho el doctor, quizá cuatro meses aún sin consecuencias: el plazo adecuado para la vida de un insecto, no para la vida de un niño. Menos tiempo para salir de la vida que el tiempo que necesitó para entrar en ella.

Hoy hemos celebrado el cumpleaños de Lucas con una fiesta en casa. Han venido nueve de sus compañeros de clase. Le han traído pequeños regalos, cuya envoltura él desgarraba con rapidez y curiosidad antes de soltar un grito de entusiasmo creciente con cada sorpresa: un póster, libros, un boomerang, un reloj despertador, varios

horrorosos muñecos made in China... Adela y Edu, dos de sus mejores amigos y a cuyos padres conozco, se han quedado a dormir después de la fiesta.

También han venido Nico, mi padre y Mariana. Todos hemos aplaudido y le hemos cantado «Cumpleaños feliz» cuando ha apagado las velas de la tarta después de soplar dos veces. Entonces le he entregado mi regalo: una gran caja llena de figuras de animales que lo han entusiasmado tanto que ha apartado todo lo demás hacia un rincón de la mesa para distribuirlos como en un zoo, de modo que no pudieran comerse unos a otros si estuvieran vivos.

Los niños lo han pasado muy bien, se han divertido mucho en esas pocas horas de libre zafarrancho en las que han dejado todo el salón desordenado, el suelo lleno de envoltorios de juguetes, de serpentinas y de globos reventados, de restos de chucherías. Y de una gran mancha de zumo en la alfombra. Lucas estaba muy excitado. Reía, corría, saltaba, se sabía el protagonista de la fiesta. Sin embargo, yo no dejaba de vigilarlo, temerosa de que tanto ajetreo pudiera perjudicarlo. Ahora, desde que conocemos el diagnóstico, lo observo todo el tiempo, lo controlo como si en cualquier momento pudiera sufrir una crisis y yo tuviera que estar cerca para remediarla. Con cualquier excusa pongo mis labios en su frente simulando un beso, cuando en realidad estoy comprobando que no tiene fiebre. Procuro que no sude demasiado y que no pase frío, lo vigilo cuando corre y temo que se caiga, me anticipo en los lugares donde pueda hacerse daño.

Cuando al fin he ido a acostarlos, mientras Adela y Edu investigaban sus colchonetas, me he sentado con él en la cama.

—¿Lo has pasado bien?

—¡Muy bien! —me ha dicho—. Tenemos que hacer una fiesta igual en todos mis cumpleaños.

—¡Claro que sí! —le he prometido peinándole con los dedos el pelo revuelto, resistiendo el deseo de mimarlo delante de los otros dos niños. Cuando he comprobado que los tres estaban ya tranquilos, he apagado la luz del techo y he dejado que duerman con la lamparita encendida.

Al volver al salón, hemos brindado con el champán francés que Nico ha traído, por el deseo de celebrar su próximo cumpleaños todos juntos, como ahora. Nos hemos mirado a los ojos mientras tintineaba el cristal y hemos forzado las sonrisas para ocultar que seguimos doloridos y todavía un poco incapaces de asumir la gravedad, más preparados para enfrentar nuestra propia extinción que la extinción de un niño.

Cuando también ellos se van, me quedo ordenándolo todo. Una copa se ha roto al cogerla y me he hecho un corte escandaloso que ha manchado de gotas de sangre el suelo blanco de la cocina. Ahora estoy otra vez sola en la cama, esperando el sueño que no va a llegar, notando cómo la tensión y la angustia comienzan a morder también mi cuerpo, que siente dolores y molestias que nunca había sentido: hay una piedra que rebota dentro de mi estómago e irradia dolor por mi pecho; hay astillas

clavadas en mi cuello que pinchan al moverme; hay algo que no para de gemir dentro de mi cabeza.

Los días transcurren con una borrosa conciencia del tiempo, donde todo se confunde y pierde su lógica. Lo único permanente, que no puedo olvidar en ningún momento, es la enfermedad de Lucas. Ni siquiera los libros, que siempre han sido para mí una fuente inagotable de emociones, de diversión, de aprendizaje y de consuelo, me sirven ahora. Abro alguno y no sé lo que leo, paso las páginas sin recordar nada, mi atención se pierde errática para hundirse en las nieblas del miedo. Yo, que tantas veces he presumido de no sentir cansancio, me descubro de pronto jadeando, sin aliento en medio de cualquier tarea rutinaria. Mi cuerpo es incapaz de acomodarse al reposo que tanto necesito. Mis manos, que siempre han sido firmes, capaces de realizar dos tareas al mismo tiempo, tiemblan ahora a menudo, azotadas por un pulso trémulo, inestable. No sé poner mis dedos sobre nada que no queme o no pinche, todos los cuchillos tienen dos filos, todas las copas estallan al cogerlas.

La verdad no siempre llega cuando la estamos buscando. Le gusta jugar al escondite, esquivarnos, dejar pistas falsas y trazar laberintos, hasta que el azar nos la enfrenta de pronto delante del rostro.

Nos lo habían repetido muchas veces en nuestro trabajo de policías, en los cursos de investigador donde nos aconsejaban estar siempre alerta, no sólo ante un peligro físico, ante un atentado terrorista o una agresión cualquiera, ante las coartadas del acusado de un delito, sino alerta intelectualmente, si vale esa palabra, ante cualquier información aparentemente superficial que pudiera contribuir a iluminar una investigación. Pero ahora sé que también en la vida cotidiana la verdad juega a esconderse.

Imagino la primera frase que algunos dirían si se enteraran: «Es tan golfa que ni siquiera sabía quién era el padre de su hijo».

Y, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Tengo treinta y siete años y me he acostado con dos hombres: Nico y el verdadero padre de mi hijo. Puedo pronunciar su nombre: se llama Luis. Yo no pasaría, pues, la ronda preliminar en una competición de seductoras.

Durante años tuve la certeza de que Nico y yo éramos una pareja predestinada. Nuestras familias vivían en la misma calle, una cerca de la otra. Una historia poco original: dos niños que intercambian por la tarde en el parque una pelota por un cubito y una pala mientras sus madres sonrían como han sonreído siempre otras madres en casos semejantes y bromean haciendo planes para el futuro. La broma que, a fuerza de repetirse, comienza a convertirse en proyecto, casi en una certeza. Cuando yo tenía quince años y mis amigos y amigas jugaban a gustar y no gustar —en ese aprendizaje en que el adolescente se levanta un día y se pregunta atónito qué es lo que le pasa, qué sentido tiene el sueño que le ha hecho despertarse temblando,

desconcertado porque lo que creía que era antipatía hacia alguien de su edad es en realidad eso que los adultos llaman amor y pasión—, yo lo tenía casi prohibido: «Pero si tú eres la novia de Nico», me decían, aunque por entonces aún no habíamos pasado de cogernos las manos y besarnos fugazmente a escondidas.

Porque lo cierto es que íbamos juntos al instituto, que estábamos en clases paralelas y que sacábamos notas similares. A su lado yo me sentía bien, relajada y confiada en que me ayudaría a resolver cualquier conflicto que me sobreviniera. Porque Nico era fuerte, de una fortaleza natural y un poco primitiva, y eso me gustaba. Cuando en el patio del instituto jugaba al fútbol, o a saltar, o a pelear en broma con sus compañeros, su energía destacaba de una manera espontánea que imantaba la atención de todos, del mismo modo que nadie puede dejar de observar la presencia de un caballo suelto por el centro de la ciudad. Nico era mi mejor amigo, una presencia tranquila y siempre optimista, nada complicada, quizá un poco trivial. Tanto coincidían todos en que formábamos una pareja perfecta que cuando a veces pensaba que no era así, que en el amor se necesita algo más que cariño y seguridad, no se lo decía a nadie y terminaba convenciéndome de que era yo quien juzgaba mal, quien no sabía apreciarlo, quien no tenía fe, porque todos los demás no podían estar equivocados.

Tenía amigas cordiales y cariñosas, pero nada más. Si es cierto lo que dice Mariana, que una amiga comienza a ser una amiga íntima cuando se le cuentan esas cosas que no se le cuentan ni a los padres ni a los maridos, yo no tuve amigas íntimas, pues no hubiera podido confesarle a ninguna de ellas algo que le hubiera ocultado a Nico sin sentir un insoportable sentimiento de vergüenza y traición.

Pero tampoco puedo decir que echara mucho de menos una amistad así, porque no necesitaba llenar ningún vacío de cariño paternal. Eso es lo que quiero decir. Sospecho que las amistades adolescentes y juveniles son más intensas y cómplices cuanto más débiles son la intensidad y la complicidad familiar. Porque nadie a los dieciséis años puede estar callado y no hacer confidencias y preguntas si no quiere que se le pudran dentro. En mi casa todo transcurría de manera apacible. Mi madre me escuchaba y se interesaba por mí, aunque a menudo yo tenía la impresión de que ella ya sabía más de lo que iba a contarle. Mi padre era jefe de la policía local del barrio. Uno de esos policías municipales amistosos, honrados, que siempre han existido. Yo soy policía y lo sé, y puedo decirlo con conocimiento de causa. Siempre ha sido, por otro lado, un hombre compasivo. Ya sé que eso no tiene por qué considerarse una virtud, que la piedad en sí puede no ser motivo de elogio hacia quien la siente, que su bondad depende sobre todo de hacia quién se dirige. Siempre ha habido buenos sentimientos aplicados a malas causas. Pero mi padre no la desviaba nunca hacia vagas generalidades filantrópicas, no inventaba necesidades para luego presumir de generoso. Su compasión siempre tenía un nombre, y el nombre siempre tenía un rostro a quien consolar o ayudar. Claro que a veces surgían en casa discusiones por motivos que ahora me parecen triviales, pero no puedo

afirmar que entre ellos y yo hubiera una lucha generacional. Una lucha no. Nunca fue una relación tormentosa. Supongo que mi propio carácter, nada rebelde ni descontento con el mundo que me rodeaba, también contribuía a aquella serenidad. Años después, cuando muchas de mis compañeras fumaban hachís y marihuana, se teñían el pelo con henna, forzaban el volumen del tocadiscos con la música de AC/DC y los Rolling y negaban que hubiera alguien de más de cuarenta años de edad que mereciera su respeto, yo seguía tomando Coca-Cola, iba de vez en cuando a la peluquería, prefería las canciones de las listas de éxitos y aún no había aprendido a evitar el rubor.

No quería cambiar el mundo en que vivía; sólo aspiraba a vivir en él con honestidad.

Además, tenía a Nico cerca de mí. Nuestro noviazgo se había formalizado casi sin darnos cuenta y cada uno entraba y salía de la casa del otro con la misma naturalidad que cuando éramos niños, quizá sin demasiado entusiasmo, ni temblor, ni estrategias para agradar a quien ya sabes que le eres agradable, pero también sin desconfianza, sin hacer preguntas, sin pedir permiso. Quiero decir que hay gente que elige por pareja a quien representa todo aquello que quiere, y hay gente que se conforma tan sólo con elegir por pareja a quien no representa aquello que no quiere. Nico y yo pertenecíamos a ese segundo grupo, o estirpe, o comoquiera que se llame.

Recuerdo aquellos largos años previos a mi matrimonio y los veo como una época sólida y tranquila, también tolerante. En casa apenas se discutía por motivos ideológicos, económicos o morales. Era mi madre quien más hablaba, quien solía decidir en los asuntos domésticos con un firme sentido común, aunque la presencia de mi padre seguía pesando como si fuéramos una familia decimonónica. Pero su influencia no hubiera sido tan profunda si no lo fueran también los principios que tantas veces le oí repetir: el culpable casi siempre es más digno de compasión que de odio, pero eso no lo puede eximir del castigo. Todo el mundo tiene el mismo derecho a expresar sus opiniones, pero no todas las opiniones son igualmente válidas: sobre una enfermedad, los criterios de un médico siempre serán más certeros que los de un electricista; sobre un apagón, siempre más los de un electricista que los de un fontanero; sobre un escape de agua, siempre más los de un fontanero que los de un médico. No se puede hacer daño al prójimo, aunque con ello se consiga un beneficio... En fin, todos esos preceptos morales que algunas veces después he oído citar con ironía cuando se calificaban de pensamientos políticamente correctos. Y que, por otra parte, tan a menudo son aplastados precisamente por quienes no se los quitan de la boca. En casa eran ideas que nunca repetíamos con las mismas palabras y que, quizá por eso mismo, no se convertían en rígidas consignas, pero fueron afirmando la base de un comportamiento cotidiano sobre la que nos sentíamos más o menos seguros, casi felices.

Nico también participaba de ellas, e incluso ampliaba matices de las certidumbres en las que vivíamos. Nico no chirriaba. De hecho, en tantos años de noviazgo sólo

tuvimos una crisis importante. Rompimos nuestra relación durante cuatro meses, hasta que él aceptó mi decisión.

Cuando aprobé selectividad era poco más que una niña confusa que debía tomar en unos días la segunda decisión más importante de su vida. Mientras se agotaba el plazo para decidir, me acostaba por las noches todavía creyendo que el tiempo es lo menos importante que se puede perder y me preguntaba qué puede hacer una chica de diecisiete años para estar segura de que cuando doble esa edad no se arrepentirá de la decisión que tomó entonces. Me dejé convencer por él —y también por mis padres— para que estudiara en la universidad una carrera de ciencias, para la que todos me creían más o menos dotada, sin que yo supiera nunca en qué basaban aquella creencia. Les hice caso y me matriculé en Informática, una facultad creada unos años antes para el estudio de unos programas que hoy parecerían rudimentarios a un niño de cinco años. Aún no era el boom en que se convirtió enseguida, pero ya entonces llegaron conmigo compañeros que discutían acaloradamente sobre las bondades de Apple o de Microsoft, de Macintosh o de los compatibles. Todos ellos querían ser Bill Gates.

Nico, mientras tanto, lo hizo en Empresariales. Como es hijo único, desde niño había sabido que terminaría heredando la empresa de su padre, una tienda de electrodomésticos, y veía en nuestras dos carreras la base teórica ideal para seguir creciendo. Le gustaba mucho hablarme de todo eso, de estadísticas, de huecos de mercado, de franquicias y licencias. Me decía que una tienda de electrodomésticos no es lo mismo que una sastrería o un negocio de muebles, porque esos ramos del comercio no podían dejar de mirar hacia el pasado, y, en cambio, los electrodomésticos te obligaban a mirar hacia la modernidad y el futuro que representaba la tecnología. Además, una empresa de ese tipo, bien gestionada, que incitara a la compra, también estaba incitando al progreso. España, me decía, se había abierto al mundo cuando desdeñó la radio y comenzó a llenarse de televisores; España se había hecho democrática cuando, gracias al color, advirtió lo grisácea que había sido la dictadura de Franco; en España la mujer se había liberado de la tiranía de las faenas del hogar cuando las tiendas de electrodomésticos ampliaron sus escaparates para mostrar que lavadoras, aspiradoras y lavavajillas estaban al alcance de cualquiera; en España habíamos comenzado a sentirnos seguros y poderosos cuando el mando a distancia nos descubrió que, sin movernos del sillón, podíamos cambiar de canal, o de música, controlar el frío o el calor, abrir o cerrar puertas; el estado del bienestar al que aspiraba España, concluía, sólo era posible con el desarrollo de aquel sector comercial.

Aguanté en la facultad dos años para aprobar un solo curso. Nunca había sido mala estudiante, pero allí, en Informática, todo me resultaba difícil y absurdo. No entendía por qué tenía que memorizar tantas leyes como un estudiante de derecho y resolver tantas ecuaciones como uno de matemáticas. El ordenador tampoco me divertía y terminé por odiar el centelleo de la pantalla, su lenguaje por entonces

críptico de claves e iniciales, su tendencia a convertir de repente un texto en el galimatías de la piedra de Rosetta, la avaricia con que sus circuitos guardaban información y no te permitían resolver los problemas que se presentaban. Ante la pantalla me sentía como un espectador ingenuo y alelado con quien jugaba al escondite un prestidigitador sin escrúpulos. Por reacción, cada vez me gustaba más la inmovilidad de las palabras impresas en los libros, su fiel disposición en cualquier momento del día y en cualquier lugar donde me encontrara, su vocación de permanencia. Pero, sobre todo, Informática me parecía una carrera tremendamente aburrida. Así que cuando, en el segundo junio, recibí las notas con todas las asignaturas de primero aprobadas, le dije a mi padre que no iba a seguir.

—¿Y qué quieres hacer? —me preguntó.

—Quiero estudiar para ser policía. Como tú, pero policía nacional. No quiero ser funcionaria en las oficinas de un ayuntamiento.

Mi padre me miró en silencio, menos sorprendido de lo que yo había imaginado.

—De pequeña solías decirlo, pero creía que lo habías olvidado.

—Dejé de decirlo. Pero no lo había olvidado.

—No es una profesión que me guste para ti.

—Lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

—Bueno, ninguna profesión es tan dura como dicen quienes la ejercen ni tan cómoda como dicen quienes la desconocen.

Mi padre se levantó del sillón y encendió la luz para verme mejor el rostro.

—Por el simple hecho de ser mujer, lo tendrás más difícil que compañeros menos inteligentes, menos tenaces y menos decididos que tú.

—Lo sé.

—Y habrá ocasiones en que sentirás miedo —insistió.

—También lo sé.

—Y tendrás que resistir algunas tentaciones —añadió, pero ya no intentaba convencerme, sabía que no podría hacerlo y se limitaba a darme lo que él hubiera llamado información, y yo, consejos.

—Creo que lograré resistirlas.

—¿Se lo has dicho a Nico?

—Aún no. Quería que tú lo supieras antes.

—No va a gustarle nada.

—Lo supongo.

—Entonces, si nuestras opiniones no van a cambiar tu decisión, nada podrá cambiarla. ¿Adónde quieres ir? ¿A Ávila?

—Sí.

—Creo que podré hacer algunas llamadas para facilitarte los trámites.

—Ahorraríamos mucho tiempo. —Me levanté, le di un beso y le dije—: No puedo seguir estudiando algo que odio mientras pienso día a día en lo que me gustaría

estar haciendo.

Aunque sé que no le agradó mi decisión, mi padre nunca más dijo nada en contra, ni siquiera cuando aquella bala me destrozó la clavícula. No dijo nada, a pesar de que yo, su hija, era la última persona a quien le gustaría ver en contacto con las tribus que pueblan las comisarías. A la mañana siguiente hizo algunas llamadas, me trajo los impresos para rellenar y, poco después, fui admitida en la Academia.

Con Nico, sin embargo, las cosas no resultaron sencillas. Mientras me escuchaba con asombro, con incredulidad, con decepción, con tristeza luego, me pareció, por primera vez, un hombre viejo. Dijo que mi decisión era una locura, que dañaría nuestra relación —que, en efecto, se rompió durante cuatro meses, antes de reconciliarnos en enero; por entonces aún me quería, quizá incluso estaba enamorado—. Me puso ante los ojos todos los inconvenientes, todas las dificultades, todos los riesgos. Me auguró que me convertiría en un recadero de nuevos ricos asustados en cuyas viviendas sonarían continuamente las alarmas y, mientras ellos se divertían de vacaciones en la playa, yo estaría corriendo de un chalé a otro apagando las sirenas que saltaban al contacto de una mosca. Me habló de estadísticas, de policías muertos. Me insistió con el País Vasco. Me comparó horarios y sueldos. Me habló de los hijos que queríamos tener y del futuro.

Pero no cedí, y siempre me he alegrado de no haber cedido.

Fui a Ávila, trabajé a fondo y, al cabo de tres cursos, saqué el número cuatro de mi promoción de funcionarios del Cuerpo Nacional de Policía. Me destinaron dos años a Málaga antes de volver a Madrid con un destino definitivo. Nico ya había abierto la tienda de electrodomésticos. Entonces acordamos la fecha de la boda y nos casamos. Yo estaba segura de que, con él, los riesgos del matrimonio que más podía temer —la infidelidad, el malhumor, las manías despóticas, la pereza, el derroche...— se reducían a cero. Pero no calculé otras cosas. No miré lo suficiente dentro de mí. Cuatro años después nació Lucas. Pero por entonces nuestro matrimonio ya estaba muerto.

Una historia poco original, ya lo dije antes.

Supongo que, vista desde fuera, resulta atractiva la historia de un niño y una niña, casi vecinos, que desde su infancia parecen destinados a una boda con traje blanco, ramo de orquídeas y marcha nupcial de Mendelssohn. Es de las fábulas que gustan a la gente, porque parecen de mostrar la perenne validez de esa complicada y algo absurda forma de organizarse la vida que es el matrimonio. Bodas de plata, bodas de oro, bodas de platino testimoniando la solidez del enlace y una fe sin fisuras en que lo que te da tu pareja no puede haber nadie que lo iguale. Esa fe que no exige pruebas es lo que habíamos perdido.

En aquel momento los dos estuvimos de acuerdo en separarnos, fue una decisión común. No hubo uno que abandona y otro que es abandonado, uno que suplica y otro

que rechaza. Casi no hubo reproches.

Mientras yo estudiaba en la Academia de Policía de Ávila y conseguía mi primer destino provisional, Nico, con su habitual tenacidad, terminó Empresariales y salió de la facultad lleno de ambición. Decía que si sus padres —sin ninguna preparación académica, con la única intuición de una idea comercial que fechaban la noche en que Armstrong pisó la Luna— habían alcanzado un solvente bienestar económico, él, con sus estudios, tendría que subir más alto.

Sin embargo, el éxito no llegó, al menos no a la altura de sus expectativas. El hueco de mercado que había entrevisto estaba saturado de aspirantes mordiéndose y dándose codazos en feroz competencia. La tienda rendía lo suficiente para que viviéramos con cierta comodidad, pero no lo necesario para afrontar nuevas inversiones. Y tampoco el sueldo de un policía nacional es alto. Así que aquello era nuestra vida: vernos cada día como realmente éramos, apacibles y un poco aburridos, dejar pasar el tiempo a nuestro lado sin contar las horas que iban pasando, alternando sin chirridos trabajo y descanso.

Una tarde, sin embargo, Nico llegó a casa eufórico, diciendo que acababa de descubrir América. Su futuro negocio —nuestro futuro negocio— no pertenecería a ninguno de los tres campos sobre los que le había oído disertar y especular durante aquellos años: ni la construcción, ni el ocio ni las nuevas tecnologías. El futuro —nuestro futuro— era algo que participaba de los tres sin depender de uno solo.

—¿Qué? —le pregunté, porque deseaba tanto como él llegar a una definitiva estabilidad empresarial, por usar una de aquellas expresiones que tanto le gustaban.

—¡Piscinas!

—¿Piscinas?

—Sí. Piscinas. Un agujero que se hace en la tierra, se impermeabiliza y se llena de agua para que la gente se bañe o se rompa la cabeza. Mi padre acaba de instalarse una en el chalé.

—Sí, y me dijiste que ya está teniendo problemas con las fugas de agua.

—¡Precisamente! Porque todavía apenas hay gente que sepa hacerlas bien. Pero ésa es nuestra ventaja.

—No te entiendo.

—Ya lo tengo todo arreglado. Sólo falta firmar la concesión con una franquicia francesa, Desjoyaux. Allí nos llevan diez años de ventaja.

—¿Y...?

—Aquí todavía seguimos construyéndolas con cemento y azulejos, como en la época de los romanos. Por eso tienen tantas pérdidas. ¡Arqueología! —exclamó con desdén—. La solución es el plástico.

—¿Como esas enormes bañeras que anuncian en algunos sitios?

—No exactamente. La nuestra será una técnica más avanzada. Piscinas a medida. Se hace un hoyo con el tamaño, la forma y la profundidad que te guste o te permita el terreno, se mide y se recorta un aislante plástico con esas medidas exactas. Luego se

coloca como un guante. Al llenarla de agua, la propia presión lo pega a las paredes. Así de sencillo.

El proyecto parecía razonable, pero yo seguía con algunas dudas sobre sus cálculos y sobre la eficacia de una técnica tan novedosa que acaso no habría sido suficientemente contrastada.

—No es un espejismo, Andrea —insistía él—, ¡es el futuro! Hoy día ya nadie se hace rico con el trabajo de sus manos, ¡ni siquiera con el trabajo de las manos de otros hombres! Para ganar dinero hoy es necesario poner a trabajar a las máquinas y dejar pensar a la tecnología.

Me enseñó catálogos y materiales y, ante mi temor de que ocurriera lo mismo que con los electrodomésticos, replicó con convicción:

—En las nuevas urbanizaciones, todo el mundo comienza a reservar un hueco en el jardín para la piscina. Todo el mundo, Andrea. Como si sintieran miedo a un cambio climático... o como si no fueran nadie si no tienen un pequeño estanque donde remojarse. Me gustaría que vieras algunas fotos aéreas de los nuevos barrios. Cuadros azules por todas partes. Esto no va a parar en unos cuantos años.

Y, en efecto, acertó. Pedimos un crédito a un banco y comenzamos a amortizarlo con adelanto incluso antes de que llegara la primera revisión anual del tipo de interés. La vida nos empezó a ir económicamente bien al tiempo que entre nosotros todo comenzaba a ir mal. De pronto nos habíamos quedado sin cosas que contarnos y, lo que acaso es peor, sin secretos que no pudiéramos contarnos. Aún evitábamos tener niños y sólo hablábamos de banalidades o de piscinas, porque hablar de mi trabajo seguía poniéndolo enfermo. Él trataba cada día con gentes acomodadas que estrechaban su mano al saludarse, que podían permitirse comprar bienestar y lujo, que no regateaban el IVA de la factura y que demostraban su cómoda satisfacción con un contrato posterior de mantenimiento. Yo trataba con gente cuyo contacto podía hacerte daño, a menudo sin trabajo y sin domicilio fijo, sin dinero o con dinero manchado y con un feroz deseo de no volver a verte jamás en su vida.

Nunca iba a verme allí. Si teníamos que encontrarnos fuera de casa, evitaba recogerme en el trabajo. Sé que el umbral de una comisaría es un continuo desfile de tensión, de dolor, de miedo, de violencia contenida o expresa, y que mucha gente elude todo roce con un sitio así. Pero era la profesión que yo había elegido, y él debería haber hecho algún esfuerzo por aceptarla o, al menos, respetarla. Nunca lo intentó. Seguía odiando todo lo relacionado con ella. Rechazó desde el principio las amistades de mi gremio, y cuando alguna vez coincidíamos por azar con alguno de mis compañeros, apenas lo saludaba. Yo tenía que cambiarme de ropa en la comisaría, porque le disgustaba verme vestida con el uniforme. La cercanía de mi pistola reglamentaria también le despertaba un exagerado ataque de miedo pánico, pero elevaba el volumen del televisor y miraba con atención las noticias donde aparecían mis colegas disolviendo a golpes una manifestación no autorizada, o donde alguno de ellos moría por alguna acción violenta, de terrorismo o delincuencia

callejera.

Nico, además, se había vuelto de pronto codicioso. O quizá ya lo era antes y hasta entonces no lo había manifestado. Tener dinero parecía darle más felicidad que ninguna otra cosa, tanta que no advertía que apestaba a cloro con demasiada frecuencia. A todos nos gusta el dinero, sobre todo el dinero en efectivo, el que duerme en el banco como el genio en la lámpara de Aladino, esperando a que lo despiertes para salir a cualquier hora, gordo, amarillo y brillante, para ponerse a nuestras órdenes y satisfacer cualquier capricho. Pero a Nico no era la aparición del genio lo que lo entusiasmaba, sino la propia existencia de la lámpara, que se resistía a frotar para no gastarla. Decía que el verdadero estado opuesto a la riqueza no es la pobreza, sino la debilidad. O eres rico o eres débil. Y para alguien como él, que durante toda su vida había gozado de los privilegios que da la fortaleza, su continuidad era irrenunciable.

Por entonces, y contra mis deseos de vivir en el centro, compramos un chalé — por supuesto, con jardín y piscina hecha por él— y nos mudamos a vivir al extrarradio. Poco después murió mi madre. Mi madre, que no conoció nunca a mi hijo, que nunca pudo decir a quién se parecía, y que tal vez lo hubiera adivinado, volvió al vacío antes de que Lucas brotara de allí, sin llegar a cruzarse.

Una tarde me desperté después de dormir doce horas, porque había salido agotada de una guardia llena de conflictos. Nico no había regresado y estaba yo sola en casa. Fui abriendo todas las puertas de las dos plantas, incluso las de las habitaciones cerradas y desiertas que ya debe rían estar ocupadas por niños. Hacía un poco de brisa y pensé que nada evoca tanto la soledad de una casa como el viento agitando en silencio las cortinas de cuartos vacíos. Yo había cumplido treinta años, pero él se negaba, decía que aún nos quedaba mucho tiempo. Me senté en el porche silencioso con una taza de café entre las manos, dispuesta a no esquivar una vez más el peligro: una mujer sola balanceándose en una silla pendular en una casa vacía mientras se pregunta por qué su malestar no es tan evidente para su pareja como para ella misma, puesto que no hace nada por disimularlo. ¿Por qué, entonces, seguíamos viviendo juntos? Un hombre y una mujer se unen para buscar una felicidad común, pensé. Puede ocurrir que no la encuentren enseguida, que hayan errado en sus expectativas y en sus esperanzas sin que ninguno de ellos sea el único culpable del fracaso. Pero para su continuidad, para que la frustración no sea insoportable, es necesario que al menos hallen algún tipo de bienestar y de entusiasmo mientras dura la búsqueda. No sé si también le ocurría a Nico, porque él nunca hablaba de esas cosas, pero yo sí había perdido toda ilusión en el itinerario. Esa tarde tuve la certeza de haber caído en un enorme error que podía resumirse así: vivía una vida rutinaria en la que había dejado de creer, con un hombre a quien había dejado de amar y en una casa que nunca me había gustado. Si alguna vez fue de otra forma, ya no pertenecía a ese tipo de gentes que fingen fácilmente el entusiasmo, que no saben cuándo ha llegado el final y siguen viviendo muertos como si estuvieran vivos, como si no hubiera

diferencia entre la luz y la sombra, entre la sangre roja y la blanca sangre.

Apenas suavicé esas palabras cuando, media hora después, Nico me encontró sentada en la misma posición. Ésa fue la primera vez que entre nosotros se oyó la palabra «separación».

—¿Un curso de especialista?

—Sí.

—¿Especialista en qué?

—En simulacros de delitos. Hay un delito. Hay un acusado. Hay dudas de si lo hizo, o de cómo lo hizo. Entonces se monta una reconstrucción de los hechos en la que alguien interpreta a la víctima.

—¿Interpreta?

—Eso es.

—Quieres decir como si fuera una película —añadió con ironía.

—Algo parecido —acepté.

—¿Y cuánto dura ese curso?

—Tres meses en una primera fase. Más tarde, otro mes.

Nico elevó los ojos al techo, como si le estuviera hablando de un viaje alrededor del mundo. Yo todavía no adivinaba que el curso, en cierto modo, se convertiría en algo así, en algo que te hace girar arriba y abajo sin que adviertas ninguna sensación de vértigo.

—¿En Barcelona?

—En Barcelona.

Se quedó unos momentos pensativo, dándole vueltas a la alianza en el dedo, con aquel gesto que repetía cuando estaba nervioso.

—Vamos a ver. La situación es que mi mujer quiere irse tres meses a Barcelona a hacer un curso de especialista en... —dudó.

—Simulacros.

—... de especialista en simulacros para estar todavía más cerca de los delincuentes, literalmente para ponerte en sus manos —resumió, uniendo toda la información y manejándola para remarcar lo extraño que le resultaba.

—Puede decirse así.

—¿Y estás totalmente decidida?

—Sí, quiero hacerlo. Pero aún no he firmado nada. Quería comentártelo antes.

—¿Para qué comentármelo si ya lo has decidido?

—Bueno, estamos casados.

—Yo no sé si esto es estar casados, Andrea, no lo sé. ¿Cuánto tiempo hace que no...?

—Sé lo que vas a decirme —lo interrumpí.

—¿Cuánto tiempo?

—Mucho.

—Y quieres irte a ese curso.

—Por quedarme aquí no va a mejorar nada.

—Tampoco yéndote.

Se levantó, fue a la cocina y volvió con dos latas de cerveza. Al abrirme una arrancó la anilla, que se le quedó enganchada en el dedo índice: un vulgar aro de aluminio al lado de la alianza.

—A veces pienso que todo esto comenzó a estropearse el día en que te fuiste a Ávila a estudiar para policía. Quizá no tendría que haber vuelto contigo, pero volví. Entonces soporté las consecuencias de tu decisión, pero sé que ahora no soportaré un nuevo motivo de conflictos. Ya no es como antes.

No puedo decir que yo fuera una mujer dócil, pero tampoco había sido nunca desafiante. Me había mantenido tan lejos de la obediente y sumisa ama de casa como de la esposa que siempre parece estar echando un pulso a su marido por el predominio en la relación. Sin embargo, en ese momento permanecí firme y no cedí a su petición.

Y así fue mi historia con Nico. Llegué al curso, me esforcé en las dos fases y me especialicé con un informe brillante. Algunos fines de semana volvía a casa, y Nico, a pesar de lo que había dicho, todavía me estaba esperando. Aún hicimos el amor con alguna desesperación, porque ya sospechábamos que serían las últimas veces. En cuanto regresara definitivamente, habría que sentarse para acordar las condiciones de un final honroso. Entonces ocurrió el robo y todo se precipitó.

Ahora vivo de nuevo en el centro de la ciudad, en la que fue mi calle, en el bloque de pisos de mis padres. Es todo lo que puedo decir. Los policías tenemos rigurosamente prohibido dar detalles de nuestra identidad y nuestro domicilio para prevenir la posibilidad de venganza de algún exrecluso o de algún atentado terrorista.

Cada quince días, o a veces con más frecuencia, Nico viene a recoger a Lucas para el fin de semana. Otras veces lo llevo yo al chalé. Pero él casi nunca sube a casa, se queda esperando en el portal.

Desde que las pruebas demostraron que estaba embarazada, tuve la certeza de que el bebé que naciera se parecería a mí. Supongo que es un sentimiento que tenemos la mayoría de las mujeres, porque —y no quiero ahora caer en eso que Mariana llama espíritu «femichista», la otra cara de la misma moneda— somos nosotras quienes llevamos al niño dentro. En mi caso se ha cumplido y Lucas es mi vivo retrato. Tiene el pelo negro como yo, mis ojos azulados y el mismo tipo de piel. Sólo la debilidad a que lo tiene sometido la leucemia le impide ser más parecido. Así, los rasgos del padre quedan en él muy difuminados, genéricos, ocultos.

Es cierto que al principio, en sus primeras semanas, quizá en los primeros meses, estuve segura de que el padre era Luis. Pero luego no. Luego veía a Nico besarlo y

cogerlo en brazos cuando venía a buscarlo a casa, los veía caminar juntos, jugar, pelear en broma, reír, hacer los mismos gestos, y no tardé en convencerme de que él era su padre. Supongo que un niño imita a sus mayores porque los quiere y quiere ser como ellos. Al vivir conmigo y con Nico —aunque con él estuviera sólo los fines de semana— se había ido pareciendo a nosotros.

Así que terminé pensando que era él. Aunque, a veces, un reflejo en sus ojos, una postura de los hombros, su forma de correr, alguna parte del cuerpo que no lograba precisar evocaban de pronto el pasado.

Pero no puedo decir que esas ocasionales dudas me preocuparan mucho. Pronto habían perdido toda trascendencia y no afectaban a ningún sentimiento. ¿Qué importancia tenían? Lo esencial era que Lucas estaba bien, que era mi hijo y que yo tenía que hacer todo lo necesario para que fuera feliz. Todo lo demás no importaba y no hubiera importado nunca, y yo habría muerto y nadie habría llegado a saberlo si su sangre no se hubiera vuelto blanca, porque no es sólo que a la verdad le gusta jugar al escondite, es también que la mayoría de las veces ni siquiera aparece. Pero ahora sí importa. No puedo retrasar ni un día más la búsqueda.

Cuando Lucas ya está dormido, bajo de la estantería más alta la caja con fotos antiguas que siempre he mantenido ocultas, apartadas de los álbumes familiares donde guardo, bien ordenada, toda mi biografía oficial. En ella he ido acumulando a lo largo de años fotos defectuosas, desenfocadas, con falta o exceso de luz, que, sin embargo, no he querido perder, porque no hay otras con que sustituirlas. También algunas en las que no había quedado bien o me avergüenzan. Aunque no soy una mujer especialmente hermosa, sé que en los retratos suelo salir favorecida. En la caja he ocultado esa segunda biografía de imágenes que con tanto celo escondemos muchas mujeres a los ojos ajenos, una colección de estampas que narran otra vida paralela, misteriosa y secreta, que, sin embargo, definen con tanta precisión como la historia oficial nuestra historia privada. Tengo amigas que ahí, en sus cajas negras, esconden recuerdos de pequeñas vergüenzas físicas o morales, de secretos, de desnudos, de viajes a ciudades en las que niegan haber estado, de amistades o amores que ya no lo son, de periodos oscuros y agitados, demasiado vergonzosos o demasiado felices para mostrárselos a nadie.

Guardo una foto de mi adolescencia en la que un pliegue en el cuello y un pantalón de peto me hacen parecer gorda, casi obesa; guardo una foto que le quité a Nico cuando me retrató desnuda, cara al cielo, flotando en la superficie de nuestra piscina: su mujer y su piscina; guardo un pequeño retrato de fotomatón en el que cuatro amigas ebrias y pálidas logramos meter la cabeza; guardo una foto hermosísima dándole el pecho a Lucas; guardo una foto dedicada que me hizo, sin permiso y sin que yo lo advirtiera, un compañero de instituto que se enamoró de mí —pero que nunca se atrevió a decírmelo— y que me envió por correo al cabo de mucho tiempo; y también guardo otra en la que Luis y yo, sentados a una mesa de la residencia donde hicimos el curso de simulacros, leemos la página de un periódico que debía de contar algo gracioso que no recuerdo, porque estamos sonriendo, muy juntos, ajenos al fotógrafo.

Parecemos muy jóvenes. Hace siete años que alguien —no logro recordar quién ni cómo, si lo hizo por simpatía o malicia, si se conserva otra copia— apuntó por el visor de la cámara y apretó el disparador, pero aparento doce años menos. No sé si con Luis ocurrirá eso mismo, no sé si el trabajo y el paso del tiempo lo habrán envejecido como a mí, o si acaso ha cumplido su deseo de una vida más descansada que la de policía y entonces haya demorado la aparición de arrugas en su rostro, no sé si se mantendrá en buena forma física o si se habrá abandonado a ese desmayo del tono muscular que encorva la espalda de los sedentarios, hunde su cabeza entre los hombros y ralentiza los movimientos más triviales, levantarse de un sillón, o llevarse a los labios un vaso de cerveza, o pasar las páginas de un periódico que leen al mismo tiempo una mujer y un hombre, con los rostros acaso demasiado cerca uno del otro si no hay entre ellos otro vínculo que el del trabajo. No sé si el tiempo habrá endurecido su mirada como ha endurecido la mía.

Desde los primeros días, cuando terminaban las clases, los participantes en el curso solíamos salir en grupo por la ciudad, deseosos de conocerla al mismo tiempo que nos conocíamos entre nosotros. Luis y yo habíamos coincidido juntos en las primeras clases y habíamos tomado confianza. Cuando se trataba de ejercicios en grupo o en parejas, nos buscábamos instintivamente. Me sentía muy atraída por él, por sus ojos claros, moteados de pequeñas manchas pardas, por su acento al hablar, por la flexibilidad de sus movimientos, muy distinta de la compacta energía de Nico. También por la forma con que ejecutaba los ejercicios prácticos, prescindiendo de gestos inútiles, con una naturalidad y concentración que envidiábamos los demás, siempre remisos a sentirnos observados, cohibidos entonces como bañistas desnudos sorprendidos entre gente vestida. Una tarde que nos dejaron libre por enfermedad de uno de los ponentes, me preguntó:

—¿Has estado antes en Barcelona? ¿La conoces?

—No.

—Déjame que te enseñe cómo es.

Aquella tarde salimos solos y caminamos mucho, por donde él fue guiándome, sin prisas, cambiando a menudo de dirección si yo mostraba interés por algo que recordaba haber visto o leído, o descansando en una terraza si teníamos sed. Una tarde entera, una cena y una velada hasta que nos besamos en un *pub* donde tocaba un grupo de *jazz*.

En los días posteriores tuvimos que ocultar nuestra complicidad a todos los demás, disimular ante los compañeros del curso, que quizá lo sospechaban, pero que no podían tener ninguna certeza. Huíamos del grupo y de sus diversiones gritonas y a menudo étlicas y, o bien nos quedábamos en la residencia donde nos alojaban, o bien dábamos paseos por otras rutas. La tentación era más fuerte y el peligro más dulce en la clandestinidad, con el enemigo cerca, como nos gustaba decir en broma. Era muy excitante besarnos fugazmente cuando nos cruzábamos en un pasillo solitario, o rozarnos las rodillas por debajo de la mesa durante una clase, en breves contactos que, sin embargo, nos parecían caricias muy profundas, o cruzar unas palabras en clave para acordar la hora de la cita en medio de una disertación sobre la eficacia de los simulacros como instrumento judicial. Aquella primera fase del curso fue la más intensa en nuestra relación y la que con más nitidez recuerdo: el olor diferente de su cuerpo, la extrañeza de mi lengua al recibir la lengua y la saliva de un hombre que no era Nico, algunos arrebatos de intensa sensualidad que me llenaban de perplejidad y también de un poco de miedo. Una nota suya en un papelito con una hora y una propuesta me importaba más que los apuntes de la clase, y, aunque siempre había sido una buena estudiante, hubiera deseado entonces suspender el curso si fuera posible repetirlo a su lado. Hubo momentos mágicos en aquellos meses, con la ciudad entera para nosotros dos solos. Paseábamos mucho, por el barrio gótico, por las Ramblas, abiertas a nuestro antojo, o nos deteníamos a mirar la Pedrera o los balcones de la casa Batlló, o los barcos que atracaban en el puerto, comentando algo,

o en silencio. Todavía hoy me alcanza un sentimiento de nostalgia al evocar ciertas miradas cómplices, los ojos acariciando lo prohibido a las manos cuando había alguien presente, los besos fugaces que no me saciaban, que deseaba prolongar durante minutos, porque intuía que cuando acabara el curso ya no volveríamos a estar juntos. Sin embargo, aquella extraña felicidad no me impedía ver que nuestros gustos y hábitos eran demasiado diferentes y que cada uno esperaba del futuro regalos muy distintos.

Creo que ha sido la única vez en que perdí el control de mis emociones. Unos meses antes no podía imaginar que dentro de mí estallaría aquel torbellino de impulsos cuya clandestinidad me producía inquietud, sí, pero no remordimientos. Mi relación con Nico era como un cadáver al que sólo faltaba incinerar. Sentía que, al querer a Luis, también me estaba queriendo a mí, me estaba concediendo algo que siempre me había negado, temerosa de penetrar en un territorio que hasta entonces había eludido por miedo a devastar el equilibrio con que había organizado mi vida.

Luego, a la vuelta de un intervalo de seis meses de prácticas en Madrid, en la segunda fase del curso, más breve, se fue apagando aquel entusiasmo, antes en él que en mí. Sin que supiera bien por qué, todo se hizo más normal, más cotidiano, ya no existía el temblor del descubrimiento y del misterio. En Luis comenzaba a anunciarse aquella insatisfacción interior de la que él mismo desconocía la causa y contra la cual yo tampoco sabía qué recursos o palabras oponer. Me desconcertaban su repentina apatía sin motivo, sus vacilaciones entre la avidez y la indiferencia. No comprendía que a veces le entristeciera tanto su edad, su época, el lugar donde vivía, si era tan joven, no había alrededor guerra ni peste ni tiranía y su ciudad era una ciudad hermosa. Tenía miedo de que su tristeza terminara contagiándome y de que también yo me dejara llevar por la pesadumbre, porque siempre he sospechado que, al contrario que la alegría, tan difícil de expandir en un ambiente hostil, la tristeza se propaga con facilidad, infecta por contacto, deprime por cercanía.

Entonces ocurrió lo del robo.

Faltaban dos jornadas para terminar el curso y, previendo que no sería fácil despedirnos con tranquilidad —porque yo ya sabía que se trataba de una despedida— la última noche, en la que iba a celebrarse una fiesta de clausura con todos los alumnos y profesores, acordamos pasar la víspera juntos en su apartamento.

Cuando volví a la residencia, a las seis y media de la mañana, como otras veces, el conserje me entregó una nota. Era de Nico y me pedía que lo llamara urgentemente.

—Han insistido varias veces a lo largo de la noche —me informó el conserje con tono de reproche, como si yo le hubiera impedido dormir—. Decían que era algo muy importante.

Subí a la habitación, cogí el teléfono y antes de que terminara de sonar el primer tono ya estaba Nico contestando:

—¿Dónde coño estabas? ¿Dónde coño estabas?

—Salimos anoche varios compañeros del curso y nos hemos entretenido demasiado. Uno de ellos cumplía años y se empeñó en invitarnos —comencé a improvisar la mentira, agradeciendo que Nico no estuviera presente y no pudiera advertir el rubor que me subía al rostro. Aunque él ya no tenía derecho a hacer aquella pregunta, porque habíamos acordado que, si todo seguía así, comenzaríamos a tramitar la separación a mi regreso de Barcelona.

—¡Tú de fiesta mientras robaban en el almacén! —gritó—. En nuestro almacén, porque todavía es de los dos, ¿o no? ¿Para qué coño estoy casado con una mujer policía si mientras me están robando ella está de juerga y ni siquiera puedo localizarla para que me ayude?

—Desde aquí no podría haber hecho mucho —protesté.

—¡Claro que sí podrías! Si hubieras estado localizable, podrías haber llamado a tus compañeros para que se tomaran más en serio el aviso. Saltó la alarma y tus colegas policías fueron allí rutinariamente, miraron por fuera y ni siquiera se esforzaron por comprobar todas las ventanas. Una de ellas estaba forzada, pero no la vieron. O no la miraron. Dijeron que era una falsa alarma más, un fallo del sistema. Y se fueron dejando dentro a los hijos de puta, agazapados mientras tus compañeros seguían de excursión por allí fuera, con la alarma desconectada para que no volviera a saltar. Y eso si llegaron a bajar del coche, que ya no sé qué pensar. Si tú hubieras hablado con ellos, seguro que se habrían esforzado más en lugar de decirme por teléfono que me tranquilizara, que no se veía nada extraño, ni roto, ni forzado. ¿De qué me vale que mi mujer sea policía? ¿Sabes lo que hicieron luego, Andrea, sabes lo que hicieron?

—¿Mis compañeros?

—Los cabrones de los cacos. ¿Sabes lo que hicieron?

—¿Qué?

—Quemaron los motores de todas las depuradoras. Los muy hijos de puta. Cuando comprobaron que en el despacho no había dinero, ni caja fuerte, ni nada de valor que pudieran llevarse y vender fácilmente, se vengaron así. Alguno de ellos debía de saber de electricidad, porque enchufaron las nuevas depuradoras directamente a la corriente, sin adaptador, y han quemado todos los motores. ¡Todos! ¡Y mi mujer policía de juerga mientras tanto!

—No te preocupes más, por favor —intenté tranquilizarlo—. Para algo pagamos un seguro, ¿no? Mañana termina el curso, nos dan los resultados y enseguida salgo para allá.

—¡Mañana! Mañana es demasiado tarde, Andrea. Era esta noche cuando tenías que haber estado aquí.

Nico parecía calmado cuando regresé con el título de especialista bajo el brazo, un poco asustada, porque sabía que comenzaba lo difícil. Yo ya no era una oscura actriz de reparto que componía el coro o que sale al escenario a declamar dos frases de relleno. Al volver a Madrid con el título lo hacía como la primera actriz de la

compañía. A partir de entonces debía enfrentarme al público no sólo durante toda la obra, sino además acompañada por un partenaire hostil con quien nunca podría mantener una buena relación, que me odiaría por lo que estaba haciendo, que daría sus réplicas intentando confundirme. Pero a Nico todo eso le era indiferente. Esperé aún varios días para abordar el problema cuya última decisión habíamos ido posponiendo.

—He llamado a una de esas oficinas donde tramitan las separaciones —me dijo—. Hay un modo amistoso de hacerlo, para que todo resulte más fácil. Hace unos meses me dijiste que tal vez debíamos dejarlo. Ahora yo también estoy de acuerdo. Me he permitido pedir una cita para dentro de tres días y he dicho que iríamos los dos. Pero si tú quieres, llamo mañana a primera hora para anularla y nos buscamos cada uno un abogado diferente. Si estás de acuerdo, tenemos tres días para hablar todo lo que sea necesario.

—De acuerdo. Tres días para hablar. Luego acudiré contigo a esa oficina.

Eso era a principios de marzo. Quince días más tarde, cuando comenzaba la primavera y acababa de dejar atrás mi matrimonio, supe que estaba embarazada. Llamé a Nico y se lo dije. A pesar de mis temores, se alegró mucho, por mí y por él. Hizo algún cálculo y no manifestó la mínima duda de que él era el padre. Si alguna vez lo dudó, nunca insinuó nada, nunca hizo una de esas preguntas que sólo pueden ser respondidas con mentiras.

La solicitud de la separación ya estaba en marcha. El abogado tuvo que rehacer alguna cláusula relativa a los futuros derechos del niño que yo acepté sin discutir. Nico se quedaba con el chalé y con la empresa a cambio de una cantidad baja para su valor real, pero no me importó. Con aquel dinero pude pagar una buena parte del piso que compré en el edificio donde siempre había vivido. Era como volver a casa, de un modo natural, no pródigo, quizá porque quien ha tenido una infancia feliz no se siente incómodo si al cabo del tiempo tiene que regresar.

Muchos de los muebles y objetos que habíamos comprado juntos se quedaron allí, pero tampoco me importó. Nunca me imaginé contratando un camión de mudanzas con una brigada de forzudos operarios para que desmontaran los muebles y dejaran en el suelo los electrodomésticos que sus padres nos habían regalado. Me llevé lo necesario para Lucas y poco más de lo que era mío antes de casarnos. En una separación todo eso es lo menos importante. El ajuar se monta para vivir con alguien. Cuando esa vida común ha fracasado, discutir por el ajuar es la peor forma de revolcarse en el fracaso.

Guardo ahora la foto en mi cartera y comienzo la búsqueda.

En el servicio de información telefónica doy su nombre y el de una provincia, Barcelona. Como no hay resultados, continúo con el resto de Cataluña, y luego con Valencia, con Madrid, con Andalucía... Recorro toda la geografía nacional y, con

cada negativa de la operadora, crece la decepción. Así llego al final sin nada entre las manos. Luis no tiene teléfono a su nombre o bien, como se nos recomienda a los policías, no aparece en la guía.

Es tarde y mañana debo madrugar, pero enciendo el ordenador y entro en la red. Tecleo su nombre completo, «Luis Moll Schwarzwald», pero el buscador no encuentra nada. Con los apellidos separados saltan cientos de entradas. En vano recorro las pantallas, pinchando sobre cualquier indicio, aquí y allá, a la deriva en el frío océano electrónico. Ninguno se refiere a él.

Froto mis ojos fatigados y respiro hondo, cansada, pero aún sin desaliento, porque ya había considerado la posibilidad de su ocultación. A pesar de nuestro oficio, en el que tan a menudo nos hallamos bajo los focos, a Luis nunca le había gustado estar al alcance del público. Solamente en el escenario, cuando actuaba con el grupo teatral, se convertía en objeto de observación colectiva y daba rienda suelta a ese instinto — me comentó en una ocasión— que alguna vez todos sentimos de volcarnos hacia el exterior, de ser reconocidos, de gritar a los cuatro vientos que existimos y que necesitamos que de cuando en cuando alguien nos mire con atención y afecto, confiados en que tenemos algo valioso que decir.

Es de madrugada cuando apago el ordenador y dejo la búsqueda para el día siguiente, con las oficinas abiertas. Hubiera preferido no recurrir a los cauces oficiales, pero no tengo otros conductos para encontrarlo.

Por la mañana pido dos horas para hacer unas gestiones personales y me acerco a la Dirección General de Policía, cerca de Cuatro Caminos. Nunca había estado allí, adonde habían trasladado la antigua y siniestra Dirección General de Seguridad. Había oído decir a mi padre que aquel cambio era muy conveniente para mejorar la imagen de la policía. Todo edificio, comentó entonces, conserva hasta su derrumbe o demolición el recuerdo de los hechos que ocurrieron entre sus paredes. Los dormitorios se impregnan de quienes nacieron o murieron dentro, una escalera se vuelve tétrica en cuanto alguien se ha arrojado por ella, un desván es más lóbrego si un hombre se colgó de una de sus vigas. Y, desde la dictadura de Franco, los pasillos y despachos del edificio de la Puerta del Sol estaban demasiado poblados por las huellas de policías hoscos, violentos y rígidamente abotonados, los sótanos demasiado llenos de gritos de torturas, de sangre de presos, de palizas y dolor como para poder ser limpiados aunque se emplearan cisternas de lejía. Era bueno haber sacado de allí la sede de la policía para que el inmueble y su inquilino se limpiaran de escoria.

Un policía es ese ser que, a menudo surgido de un ambiente de pobreza, cuando no de caos o de marginalidad, logra identificarse con el orden, con la disciplina y con el poder, en torno a los cuales cierra filas frente al mundo exterior para conformar un ambiente profesional hermético y compacto, consciente de que, aunque la sociedad necesite siempre al policía, pocas veces llega a apreciarlo. Prefiere mantenerse alejada de él, reticente al contacto con quien mejor conoce su suciedad, sus vicios,

sus llagas, sus terrores, cuando no claramente desdeñosa al considerar que no es más que el aparato excretor del organismo social. Sin embargo, no es ésta la impresión que da el amplio y luminoso vestíbulo y la oficina de información donde me hacen pasar. Todo aquí es sencillo, familiar, civil. Sólo los dos policías de la puerta van armados.

Le enseño mi placa a la mujer que me atiende y le explico que quiero localizar a un compañero cuyo paradero desconozco. Cuando me entrega un formulario que debo rellenar para que me den esos datos, le digo que es urgente y pido hablar con el jefe de sección. Entonces me hace pasar a un despacho vacío donde cinco minutos después entra un hombre. Es joven y lleva un papel en las manos: mi ficha de funcionaria.

—¿Tanta prisa tiene? —me pregunta.

—Sí. Es muy urgente.

—¿Urgente? —repite, con el escepticismo de quien está acostumbrado a que las urgencias sean casos de vida o muerte, sujetas a los minutos que faltan para que estalle una bomba o para que alguien se arroje al vacío.

Le hablo de mi hijo, de su enfermedad, del poco tiempo que tenemos para curarlo; le digo que por sus venas corre algo que más parece leche que sangre. Lo miro fijamente a los ojos cuando añado que el hombre a quien busco es el verdadero padre y que hay alguna posibilidad de que pueda ser el donante.

—Espere un momento —me dice señalando el impreso que aún tengo en las manos.

Sale del despacho y vuelvo a quedarme sola, expectante, porque lo que le he pedido es precisamente que desobedezca en esta ocasión su servicio al orden y a la disciplina. Cuando regresa trae varios folios impresos. Se sienta y los lee antes de comenzar a hablar.

—Creo que no puedo ayudarla mucho. Luis Moll Schwarzwald ya no pertenece a la policía.

—¿Desde cuándo?

—Pidió la excedencia hace cuatro años —explica, y me muestra la solicitud de baja.

Pocos datos hay en ella que no conozca. No hay un número de teléfono ni un indicio de sus intenciones. Todo es simple, escueto, con esa fría contundencia de los documentos oficiales. Sólo anoto su dirección particular y la comisaría de Barcelona donde tenía su último destino.

—Suerte —me desea cuando le agradezco su ayuda.

Salgo a la calle, pregunto por la oficina de Correos más próxima y pongo un telegrama: «Soy Andrea. ¿Te acuerdas de mí? Necesito hablar contigo. Muy importante. Llámame, por favor». Y añado mi dirección y mis números de teléfono.

Vuelvo al trabajo y procuro, en vano, concentrarme en el nuevo expediente que Mariana ha puesto en mi mesa. Mientras espero la respuesta de Luis, de quien no sé nada, ni un dato sobre su actual ocupación o sobre la ciudad donde habita, necesito

mirar, tocar, pensar en cosas concretas que puedan nombrarse. Pero las cosas parecen hechas de humo y de teflón, mi mirada resbala sobre ellas sin lograr sujetarlas, con la atención únicamente puesta en el reloj y en el teléfono móvil, que sigue mudo encima de mi mesa. Así pasa la mañana, y pasa la tarde y cuando va a entrar la noche, ya en mi casa, un correo trae devuelto el telegrama con un sello: «Destinatario desconocido».

Desalentada, lo rompo en pedazos muy pequeños. Ahora ya sé que tengo que viajar, y que no puedo esperar para hacerlo. Es miércoles. Mañana, en unas pocas horas, debo arreglarlo todo para salir por la tarde hacia Barcelona.

Había confiado en que Nico tardaría un poco más en advertir todo lo extraño que hay en la incompatibilidad de su sangre con la de Lucas y en ir a preguntar al hospital, pero estoy abriendo la pequeña maleta que llevaré en el viaje cuando me llama por teléfono.

—He estado en el hospital —dice, y sé ya en ese instante lo que va a añadir, pero no respondo nada, temo que cualquier palabra precipite los acontecimientos—. Creo que tenemos que hablar —añade.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

No parece el momento más adecuado, pero quizá sea mejor así. Sé que si los asuntos turbios se demoran terminan aumentando la virulencia de su veneno. He comprobado en mi trabajo que cuanto más inmediato sea el esclarecimiento del agravio o la duda, más fácil resulta la conciliación, antes de que la ofensa fermente y enraíce en un encono profundo y subterráneo.

—Lucas ya está dormido. Pero podemos hablar ahora —acepto.

—Voy para allá.

Cuando llega a casa veo que está más afectado de lo que su voz sugería por teléfono. No me mira a los ojos, camina hacia el salón con cierto estruendo, con esa despreocupación por los ruidos de quienes viven en casas sin vecinos.

—¿Quieres una copa? —le ofrezco, aunque sé que ya ha bebido. Al entrar he notado el olor a *whisky* imponiéndose al tenue olor a cloro que lo impregna cuando pasa muchas horas en el almacén.

—Un *whisky*.

Busco hielo en la cocina y, al regresar con la cubitera, no está en el salón. Avanzo por el pasillo hasta la puerta abierta del dormitorio de Lucas, que dejo entornada para que le llegue luz y no tenga pesadillas. De hecho, aún se levanta muchas veces en mitad de la noche y viene a mi cama y, con sigilo, para que no me despierte y se lo impida, alza la sábana y el pequeño miedoso se cuela dentro, ocupando el lugar que desde hace años no ocupa Nico, y se acurruca a un lado, sin tocarme, y si entonces me despierto al sentir su presencia, cierra los ojos como si estuviera muy dormido y

ya llevara mucho tiempo allí; y yo entonces lo beso y me abrazo a él mientras una leve sonrisa de felicidad le dora los labios, satisfecho de haberme engañado con su pequeña trampa.

Nico ha entrado en el dormitorio y está de pie junto a la cama, mirándolo dormir junto al suave peluche de su poni, observando los rasgos de su cara, quizá preguntándose cómo no ha sospechado nada hasta entonces o, acaso, cómo puede seguir queriéndolo cuando ya sabe que no es su hijo.

Retrocedo y vuelvo al salón, sirvo dos *whiskies*, aunque casi nunca bebo, y espero sin saber qué hacer. Nico aparece enseguida. Se sienta frente a mí, levanta el vaso y remueve el líquido, nervioso, casi frenético. Cuando bebe un trago largo, los cubitos de hielo se desploman sobre su boca y provocan que el *whisky* se vierta y le manche la camisa y la corbata.

—¡Joder! —exclama irritado.

Quiero ayudarlo, pero él coge su pañuelo y se limpia cuidadosamente la camisa. La corbata clara no tiene remedio. Se la saca por la cabeza tras aflojar el nudo, levantando y lanzando hacia delante la barbilla con un gesto que le hace parecer agresivo, aún más fuerte de lo que es, y la guarda en el bolsillo de su chaqueta como si tuviera miedo de olvidarla después si la deja encima de la mesa. Sin corbata, con la camisa desabrochada, tiene un aspecto familiar que ya casi había olvidado, porque Nico es de esos hombres a quienes un traje les cambia radicalmente su aspecto. Si con chaqueta y corbata parece un ejecutivo, sin ellas parece un campesino o un leñador. De nuevo levanta el vaso, observa los cubitos de hielo con prevención y bebe un trago lento y largo.

—Estuve en el hospital —dice por fin—. El doctor Calderón me lo ha contado todo.

—No podía ocultártelo. Ellos no pueden mentir.

—Y tú, ¿desde cuándo lo sabías?

—¿Crees que te hubiera pedido que te hicieras esos análisis si...?

—¿Desde cuándo? ¿Cuánto tiempo hacía que lo sabías? —me interrumpe. Las palabras parecen rizarse entre su lengua, surgen confusas, feroces y tristes a la vez.

—Desde esa misma tarde. Esperé a que te marcharas en el coche para volver dentro y preguntar, extrañada por la diferencia en los marcadores.

—¡Y esperabas que yo no me diera cuenta!

—No, no lo esperaba. Sabía que tú también terminarías preguntándolo. Sólo me ha extrañado que hayas tardado varios días.

—Y si no lo hubiera advertido, me lo habrías contado tú, ¿verdad? —pregunta con ironía mientras abre los brazos con un gesto brusco, como dos aletazos de un ave irritada. El rostro se le ha endurecido, sus aristas parecen más afiladas, más definidas las placas.

—Claro que sí.

—Ya no puedo creerte —dice.

—Entiendo que ahora dudes de todo. Pero es cierto: no he estado seis años mintiéndote —replico en voz baja para que Lucas no se despierte. Ahora soy yo quien bebe intentando encontrarle algún sabor al *whisky*. El alcohol baja como un pez por mi garganta, recorre mi estómago y noto su brusco coletazo que remueve mi sangre desde los pies a la cabeza.

—No, seis años no. Te bastó con mentirme durante unos pocos minutos.

No es verdad lo que dice, o al menos no es exactamente verdad, porque cuando volví a Barcelona para la segunda parte del curso ya era irreversible el alejamiento que culminó en la separación. Ya no estaba obligada a guardarle lealtad, ni a contarle lo que sucedía en mi vida, que había vuelto a ser mi vida privada. Pero entiendo que se sienta ofendido e intento compensar su malestar con una ausencia de protestas. Sin embargo, no es silencio lo que él espera, acostumbrado a las discusiones desagradables y agotadoras de los últimos meses juntos, y mi silencio parece aumentar su irritación.

—Durante unos pocos minutos —repite—. Y nunca te vi arrepentida. Al contrario, se diría que estás orgullosa.

—¿Orgullosa? No —niego, pero sé que es cierto lo que afirma. No me arrepiento de lo que hice, sería como quejarme de haber tenido a Lucas. Luego añado—: ¿Tanto te importa algo que ocurrió hace mucho tiempo cuando ahora Lucas está tan enfermo que puede morir si no se encuentra a un donante?

—¡Claro que me importa! Mira —saca la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y extrae su foto—. No he dejado de observarla desde que esta tarde hablé con el doctor Calderón. Al principio me parecía imposible, no podía creer lo que me decía, porque muchas veces he reconocido en su cara rasgos de mi cara. Pensé que debía de haberse producido una confusión en los análisis, un error como el que ocurre con esos recién nacidos a quienes se les cambia de cuna o se les coloca mal la cinta en el tobillo y nadie se entera nunca. Hasta que comprendí que el único equivocado era yo, porque tus marcadores sí coincidían, Andrea, los tuyos sí. El doctor insistió en que habían repetido los análisis y no había posibilidad de error. Así que de repente me di cuenta de que la foto que he llevado durante años en la cartera no es de mi hijo; que ese niño, de quien he presumido por lo listo y lo guapo que es, en realidad es tan extraño a mí como un niño con quien me cruzo en la calle. ¿Cómo quieres que no me importe, joder?

—No grites, por favor. Lucas puede...

—¿Cómo quieres que no me importe? Lo he abrazado por las noches cuando se iba a dormir, le he contado cuentos, lo he cuidado cuando estaba enfermo, he entregado mi cariño a alguien ajeno.

—No digas eso. No hay nadie que tenga más derecho que tú a llamarlo hijo.

—No, no es mi hijo, Andrea. Reniego de esa condición —dice, y vuelve a beber hasta agotar el vaso donde se han derretido los cubitos de hielo—. Nunca lo ha sido. Lucas es hijo tuyo y de..., de algún compañero con quien tus guardias de veinticuatro

horas en la comisaría debían de hacerse muy aburridas sin un poco de diversión —añade con rabia—. No quiero ni pensarlo... Espero que al menos sepas quién es el verdadero padre sin que tenga que pasar por el hospital a que se lo demuestren unos análisis.

No puedo aceptar el insulto y también yo alzo la voz para afirmar que no tiene ningún derecho a decir eso. Pero está irritado y mi grito lo irrita aún más. En el fondo, y a pesar de esa capa de tolerancia y cortesía que ha ido perfeccionando en el trato con los clientes de su empresa, Nico sigue perteneciendo a la clase de hombres para quienes hacer el amor y penetrar a una mujer tiene la trascendencia de un acto religioso y, por tanto, que otro haya accedido al cuerpo de quien fue hace tiempo su pareja tiene casi la gravedad de un sacrilegio. Desearía que todo esto no se enquistara entre nosotros y pudiéramos seguir manteniendo una relación amistosa. A pesar de lo hiriente de sus palabras, me levanto y voy a sentarme a su lado, en el sofá, conciliadora y vagamente consciente de estar siguiendo los consejos de diálogo que muchas veces Mariana les da a las mujeres que vienen a hablar con ella, en los casos en los que cree que el conflicto aún puede arreglarse, las recomendaciones de lo que pueden conceder y lo que deben negar, la diferencia entre la reconciliación y la humillación.

Pero me doy cuenta de que yo tampoco sé bien lo que debo decirle al hombre que está junto a mí y fue mi pareja, que ha bebido demasiado y huele en exceso al *whisky* que se ha derramado en la corbata y la camisa, y que ahora se tapa el rostro con las manos. No sé bien qué necesita de lo que yo podría darle para purgar su resentimiento: consuelo, promesas, juramentos, recuerdos..., no sé.

Pongo mi mano en su brazo, porque creo que será más fácil hablar si toco sus manos, si miro de cerca sus ojos, pero advierto cómo se tensa bajo la chaqueta. Le digo, ofreciéndole lo mejor que encuentro:

—No estés así. Hay una cosa en todo esto que nunca cambiará: Lucas te quiere mucho. Para él, tú eres su padre y lo serás siempre.

Pero Nico se quita las manos de la cara y no acepta la ofrenda. Se vuelve para mirarme, y sus ojos han dejado de ser un conjunto armónico de círculos concéntricos para reducirse a una hebra de sombra y de vehemencia.

—Hay algo que me debes —dice, y sin transición, como cuando aún estábamos casados, sujeta mi rostro entre sus manos y me besa en la boca. El olor a *whisky* se hace entonces más intenso, no parece proceder sólo de sus labios o de su lengua, que se introduce entre mis labios, sino de más adentro, de sus pulmones o de su estómago. Cierro mi boca, pasiva y firme, porque intuyo que, en el estado de excitación en que se encuentra, no oponerme es la mejor forma de no exaltarlo más.

—Nico, no, por favor, así no —intento decir, pero él no escucha, está sordo, mis protestas sólo cambian la dirección de sus movimientos, no su violencia. Con un gesto brusco me tumba sobre la alfombra, aprovecha su peso para inmovilizarme y ya no parece él, el Nico que conozco, cuando agarra mi mano y la tuerce hacia mi

espalda, dolorosamente. Cada vez que intento escaparme tira de ella hacia arriba, entre los omóplatos, y para evitar el dolor tengo que acercarme a él, que vuelve a besarme con rabia, embistiendo con movimientos semejantes a los de un toro. Sin soltarme el brazo me obliga a girarme y casi le resulta fácil abrir mi bata y romper la última ropa. Su excitación multiplica sus fuerzas.

Sé que ya no va a parar, que no va a dejar a medias lo que ha venido a hacer, que tengo que detenerlo, y le muerdo con rabia el hombro con que me aplasta la cara. El grito ronco llega a mis oídos al mismo tiempo que los golpes en mi boca, una, dos, tres, cuatro veces.

Aturdida, ya no me resisto, pero no siento apenas miedo. Lo he oído contar tantas veces que sé lo que va a pasar, cómo va a suceder, qué tengo que hacer para que el daño sea el menor posible. Con la cara aplastada contra el suelo veo mi casa, el televisor apagado, las fotos de Lucas apoyadas en los libros, el reloj que tiembla, el pasillo iluminado. Mi único miedo ahora es que mi hijo se despierte y venga al salón y me vea así, sangrando por la boca partida, casi desnuda, y a quien cree su padre moviéndose encima en una actitud que no comprendería, pero que nunca podría olvidar. ¡Que duerma, que siga durmiendo, que no venga ahora y vea a su madre en el papel real que tantas veces ha interpretado en la ficción! El dolor que siento en la boca y entre las piernas no importa y, si no puedo evitarlo, al menos tengo que hacer que todo esto ocurra en silencio. A Nico ahora mismo le sería indiferente que Lucas se despertara y nos viera, porque no es su hijo, lo ha repetido varias veces esta noche.

Así que me quedo inmóvil, esperando, resistiendo pasiva, mientras se mueve sobre mí arriba y abajo, con violenta precisión, cada vez más deprisa. Va a correrse pronto, lo sé, lo he recibido muchas veces antes: sé cuándo le va a venir y qué indicios lo anuncian.

—Déjame, por favor, salte —le pido.

Mi resistencia parece enardecerlo y con sus rodillas impide que pueda cerrar mis piernas. Entonces, por primera vez con miedo, lo comprendo todo: no se trata sólo de placer o de sexo. Se trata de cobrarse aquello por lo que ya ha pagado.

—Déjame, déjame —insisto—. Por favor.

Se queda un momento inmóvil, sobre mi espalda, y de pronto sale con un movimiento brusco, como si hubiera rebotado contra algo duro y ardiendo, y un segundo después lo noto en mi espalda convertido en goterones de cera caliente, respirando de forma convulsa y di sonante sobre mi nuca, sin que pueda verle el rostro, su dura y ancha frente de langosta apoyada en el suelo, como si ya no supiera lo que tiene que hacer.

Todo lo peor ya ha sucedido y me quedo allí, aplastada y sin lágrimas, mirando el reloj que tiembla y el pasillo por el que no ha aparecido Lucas. No se ha despertado. Nico se levanta y se abrocha el cinturón con movimientos rápidos, dándome la espalda, sudoroso y todavía frenético. Entonces pienso en la pistola que guardo en lo alto del armario, en lo fácil que sería ir a cogerla, volver, apuntar a su nuca sudada y

ancha, donde la carne hace un pliegue, y disparar. Pero sé que no voy a hacerlo, que es sólo un pensamiento, como el de tanta gente herida: ¿qué pasaría si matara ahora, qué pasaría?

Como si él también lo hubiera pensado, termina enseguida de abrocharse el cinturón y, sin decir nada, se marcha. Noto sus pasos, tan sigilosos ahora que sólo llega una tenue vibración a mi oído apoyado contra el suelo. La puerta se abre y se cierra, y luego el silencio, únicamente moteado por las lejanas vibraciones de la ciudad. No suena el ascensor, quizá está demasiado impaciente para detenerse a esperar en el rellano, dando la espalda a la entrada del piso donde yo estoy herida y guardo una pistola.

Me levanto despacio, aturdida. En la ducha dirijo el chorro hacia mi vientre y me lavo ferozmente. Froto mi espalda e intento borrar de entre mis piernas cualquier huella suya, raspando con fuerza hasta hacerme daño y ver la piel roja, como esos animales que al quedar atrapados en los dientes de acero de un cepo se cortan la pata con los dientes para poder escapar. El agua quema, pero sigo allí durante mucho tiempo.

Luego, frente al espejo, observo los estragos. Me duele dentro y me duelen la boca y el hombro retorcido, y me duelen las piernas como si hubiera estado un día entero de rodillas en la nieve, pero las huellas son menores de lo que había imaginado: no hay roturas ni esguinces y sólo los labios hinchados y el asomo de unas contusiones en los muslos y en los brazos. Los hematomas desaparecerán pronto, sólo las cicatrices perduran, hay muchos que lo saben bien. Pero todo eso ahora no importa. Sé que, del mismo modo que no fui a buscar la pistola, tampoco iré a poner una denuncia, porque, aunque podría hacer contra Nico una infinidad de cosas para destrozarlo, ninguna de ellas dejaría de herir también a Lucas. Me tumbo en la cama y dejo que corran mis lágrimas. No hay nadie cerca a quien poder contárselo ni a quien pedir consuelo. La única, Mariana, iría corriendo a la comisaría donde ambas trabajamos a poner una denuncia por violación. O, en cualquier caso, no pararía hasta convencerme de que yo la pusiera.

Sin embargo, eso es lo último que me interesa ahora. Todas las energías y todo el tiempo de que dispongo lo necesito para Lucas, para encontrar a su padre, a su único padre. No puedo implicarme en un proceso de declaraciones y fotos y reconocimientos médicos que en nada aliviarían el dolor. No tendría ánimos para soportarlo. Creo que podría resistir cualquier esfuerzo físico, por arduo que fuera, pero nada me fatiga y me aturde tanto como las peleas morales, la exposición y recuento de agravios, la necesidad también de mantener secreto y disimular públicamente un malestar indisimulable. Porque, además, estoy sola para sostener la estabilidad de Lucas, y con una declaración de guerra él sería la víctima civil que soportaría los más dañinos estragos. Nico se ha comportado como un marido salvaje y repugnante, pero eso no implica que no haya sido siempre un padre cariñoso. Y Lucas, ahora más que nunca, tiene que seguir confiando en él, no sólo necesita seguir

creyendo que el suelo que pisa es firme, sino que no debe advertir siquiera el esfuerzo ni el cansancio de las manos que colocan el cemento y las baldosas por donde camina.

Así que Nico quedará impune, como probablemente en este país quedan impunes tantos hombres que han hecho lo mismo, por muchas Marianas que sigan empeñadas en que reciban su castigo. Nadie sabrá lo que ha ocurrido. Mi miedo a perturbar a Lucas me impide proclamarlo; su miedo a algún tipo de represalia lo empujará a ocultarlo.

Introduzco en la maleta la ropa necesaria para tres días, ropa cómoda y ligera, para conducir y moverme sin trabas de lugar o de clima. Estoy cerrándola cuando Lucas aparece con Loreto de vuelta del colegio y se queda mirándome con una expresión de enfado que sabe que me resulta imposible no consolar.

—¿Por qué estás enfadado? —le pregunto mientras cierro la cremallera.

No me contesta, se limita a acentuar su gesto montando aún más el labio inferior sobre el superior. Esta mañana, en el desayuno, ya le conté que tenía que salir de viaje.

—Porque quiero ir contigo.

—Pero no puedes. Es un viaje muy largo y muy cansado. Cuando vuelva, te prometo que iremos nosotros dos a algún sitio que te guste.

—Yo quiero ir ahora.

—Ahora no puedes. El abuelo va a venir enseguida y creo que tiene preparada una sorpresa para la tarde. Dame un beso.

A mí también me gustaría llevármelo, pero no es posible. Ahora mismo, tras el reciente ciclo de quimioterapia, Lucas es como uno de esos cuadros valiosísimos de un pintor antiguo que una mala conservación ha deteriorado y necesita estar en un lugar con temperatura estable, humedad ambiental adecuada y protección permanente.

—El abuelo y Loreto te cuidarán muy bien hasta que yo venga.

A mi padre, cuando llega poco después, le explico que debo ir a hablar con un posible donante cuya sangre tal vez sea compatible con la de Lucas. Eludo detalles que puedan provocar sus preguntas. Sólo le harían daño.

Cuando se fija en mis labios, todavía hinchados a pesar del antiinflamatorio, sonrío y le digo que, como una idiota, me he chocado contra la puerta de la cocina.

Segunda parte

Nortesur

Voy bien en el coche, con el sol del inicio de la tarde en lo alto, sin deslumbrarme, mi mirada alternando entre el asfalto y la última línea del horizonte. Conduzco deprisa, un poco por encima de la velocidad permitida.

Hacía mucho tiempo que no viajaba sola. Había olvidado esta impresión de que en cualquier momento puede salirte al paso lo imprevisto, la aventura. Para bien o para mal, todo va quedando atrás, quienes te conocen, quienes pueden ayudarte y quienes te ignoran, quien te necesita y quien te hizo daño, y a medida que te alejas del punto de partida se siente más nítida la sensación de libertad. Voy también llena de esperanza —la de encontrar a Luis—, porque todo viaje suscita el optimismo: no te moverías de tu sitio si no creyeras que en el lugar adonde te diriges te sentirás mejor, o hallarás algo favorable o novedoso, o al menos habrás huido de lo que te amenaza.

Cuando comienzo a sentir cansancio, ya he dejado atrás Zaragoza, las tierras fértiles, ahondadas por el Ebro, sus cultivos compactos y brillantes. Poco después llego a los Monegros, donde parece que siempre azota el viento: colinas estriadas por secas torrenteras, un suelo de arenisca parda, con arbustos de pequeñas flores que no se dejan quemar por el sol, pero también con lujuriantes oasis de regadío verde oscuro en las vaguadas, en una sorprendente alternancia de malas tierras y tierras buenas. Salgo de la autopista a repostar en una estación de servicio aislada en medio de las colinas y lleno el depósito bajo un intenso olor a gasolina y caucho caliente. Un café apresurado y un pastel son suficientes para seguir avanzando hacia el este, donde de nuevo van apareciendo los cultivos, como si este país nuestro no tuviera humus suficiente para cubrir toda su superficie y se viera obligado a dejar aquí y allá comarcas peladas y pedregosas, mesas agrestes levantadas sobre un montón de diferentes galletas geológicas, cortadas por taludes rojizos, zonas de páramo inhóspitas y estériles, únicamente abonadas por excrementos de conejos. Luego, al fin, cerca de Barcelona, los pinares oscuros y espesos al lado de las fábricas, las ramas verdes palpitando junto a las grises chimeneas.

Lo dejo todo en el hotel, con la maleta a medio deshacer. Me ducho deprisa, salgo y le pido al primer taxi libre que me lleve a la dirección que me dieron en la comisaría. Está en el Raval, en una calle estrecha y no demasiado limpia que me recuerda a algunas calles del centro de Madrid. Es un edificio viejo y sólido, con poca fachada y mucho interior, distinto de aquel donde Luis vivía hace siete años y donde pasamos algunas noches juntos. Busco minuciosamente los nombres que figuran en los buzones de correo, pero en ninguno de ellos aparece el suyo.

Un niño negro, de diez o doce años, abre la puerta del tercer piso y se queda mirándome con curiosidad.

—¿Está tu papá? —le pregunto.

—No. Está trabajando —responde con una voz que aún no ha perdido su profundo acento extranjero.

—¿Y tu mamá?

—Sí.

Cierra un poco y desaparece dentro, donde se oye un murmullo de voces, de música y de sonidos del televisor. Poco después la puerta se abre del todo y me observan dos mujeres de color más jóvenes que yo, rodeadas de seis o siete niños cuyas edades van desde unos pocos meses a los diez o doce años del mayor que me ha abierto antes. Un grupo agreste e incongruente encerrado en un pasillo demasiado estrecho para todos ellos.

—Estoy buscando a alguien —les explico.

—¿Eres policía? —me pregunta la primera mujer, con ese instinto que han afilado para identificarnos incluso cuando no ejercemos de tales. Me tutea y habla con el mismo tono de recelo que he oído en otros inmigrantes y que a menudo me hace pensar que siguen escondiéndose, incluso cuando ya han regularizado su situación.

—Sí. Pero ahora no estoy trabajando. Se trata de un asunto privado.

—¿Privado? —repite, como si no comprendiera la palabra. Los labios grandes, gruesos y rojizos tienen algo de antiguo y tribal, pero al hablar dejan ver unos dientes muy blancos que parecen perlas recién extraídas del océano. En la cabeza, el pelo duro y rizado como virutas de aluminio negro.

—Un asunto familiar. Estoy buscando al hombre que vivía en este piso.

Me miran extrañadas, como mendigos que miraran a un rico pidiendo, porque son ellos quienes arriban a ciudades lejanas buscando a alguien conocido que llegó antes, y casi no pueden creer que una mujer blanca, bien vestida, bien alimentada y policía busque ansiosamente a un hombre.

—¿Cuándo vivía?

—Hace algunos años. Se llama Luis Moll.

—No sabemos. Nosotros sólo vivimos aquí desde hace dos años.

—¿Y nunca han oído nada del anterior inquilino? ¿Les dejaron alguna dirección donde enviar alguna carta que llegara? ¿O un número de teléfono?

—No, lo siento. Antes que nosotros vivía otra familia, también de África. No un hombre blanco.

El grupo entero escucha con atención, quizá también con algo de temor. Las mujeres esperan en silencio, sin añadir nada que no se les haya preguntado. Los niños se agitan en el grupo, sudorosos e inquietos, como si estuvieran deseando desnudarse.

—Gracias —les digo.

Estoy bajando el primer tramo de escaleras cuando la segunda mujer, que no ha hablado, le comenta algo en su idioma a la primera. Le murmura algunas frases con esa voz de madera que parece surgir de más abajo de la garganta.

—Espera —me pide. Habla con ella y luego se dirige a mí—. Ella dice que oyó comentar a la otra familia algo del hombre blanco que vivía antes. Le dijeron que se fue al sur.

—¿Al sur?

—Sí. Lo recuerda porque era el lugar por donde nosotros entramos.

—¿Sólo eso? ¿Dijeron el nombre de alguna ciudad?

La primera mujer vuelve a preguntarle.

—Sólo eso. Al sur, pero en este país. En España.

—Gracias —les sonrío antes de marcharme.

Ellas me devuelven la sonrisa, satisfechas de haberme ayudado.

Pero el sur es demasiado grande. Hay demasiadas playas y puertos y ciudades de las que yo ignoro todos los secretos.

Está llegando la noche y ya es demasiado tarde para ir a la comisaría donde estaba destinado a buscar otras huellas tuyas. Lo haré mañana. Ahora me dejo llevar por mis ojos y paseo sin rumbo por las calles de su ciudad, que durante algunos meses también fue mi ciudad.

Nunca antes de aquel curso había estado en Barcelona. Tenía de ella la imagen de una capital antipática, lejana, ocupada en mil negocios. Pero junto a Luis descubrí una ciudad llena de encanto, moderna, abierta, luminosa, tendida al sol, con la nuca apoyada en el Tibidabo y los pies remojándose en el mar. Ahora, caminando sola en el templado anochecer, recuerdo con nitidez aquellas veces en que abandonábamos a los otros compañeros del curso y los dos paseábamos por estas calles conservadas entre un olor a pachulí y salmuera, a putas y marineros. Camino despacio, entre grafitis de ángulos tan agudos que parecen clavarse en el revoco y colores intensos que incendian las puertas y fachadas de algunas casas abandonadas cuyas paredes están mordidas por las llagas de la humedad y el tiempo. Otros edificios, en cambio, han sido rehabilitados y vuelven a brillar llenos de vida, con ventanas abiertas y bicicletas y bombonas de butano en los balcones.

Llego a una plaza que me resulta conocida y luego continúo Ramblas arriba, ignorando esa debilidad y desaliento que acompaña a la tristeza cuando nos sorprende en un lugar extraño, sola entre la gente y las últimas palomas que parecen brotar de pronto del suelo para subir a dormir a los tejados.

Al llegar al hotel llamo a casa. Mi hijo está esperando a hablar conmigo para irse a dormir. Me dice que esta noche le va a contar el cuento el abuelo. Dice que tiene ganas de verme, pero ya no parece triste ni enfadado por no haberle permitido que me acompañara. Me cuenta que Loreto acaba de irse y que también ha pasado por casa Mariana, que le ha llevado como regalo un libro titulado *La casa de chocolate*. No dice nada de Nico, ni siquiera pregunta por él.

Estoy cansada por el viaje y el largo paseo y siento que, demasiado pronto, he perdido el brío y el optimismo con que salí de Madrid. Sin embargo, aún no es hora de irse a dormir. Ninguna de las cuarenta propuestas que me ofrece la tele me resulta atractiva. Por la ventana contemplo las anchas calles todavía llenas de automóviles, cuyos ruidos no llegan hasta aquí arriba, no atraviesan la doble cristalera que mantiene un silencio tan profundo que me empuja a dejar los zapatos y caminar descalza, a moderar el volumen del televisor. Soy tan urbana y estoy tan acostumbrada a sus ruidos y humos que creo que una ciudad sin coches me parecería una ciudad fantasma. Vuelvo dentro, sin saber qué hacer. Para alguien solo e insomne

e impaciente no hay peor encierro que una habitación de hotel en una ciudad donde no conoce a nadie. El contraste entre el silencio y la soledad del cuarto y el crepitar del mundo ahí afuera acentúa la dificultad para saltar de uno a otro y encontrar un lugar equilibrado en el mundo. De pronto comprendo por qué en los últimos tiempos la gente ha comenzado a elegir los hoteles como el lugar idóneo donde suicidarse.

La infusión de tila y melisa que he pedido que me suban me ayuda a conciliar el sueño, ya muy tarde.

En la policía puedes tener amigos de todas las edades, la camaradería allí no tiene por qué ser cronológica. No es extraño que un veterano de cincuenta y cinco años, a punto de jubilarse, que ha pasado por todo tipo de experiencias, que sin duda ha visto morir a varios hombres, que acaso ha disparado contra alguno de ellos, intime con un novato de poco más de veinte años recién salido de la academia. En la policía se establecen vínculos estrechos y duraderos sin una necesaria afinidad de edades, de caracteres, de aficiones. Cuando compartes junto a alguien situaciones de tensión y de riesgo y contemplas la desgracia ajena, sólo quieres concordia en tus relaciones cotidianas con tus compañeros.

Sin embargo, Luis era un tipo extraño e independiente. Era el policía menos policía que he conocido nunca, y tal vez por eso me atrajo de aquel modo. Cuando acababan las clases del curso, nunca hablaba del trabajo, como si fuera un oficio interino que no tenía ninguna importancia y cuyo desempeño no exigía un esfuerzo especial ni, mucho menos, heroico. Nosotros, los policías, cuando nos reunimos, tendemos a contarnos anécdotas burlescas de cacos y de trifulcas entre vecinos; algunas veces también presumimos de investigaciones sagaces que merecerían una medalla o una novela, o repetimos una y otra vez batallitas de puntería y fuerza física hasta que el aire comienza a oler a ferretería. Pero Luis no, él huía de ese tipo de conversaciones, consciente de que nada llega a resultar más tedioso que un policía hablando de ladrones.

Si uno de nosotros hace horas extras en otro trabajo, suele ser de vendedor del Círculo de Lectores, o de agente de seguros, o, en algunos casos, de vigilante nocturno. Es inaudito ver a un policía que en su tiempo libre trabaje como actor en un grupo de teatro donde no interprete únicamente papeles de soldado de Macbeth, de camarero o de criado. Supongo que los cacos no van al teatro, pero al conocer a Luis me pregunté qué reacción tendrían si una noche lo vieran interpretando a un delincuente, a un terrorista o a un asesino. Pero eso a él no parecía preocuparle. Trabajaba en una comisaría como podía haber trabajado en una oficina o sobre un andamio, como tantas otras gentes que ejercen un oficio porque tienen que comer y vivir, aunque saben que su vocación es otra, y resisten allí un tiempo hasta que encuentran el modo de dedicarse sólo a lo que les gusta. O no lo encuentran, y entonces pasan toda su vida insatisfechos y mueren sin haber llegado nunca a hacer lo

que soñaban. Su trabajo como funcionario del Ministerio del Interior había ido perdiendo interés, si es que alguna vez lo tuvo, en la misma medida en que lo ganaba su dedicación teatral. Cuando yo lo conocí, se diría que en realidad era con el uniforme de policía cuando estaba disfrazado. Se hacía difícil imaginarlo enfrentado a un delincuente, o simplemente disparando en el foso de entrenamiento contra una figura de cartón. De hecho, no recuerdo haberlo visto nunca armado.

Cuando estábamos en la primera fase del curso, se produjo un atentado terrorista en Madrid y a uno de los nuestros le segó las piernas la bomba lapa colocada en los bajos de su vehículo. Mientras todos jurábamos y maldecíamos y amenazábamos, Luis no estaba menos irritado, pero procuraba amortiguar sus expresiones de dolor. Tanto en el duelo como en el éxito permanecía sereno, casi se podría decir que en exceso. No era como tantos de nosotros que, cuando atrapamos a un delincuente cuya foto nos han pasado con carácter prioritario, parecemos engordar con la hazaña.

Por Luis Moll pregunto en la comisaría donde trabajaba, después de identificarme como policía. Con esa amabilidad gremial que ya he visto en Madrid me presentan a quien fue su último compañero de patrulla cuatro años antes. Se llama Enric y tampoco sabe nada de su paradero actual. La última noticia que tuvo de él fue un correo electrónico, algunas semanas después de pedir la excedencia, en el que le contaba que estaba en Andalucía, en un trabajo relacionado con la inmigración.

—Era buena gente, pero un poco raro —dice con franqueza y riesgo, porque no sabe qué tipo de relación me une a él—. Quizá te puedan dar más datos en el grupo de teatro en el que trabajaba. En los últimos meses hablaba más de aquello que de los problemas de aquí. Nunca llegó a ser un verdadero policía.

—¿Sabes cómo se llama el grupo? —le pregunto, arrepentida de haber despreciado hasta ahora esa vía de información.

—Sí. Una vez incluso fui a verlo actuar. Se llamaba Gloriamundi.

En la guía hay un número de teléfono adscrito a ese nombre, pero nadie contesta. Enric me ayuda a localizar el lugar donde ensayan haciendo un par de llamadas. Me dice que no es probable que estén allí por la mañana, de modo que vagabundeo por la ciudad antes de regresar al hotel, a esperar de nuevo.

El local es una pequeña sala, con un escenario y varias filas de sillas, en un semisótano del barrio de Gràcia. Cuando entro, varios miembros de Gloriamundi están ensayando mientras otros los observan. Son jóvenes, de entre veinte y treinta años, y los dirige un tipo bajito y pelirrojo.

Espero a que llegue una pausa para acercarme a él y preguntarle por Luis Moll. Me señala a una de las actrices del escenario, a quien llama Mimí: cuando termine su ensayo, podré hablar con ella.

Sentada en una silla de la última fila, observo la sala en penumbra, con luces encendidas sólo en el escenario, invadida por esa seducción brillante, misteriosa e

impúdica que a los no iniciados nos provoca el mundo del teatro y que dota de prestigio incluso a las limpiadoras que trabajan en él. Ahí arriba estuvo Luis un tiempo, declamando palabras inmortales, interpretando vidas que a él debían de parecerle a menudo más reales que las vidas que contemplaba cuando se vestía con el uniforme y salía a patrullar por las calles. Una vez me dijo que no puedes conocer bien a tus semejantes hasta que has conocido una docena de las grandes obras dramáticas que los retratan.

Se hace un descanso y el director habla con la actriz indicada, que me llama con un gesto. La sigo entonces hasta una habitación que sirve de almacén y camerino.

—Hace mucho tiempo que no sé nada de él —responde a mi pregunta mientras se limpia el ligero maquillaje—. ¿Y has venido desde Madrid a buscarlo? ¿Después de siete años?

—Sí.

—Debe de ser algo muy importante —comenta, y me observa con curiosidad por el espejo. Lleva un pequeño *piercing* en el labio inferior.

—Sí, muy importante. Mi hijo puede morir —le digo, procurando que mi voz suene firme y tranquila. Me siento incapaz de ocultarlo, de jugar a sutilezas y eufemismos.

—¿Tu hijo? —pregunta, y me mira directamente a los ojos, sin pasar por el espejo.

—Leucemia. Necesita con urgencia un trasplante de médula. Hay alguna posibilidad de que Luis pueda donarla.

—¿Luis? ¿No es necesario ser un familiar directo del enfermo?

—Sí.

Abre mucho los ojos, con un gesto de amplitud teatral, como si estuviera en el escenario ante un público que la observara desde lejos.

—¿Quieres decir que Luis es...?

—Sí, es su padre. Hace siete años.

—¡Pero eso es imposible! —exclama, y luego rectifica enseguida—: Quiero decir que... Yo estuve saliendo varios meses con él y no sólo nunca comentó nada de un hijo, sino que, en una ocasión en que hablamos de eso, se negó en redondo a plantearse la posibilidad de tenerlo.

Sus grandes ojos esperan mi reacción. Puedo imaginar a Luis amándola. A él, que, si lo hubieran obligado a ser un miembro del jurado de una pasarela en uno de los actuales concursos de belleza, hubiera dejado desierto el premio, sin duda debió atraerle la belleza imperfecta, expresiva y dinámica de Mimí. Es guapa, pero no parece una estrella: su rostro resulta más adecuado para el papel de amiga expansiva y confidente de la protagonista, o tal vez también para el papel de hermana. Alguien que inspira confianza.

—Lo sé. Yo también le oí decir un día que él nunca tendría hijos. En realidad, no sabe que lo tiene. Pero a veces ocurren esos imprevistos.

—¿Y no se lo has dicho nunca? —me pregunta, con tanta perplejidad que resulta candorosa.

—Nunca. Fue una historia compleja. Entonces, yo estaba casada... todavía —puntualizo—. Y no estaba segura de muchas cosas.

Se queda mirándome, extrañada aún, recordando algo.

—Creo que Luis me habló alguna vez de ti. Tú eres... ¿policía? —me pregunta de repente.

—Sí.

—No lo pareces. No tienes ninguna pinta.

—¿Qué pinta tienen los policías?

—No sé..., duros, agresivos... Siempre de mal humor.

—Pero tampoco Luis tenía ese aspecto.

—Es que Luis era el policía menos policía que he conocido nunca —replica.

De repente me parece como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo. A pesar de que es bastante más joven que yo, ahora parecemos camaradas: dos mujeres hablando de un mismo hombre, a quien conocieron en momentos y circunstancias tan diferentes que no pueden sentirse rivales. Cada una de nosotras hizo junto a él las mismas cosas y recibió el mismo tipo de miradas, escuchó palabras suyas con igual interés y llegó a algunas conclusiones similares.

—Tendrás que caminar para encontrarlo —comenta.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, nadie que lo conozca puede negar que Luis es capaz de dar grandes zancadas imprevistas para saltar de un sitio a otro. Tú ya sabes cómo era. Del mismo modo que durante una semana se encariñaba y podía estar todo el día buscándote, otros días desaparecía de pronto y apenas sabías nada de él. Y lo peor de todo eso, claro, es que te desconcertaba tanto que ni podías llegar a quererlo con toda seguridad ni podías rechazarlo definitivamente. Lo mismo hizo con el grupo. Todo funcionaba bien cuando decidió dejarnos. Nos habíamos atrevido con Shakespeare y habíamos montado un Hamlet. Yo hacía de Ofelia, el mejor papel que me han dado nunca.

—¿Y Luis?

—De Horacio. Estaba muy contento. Había dicho algunas veces que si él tuviera que elegir un personaje de la literatura universal se quedaría con Horacio. El leal criado de Hamlet, el único que cree en él con fe, es decir, sin comprender sus intenciones, lo entusiasmaba. Repetía que era el más grande de todos los personajes pequeños. Hay grandes personajes que atropellan a los actores que se ponen en su camino. Uno quiere hacer vibrar el misterio que late en las historias inmortales y termina estremeciéndose de impotencia ante el vapuleo que le dan sus palabras —explica. Es de esa gente que habla tanto que da la impresión de haberse dedicado a la interpretación sólo por disponer de un espacio donde nadie pueda ordenarle que se calle—. Pero Horacio parecía escrito a la medida de Luis. Desde el principio lo interpretó muy bien y todo el mundo lo elogiaba. Por eso nos desconcertó que se

marchara precisamente entonces, cuando dentro del grupo había dado un gran paso adelante. Poco después de irse nos mandó una carta desde Cádiz, o desde algún lugar de Cádiz.

—¿La conserváis? —le pregunto excitada, porque por primera vez aparece el nombre de un lugar concreto.

—Creo que sí. En alguna carpeta tiene que estar. Espera.

Se levanta, sale de la habitación y al cabo de unos minutos regresa con un sobre dirigido al grupo de teatro, pero no lleva remite. Lo abre y saca una postal donde se ven imágenes de barquitas de papel montadas sobre el fondo azul de una bahía con un nombre: Cádiz. Le da la vuelta y se coloca junto a mí para que la leamos juntas.

Nos inclinamos hacia la carta como dos investigadores ante un pergamino, pero no aclara nada. Es un pequeño texto de cariño y recuerdo, ni siquiera de añoranza. Quien lo ha escrito parece satisfecho del lugar donde está y quiere compartir esa satisfacción. Lo firma sólo con su nombre y un número de teléfono que anoto en mi agenda.

—Pero ¿no vas a llamar ahora mismo? —me pregunta impaciente, como si también ella estuviera implicada en la búsqueda.

—Sí.

Marco en el móvil, pero enseguida, sin que llegue a sonar un solo tono, una voz grabada me informa de que, en la actualidad, no existe ningún abonado con ese número.

—Era de esperar. —Mimí hace un gesto de contrariedad—. Cuatro años es demasiado tiempo. Recuerdo también que alguien que viajó por allí abajo se encontró casualmente con él y nos contó que estaba colaborando con una ONG. Pero no tenía más datos. Recuerdo que dijo que parecía un *hippy*.

—¿*Hippy*? —Ahora soy yo la extrañada al oír en su boca con *piercing* una palabra que parece tan arcaica.

—Bueno, si algunos de los antiguos *hippies* han terminado convirtiéndose en policías o jefes de policía, ¿por qué un policía no puede convertirse en *hippy*?

—No sé. No acabo de imaginarlo sentado en la playa entre gente de pelo largo, camiseta con espejitos bordados, cascabeles en los tobillos y bolsos de arpillera —replico sonriendo, y me doy cuenta de que es la primera vez que sonrío de verdad desde hace varios días.

—Luis puede encontrarse bien en cualquier sitio, quizá porque no le tiene un especial apego a ninguno. No sé si también te lo comentaba a ti, pero no pasaban muchos meses sin que le oyera hablar de irse a vivir a algún lugar lejano. En el fondo, tenía espíritu de trotamundos, y ya sabes, los trotamundos van y vienen, nunca se quedan quietos durante demasiado tiempo. A ver —dice de pronto, utilizando esa expresión que he oído a menudo desde que llegué a la ciudad—. Creemos que está por allí abajo. Los habitantes de la mitad sur del planeta como locos por colarse a vivir en la mitad norte, y Luis que se va a la frontera. ¿Dónde podemos buscar?

Porque supongo que ya lo habrás hecho en Internet, en las compañías de teléfonos y en sitios así.

—Sí. Y sin resultados. Luis no tenía hermanos, ¿verdad?

—No. Vivía solo. Su padre había muerto hacía años y su madre regresó entonces a Alemania. —Me dice lo que ya sé.

—He tenido que venir hasta aquí para encontrar una pista, un indicio —señalo la postal, escrita con su letra grande y nerviosa—. No hay nada más. Así que ahora tendré que bajar hasta allí.

—Un bonito viaje, en otras circunstancias. Si no fuera por los ensayos —hace un gesto hacia atrás, hacia la sala de donde llegan lejanas las voces de los actores—, no me importaría acompañarte.

—Yo estaría encantada —le digo, agradecida por la rapidez y amabilidad con que se ha implicado en la búsqueda.

—Después de lo que me has contado de tu..., de vuestro hijo —corrige—, haré lo que sea necesario para ayudarte.

—Gracias —le digo—. Si quieres, te llamo cuando sepa algo.

—Sí —acepta, y me apunta en un papel su número de teléfono.

El regreso a casa sería desolador si no fuera por el dato de Cádiz que me ha dado Mimí y que me permitirá seguir buscándolo. Con las espigas del sol clavándose en la espalda del coche, ahora conduzco despacio, casi siempre por el carril derecho, junto a conductores prudentes que ya han gastado entre sus manos una decena de volantes y han contemplado destrozos y saben lo que es el miedo. Me adelantan vehículos que circulan demasiado rápido. En uno de ellos, un niño aburrido, sin atar a su silla, juega a deformar su cara aplastándola contra el cristal de la ventanilla, en una desagradable premonición. Veo también a algún conductor hablando por el móvil, y a otro que busca algo en un mapa desplegado ante el volante.

El viaje de vuelta se hace más corto y pronto cruzo bajo el arco del meridiano de Greenwich. La radio emite las noticias habituales de muerte y de dinero, y luego surgen las palabras de un locutor que busca razones para demostrar que el mundo no es tan cruel y salvaje como afirman los periódicos del día: su voz haciendo esfuerzos por limpiar de sangre y lodo los circuitos internos de los receptores.

A mitad de camino, de pronto el coche comienza a oler levemente a quemado. La aguja que indica la temperatura del motor está en lo alto, así que me detengo en el primer taller que veo. Por fortuna, no es una avería grave, pero hay que pedir una pieza y tardará dos o tres horas. Me armo de paciencia y ni siquiera protesto cuando me lo entregan bien avanzada la tarde.

El sol poniente me molesta en algunos tramos, mientras voy acercándome a Madrid. En una recta, un pájaro estalla de pronto contra el parabrisas y se queda allí, mirándome, pegado al cristal como un sello, en el pico una gota de sangre, hasta que

en una curva se lo lleva el viento.

Más adelante veo un tren que corre por la vía cercana a la carretera, a la misma velocidad que el coche, de modo que durante unos minutos casi avanzamos en paralelo, tren y automóvil, sin posibilidad de choque ni de confluencia.

Entonces brota de los recovecos de mi memoria mi primer viaje en ferrocarril: una niña de doce años que iba con un grupo de su edad al jubileo de Santiago de Compostela. El viaje lo había organizado la parroquia del barrio y los monitores eran los propios catequistas. El tren subía atiborrado hacia Galicia, con grupos iguales al nuestro, pero también con viajeros normales que iban o venían de vacaciones, de cumplir con una visita familiar, de algún negocio. No era un convoy rápido como este que ahora corre a mi derecha. Al contrario, era un tren lento y pesado que se paraba en todas las estaciones —gentes que subían y bajaban y la sensación de que nunca más volverías a verlas— y el viaje se hacía largo. Resultaba difícil aguantar tantas horas encerrados en los departamentos, y yo había salido al estrecho pasillo y miraba por la ventanilla el paisaje verde y a ratos rojizo y amarillo del otoño gallego, la llovizna de oro, las montañas en flor. De repente entramos en un túnel y me asusté, porque no lo había visto. Recuerdo que me giré y me quedé quieta en la oscuridad, oyendo el retumbar de la vía en el subsuelo. Tardé unos segundos en comprender que era una mano lo que me tapaba la boca —una mano no demasiado grande, pero fuerte y decidida— mientras alguien me manoseaba los pechos en exceso desarrollados para mi edad. Muerta de miedo, intenté resistirme, pero no podía retroceder, estaba apoyada contra el cristal de la ventanilla, a medias abierta, y pensé que si echaba hacia atrás la cabeza corría el riesgo de que mi nuca chocara contra las paredes del túnel. Cuando al fin logré vencer la inmovilidad ocasionada por la sorpresa y el miedo y fui a reaccionar de la única forma que podía, golpeando, las dos manos se alejaron de mi cuerpo. Noté un rápido movimiento junto a mí, como el paso de un abanico, y poco después una tenue claridad fue iluminándolo todo. Confusa y aturdida, advertí que habíamos llegado al final del túnel y que regresábamos a la luz. La agresión sólo había durado unos segundos, pero a mí se me habían hecho interminables. Todavía estaba tan asustada que no me atreví a moverme enseguida. No sabía por qué, pero sentía una vergüenza infinita y noté una oleada de sangre que me subía al rostro, como si fuera yo quien hubiera hecho algo inconfesable y obsceno. Por fin levanté los ojos y miré alrededor. Todos eran varones. Muy cerca de mí, dos chicos de dieciséis o diecisiete años, en la puerta del departamento, reanudaron la trivial conversación sobre deportes que habían interrumpido mientras pasábamos por el túnel. Al lado, mirando por la ventanilla, un hombre de unos cincuenta años, con gafas y aspecto anodino, observaba con interés el paisaje. Frente a él, un hombre joven, muy bien vestido, encendió un cigarrillo. Cualquiera de ellos podía haber sido, cualquiera podía haber aprovechado la oscuridad para hacer lo que no puede hacerse a la luz. Regresé entonces a mi departamento, con mis compañeras, y en todo el resto del viaje apenas volví a levantarme de mi sitio. Cuando cruzábamos

otro túnel, cogía el libro que simulaba leer y con él me cubría el pecho, los ojos muy abiertos en las tinieblas, las rodillas apretadas una contra otra. Por fin el convoy llegó a Santiago. Pasé los cuatro días de la estancia en la ciudad sin atender demasiado a lo que veía. Años después he recordado como en un sueño las grandes tiendas de campaña donde nos alojábamos, la plaza de la catedral, la lluvia, el intenso olor a incienso, la extrañeza de algunos sabores en las comidas muy calientes. Por las noches tenía pesadillas y deseaba ardientemente volver a casa en busca de protección y consuelo.

Sin embargo, tampoco le conté nada a nadie cuando regresamos. Seguía sintiendo una extraña vergüenza que no acertaba a explicarme: por qué, si yo había sido la víctima, me creía partícipe en la culpa. Al recordarlo, a veces el sonrojo inundaba mi cara, y me sentía rabiosa e impotente cuando, al tratar de evitarlo, comprobaba que aún me sonrojaba más. Era todavía demasiado pequeña para comprender que ya había sufrido un primer asomo de la violencia de los hombres, pero con doce años ya adivinaba que el episodio del túnel no había sido algo que ocurre y luego se olvida.

Hacía mucho tiempo que no venía a mi cabeza ese recuerdo, creía haberlo dejado muy atrás. Cuando tenía diecinueve años y decidí estudiar para policía, a menudo me volvía ese episodio, pero desde entonces no creo haberlo evocado hasta ahora. En realidad, no ha sido el tren, sino Nico y su violencia quien lo ha sacado del olvido. Lo primero que debo hacer mañana es arrojar a la basura la alfombra del salón.

Entro en Madrid a medianoche y llego pronto a casa. Desde la calle se ve aún encendida la luz del dormitorio de Lucas. Sin hacer ruido, abro la puerta del piso y avanzo hacia el fondo.

¿Quién de los dos se ha quedado dormido antes? Lucas le ha hecho hueco para que se recostara mientras le leía el cuento de Hänsel y Gretel, esa historia cruel que yo siempre me he negado a contarle, porque nunca me ha gustado, nunca he entendido que los niños volvieran a casa y perdonaran sin un solo reproche el abandono de su padre, como si no hubiera sido brutal y despiadado con ellos. Al recoger el libro, presiono sin querer una pequeña válvula camuflada que emite una suave melodía de música sintetizada.

Mi padre abre los ojos y se yergue despacio.

—Ya has llegado. ¿Cómo ha ido todo? —me pregunta en voz baja.

—Tendré que seguir buscando —le digo mientras le ayudo a levantarse.

Tras dejar a Lucas en el colegio, llamo al trabajo para decir que llegaré media hora tarde, porque tengo que pasar por el hospital para una visita médica. Aunque no miento, no soy yo la enferma. Al contrario.

La enfermera hace que me tumbe en la camilla, con la manga izquierda levantada. Sus movimientos —la goma elástica en el bíceps, los golpecitos para hinchar la vena, el pinchazo de la aguja— me resultan ya casi rutinarios, indoloros, y espero con calma a que los cuatrocientos cincuenta centilitros de sangre caliente y roja —roja, no como la triste sangre blanca de mi hijo— vayan llenando la bolsa que oscila en la máquina para que no se coagule.

Cierro los ojos y reconozco la pequeña, casi imperceptible debilidad, sólo eso. Sin embargo, desde que era niña he tenido que luchar para no marearme cuando me ponían una vacuna en el colegio, cuando me ponen una inyección ahora. No logro evitarlo, las piernas me tiemblan y tengo que girar la cabeza para no ver la jeringuilla. Pero aquí no. Cuando vengo a donar sangre no me importa el grueso calibre de la aguja clavada en mi vena. Me resulta grato dar un poco de esto que me sobra. Yo, que en mi trabajo he visto a tanta gente perder sangre en actos violentos y en todo tipo de accidentes, sé cuánto vale, cómo resulta imprescindible. En los hospitales curan a los enfermos, sí, pero en muchos casos son los donantes los que hacen que no tengan que volver a la consulta.

En la cafetería tomo un refresco para reponer líquidos antes de regresar al trabajo. En mi mesa hay una nota de Mariana: «Todo bien en tu ausencia. Pasa a verme cuando llegues». Y en letra más pequeña: «Esta noche toca cena en mi casa. Una pequeña fiesta».

Cuando voy a entrar en su despacho se abre la puerta y sale una mujer. Varios hematomas oscurecen su rostro. Lleva una venda en la muñeca y los párpados hinchados como si estuvieran rellenos de lágrimas: una más de esas mujeres tan apaleadas que parecen indiferentes, casi refractarias a cualquier tipo de consuelo. El miedo, además, las vuelve feas, les impide sonreír, aleja de ellas a quien podría curarlas. A pesar de nuestros esfuerzos, resulta difícil que recuperen su equilibrio. Ante sus ojos, los hombres han perdido todo su prestigio. No quieren saber nada de ellos, no esperan nada, porque ya saben hasta dónde puede llegar su virulencia. Ya no piden ser felices —han renunciado a conseguir como casadas todo lo que soñaron cuando eran solteras—, sólo aspiran a no ser demasiado desdichadas. Nunca volverán a creer en una relación equitativa, convencidas de que todas aquellas palabras y promesas que oyeron en las escaleras del altar o en el banco del registro civil —igualdad, amor, hijos, respeto— no eran sino falacias con que las engatusaron para reducir las a un estado de inferioridad y servidumbre, cuando no de esclavitud. Mujeres que no supieron advertir el brillo de sangre que asomaba en las arras, que creyeron unirse a hombres que las protegerían de las amenazas de fuera, y un día reciben la primera bofetada en el rostro y se preguntan cómo es posible haber llegado a esa situación, cómo estuvieron tan ciegas para no ver que tras la brillante máscara

del cortejo se escondía un tipo que apenas tiene parecido con el ser humano.

—¿Cómo ha sido esta vez? —le pregunto a Mariana señalando hacia atrás.

—Luego te lo explico. Al menos, el tipo ya está encerrado y de momento no podrá hacerle más daño. A ti ¿cómo te ha ido?

Le cuento que no lo he encontrado, pero que tengo datos fiables de que puede estar en el sur, en algún lugar de Cádiz. Mariana insiste en conocer todos los detalles.

—¿Cuándo vas a ir? —me está animando ya.

—La próxima semana. Quiero poner en orden el trabajo atrasado y estar unos días con Lucas antes de marcharme otra vez.

—Cuando tú quieras. Ya sabes que puedo quedarme con él. Te habrá dicho que entre todos lo hemos tratado como a un rey.

—Pues no lo miméis tanto, que luego me toca a mí ser la madre dura. ¿Aquí hay algo nuevo?

—Dos cosas. El jefe ha tenido otra de sus brillantes ideas —dice con la ironía que suele emplear para referirse al comisario—. Pero creo que, por una vez, no es una tontería.

—¿De qué se trata?

—Un *dossier*, un informe, un libro..., él mismo no sabe cómo llamarlo, donde de una vez por todas se analice a fondo, sin eufemismos ni tópicos, el problema de las mujeres maltratadas en España. No sólo mostrar los datos y estadísticas sobre edad, clase social, ambiente, regiones con mayor o menor incidencia de muertes, etc.

—Todo eso está en los ordenadores. No será difícil sacarlo.

—Pero está disperso. En realidad, todo obedece a que se ha hecho público un nuevo informe sobre los malos tratos y han comprobado que, a pesar de las campañas de información, a pesar de los programas de ayuda, de las casas de acogida, de la decisión de sacar en la prensa los nombres de los maltratadores y de alejarlos del domicilio familiar, las mujeres siguen muriendo. Hasta ahora han sido medidas parciales y parece que, por fin, quieren elaborar un plan global de actuación. Ahí entramos también nosotras. Como tú dices, tenemos los datos, pero a menudo nos faltan las palabras adecuadas para contarlos.

—Lo más difícil —le digo—. Elegir esas palabras.

—Lo más difícil. Pero a ti te gusta mucho leer, siempre estás con un libro entre las manos, y tus informes son muy exactos. Intenta escribir ahora.

—No es fácil, Mariana —me resisto—, escribir nunca es fácil. Y menos de un tema tan emocional como éste, tan doloroso, donde es muy fácil caer..., no sé..., en lo sentimental.

—Inténtalo —se mantiene firme.

—¿Para cuándo lo quiere?

—Dice que no tiene excesiva prisa, que prefiere esperar un poco y elaborar un buen trabajo que acelerar y sacar conclusiones precipitadas. Te propongo que nos distribuyamos la tarea. Tú, con la situación de Lucas, dispones de menos tiempo. Así

que vas haciendo lo que puedas, escribiendo todas las ideas que se te ocurran, los comentarios que recuerdes, las conclusiones a las que has ido llegando en estos años. Tengo algo para ti. Ábrelo.

Saca del cajón de su mesa un pequeño paquete envuelto en papel de regalo. Es un libro en blanco, de tapas azules, muy bonito. Uno más de esos detalles que hacen tan fácil ser su amiga.

—¡Muchas gracias! A lo mejor, incluso me inspira —bromeo.

—Tú vas apuntando ahí todo lo que pueda sernos útil, aunque sea de forma desordenada. Me pasas las notas y yo me encargo de los datos objetivos, de las estadísticas y de clasificar todo el material. Luego intentaremos unirlo todo. ¿Te parece?

—Me parece bien —acepto—. ¿Y el otro asunto?

—Ése sí es urgente —dice abriendo otra carpeta—. Y sólo puedes hacerlo tú. Un nuevo simulacro, para dentro de tres días. Éste es el *dossier*.

—¿Abrimos otra botella? —pregunta Mariana.

—¡Claro que sí! Tenemos la boca seca —dice Clara, nuestra amiga poeta.

Ha venido, además, Luisa, con quien ya he coincidido otras veces. Las tres son ingeniosas y divertidas. Quizá también, salvo Luisa, en exceso nerviosas e inestables, como muchas mujeres de entre cuarenta y cincuenta años que viven solas. Cada vez que nos reunimos las cuatro para cenar en su casa solemos pasarlo muy bien. Cada una intenta dejar de lado por unas horas lo que la irrita o preocupa, y hasta Clara, en ocasiones tan compleja, tan difícil de carácter, ríe y no parece alerta.

Esta noche, una cena íntima entre las cuatro ha sustituido la fiesta colectiva de otras ocasiones: el perchero lleno de abrigos, la música estridente, la ruidosa mezcla de conversaciones como oleajes que van y vienen apenas salpicando de espuma, sin detenerse a fondo en ningún sitio, la confusión de los nombres de los asistentes y los excesos en la bebida hasta el punto de que a mitad de la velada nadie sabe ya cuál es su copa de las veinte o treinta que hay sobre el mantel. Mariana, que conoce a mucha gente y puede organizar con facilidad ese tipo de fiestas ruidosas donde nunca falta un soltero de oro, sin duda ha pensado en mí al elegir esta reducida reunión, esta mezcla sutil de cuatro perfumes diferentes alrededor de una mesa con un discreto centro de flores y su mejor cristalería.

El chasquido del corcho al abrir la nueva botella interrumpe unos segundos la conversación. Las tres le acercamos las copas vacías para que nos sirva. Hemos bebido mucho, pero no con avidez, al ritmo de una charla risueña y animada que a menudo sigue el mismo orden: los elogios amables hacia las novedades de atuendo o de aspecto, el interés por el trabajo, la familia, los amores, luego un poco de ocio y de política. Clara es muy divertida cuando cuenta anécdotas que le han sucedido en sus recitales de poesía o en su trabajo en un instituto donde imparte clases de historia y

arte a alumnos con dificultades o con poca motivación.

—Todos los meses organizo una salida con ellos —nos cuenta—, al Prado, al Madrid de los Austrias o al Arqueológico. No sé cómo lo hago, pero cada vez que me pongo a explicarles lo que estamos viendo, comienzan a aparecer curiosos a escucharme, como si yo fuera una guía municipal de turismo. Me molesta todo ese corro que poco a poco va creciendo a mi alrededor, y además distrae a los alumnos, que no se concentran con tanta gente a su lado. Un día, cansada de moscones, se me ocurrió decir: «Venga, deprisa, que si no llegaremos tarde al Tutelar de Menores». Si vierais, se produjo una desbandada instantánea, miraron a los chicos como si fueran delincuentes y se alejaron corriendo. Desde entonces, cada vez que alguien se acerca o nos estorba, citamos el Tutelar e inmediatamente nos quedamos solos. Aunque en una ocasión, en el Palacio Real, alguien debió de avisar y nos pusieron al lado, durante todo el recorrido, a dos guardias de seguridad que no nos quitaban ojo.

Luisa le quita la palabra para hacernos reír contando con una ironía que nunca llega a ser cruel los desastres de su marido cuando se empeña en hacer chapuzas domésticas en el chalé.

—Cada vez que le pido que me arranque una planta, termina picando la tubería del riego por goteo. Otra vez se había soltado un enchufe de la pared. Cuando por fin se decidió a arreglarlo, ¿sabéis lo que hizo?

—¿Qué? —preguntamos las tres al mismo tiempo, entre carcajadas.

—Se puso a clavarlo con un martillo introduciendo las puntas de acero por los agujeros de conexión. La descarga fue terrorífica, lo dejó como paralizado y sin fuerzas durante un mes. Todavía no sé cómo no se electrocutó. Ahora, cada vez que algo se estropea en casa, por pequeño que sea, llamo al técnico para que lo arregle antes de decírselo a él. Mi marido no sirve como oficial de mantenimiento.

—¿Para qué sirven los hombres? —pregunta Clara, sonriendo desde esa superioridad un poco defensiva que, precisamente, hace que ellos huyan de su lado.

—Para arreglar cosas rotas desde luego que no —dice Luisa.

—Para hacerte soñar —dice Mariana después de pensar un instante.

—¡Eso es! —dice Clara—. ¡Para hacerte soñar! Y la condición más frecuente de los sueños es que no se cumplan.

—Pues yo no sé, Clara —interviene de nuevo Luisa, desde la serenidad de su vida matrimonial. A menudo me extraña que ambas puedan ser tan amigas, con ideas y vidas tan distintas—. A veces creo que es mejor dormir en paz sin sueños que tenerlos y correr el riesgo de sufrir pesadillas. Yo prefiero a un hombre que, tanto como hacerme soñar al acostarnos, me quiera al despertar juntos por las mañanas. No puede ir una vestida de gala durante todo el día.

—¡Pero si es justamente eso lo que estoy diciendo! Que a nuestra edad hay que cerrarle la boca a todo aquel que venga prometiéndonos el paraíso. Menos Mariana, que quiere que le hagan soñar, todas nos conformamos con mucho menos. Pero ¿por qué serán los hombres tan torpes que no se dan cuenta de lo fácil que es interpretar su

papel, de lo sencillo que les resultaría dejarnos dormidas por las mañanas, tranquilas y satisfechas, sin necesidad de ofrecernos más paraísos?

—¡Claro! ¡Si casi no pedimos más! —acepta también Mariana con una sonrisa.

Aunque en algunos momentos de la cena he tenido que hacer esfuerzos para no deslizarme fuera de la conversación, para no llegar tarde con mi risa a un comentario ingenioso, ahora observo el grupo que formamos mientras me hago una pregunta: ¿por qué, si todas tenemos tan claro lo que queremos de los hombres, si sabemos cuál ha de ser nuestra elección, una y otra vez seguimos equivocándonos? ¿Por qué, si la felicidad depende en gran medida de esa decisión, la tomamos tan precipitadamente, en cuanto uno de ellos llama a nuestra puerta con cara de necesitar un café? ¿Por qué aceptamos tan rápidamente a alguien tan distinto a nuestras expectativas? ¿Por qué no esperamos sin prisas a que llegue lo que deseamos: un hombre tranquilo, pero que también podría ser heroico si la ocasión lo exigiera; un hombre que comprenda que ser fuerte no es lo mismo que ser bruto; un hombre que no te deje tirada en los apuros, que de vez en cuando te compre flores, no porque sea tu cumpleaños, sino para demostrar que piensa en ti también cuando no está contigo?

—Y tú, Andrea, que hoy estás tan callada —me dice de pronto Clara—, ¿qué prefieres, que te hagan soñar aun a riesgo de las pesadillas, o simplemente que te dejen dormir satisfecha?

—Yo creo que, de momento, prefiero mantenerme muy despierta ante todos ellos —contesto muy deprisa, sin pensar en otra cosa que en la ferocidad de Nico.

Una vez más compruebo los nudos de las cuerdas del arnés de seguridad. Estamos en el décimo piso de un edificio en construcción, con la estructura desnuda, de modo que también podría parecer un edificio en ruinas al que se le han derribado los tabiques. Una valla en el borde es la única protección, y el juez quiere comprobar si se sostiene la versión de la defensa, si es posible que una mujer caiga al vacío por un simple tropiezo, sin que nadie la empuje.

El acusado era su marido: un hombre joven que aún no habrá cumplido los treinta años. Va muy bien vestido, con corbata y chaqueta, rigurosamente afeitado. Tiene aspecto de buen chico, seguro de sí mismo, nada que ver con quienes esconden el rostro a las cámaras y a quienes la culpa hace encogerse hasta el menor tamaño posible. Seguramente es amable con sus compañeros de trabajo, hospitalario con sus amigos y colaborador con sus vecinos. Sin duda va a comer con sus padres una vez al mes. Es curioso que a menudo estos tipos que maltratan a sus parejas sean bien parecidos, atractivos, elegantes en su porte. No tendrían dificultades para conquistar a otra mujer e intentar olvidar a las que ya no los quieren. Y sin embargo, parecen desconocer el sentimiento de gratitud hacia su pareja, el prodigio de tener cada noche al lado a alguien con quien acariciarse, el lujo de dormir en paz sobre las sábanas tibias, sobre el cálido humus de donde brota tanto bienestar.

Yo creo que ha matado a su mujer, que no en vano está aquí ahora, esposado entre dos policías y acompañado por su abogado. He hecho muchos simulacros y he aprendido a observar y a sacar conclusiones del parpadeo de la lengua que organiza la mentira, de la inmovilidad forzada de los ojos, de la torpeza de las trampas pacientemente calculadas para custodiar secretos. A veces es como si empezaran a sonar en mis oídos las voces, los gemidos de las mujeres muertas que me susurran cómo sucedió todo.

La valla es suficientemente alta para servir de protección y apoyo y está anclada al suelo con firmeza. Ella era seis años mayor que él y, según el informe, había pagado con el dinero de su herencia familiar todos los anticipos del futuro piso que habían comprado en el edificio donde iban a vivir. Los albañiles les oyeron discutir aquí arriba y poco después sonó el grito. Él ha declarado que estuvieron midiendo con pasos el lugar donde irían las habitaciones, calculando los metros y la orientación, intentando imaginar en el cemento duro y áspero la mejor distribución de los espacios donde alimentarse, donde amarse, donde trabajar o descansar. En su declaración jura que no discutieron, que si en algún momento levantaron el tono de sus voces fue porque los ruidos de la obra les impedían oírse bien en cuanto se alejaban un poco uno del otro.

Cuando lo han traído arriba, esposado, Mariana —que se aparta a un lado y observa, y no hará nada, ninguna indicación, pero su presencia ahí detrás siempre me reconforta en los momentos más duros y desagradables— y yo ya estábamos esperando. Nos ha mirado y al momento ha adivinado que era yo quien iba a ocupar el lugar de su mujer. No ha podido evitarlo y he visto sus ojos antes de que los velara. Hay dos tipos de mirada en los hombres con quienes me enfrento en los simulacros: las de complicidad de aquellos que sobrevaloran mi función y de algún modo intentan «seducirme», convencerme de su inocencia y ponerme de su lado, y las de quienes, como esta de ahora, no han agotado con la violencia anterior todo su odio, que sigue allí latiendo, indomable y beligerante, aprisionado en el cepo de los párpados.

El juez quiere comprobar las posibilidades de tropezar en el suelo rugoso de cemento y la resistencia y altura de la valla. Así que nos ordena repetir lo que el acusado declaró y yo he estudiado en el informe: los movimientos siguiendo las marcas de tiza trazadas en el suelo, las voces, los gestos, las posturas de cada uno. La repetida historia de Hamlet, la evocación del fantasma del padre en los jardines de Elsinor, el temblor de Claudio. De vez en cuando nos corrige, como si fuera un director de teatro —y entonces el recuerdo fugaz de Luis sube hasta aquí arriba, y pienso en su sangre y en la pobre sangre blanca de mi hijo—, o nos detiene para preguntarle algo al hombre, que contesta con un esforzado tono de inocencia. Hay un momento en que llora, pero yo no dejo que eso me afecte, porque sé lo eficaces que pueden ser las lágrimas. Las lágrimas desplazan la culpa de un lugar a otro, atraen la piedad y no siempre es fácil ser neutral ante un hombre o una mujer que llora.

Por fin ambos estamos frente a frente, cerca del borde. Éste es el momento

esencial en cada simulacro, el instante previo al golpe definitivo, la frontera: cuando nos tocamos el acusado y yo, cuando posa sus manos sobre mí para hacer lo mismo que le ha hecho a ella, algunos representando sin convicción una farsa de inocencia, otros fingiendo torpemente su necesidad de consuelo, los más sin apenas poder disimular el furor que aún conservan intacto. Ahora, de espaldas al vacío, pero con la seguridad de las cuerdas, soy la única que le ve el rostro. Los demás sólo pueden observar su nuca rígida, tal vez el escorzo de su perfil. Él también lo sabe y entonces vuelve a brotar en sus ojos húmedos el odio airado, intolerable, como si me estuviera diciendo: «A ti también te arrojaría por ahí si ahora mismo estuviéramos solos». Retrocedo un paso siguiendo la marca de la tiza, simulando un tropiezo, y noto en mi cintura el borde duro de la valla. No puedo caer si no choco contra ella con un impulso muy violento. O si alguien no me empuja.

El juez da fin a la reconstrucción. Ya debe de tener sus conclusiones, que escribe en una pequeña carpeta mientras los policías se llevan al acusado. Cuando, aliviada por haber terminado, miro hacia el exterior, descubro a un equipo de televisión que, desde un piso un poco más alto de otro edificio en obras, ha estado grabando con discreción toda la escena.

Todo queda de nuevo en orden detrás de mí, en ese orden tanto más necesario cuanto más incierto es el resultado del viaje. Conozco la primera parada, pero ignoro el tiempo que voy a estar fuera, ignoro si en Cádiz concluirá el itinerario o si tendré que seguir recorriendo más kilómetros. Sé con cuánta frecuencia el esfuerzo de la búsqueda no conlleva la felicidad del hallazgo. Incluso si lo encontrara, no hay ninguna seguridad de que sus marcadores fueran compatibles con los de Lucas. Y, sin embargo, no puedo dejar de buscarlo.

Una parte de mi optimismo inicial se ha perdido en Barcelona, y si las posibilidades de localizarlo en Cádiz no son más débiles, mi esperanza sí lo es. Mientras recuerdo con prevención las palabras de Mimí —«Tenía espíritu de trotamundos, y ya sabes, los trotamundos van y vienen, nunca se quedan quietos en el mismo sitio durante demasiado tiempo»— los kilómetros no pasan deprisa. Conduzco hacia el sur, casi indiferente a los colores del paisaje que desfila por las ventanillas y va quedando atrás, en el retrovisor, suavizado por esta luz de algodón de principios de octubre. Avanzo en la tarde bajo la pértiga del sol con que Andalucía salta hasta la meseta por Despeñaperros, quemando los kilómetros sin excesivas prisas. No quiero que la obligación del viaje acumule ansiedad sobre ansiedad.

En una curva cerrada estoy a punto de atropellar a un motorista al que no había visto, porque me está adelantando por la derecha. El brusco viraje, el chirrido del frenazo y el obscuro gesto de insulto con que alza el dedo anular antes de alejarse acelerando llenan mi boca de adrenalina. Ahora recuerdo haber oído algo el día anterior sobre la celebración del Gran Premio de Motociclismo de Jerez, y de ahí los grupos de motoristas que invaden la carretera de camino hacia allá abajo, poniéndose a prueba como si fuera un circuito y haciendo de cada automovilista un adversario al que hay que adelantar. Mala fecha para viajar, pienso mientras modero la velocidad.

En Cádiz, dejo el equipaje en el hotel y llamo a casa por teléfono para comprobar que todo va bien. Luego salgo a caminar por la ciudad, por las calles enroscadas en la pequeña península del fondo. Ceno algo rápido en una terraza y, con la última luz del crepúsculo, sigo hacia el paseo marítimo, observando los rostros con los que me cruzo, con la absurda esperanza de que uno de ellos sea el de Luis. Sopla una ligera brisa, agradable, y algunos veleros regresan a dormir al puerto con las velas peinadas a babor, delicados y aiosos, conscientes de su elegancia. Más lejos se divisan las siluetas de los grandes mercantes, con las chimeneas tumbadas hacia atrás, como si también a ellos les afectara el viento. La noche avanza. Las canciones de salsa y de flamenco comienzan a estallar en algunos coches discoteca que recorren el paseo marítimo y en los aparatos de los grupos de adolescentes que se divierten en la playa. Al fondo, el mar ya oscuro, la bahía que desde hace tres mil años no se ha visto nunca sin un barco.

Con los zapatos en la mano, camino por la arena y me siento frente al agua, ajena a dos inmigrantes negros que pasan y me miran fijamente, a un hombre solitario que, al cruzarnos, me susurra unas palabras roncadas y obscenas, contemplando el suave

oleaje que viene a morir junto a mis pies y emite un siseo al retirarse, como si las olas trataran de decirme algo, como si fueran las emisarias de un mar insomne que, fatigado de tormentas y mareas, de yates y pesqueros voraces, de vertidos y cadáveres, viniera a rendirse ante la playa y a solicitar la humilde dejación de todas sus funciones. Allá arriba, mi hijo y mi padre ya deben de estar durmiendo. Quizá otra vez le ha vencido el sueño en la cama de Lucas mientras le lee el cuento que le ha traído Mariana, la historia de dos niños, un bosque, una bruja y una casita de chocolate que yo nunca terminé de comprender.

Una estrella fugaz cruza el cielo, y enseguida otra, persiguiéndola por el infinito y apagándose antes de alcanzarla. Pienso en un deseo, en Lucas, y luego lo repito en voz alta, porque cualquier otro regalo que me concedieran no tendría ningún valor si antes no me otorgaran ése. Estoy en la edad en la que la maternidad lo llena todo, es lo más importante, cuando los hijos son frágiles y cariñosos y no han vivido aún el tiempo suficiente para dejar de ser inocentes. Hubo otros años en que el amor, los amigos, el trabajo ocupaban mis mejores pensamientos, y pasarán más años y cuando Lucas tenga la edad que yo tengo ahora, tal vez mi hijo volverá a importar menos, y entonces el bienestar físico y el miedo a la muerte serán el centro de mis preocupaciones. Miro de nuevo hacia el cielo, pero ninguna otra estrella baja ya a chocar contra la atmósfera, y me pregunto si significarán algo o si simplemente el deseo de su curación se deshará en polvo con un destello trágico y brillante, del mismo modo que se han deshecho esos dos chispazos.

Regreso tarde al hotel. Aquí y allá, tras las ventanas, luces encendidas revelan que la ciudad duerme inquieta ante lo que pueda arribar a la playa, como el dueño de una casa en la frontera que esperara insomne los pasos y los aldabonazos de los mendigos que se cuelan por las franjas de oscuridad de las aduanas, por los tramos de costa adonde no llega la luz de los faros.

En el Ayuntamiento me recibe una trabajadora social que se encarga de coordinar las ayudas a los inmigrantes. Es probable, por tanto, que tenga algún contacto con las ONG de la comarca.

Le pregunto por Luis Moll, que estuvo por esta zona colaborando con una organización de voluntarios. Me escucha con atención, pero sin demostrar extrañeza ni curiosidad por los motivos de mi interés. Por su trabajo, debe de estar acostumbrada a oír los relatos más inverosímiles de viajes y odiseas, de búsqueda y pérdida. No lo conoce, ni siquiera le suena su nombre —«Pasa tanta gente por aquí», me dice—, pero escribe en un papel algunas direcciones donde puedo preguntar. Luego marca el número de teléfono de alguien que ocupó antes su puesto. Le explica lo que estoy buscando y me pasa el auricular. También es una mujer, y repito el nombre de Luis Moll.

—¿Catalán? —me pregunta.

—Sí —respondo, aunque no podría afirmar que Luis fuera de ninguna parte.

—Lo vi en alguna reunión, hace un tiempo. Pero no aquí. En la zona de Algeciras. O de Tarifa. Espera, no cuelgues.

El sonido de sus pasos se va alejando del auricular. Al cabo de unos segundos vuelve y me dicta algunos nombres y algunos números de teléfono, y me explica que si Luis sigue por allí, con esos datos no me será difícil encontrarlo. Me desea suerte. Cuelgo después de agradecerle su amabilidad, generosamente expansiva para lo poco que soy para ella: una desconocida buscando a un desconocido.

Antes de abandonar Cádiz, empleo el resto del día en recorrer los lugares que la trabajadora social me ha indicado. Todo es en vano, nadie lo conoce. Incluso resulta inútil una pista que me hace esperar hasta bien entrada la noche para encontrarme con un chico catalán que podría conocerlo, pero que, al fin, nunca ha oído hablar de él.

Con el equipaje cargado en el maletero, sintiendo en la nuca los primeros avisos del fracaso, salgo de la ciudad en dirección a Algeciras. Son las dos de la noche y estoy muy cansada. Por fortuna, la ondulante carretera de la costa no va concurrida, el verano ha quedado atrás. Algunos coches que aparecen de frente me deslumbran un momento antes de acortar la luz de sus faros, pero los postes del borde marcan con precisión las curvas. En los desvíos, los nombres de los pueblos evocan recuerdos de toreros, tonadilleras, políticos y famosos que han nacido o veranean por aquí, pero también suenan a noticias de muertos, de pateras, de inmigrantes ahogados.

Un ruido sordo, explosivo, estalla de repente en el coche y tengo que sujetar con fuerza el volante, que gira hacia la derecha como si algo invisible tirara de él con violencia. Con el pie en el freno intento rectificar la dirección, pero a la luz de los faros veo cómo la carretera desaparece y en su lugar surge un brusco tobogán sobre arbustos y tierra. El coche se tambalea, está a punto de volcar mientras noto al mismo tiempo la patada del volante en la boca del estómago, un golpe en el lado izquierdo de la cara y la presión del cinturón de seguridad en el cuello. Es el viejo Volkswagen —del que he estado abusando en exceso sin prestarle ningún cuidado, a pesar de aquel primer aviso en Zaragoza— el que iba en movimiento, pero parecía que la tierra entera se hubiera levantado para abalanzarse sobre él con un brutal estrépito.

Luego, tan bruscamente como han llegado, desaparecen el ruido y la furia. No se oye nada. Aunque el motor se ha calado, los faros encendidos siguen iluminando los arbustos sobre cuyas hojas se va depositando el polvo. Respiro hondo, sin moverme, dejando que la adrenalina se disuelva en la saliva que apenas segrega mi lengua, que parece haber engordado dentro de mi boca. Obedezco las indicaciones que nos daban en la academia si alguna vez recibíamos un disparo o nos herían: antes de desplazar el cuerpo, hacer recuento del daño. El dolor en la boca del estómago se ha mitigado y enseguida vuelvo a respirar bien, pero el pómulo me arde, siento cómo corre hasta ahí la sangre bondadosa y servicial para cauterizar el daño, para apagar las llamas. Sin embargo, compruebo aliviada en el espejo retrovisor que no hay herida: el golpe no ha rajado la piel y no quedarán cicatrices. No ha ocurrido nada grave.

Ni el cinturón de seguridad ni la puerta se han bloqueado y salgo afuera. Incluso en la oscuridad se aprecia lo escandaloso del accidente: la carrocería de un lateral abollada, algún piloto hecho pedazos, reventada la rueda derecha que lo ha provocado todo. Uno de esos percances que, del mismo modo que pueden quedarse en susto y advertencia, pueden terminar en una trágica carnicería.

La pantalla del teléfono móvil está apagada y, al intentar encenderlo, sólo emite un lastimero suspiro de batería descargada. Contengo el deseo de gritar y maldecirme por mi falta de previsión. Recojo el bolso y la pequeña maleta, apago los faros y salgo a la carretera. En esos momentos no pasa ningún coche. Tampoco se oye nada, como si todos los animales, asustados por el estruendo, se hubieran agazapado temerosos en sus madrigueras. A mi alrededor vibra ese espíritu de tensión, inquietud y casi amenaza que impregna el campo desde que, con la llegada de las sombras, es abandonado por quienes lo trabajan.

Mientras espero en la cuneta, me parece increíble que todo esto me esté ocurriendo cuatro años después de comenzado el milenio, cuando todo está bajo control en el mundo occidental y en teoría nadie puede morirse desangrado ni hay lugar para la aventura. El verdadero viaje hoy ni siquiera consiste en cruzar el Amazonas o la Antártida con un GPS y media docena de satélites que te están fotografiando para ver si te caes y con un servicio de mensajería urgente para llevarte una tirita. El verdadero viaje de aventuras está en cruzar un país del Tercer Mundo visitando ciudades fanáticas o hambrientas, o, en algún caso, aquí, en este país nuestro, al cruzarlo de una esquina a otra un día de frenesí vacacional o deportivo, como cuando bajaba desde Madrid rodeada de cientos de motoristas enloquecidos en su túnel de velocidad.

El primer automóvil reduce su velocidad al divisarme, acorta la luz y pasa muy despacio a mi lado, pero no se detiene y sus luces rojas se alejan acelerando. No sé quién va dentro, hombre o mujer, joven o anciano, solo o en compañía, pero en cualquier caso siente miedo o desconfianza hacia una mujer sola en la carretera, en mitad de la noche.

Es el décimo coche el que por fin se detiene con un frenazo después de haberme sobrepasado. Me acerco corriendo hasta él, que se ha apartado al arcén con el doble latido de los intermitentes. Dentro hay una pareja joven, con un niño pequeño que duerme plácidamente atrás, atado en su sillita, sin despertarse aunque hayan encendido la luz interior.

—¿Le ha ocurrido algo? —me pregunta el hombre que conduce al ver mi cara, que se agacha hacia la ventanilla.

—Un accidente por un reventón de una rueda —señalo hacia atrás—. Me salí de la carretera. Pero no tengo nada grave.

—¿Y el coche? ¿Va a dejarlo ahí? ¿Quiere avisar a su seguro? —me dice ofreciéndome el móvil.

—El coche puede esperar unas pocas horas donde está, nadie podrá llevárselo.

Dentro no hay nada de valor. Prefiero llegar enseguida al próximo pueblo y desde allí hacer con tranquilidad todas las gestiones —contesto. No quiero entretenerlos más. El niño se ha despertado y me mira con ojos interrogantes y aturridos.

Me hacen un hueco atrás y arrancamos. Ellos van de vacaciones a conocer la zona, sólo unos días, me dicen, mientras la mujer me ofrece agua y unas toallitas jabonosas que huelen a bebé para que pueda limpiarme. Quince minutos después llegamos a un pueblo cuyo primer edificio es una gasolinera. Me bajo allí y les reitero mi agradecimiento.

La gasolinera tiene algunas luces encendidas, pero no está abierta, como había creído, así que camino hacia el siguiente edificio, donde un rótulo sobre el dintel de mármol indica TANATORIO. Hay una docena de coches aparcados frente a la fachada. Algunos hombres y mujeres han salido a fumar un cigarrillo y charlan en un tono asordinado y grave.

Un automóvil descapotable llega en ese momento, con demasiadas prisas, y aparca a un lado. De él bajan cuatro chicos jóvenes que no tienen ningún aspecto de venir a un velatorio y, como algo conocido, se dirigen hacia una puerta lateral del edificio donde leo un discreto cartel: *Cafetería*.

—¿Una cafetería? —les pregunto extrañada cuando pasan junto a mí.

—Sí.

—En el mejor sitio para que haya una abierta las veinticuatro horas del día —explica otro de ellos.

Han bebido y probablemente se han acercado aquí porque es el único lugar donde puedan seguir bebiendo. Los he visto muchas veces así, con los ojos nublados por una pelusa de alcohol y con esa lasitud al hablar. Cuando los sorprendemos, desaparece bruscamente su jovialidad y fuerzan una mediocre imitación de serenidad y equilibrio que resulta más reveladora de su confusión que la propia ebriedad.

Ahora los sigo al interior y, en efecto, es una cafetería con barra, teléfono y máquinas expendedoras de bebidas y tabaco. Algunos clientes parecen encontrarse allí por un velatorio, pero hay otros que, como los chicos del descapotable, han venido aquí porque los demás locales están cerrados. El sitio, al menos, les impone moderación de gestos y baja el volumen de sus voces, pero no elimina su capacidad para convertir en un lugar de ocio lo que ha nacido como un lugar donde se gestiona la muerte, o los despojos que abandona la muerte. Mientras espero a que se enfríe el café ardiendo, pienso que esta curiosa convivencia entre el velatorio y la celebración, acaso tan difícil de encontrar en otro país, no surge por blasfemia ni falta de delicadeza, sino por la aceptación de la muerte como un hecho familiar y cotidiano, una continuidad en costumbres que hunden sus raíces en los viejos funerales domésticos. Alguna vez, de niña, fui con mi padre a alguno de ellos. Mientras el difunto permanecía en la cama de la alcoba donde había nacido, y donde al día siguiente dormirían sus herederos, la cocina se convertía en bar y se servían dulces y aguardiente a todo el que velaba.

Responden enseguida en el teléfono de la aseguradora y me dicen que en media hora me enviarán una grúa para recoger el coche y para llevarme a un hotel de Algeciras.

Unas horas después, con el coche en el taller y la batería del teléfono cargada, escucho los mensajes que mi padre y mi hijo me han dejado diciéndome que todo va bien, que haga mi trabajo y no me preocupe por ellos. También hay un recado de Mariana pidiendo que la llame.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta—. ¿Lo has localizado?

—No. Además, he tenido un problema. —Le cuento el accidente con el coche y tengo que repetirle varias veces que no me ha ocurrido nada, que no estoy herida—. Necesitaré quedarme aquí tres o cuatro días más de lo previsto.

—¡Vaya! —exclama—. De eso iba a hablarte yo. Nos han llamado desde Sevilla solicitando que les ayudes en un simulacro. No he contestado nada hasta comentarlo contigo, pero, si quieres hacerlo, tendrías una sólida excusa para demorarte el tiempo que necesites sin que el jefe comience a preguntar cuándo regresas. Él vería con buenos ojos que les echaras una mano. Les debemos algunos favores.

—Pero en Andalucía tienen su propia especialista. Hicimos juntas el curso.

—Está de baja por maternidad. Y ella misma sugirió tu nombre, porque tú encajas con las características físicas que tenía la víctima. Yo creo que debes aceptar. Así dispondrías de más tiempo para lo tuyo y para arreglar el coche. Por Lucas no tienes que preocuparte. Todas las tardes paso por allí, aunque no me necesitan para nada. Loreto y tu padre se encargan de todo perfectamente.

—¿Y el jefe me dejaría todo el tiempo que necesite?

—Ya te he dicho que sí. No puede obligarte, pero le gustaría que lo hicieras. Tu prestigio nos da prestigio a toda la comisaría —bromea.

—De acuerdo —contesto, sin pensarlo más, aunque en estos momentos un simulacro entre gentes extrañas es lo último que me apetece—. Dile que acepto.

—Entonces, ahora mismo te envío el *dossier*. Es, de nuevo, un asunto doloroso. Pero lo más importante es que tengas suerte con tu búsqueda. No te desanimes y sigue insistiendo. Te llamaré si hay alguna novedad. Y no olvides tener cargada la batería del teléfono.

Tras hablar con ella, llamo a los números que me indicaron en Cádiz. En uno de ellos, cuando pronuncio el nombre de Luis, alguien me remite con seguridad a una organización, Brazos Abiertos, pero allí la grabación del contestador informa de que la sede sólo se abre por las tardes. Entonces descanso unas horas y luego recorro la ciudad, sintiendo que estoy cerca de encontrarlo, esperando que aparezca al doblar una esquina o conduciendo un coche con matrícula de Barcelona. El puerto es inmenso, es inmensa la explanada donde esperan o descansan los vehículos — muchos de ellos cargados hasta arriba, los fardos sujetos en la baca con una lona—

que regresan o que van a cruzar en barco el Estrecho. Son tantos los inmigrantes que caminan por las calles, que descansan en parques y terrazas, que en algunos momentos Algeciras parece una ciudad extranjera. A mi alrededor sobrevuela de un modo muy intenso el resplandor y al mismo tiempo la amenaza de África. Al pasar por una plaza con soportales, los veo quietos, mirándome, con las espaldas apoyadas en la pared en sombra, como murciélagos alineados en el fondo de una cueva que podrían asustar a un niño, pero no a quien comprende que se esconden por miedo. Aquí abajo también se puede entender el temor de los nativos de la ciudad a que terminen instalándose en todos los rincones y usurpando su territorio. Al contemplar esta imparable marea de inmigración, intento ser ecuánime para comprender la lucha que surge en el corazón del sedentario entre el instinto de proteger su casa del nómada y de la sospecha de que cuando se marche se llevará consigo algo de lo tuyo, y la piedad que empuja a dar pan al extranjero hambriento y agua al que tiene sed. Lo malo no es que por el corazón crucen espontáneos pensamientos xenófobos; lo malo es alojarlos y alimentarlos dentro.

De algún modo, este conflicto fue lo que debió de atraer a Luis. Me resulta fácil imaginarlo con la mano tendida hacia oscuros náufragos de ojos aterrados, hambrientos y ateridos, recién llegados a la playa tras haberse montado en un leño medio podrido para cruzar el mar, sin saber quién podrá arribar a tierra y quién va a quedarse para comida de los peces. Esta acera por la que camino, esta playa que piso, endurecida por los talones nocturnos de los inmigrantes y por las botas de los guardias que corren tras ellos, esta ciudad es para mí, que la miro desde el norte, el fin del fin de Europa; para ellos es el principio del sueño, la entrada al país de la utopía. Y este lugar de contraste donde se tocan dos continentes y cohabitan con pequeñas sacudidas puede fascinar y remover a cualquiera que, como Luis, aún vaga con la inquietud de no haber encontrado su presente y su lugar en el mundo.

En la sede de Brazos Abiertos una chica habla por teléfono mientras tres hombres negros, sentados frente a ella, esperan inmóviles, con gesto desconcertado. Cuando cuelga, uno de ellos, que habla un poco de español, reanuda la conversación que parecían tener antes e intenta explicarle por qué habían venido a España.

—No agua..., no comida..., no hierba. Elefantes abortaban... —dice casi con angustia, como si ésa, más que su propia hambre y miseria, fuera una razón tan convincente que nadie, ni siquiera los hombres blancos de Europa, podría escuchar con indiferencia.

La chica me mira y aprovecho para decirle que estoy buscando a Luis Moll, que...

—¿Luis Moll? —me interrumpe, y en ese momento todo se ilumina.

—¿Lo conoces?

—Coincidimos dos o tres veces, pero hace un par de años que no lo veo.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo? ¿Tenéis alguna dirección suya?

—Espera.

Abre una pantalla del ordenador, teclea algo y enseguida aparece su nombre, por primera vez viene a mí desde fuera, no soy yo quien tiene que escribirlo. Llega, además, acompañado de una dirección postal en otra ciudad, Tarifa. Pero no hay un número de teléfono.

—¿Me das un papel para apuntarlo?

—Haré algo más —dice, amable y servicial.

Escribe los datos y luego, debajo, añade un nombre, Blas, y el número de un móvil.

—Por lo que recuerdo, Blas y él eran amigos. Solían trabajar juntos. Seguro que él podrá ayudarte.

Llamo al salir a la calle y esta vez no hay contestador automático ni dificultades de batería o cobertura ni llamada en espera. Es el propio Blas y no me pregunta por qué razón busco a Luis. No sabe cómo localizarlo, pero se ofrece para hablar conmigo.

—¿Puedes venir mañana a Tarifa? Tengo que hacer algunas cosas esta tarde.

—Sí, claro. ¿Dónde quedamos? ¿A qué hora? ¿Cómo te reconoceré? —acumulo las preguntas con excesiva prisa, con mucho que decir y poco tiempo para decirlo, con miedo de que algo falle y se interrumpa la comunicación.

—Cuando vayas llegando, verás a la derecha una gasolinera de Repsol. Yo estaré allí, en un coche, un todoterreno de color verde oscuro. ¿Te parece bien a las once?

—Muy bien. A las once.

Hace apenas una hora, mientras cenaba en el restaurante del hotel —un hotel más, con los mismos ruidos amortiguados tras las paredes de la habitación, con la misma soledad, con la misma decoración y la misma música anodina de fondo, con los mismos turistas de paso y los mismos asistentes a congresos, algunos luciendo en la solapa, colgado de una pinza, su nombre plastificado—, me he visto en el televisor. Lo estaba mirando porque así se me hacen menos tristes estas comidas rápidas y solitarias en las que la ansiedad me hace engullir alimentos en exceso. El presentador del telediario contaba el caso de otra mujer asesinada por su marido, de quien quería separarse. No ha concluido aún octubre y ya se han producido sesenta muertes. A pesar de los esfuerzos que hacemos, a pesar de las campañas de prensa, a pesar de las ayudas y las casas de acogida, la violencia no cede, sigue asesinándose a mujeres cada seis días. Las imágenes muestran los hierros y la silla donde la encadenó antes de comenzar a golpearla, con frialdad, sistemáticamente, con un bate de béisbol. Antes de que su brazo se cansara, ya estaba muerta. Después, él se arrojó por la ventana del piso, pero no murió. Las cuerdas de los tendederos lo fueron reteniendo. Un caso claro, que no necesitará de un simulacro en el que yo intervenga.

Luego, quizá con la buena intención de que la noticia no quede reducida a una anécdota, la han ampliado con números y estadísticas, y entonces han puesto las

imágenes que lograron grabar el otro día en el edificio en obras, de las que casi me había olvidado. El cámara llegó a enfocar nítidamente, durante unos segundos, mi cara, que en verdad parece allí la cara de una víctima, y después han repetido el plano en el montaje. Imaginé mi rostro saliendo multiplicado diez millones de veces en los televisores de todo el país, en los hogares, en las cafeterías, en esas tiendas de electrodomésticos con varias filas de pantallas encendidas que tanto le gustaban a Nico, en los restaurantes y habitaciones de los hoteles como este en que me alojo. Agaché la cabeza sobre el plato, con el temor de que alguien me reconociera, pero la mayoría de los que cenaban solos y miraban el televisor eran hombres y pocos parecían interesados en la noticia. Imaginé reacciones de piedad, de indignación y de miedo, pero también algunas de odio, como si yo fuera la mujer arrojada al vacío y lo hubiera merecido.

De pronto tuve pánico al pensar que Lucas podría estar viendo el televisor en ese momento y no hubiera nadie a su lado para impedirselo.

Esperé impaciente a que comenzaran las noticias de deportes y entonces me levanté y salí corriendo hacia la habitación. He llamado a casa por teléfono y Lucas no ha visto nada. Estaba cenando en la cocina con mi padre mientras Mariana tomaba una cerveza con ellos y fingía que no les ayudaba, que sólo había pasado por allí a saludarlos. Ella sí escuchaba muy atenta la noticia y reconoció el edificio en obras cuando apareció el primer plano general. Como no tenía el mando a distancia, se colocó delante del televisor para que ninguno de los dos viera nada.

Está indignada con la irresponsabilidad de los periodistas que hicieron el reportaje. Se encargaron de nublar las caras de los policías, como hacen siempre en las noticias relacionadas con el terrorismo, pero ahora plantaron en primer plano mi rostro durante varios segundos y luego lo repitieron, como si esta sangría femenina no fuera un terrorismo tan brutal como el otro. Me dice que lo primero que hará mañana al llegar al trabajo será hablar con el comisario para que envíe una enérgica protesta al canal de televisión y eliminen ese reportaje de sus archivos. Ella misma se encargará de redactarla.

El taxi avanza despacio por la carretera llena de curvas y con un tráfico intenso. Sube la colina desde donde se contempla el cabrilleo del mar, a la izquierda; a la derecha destacan, casi amenazantes, los campos de molinos eólicos, algunos sembrados muy cerca del asfalto, cuyas enormes aspas giran velozmente empujadas por la brisa de levante, cortando en rodajas el sol de la mañana. El conjunto de naturaleza y tecnología configura un paisaje singularmente extraño, modificado por la mano del hombre. Si alguna vez estas torres, estas obras gigantescas, no sirvieran para nada, ¿volvería la Tierra a ser como antes era?

Aunque llego cinco minutos antes de la hora, Blas me está esperando ya en la gasolinera, apoyado en el coche verde. En su camiseta brilla un pin con el anagrama

de Brazos Abiertos. Es alto, moreno, bien parecido, con ese aspecto de salud rebosante que siempre me hace admirar a estos chicos y chicas jóvenes que emplean sus horas de ocio en ayudar a los demás, a gente que no es como son ellos.

Cuando se lo comento, replica con naturalidad, casi humilde:

—¿Excepcional? No creo que sea ésa la palabra adecuada. Ahora mismo en España hay veinte o treinta mil compañeros que están haciendo algo muy parecido a lo que hago yo. ¿Tienes tiempo? —me pregunta.

—Sí.

—Entonces, si quieres, me acompañas mientras hablamos. Hoy me toca a mí hacer la ronda, por llamarlo de algún modo.

Montamos en el todoterreno y salimos a la carretera, pero pronto se desvía por un camino de tierra que se dirige hacia el mar. Detiene el coche en lo alto de una pequeña loma desde la que se contempla, al fondo, subiendo por encima de las nubes, la punta de África, el peñón de Yebel Musa. Sobre nosotros, algunas gaviotas resbalan por el cristal del aire desde el cielo al agua. En la lejana playa que divisamos abajo, sin embargo, estalla un carnaval de luz, color y movimiento: centenares de windsurfistas se deslizan sobre las olas, impulsados por las alas de mariposa de sus tablas, componiendo un espectáculo maravilloso. Sus trajes de neopreno del color de los tiburones contrastan con el brillante espectro multicolor que forman el cielo azul, el océano verdoso, la espuma blanca y el arco iris de velas y parapentes. Blas recorre el horizonte con los prismáticos, buscando, y luego arranca de nuevo hasta que unos kilómetros más adelante detiene el motor, nos bajamos y vuelve a observar.

—¿Todo esto es necesario? —le pregunto—. ¿No lo hace la Guardia Civil?

—Sí. Y no se puede decir que lo esté haciendo mal. Al contrario. Pero nuestro trabajo es diferente. Ellos detienen y expulsan. Nosotros ayudamos. A veces, también escondemos —añade con una voz sencilla tras unos instantes de silencio.

—¿Escondéis? ¿Y no hay aquí demasiados emigrantes? —me atrevo a preguntarle.

—Ahí abajo hay demasiada miseria —se limita a responder.

—Yo soy policía —le digo, para evitar desde el principio cualquier malentendido.

—¡Policía! —interrumpe el gesto de mirar de nuevo con los prismáticos y me observa con mucha atención—. Como lo era Luis. ¿Por eso has venido a buscarlo?

—Por eso no. Es algo mucho más importante. Un asunto familiar —le digo, pero le oculto todo lo demás, porque no quiero que todo el mundo conozca nuestra historia íntima.

Blas mira alrededor, a los campos cubiertos de arbustos que rodean el camino, como si esperara ver a alguien.

—¿Dónde está? —le pregunto de nuevo.

—En una ciudad del norte de Alemania. Hannover. Pero no sé más datos.

—¿Te escribió?

—No. Un día llamó por teléfono. Dijo que estaba trabajando en una empresa que

gestionaba algo de música. Conciertos, o espectáculos..., algo así. No concretó mucho ni yo le pregunté por los detalles.

—¿Recuerdas el nombre de la empresa?

—No, no sé nada más. Hannover y ese tipo de trabajo.

Entonces, otra vez hay que empezar. Desde aquí, donde Europa contiene con el índice la nariz de África, hasta el norte del continente. Me apoyo en el coche y cierro los ojos, con la decepción de llegar siempre tarde, de ver dos o tres años después el mismo paisaje que él ha visto antes. No me siento con fuerzas para seguir corriendo. ¿Durante cuánto tiempo se puede estar buscando a alguien sin encontrarlo?, ¿cuánto tiempo tarda en llegar la desesperanza? En cada viaje tras él voy conociendo más datos de su vida que, sin embargo, no me sirven para acabar con la búsqueda, sólo para eternizarla.

—Seguro que hay formas de localizarlo, no te preocupes. El consulado, las asociaciones de españoles en el exterior...

—Sí, supongo que sí.

Una sombra oscura, que enseguida se desvanece en el fulgor del agua, atrae su atención y vuelve a observar el mar con los prismáticos, la orilla, algún pecio en la arena.

—En estas últimas calmas de octubre —me dice—, antes de que avance el otoño, es cuando más inmigrantes llegan en pateras. Tantos que a veces da la impresión de que el primer continente donde habitó el hombre será el primero en deshabitarse.

Pero el silencio y la soledad son totales entre las dunas. No hay nadie, como si también los últimos turistas hubieran huido de las playas por miedo a que sus pies pisaran un cadáver. El sol brilla en lo alto, ilumina con nitidez algunos eucaliptos harapientos, los pinos de copa alta, los arbustos de tallos tan duros como alambres oxidados entre los cuales trazan sus arañazos los lagartos. El aire es limpio y fragante.

—¿De qué huye Luis? —me pregunta de pronto.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Parecía que todo dejaba de interesarle en cuanto lo había conocido. Como si cualquier tarea en la que se implicara terminara decepcionándolo.

—Hace siete años que no hablo con él y posiblemente tú lo conocerás tanto como yo. Pero no creo que se trate de huir. Es como si fuera buscando.

—Pero ¿buscando qué?

—Quizá ni él mismo lo sabe bien. Por eso no puede encontrarlo.

Blas inclina un poco la cabeza, pensativo y confuso, como si mi respuesta no aclarara del todo su pregunta.

—¿Era a esto a lo que se dedicaba cuando estaba aquí? —le digo señalando los prismáticos.

—Esto es sólo una parte de la tarea. Hay otras, como ayudarlos físicamente a restablecerse, tramitar las solicitudes de acogida, buscarles trabajo, darles clases de

español, indicarles cómo llegar hasta otros destinos, hasta esas señas que traen apuntadas en un papel...

—Y él ¿cómo colaboraba?

—Al principio muy bien, con tanto entusiasmo como cualquiera. Luis creía en esto, no trabajaba en una ONG sólo para decir que trabajaba en una ONG. A veces yo coincidía con él en esta ruta. Preguntaba mucho, quería formarse sus propios criterios. Luego, con el paso del tiempo, prefería venir solo, rehuía la compañía de la gente. Decía que en silencio era como si se pudiera ver más lejos... Se había ido apagando, no sé, aburriendo, desengañando. Como si hubiera perdido el optimismo y hubiera dejado de creer en la utilidad o la conveniencia de hacerlo. Uno de los últimos días, cuando ya había decidido marcharse, le pregunté si estaba convencido de su decisión. Me contestó que no, pero que tampoco se sentía seguro de querer quedarse. Me dijo que no sabía si no estábamos convirtiéndonos en portavoces de la humanidad. En bienintencionados, sí, pero equivocados portavoces de la humanidad que clamábamos por los derechos de los inmigrantes que llegaban, pero que no hacíamos nada para ayudarles a que los reclamaran en sus países con la misma energía con que los reclaman aquí.

—Supongo que no es un trabajo fácil.

—¡Claro que no es fácil! Por aquí, por el «vientre ecuatorial del planeta» —y extiende la mano señalando toda la panorámica, el pasillo de agua entre las dos rocas, Gibraltar y el Yebel Musa, que parecen montar guardia sobre los vientos del Estrecho —, pasa la gran alambrada que, con algunos zigzags, rodea toda la Tierra para separar el Norte del Sur: Cádiz, Canarias, Miami, Río Grande, Taiwán, mar Caspio y mar Negro, Grecia, Sicilia y de nuevo Cádiz. La gran barrera universal entre los dos hemisferios que terminará cerrándose con sistemas electrónicos de detección y que, aun así, no podrá impedir que las tribus del sur sigan saltándola, porque no hay alambradas tan calientes ni barreras tan altas que puedan detener al hombre hambriento en su camino hacia lo que cree el Paraíso.

Ha hablado con un tono suave y neutro, sin tartamudeos, eludiendo cualquier intención de discurso trascendente, con un candor que acaso no sobrevivirá en él cuando haya cumplido treinta años. En otro lugar sus palabras hubieran resultado retóricas y grandilocuentes, pero aquí, en las raíces de Europa, donde ahora mismo podría estar escuchándonos un hombre asustado y escondido entre los arbustos, cobran todo su sentido.

Al rodear el coche para montar de nuevo, mis pies chocan con un viejo zapato de hombre, lleno de polvo, acartonado, con la suela torcida. Su presencia allí, en la tierra seca, parece reforzar las palabras de Blas.

—¿Luis también pensaba así?

—Más o menos. Recuerdo que una vez, era un día claro y se veía la costa de África, me dijo, señalando hacia allá: «Hace unos pocos siglos nosotros vivíamos como ellos, sin apenas diferencias, y ahora ellos siguen casi igual que entonces y

nosotros hemos ascendido hasta una especie de cielo artificial. ¿Qué es lo que ha provocado este desfase?».

—¿Y qué le respondiste?

—No supe qué responder. Él se afanaba en buscar razones: las dictaduras; un clima difícil y una tierra empobrecida; unas religiones... tan respetables como cualquier religión, pero tan catastróficas cuando rigen la vida civil, tan terroríficas cuando los sacerdotes ocupan el lugar de los políticos... «Fíjate», me decía, «la línea que separa la riqueza de la miseria coincide a menudo con la línea que separa las grandes religiones». En fin. Comenzaba a dudar de lo que hacíamos, se preguntaba si nuestra labor no estaría provocando la llegada de más inmigrantes y agravando el problema, cuando lo más conveniente sería presionar a los gobiernos para que cambiaran la manera de gestionar todo esto. Luis había caído en una contradicción que no lograba resolver: ¿cómo conjugar el deseo de tender la mano a quienes llegan con el rechazo de algunas de las ideas y costumbres que traen?

—¿Qué costumbres?

—Esas tradiciones brutales de algunos sitios que aquí ya no pueden tener cabida. No de todos, claro. El trato discriminatorio hacia la mujer, el fundamentalismo religioso, la inclinación a la violencia para dirimir conflictos..., cosas así que a Luis le hacían dudar.

—¿Quieres decir que comenzaba a arrepentirse de haber venido?

—No, eso no, no creo que se arrepintiera. Al contrario.

—Pero debía de haber perdido al menos cierta comodidad. Este trabajo obliga a renunciar a algún descanso. Incluso hacer estas rondas así, vigilando con prismáticos, dificulta la posibilidad de disfrutar de un paisaje tan hermoso.

—No creo que eso le importara. Decía que aquí se aprenden varias lecciones, y que una de ellas era de cuántas cosas se puede prescindir sin que el bienestar de tu vida disminuya. No, no era la comodidad. Era su ansiedad. He visto otras veces ese tipo de inquietud que él tenía. Y sólo puede calmarse con convicciones, no con dudas.

—Y tú ¿también dudas?

Blas detiene el coche en mitad del camino de tierra y me mira.

—No, yo no dudo de que hay que ayudar a los que llegan. No dudo de que es injusto que aquí estén rebotando de comida los contenedores de basura y que ahí abajo se mueran de hambre. No dudo de que no puede permitirse que siga aumentando la desigualdad. Sin embargo, coincidido con él en que todo funcionaría mejor si les ayudáramos en su tierra... Pero, mientras no sea así, esto es lo único que podemos hacer. Porque... ¿queda hoy todavía alguien tan ingenuo que crea que la ONU, o la UNESCO, o la FAO o la UNICEF, todas esas antiguallas de siglas, sirvan para algo que no sea emplear a una legión de ejecutivos que viajan en primera de un país a otro con las carteras llenas de informes, sueltan un discurso en un salón de lujo y regresan a sus sedes sin haber resuelto nada?

El *dossier* es muy completo y aporta más datos que los puramente técnicos que necesito para hacer mi trabajo.

Voy vestida con una blusa y una falda larga con vuelo, tal como vestía la víctima cuando murió. Hemos llegado muy pronto y hemos entrado por una puerta lateral de los almacenes para eludir a los paparazzi y reporteros que se han lanzado con todo el morbo sobre el recuerdo de la mujer muerta, como si no le perdonaran que no les hubiera hecho asistir al «espectáculo» de su agonía. Su pertenencia a la aristocracia, su fama, lo escandaloso del modo de morir, ahogada en el vino de sus propias bodegas, son un reclamo irresistible para estos traficantes de carroña.

La bodega donde esperamos es un barracón inmenso, con interminables filas de cubas alineadas en tres pisos, cada una de ellas marcada con un número y una fecha junto a la espita de la base. El suelo, de arena color albero, como la de las plazas de toros, está húmedo, resbaladizo, cubierto aquí y allá de manchas negras de hongos surgidas en el ambiente oscuro y húmedo. Entre las cubas hay telarañas y polvo que aportan un decorado de antigüedad y reposo que parece connatural a eso que llaman solera. Es un sitio extraño, tiene a la vez algo de la utilidad de las fábricas y algo de la silenciosa penumbra de las catedrales. Atravesamos el barracón y entramos en la planta de embotellamiento: tres grandes depósitos de aluminio de cinco metros de altura, levemente panzudos, las tuberías de entrada y salida del vino hacia la cadena de montaje y envasado. En lo alto hay raíles para una pequeña grúa y una pasarela metálica desde la que acceder a la boca de los depósitos. Ahora, todo está detenido.

Quizá porque ya conozco la muerte ocurrida en uno de ellos, resultan amenazadores. Uno de los policías comenta que en la ciudad hay una docena más de bodegas de este tipo y luego añade:

—Resulta difícil creer que bebamos tanto vino.

Enseguida llega el acusado, entre dos policías. Viene acompañado por un hombre delgado, de ojos saltones e incoloros a quien identifico como un famoso abogado. A menudo relacionado con el escándalo, con procesos extravagantes o que han conmocionado a la opinión pública, siempre me ha parecido uno de esos letrados que, al ganar un juicio, parecen sentir mayor regocijo por la satisfacción de su vanagloria y por el aumento de su prestigio que por el alivio y consuelo de sus clientes.

Las esposas resultan incongruentes en alguien tan elegante, tan señorial y —tengo que reconocerlo— tan atractivo: no es el tipo de delincuente endurecido y marginal que golpea y huye, que salta y corre. El acero de los grilletes contrasta con sus anchas muñecas con vello, donde brilla un reloj con aro de brillantes, con las manos fuertes y bronceadas, pero no encallecidas. Va muy bien afeitado, lleva gomina en el pelo y un traje perfecto que una vez más me llena de extrañeza y me hace admirar cómo consiguen algunos reclusos vestir de forma tan impecable viviendo dentro de una cárcel. «Ingenioso, alegre, inteligente, capaz de convertir un funeral en una fiesta. De orígenes humildes, su último y gran ascenso fue su boda», dice de él el informe.

Pero también yo he leído en las revistas y he escuchado en la tele, en tardes de

pereza, el otro juicio paralelo al que se precipitan los medios de comunicación con voracidad por desvelar las miserias de este tipo de personajes públicos de la más necia banalidad. Al parecer, las cosas no iban bien entre ellos. Un reportero de una revista lo había fotografiado besándose con una amiga de su mujer y poco después ella presentó una demanda de divorcio.

Para la hora exacta en que ella debió de caer a la caba, aquí, en las inmensas bodegas familiares, él no tiene coartada. Luego, poco más tarde, estaba con un grupo de amigos en un tablao flamenco mientras ella se debatía desesperadamente en aquel mar de vino. Hay un testigo que vio un coche como el suyo aparcado en la parte trasera de las bodegas, pero eso no es una prueba concluyente. El abogado ha hecho un buen trabajo, si no para demostrar categóricamente su inocencia, sí para poner en duda su culpabilidad. Sea cierta o no su implicación en la muerte, el juez quiere comprobar si una mujer puede caer fácilmente desde la pasarela al interior del depósito o si hay que empujarla para que caiga. También quiere saber si, una vez dentro, podría salir por sí misma si no hay alguien para impedirselo. En el primer caso, sería suicidio o accidente. En el segundo, sería un homicidio.

Mientras yo espero, arriba comienzan a medir la altura de la pasarela y la del espacio interior que queda vacío. El juez, muy joven, ha ordenado rellenar el depósito de un vino oscuro y barato que reconstruya con precisión —la misma densidad, los mismos posibles efectos narcóticos o debilitadores, el mismo volumen— lo ocurrido. Hace repetir cada medida dos veces, corrobora los datos, con esa meticulosidad del funcionario inexperto y responsable que a menudo oculta el miedo a cometer errores. Es consciente de la repercusión pública del proceso, de la forma en que la prensa rosa hincharía cualquier equivocación suya.

De repente, no sé cómo, el acusado está junto a mí, escoltado por un policía. Me está mirando el pómulo, que, a pesar de mis esfuerzos con el maquillaje, aún muestra el hematoma de mi accidente. Por la leve sonrisa irónica que aflora en sus labios sé que está pensando en un golpe.

—Te he visto en televisión —me dice tuteándome. Su acento es muy extraño, con un deje andaluz refinado por un idioma extranjero. Habla con esfuerzo, como si tuviera alguna dificultad para respirar—. En la cárcel podemos ver los informativos. Eso —señala mi rostro— ¿es fruto de aquel día?

—No. Un accidente —contesto, y enseguida estoy arrepintiéndome de haber contestado.

—¿Eres policía?

—Sí.

—Bueno, también podrías haber pertenecido a un grupo de teatro. Hiciste muy bien tu interpretación en la tele, parecía que durante toda tu vida te habías dedicado a eso, a fingir. Por la cara que tenías, se notaba que allí arriba pasabas auténtico miedo. Supongo que lograste que a aquel pobre tipo lo condenaran, ¿verdad?

Ahora sé definitivamente que no debo seguir hablando con él, pero en ese

momento su abogado se dirige al policía de escolta y reclama su atención.

—¿Estás casada? —me pregunta.

—No.

—Pero lo estuviste. Se te nota. Se os nota a las separadas. Las ganas que tenéis de que os follen —dice brutalmente, respirando con dificultad, ávido de oxígeno, con el rostro enrojecido, como si acabara de hacer un gran esfuerzo.

Una de nuestras normas es no hablar nunca de temas personales con los acusados y evitar toda confidencia. Pero desde el principio me ha envuelto con habilidad, utilizando las palabras a las que yo no podía dejar de responder, hasta paralizarme con aquella última expresión que, más que obscena, es disonante con su acento refinado y sus modos exquisitos.

Voy a pedir que lo aparten de mí, pero soy yo quien se aleja, nerviosa y aturdida ante esa capacidad de decir lo que tú no quieres escuchar. Sospecho que en realidad toda su intervención no es algo espontáneo, sino parte de una estrategia cuya intención inmediata no acabo de adivinar, de un deseo de cobrar algún tipo de ventaja. Al mirar hacia atrás, veo cómo el abogado abre su cartera, saca una mascarilla antialérgica y se la entrega al acusado, que se la pone en la boca sin dejar de mirarme. Entonces recuerdo el dato médico del informe de la defensa donde se insistía en su alergia a los ácaros y su incapacidad para estar mucho tiempo en la bodega sin sufrir una crisis respiratoria.

Ha llegado mi turno. Por una escalerilla subo a la pasarela metálica y me coloco sobre las marcas de tiza que indican el lugar desde donde cayó o tiraron a la mujer. El olor a vino que impregna toda la bodega aquí arriba se hace tan intenso que tengo una ligera sensación de vértigo.

Como ocurría con la valla del edificio en obras, aquí también la boca del depósito llega hasta mi cintura y es poco probable que alguien caiga dentro por accidente. El juez consulta sus papeles —hay un ligero temblor en sus manos, es demasiado joven o está tenso por la trascendencia del caso, por el prestigio del abogado— y luego le pregunta a alguien de la bodega y al propio acusado por los movimientos que solía hacer la víctima al asomarse. Ambos coinciden al indicar cómo a veces se inclinaba con el catavinos hacia dentro para sacar un poco de líquido.

Al repetirlo, tengo que ponerme casi de puntillas para alcanzar, pero no hay una excesiva dificultad. El juez dicta algo a su ayudante y, cuando termina, el abogado se dirige a él con una fórmula protocolaria y añade:

—Yo diría que no es imposible que cayera. Pudo inclinarse más de lo conveniente y desplazar su centro de gravedad.

—¿Su centro de gravedad?

—No es imposible si... La autopsia reveló dosis de alcohol en sangre ingerido antes de la muerte. Pudo caer si no estaba muy... firme. Hay testimonios —afirma señalando el informe que lleva en las manos. Pertenece al tipo de abogados charlatanes que todo lo dicen de dos formas diferentes— que demuestran que a la

víctima le gustaba beber. Algo, por otra parte, fácil de comprender en una mujer con ese apellido y esa profesión —matiza.

—Éste no es el momento de analizar ese supuesto. Ya tendrá tiempo para eso — replica el juez tras unos segundos de silencio, pero es probable que la indicación del abogado, eso que ante los tribunales se dice y no consta en acta, pero no se olvida, tenga efecto en sus conclusiones.

Con un gesto me indica que comience mi trabajo. Ya estoy dentro del depósito, haciendo pequeños movimientos para mantenerme a flote en el vino. La larga falda me estorba las piernas. Miro hacia arriba. El borde donde debo agarrarme para poder salir está a un metro y medio de la superficie y no va a resultar fácil alcanzarlo. En torno a él, arriba, veo todas las cabezas asomadas —el juez y su ayudante, un policía, el acusado con la mancha blanca de la mascarilla en el rostro, el abogado—, observándome como observarían a un ratón de laboratorio debatiéndose en un cubo de alcohol. Me impulso varias veces intentando alcanzar el borde, que siempre queda unos quince centímetros por encima de mis dedos. La claustrofobia que produce estar aquí dentro y los vapores del vino que al agitarse se hacen más intensos dificultan mi respiración. La imposibilidad de descansar un momento, apoyando los pies en algún sitio, y lo resbaladizo del recipiente, con sus paredes combadas contra mí, resultan agotadores. Tengo la sensación de que el vino ha regresado hacia atrás, hacia su materia primordial, la parra, y ha desarrollado pámpanos y zarcillos que se enroscan en mis piernas y tiran de ellas hacia abajo, hacia la profundidad de la tierra. Me resulta uno de los simulacros más angustiosos que he realizado nunca.

—Creo que está claro. Alguien que cae dentro no puede salir. Y no es necesario que haya alguien fuera para impedirsele —oigo la voz del abogado resonando dentro de la cuba, sobre mi cabeza.

Me quedo casi inmóvil, reuniendo fuerzas, dispuesta a un último intento. Recojo el vuelo de la falda en mi cintura y me separo un poco de la pared curvada para reducir la distancia algún centímetro. Encojo las piernas y doy una fuerte patada al tiempo que salto hacia la boca. Es en vano, y al caer me hundo por completo en el líquido oscuro y denso, aunque esta vez he llegado muy cerca. Cuando emergo, están todos mirándome en silencio y sólo oigo mi respiración, agitada por el intenso esfuerzo, por las tentativas inútiles y desesperadas. Agotada, con la nuca dolorida de tanto mirar hacia arriba, voy a pedir que me saquen de allí cuando el propio juez se anticipa:

—Ya basta. Ya basta. Ha hecho usted un buen trabajo —me felicita.

Uno de los policías me ayuda a salir tendiéndome la mano. Estoy empapada en vino de pies a cabeza, pero así al menos nadie advierte mis lágrimas. El líquido chorrea de mis vestidos y mi cuerpo y va formando un charco oscuro y pegajoso sobre la pasarela. Tiene el color de la sangre. Ahora creo que nunca más en mi vida volveré a beberlo.

Me indican una puerta al fondo donde puedo ducharme y cambiarme. Bajo la

escalera y cruzo frente al acusado, que parece sonreír bajo la mascarilla mientras susurra:

—Lo has hecho muy bien. Muy bien.

El techo y las paredes de la cocina aún están negros, pero el módulo quemado ya ha sido sustituido. Mariana se encargó de llamar rápidamente al seguro y de urgir a los operarios para que estuviera arreglado cuando yo llegara, porque nada asusta y da tanta sensación de ruina y desolación como las huellas del fuego.

No quisieron decirme nada mientras yo estaba fuera para no preocuparme con algo que ya era irremediable y que no pasaba de un aparatoso percance doméstico, aunque sus consecuencias podían haber sido graves. Pero estos dos incidentes —el coche y el fuego— han puesto de relieve mis debilidades en la situación en que me encuentro: sola, dedicada al mismo tiempo a la enfermedad de Lucas y a mi trabajo, descuidada en el control de las tareas más básicas.

El incendio comenzó cuando mi padre quiso hacerle a Lucas en el microondas una bolsa de palomitas de las que tanto le gustan. Como no sabe utilizarlo —él no tiene en casa— e hizo caso de lo que alegremente Lucas le dijo, «Cinco o seis minutos», programó ese tiempo y elevó al máximo la potencia. Cuando volvió a mirar estaba saliendo humo. Debía haberlo desconectado y haber mantenido la puerta cerrada, pero la abrió. Al recibir oxígeno, el fuego se avivó desde el interior del microondas y las llamas alcanzaron el mueble superior. Mi padre gritó mientras arrojaba agua. Vinieron dos vecinos y la situación quedó controlada en unos minutos, sin otras consecuencias que el microondas inservible, un módulo del armario chamuscado y las paredes y el techo ennegrecidos por el humo.

Sin embargo, sé cuánto le ha afectado este accidente. Me cuenta varias veces cómo ocurrió, se lamenta de haber estado torpe de reflejos mientras observa una y otra vez el techo ennegrecido. La artritis le sigue atacando, en cada una de sus articulaciones los huesos están comenzando a enredar sus nudos. En los últimos meses, además, parece inseguro, con pequeños despistes y olvidos que de momento no son preocupantes. Son sólo avisos, aún se mantiene en un buen estado de salud general y si no ocurre un accidente grave, faltan todavía bastantes años para que se convierta de nuevo en un niño que necesitará ayuda para las más elementales funciones físicas.

—Quizá no esté preparado para quedarme solo con Lucas —me dijo después de contarme lo ocurrido.

—No digas eso. Estas cosas le pasan a cualquiera. Y no estuviste nada torpe. Al contrario, reaccionaste rápido y bien —repliqué.

Pero sé que nunca querrá volver a manejar un microondas, cuyo hueco en el nuevo mueble sigue mirando como miraría la madriguera de una serpiente. Siempre ha tenido miedo al fuego, y algunas veces, mitad en broma mitad en serio, contaba que tenía la intuición de que moriría en un incendio. Sabíamos cuánto le afectaba tener que intervenir al lado de los bomberos cuando ardía algún piso o alguna fábrica. Solía comentar que las casas cada día estaban más llenas de objetos inflamables: el gas, las calderas de carbón o gasoil, la madera, el plástico, cualquier máquina o lámpara u objeto conectado a la red eléctrica..., y que era un milagro diario que no se

produjeran más incendios. El propio crecimiento vertical de las ciudades era un elemento de riesgo añadido.

Ha venido a mi memoria una ocasión en que fuimos de vacaciones al pueblo de sus padres, mis abuelos, cuando aún vivían en aquella pequeña aldea de Zamora de la que conservo pocos recuerdos, sólo el cariño con que siempre me trataba el abuelo, los paseos que daba con él y los contactos con los animales que criaba. Por las mañanas, bastante temprano, mientras mis padres aún dormían, él venía a despertarme. Entonces era como si en la habitación hubiera entrado un zoológico cariñoso e inofensivo. El abuelo imitaba de una forma extraordinaria las voces y los movimientos de todos los animales, y así iban acudiendo a darme los buenos días el gato de la casa, que maullaba y me acariciaba con sus bigotes las mejillas, el perro que ladraba a mis pies, el pájaro que cantaba con suavidad junto a mi oído, un león manso que me arañaba la tripa haciéndome unas cosquillas irresistibles, la rana que saltaba entre las sábanas, el lagarto que corría por mis brazos a una velocidad endiablada, el pato, el burro, la oveja, el gallo que, al fin, con su quiquiriquí, daba la orden final para levantarse y para abrir definitivamente los ojos que yo había mantenido cerrados, fingiendo que dormía, para prolongar aquella maravillosa exhibición zoológica.

Uno de los recuerdos más intensos es el del incendio de un establo que había cerca de nuestra casa. Me despertaron los gritos en mitad de la noche y cuando me levanté y no vi a nadie, salí a la puerta abierta, por la que entraba el resplandor anaranjado de las llamas. No sé por qué motivo se había prendido el pasto que se almacenaba dentro y, como las pequeñas mangueras de los vecinos no eran suficientes para sofocarlo, hombres y mujeres, apenas vestidos, habían hecho una cadena para sacar y llevar cubos de agua desde un pozo que había en la esquina de la calle y al que a mí me tenían prohibido acercarme. Mi padre era uno de los tres hombres que, desde muy cerca, arrojaban agua sobre el fuego. Nada de allí podía salvarse ya, pero había que evitar que las llamas alcanzaran las casas colindantes.

Sólo consiguieron sofocarlo cuando amanecía y aún recuerdo la repentina aparición de la claridad en el cielo y el humo negro que hasta entonces había sido invisible. Durante toda la noche los perros no habían dejado de ladrar y de vez en cuando un gallo confundido lanzaba al aire su quiquiriquí. Al fin, mi padre se apartó de los rescoldos. Tenía la cara y las manos negras y el pelo blanquecino de las pavesas del pasto. Lo vi lavarse en un cubo, junto al pozo del que alguien dijo que había quedado vacío, y entonces él me descubrió junto a otros niños de la aldea, a quienes nos habían dejado estar allí, un poco apartados, quizá para que aprendiéramos el peligro que entraña jugar con el fuego. Vino hacia mí, me cogió en brazos y me llevó a casa mientras yo notaba en sus ropas y en su pelo un intenso olor a quemado.

En aquel amanecer, mientras regresaba a la cama llena de excitación y cansancio, mi padre me pareció el hombre más valiente del mundo, un héroe legendario capaz

no sólo de detener a los ladrones de la ciudad o de dirigir todo el tráfico de Cibeles con un simple movimiento de sus brazos, sino también diestro en apagar los incendios en el campo, tan gallardo vestido de uniforme como de campesino, tan enérgico como indulgente.

Mi padre ahora me da un beso y, después de todos estos días, vuelve a dormir a su casa, aquí abajo, en el mismo edificio. Yo me quedo en la cocina observando el techo ennegrecido y el hueco reservado para el microondas.

Cuando vivía con Nico, sus padres nos regalaban todos los electrodomésticos. De hecho, su regalo de bodas fue ése: nos montaron todos los aparatos de la casa, desde la lavadora al cepillo dental eléctrico. De vez en cuando, si Nico observaba que algo funcionaba mal o se había quedado obsoleto, aparecía con el último modelo, porque decía que las manos no tienen que hacer lo que pueden hacer las máquinas. A mí, sin embargo, nunca me ha importado coger una escoba y barrer, o fregar, o limpiar el polvo, o batir los huevos para una tortilla. Todas esas pequeñas tareas domésticas me hacen más cercano y manejable mi hogar.

Sin embargo, no es por las dificultades materiales por lo que me preocupa la ausencia de Nico, sino por la necesidad de ordenar y fijar su relación con Lucas, ahora que ya sabe que no es su hijo. Ha venido a verlo dos veces durante mi ausencia y mi padre dice que estaba muy amable y que parecía muy preocupado por el incendio.

Desde que comenzaron el colegio, con tres años, la profesora le había asignado a cada niño un animal. Como entonces no sabían leer sus nombres, cada alumno recibía como identificación una figura de gato, o perro, o cerdito, o león, o jirafa... que se pegaba en su casilla, en su percha, en su vaso, en sus libros y en su carpeta para guardar las fichas, de modo que con esa marca cada niño sabía cuáles eran y dónde estaban sus cosas.

A Lucas le adjudicaron un pelícano: un pelícano orondo y sonriente, de color blanco, con un gran papo bajo el pico amarillo. Poco después de comenzar el curso vi en televisión un documental sobre esos extraños pájaros desgarrados, torpes en la tierra, pero de una gran agilidad en el aire y en el agua. Guardan en el papo los peces que capturan y sus hijos introducen allí el pico para sacar su alimento. De ahí surgió la leyenda de su tierna piedad, la creencia de que, cuando no hay comida, los pelícanos se abren el vientre para alimentar a sus hijos con su propia sangre. Por entonces, Lucas aún no había enfermado, pero yo estaba temblando cuando terminó el programa.

Sale el último, acompañado por la maestra, y corre hacia mí en cuanto me ve.

—¿Qué habéis hecho hoy en clase? —le pregunto mientras conduzco hacia casa.

—Hemos leído, hemos escrito un poco y hemos pintado un dibujo de un poni. De cuando fuimos a la granja.

—¿Al colorearlo, no te has salido del borde? ¿No has hecho bigotes?

—No.

—Y en el recreo, ¿a qué habéis jugado?

—Yo no he jugado..., bueno, empecé a jugar al fútbol, pero luego me fui.

—¿Te fuiste? ¿Adónde?

—Al porche. Con otros niños.

—¿Por qué?

—Porque tiraban muy fuerte y pegaban balonazos —me cuenta enfadado, con una mueca de disgusto concentrada en sus labios apretados. Al cabo de unos instantes, me pregunta—: Mamá, ¿los ponis no crecen como los caballos?

—No, no crecen. Se quedan pequeñitos.

—Pero ¿comen hierba como ellos?

—Sí, claro que comen hierba.

—Entonces, si son caballos y comen hierba, no se pueden quedar pequeños. Tienen que crecer —dice con firmeza.

Lo miro por el retrovisor, hundido en el asiento trasero del coche, el niño más bajo y más débil de su clase, pidiéndome desesperadamente que le diga que sí, que los ponis también terminan por crecer si comen hierba suficiente, que se hacen muy fuertes y resistentes y saben dar patadas a los lobos. Estoy buscando las palabras más útiles para organizar la mentira cuando él se anticipa:

—¿Yo soy como un poni, mamá?

Me detengo ante un semáforo en ámbar mientras el corazón se me abre en dos pedazos.

—No, tú no eres como un poni. Solamente ocurre que estás un poco enfermo. Pero falta muy poco para que te cures. Entonces te convertirás en el caballo más alto, más fuerte y más rápido del mundo. Te lo prometo.

Llegan las primeras respuestas a las cartas y correos electrónicos que he enviado a Alemania, pero no aportan ningún dato. Algunas se reducen a una simple frase negativa, otras explican la dificultad de mi búsqueda y otras más, en fin, me remiten a nuevas asociaciones de emigrantes, de «Amigos de España» o de organismos oficiales que podrían ayudarme, sin saber que a muchos de ellos ya he recurrido. Sin desanimarme, vuelvo a enviar más mensajes y espero. Me da miedo verme obligada a ir a un país que me parece lejano, donde no he estado nunca y cuyo idioma desconozco por completo.

Hoy, de nuevo, he pasado con Lucas por el hospital para que le administren un nuevo ciclo de quimioterapia que él asume con una actitud pacífica y extraña que no sé cómo interpretar. A veces me admira su resignación. Pero en otros momentos me

inquieta esa apatía silenciosa, desligada del tiempo y de todo lo que lo rodea, como si fuera indiferente a la enfermedad. Y entonces me gustaría que se quejara más, que gritara, que se rebelara con rabia, que expulsara al exterior todo el desconcierto que le provocan el miedo y el malestar.

Ya imaginaba que sigue sin aparecer ningún donante compatible: nos hubieran llamado con urgencia. El doctor Calderón nos ha recibido en su consulta, amplia y luminosa, donde no hay ninguno de esos armarios blancos tras cuyas puertas de cristal amagan amenazas las jeringas y los extraños instrumentos de acero. A su alrededor, sólo están la mesa, la camilla y una gran maceta con una planta de hojas anchas y lustrosas. El doctor ha leído los análisis y ha dicho que, gracias al tratamiento, los niveles de hematíes se han estabilizado. Lucas está resistiendo muy bien, aunque cada día se acorta un poco el tiempo de que disponemos. Cada día que pasa le resultará más difícil soportar un ataque grave organizado por los leucocitos contra su débil corazón.

Mientras estoy con él en el hospital, por primera vez contemplo la posibilidad real de que Lucas puede morir. Hasta ahora la había rechazado; conocía el riesgo, pero nunca lo había asumido de una forma tan definitiva. Era una enfermedad grave, sí, pero un castillo no se derrumba entero porque caiga una muralla. Me parecía imposible que un niño de seis años pudiera desaparecer cuando apenas ha hecho nada de lo que la vida reserva a cualquier niño. Mi propio carácter siempre se ha negado a aceptar una desgracia hasta que ha sucedido. Pero ahora... no sé. Ya no lo sé.

Recuerdo lo que sufrí cuando murió mi madre y no creo que ahora pudiera soportar que todo lo que amo fuera desapareciendo antes que yo. Sería demasiado dolor. Recuerdo también la muerte del abuelo en el pueblo. Yo tenía siete años y, para evitarme la densa atmósfera de llantos y suspiros del velatorio y del funeral —su muerte no fue ni rápida ni dulce, por más que a él siempre lo recuerde sonriéndome—, me llevaron a casa de unos vecinos que tenían una hija llamada Natalia, dos años mayor que yo. Cuando por la noche nos mandaron a la cama vi cómo ella, antes de apagar la luz, le daba la vuelta a un estrecho espejo vertical que tenía en su habitación.

—¿Por qué lo pones contra la pared? —susurré en la penumbra.

—Es para protegerte —me contestó en voz muy baja.

—¿De quién?

—Del espíritu.

—¿Qué espíritu? —pregunté con un escalofrío.

—El espíritu de tu abuelo. ¿No lo sabes?

—No. ¿Qué es?

Natalia se destapó y se sentó en la cama para explicarme en un susurro:

—Cuando alguien muere, su espíritu se queda rondando alrededor de sus seres queridos hasta que lo entierran. Si uno se mira entonces a un espejo, puede que el espíritu que vaga detrás del cristal atrape su imagen y se la lleve con él, porque tienen

mucho miedo a entrar solos en el otro mundo.

—¿En el cielo?

—En el cielo o en el infierno —dijo.

—¿Mi abuelo podría cogerme?

—El espíritu de tu abuelo —me corrigió en voz apenas audible—. Pero si no te reflejas ahí, no podrá llevarte con él. Lo he leído en un libro.

Me quedé en silencio, con los ojos abiertos en la oscuridad, esperando a que Natalia se durmiera. Entonces me levanté, abrí un poco la puerta del pasillo y, con gran esfuerzo, le di la vuelta al espejo. En la penumbra estuve durante mucho rato mirándome en él, esperando que apareciera en su fondo el espíritu del abuelo sonriéndome y llamándome con un gesto para que fuera con él y lo ayudara a entrar al sitio adonde fuera. Aquel viaje a lo desconocido no me daba ningún miedo si él me llevaba de la mano. Como tardaba en llegar, me tumbé a esperarlo en el suelo, junto al cristal.

Así me encontraron dormida a la mañana siguiente.

En el trabajo, por fortuna, la semana transcurre de un modo tranquilo. Nos han llamado para un simulacro, pero no ha sido necesaria mi intervención, sino la de un compañero que ha tenido que improvisar. Un caso excepcional, donde la homicida era la mujer y la víctima, su esposo. Según el informe, ella era patológicamente celosa y lo atormentaba de un modo continuo si salía solo y se retrasaba diez minutos, si sonreía a una camarera o si le cedía su asiento en el autobús a una mujer. Cansado de soportar su obsesión, le dijo que había ido a consultar a un abogado y que iba a pedir la separación. La mujer lo degolló mientras dormía. Luego se autolesionó y declaró que habían peleado y tuvo que defenderse. Había detalles que no encajaban y en la reconstrucción la mujer lo confesó todo en cuanto aparecieron las primeras contradicciones.

Al elaborar el acta posterior, Mariana y yo discutimos cuando propongo introducir en el informe general que estamos escribiendo una breve nota para indicar que también hay hombres muertos por sus compañeras.

—¿Tú lo crees conveniente? —me pregunta con un gesto de rechazo.

—Sí. Sólo unas pocas líneas. Porque aunque la inmensa mayoría de las agresiones las cometen ellos, también algunas veces...

—En casos muy excepcionales —me interrumpe.

—En casos muy excepcionales —acepto— también las mujeres infligen malos tratos psíquicos... y físicos. Una pistola, un cuchillo o un poco de veneno también están a nuestro alcance. Lee el acta que acabamos de escribir.

—De acuerdo, de acuerdo. Las interminables violencias de un sexo oscurecen las escasas violencias del otro, que pasan inadvertidas, aunque también se produzcan. Pero ¿a ti te parece adecuado ponerse a hablar de malos tratos infligidos por las

mujeres cuando cada semana llega un cadáver femenino mientras el anterior está todavía tibio sobre la mesa de autopsias?

—Tal vez no sea adecuado, pero es necesario para que el informe no sea un panfleto —replico sin pensarlo, con la peor palabra que podía haber elegido, dejándome llevar por uno de esos arrebatos de tozudez y aspereza de los que más tarde me arrepiento.

—Escribir eso sería darles argumentos a los maltratadores, precisamente ahora que parece que comenzamos a sujetarlos —dice, enfadada.

—No lo creo, Mariana, no lo creo. La decepción también forma parte de la historia emocional de hombres que no encontraron en sus parejas aquello que se les prometió, que han sido engañados y que no pueden ver a sus hijos con la frecuencia que desean, que han visto cómo su ingenuidad los convertía en juguetes.

—¡Pero eso no justifica que actúen como salvajes! Ya lo hemos hablado otras veces... y recuerdo que tú estabas de acuerdo.

—¡Es eso lo que estoy diciendo! Tenemos que ser ecuánimes si queremos tener credibilidad. Si nos vamos al otro extremo, caemos en el riesgo de fundar un gineceo de radicales donde nos juntemos a injuriar y a despreciar a todos los hombres. Bastante trabajo tenemos ya intentando controlar a los violentos como para añadir ahora la posibilidad de que surjan voces que justifiquen la revancha.

Mariana me mira fijamente.

—Añádelo si quieres, pero no te garantizo que aparezca en la redacción final —dice saliendo del despacho con un portazo.

Apago el ordenador, incapaz de redactar en este estado de ánimo unas líneas serenas que ni sean sumisas ni prendan las llamas. Me gustaría que en el informe que escribo los lectores no vieran una historia de extraterrestres, sino lo que sucede a su alrededor, pero Mariana me ha hecho dudar de que sea capaz de lograrlo sin que sobren o falten las palabras adecuadas. Salgo del trabajo desencantada y escéptica de que sirva para algo lo que estamos haciendo. Ahora mismo me gustaría dejar de lado todo esto y escribir sobre la felicidad, sobre la luz del sol en los árboles dorados en este día final de octubre; en lugar de redactar un informe de sangre y turbulencias, escribir un epitalamio feliz y esplendoroso. Pero sé que no hallaría la inspiración ni los motivos y que prevalecería la sensación de que no hay remedio posible contra esta plaga de violencia doméstica ni antídoto contra la amargura de no sentirse querido, contra los celos, contra el despotismo, contra el afán de posesión. Contra la misma condición humana, que parece que no puede soportar el exceso de paz.

Lucas está perdiendo el pelo. Se le cae poco a poco, como en hilachas. Por las mañanas, su almohada aparece llena de cabellos, que yo le he dejado cortos para que el cambio no sea tan brusco, para evitar peinarlo y que entre las púas del peine quede esa desoladora evidencia. Aunque se lo hemos dicho con la mayor delicadeza posible,

él no termina de aceptarlo. Se mira con frecuencia en el espejo, desconcertado por la blancura de la cabeza, que brilla según se va quedando desnuda, por los párpados, de los que han desaparecido las pestañas, por los arcos ciliares, sin la suave visera de las cejas. Sin embargo, de un modo extraño, está más guapo. Sus ojos parecen más grandes, más brillantes por no sé qué efecto de la quimioterapia. Es como si estuviera recuperando un aspecto de bebé que ya había perdido. Quizá a eso se deben las sonrisas de simpatía que le dedican muchas personas con quienes nos cruzamos en la calle. Aunque tal vez sólo se trate de piedad.

Ayer ocurrieron dos pequeños hechos que en principio me preocuparon mucho, aunque luego me han parecido coherentes con su desconcierto. De algún modo, es como si yo hubiera estado esperando que aparecieran esas formas de protestar, de no resignarse ante esta nueva situación de fragilidad. Por primera vez Lucas se está enfrentando a una nueva idea —la del peligro y la amenaza— que lo supera, que él todavía no puede comprender.

Estaba en su habitación y me había pedido que le bajara las piezas de Lego que le gustan tanto, con las que construye naves y plataformas galácticas que yo sería incapaz de imaginar. Me sentí inquieta cuando llevaba algún tiempo solo, y me levanté a ver qué hacía. No estaba en la habitación y, junto a las piezas del juguete, brillaban mis tijeras de costura y el muñeco del poni. Le había cortado la crin y las hebras de peluche habían quedado esparcidas por el suelo. Recogí el pequeño caballo, que así, mutilado, tenía una expresión más frágil. Abrí enseguida la puerta del cuarto de baño, asustada de pronto, pero ocultando mi temblor. Lucas se había sentado en el suelo, ante mi caja de costura, y me miraba con una expresión de reconcentrada seriedad. En estos días hace gestos así, hace preguntas que no son propias de un niño de seis años, pero a las que yo debo responder como se responde a un niño de esa edad. Extendió su mano izquierda y me mostró el dedo índice. Y entonces sonrió. En la yema había una gota de sangre roja y brillante.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté con voz tranquila, mientras me agachaba a su lado y le quitaba la aguja que aún tenía en la otra mano. Él no respondió enseguida, y sólo cuando lo abracé, susurró:

—Tenía miedo.

—¿De qué? ¿De qué tenías miedo?

Pero no quiso contestar, porque no era necesario, abrazado contra mí, ya apacible. En ese momento recordé algo que había sucedido dos días antes. Mariana me había llamado por teléfono, al regresar del hospital, para ver cómo se encontraba Lucas, y yo, sin la prudencia que siempre había mantenido hasta entonces, le manifesté mis miedos, le comenté algo del color blanco de su sangre. Creía que Lucas no nos oía, pero al colgar lo vi junto a la puerta, escuchándolo todo.

Llaman a la puerta y al abrir veo a Nico allí parado, sin hacer ningún ademán de

entrar. Sostiene en las manos una caja grande de cartón con un microondas.

—Hola —dice simplemente.

—Hola —contesto sin apartarme a un lado, mirándolo a los ojos.

Él desvía los suyos con el gesto avergonzado, casi mendicante, de quien pide una limosna aun sabiendo que no la merece, porque malgastó la que antes le dieron.

—¿Puedo entrar? —me pregunta.

Unos días atrás hubiera cerrado la puerta antes de pronunciar una sola palabra, pero Nico siempre ha sabido elegir el momento adecuado. Le cedo el paso, no tanto porque la rabia y el dolor se hayan amortiguado como porque es necesario hablar de Lucas. Necesito que también él siga a su lado o, al menos, que no vaya contra él, que no emprenda ni diga nada que pueda confundirlo y debilitarlo. Avanza por el pasillo con la misma actitud menesterosa y se sienta en una silla, no en el sofá donde comenzó todo, cuidándose de hacer algún gesto que disminuya aún más su credibilidad.

—Tu padre me contó lo del pequeño incendio. Me preocupó mucho. Te he traído esto —dice señalando la caja.

—¿A eso has venido? —le pregunto, sin mirar el regalo, sin rechazarlo ni aceptarlo, ajena a todo excepto a mi seguridad de que ahora puedo hacerle frente y detenerlo.

—No —se gira un poco y me mira—. He venido a pedirte perdón.

Escucho casi sorprendida su propuesta de paz. Por más que muchas veces me haya repetido, por más que haya leído y escrito que ésa es la secuencia lógica del maltratador —el daño, el perdón, el beso, el daño, el perdón— y que no se puede aceptar que se cierre el círculo sin la absoluta garantía de que no volverá a repetirse, porque en estos casos la bondad hace daño y el perdón no protege, ahora, al verme implicada, tengo que esforzarme para reaccionar con la firmeza necesaria.

—No puedo perdonarte. Algo así..., tan... No fui corriendo a la comisaría a poner una denuncia, si es eso lo que te preocupa. Necesito toda la tranquilidad y todas las fuerzas que tengo para curar a Lucas, no quiero gastarlas enfrentándome contigo. Pero no puedo perdonarte.

Sus ojos siguen bajos mientras me escucha sin disentir, sus dedos corrigen la raya del pantalón, poniéndolo simétrico sobre las rodillas.

—Lo entiendo, aunque quizá... —se interrumpe, y luego añade en un tono suave —: Yo también quiero hablar de Lucas. ¿Cómo está? ¿Cómo va soportando el nuevo ciclo?

—Resiste muy bien. Los glóbulos rojos se han estabilizado. Pero ésa no es la solución. Y no tenemos mucho tiempo.

—¿Lo has encontrado? —pregunta, y traga saliva tan ruidosamente que parece que intentara tragarse la lengua—. A su padre —añade.

—No, todavía no. No es fácil. Hace mucho tiempo que no sé nada de él. Ya te lo dije, siete años. Pero creo que me voy acercando.

—Ya sé que no es mi hijo... Pero si puedo ayudarte en algo... —dice, y se queda en silencio, esperando que, como aquella noche, de nuevo lo contradiga.

Sin embargo, no lo hago, no quiero facilitarle nada, no voy a consentir que su ofensa pase a través de él como la luz por el cristal, sin dejarlo manchado. Hubiera comprendido que su dolor por sentirse engañado durante siete años lo empujara a alguna reacción de ofensa, pero no puedo aceptar la brutalidad elegida para ejecutarla. Y si él ha sido violento conmigo, ahora yo puedo permitirme ser cruel. Porque no es únicamente que lo desprecie por lo que hizo, es también porque desde entonces me obliga a albergar y a convivir con ese sentimiento, el desprecio, que hasta ahora había permanecido alejado de mi carácter, ajeno a mi naturaleza. La concordia ya no puede armonizar entre nosotros, hay una ruptura imposible de atenuar y no puedo creer que él no lo vea.

—A mí no. A él sí puedes ayudarlo. Lucas no sabe nada de todo esto. Deja que siga creyendo lo que siempre ha creído.

—¿Y no contarle nada?

—Al menos hasta que se haga la operación. Hasta que se haya curado.

Asiente para afirmar su acuerdo. Con el último movimiento no levanta la cabeza y se queda así, pensativo, tan distinto de como fue aquella noche. No sé quién de los dos es el verdadero Nico, si el que llegó repleto de *whisky* y ciego de rabia y me insultó y me hizo daño, o el que ahora acepta dialogar y parece avergonzado y apacible y piensa en el bienestar de Lucas. ¿O son los dos al mismo tiempo, una convivencia de la razón y la brutalidad? No sé responder. ¡Qué desconocido se ha vuelto para mí en estos siete años! Toda la vida juntos, desde que éramos niños y nuestras madres bromeaban sobre la buena pareja que hacíamos, y en este poco tiempo separados se ha convertido en un extraño. Conozco la casa donde vive, sé que continúa con su trabajo de piscinas y que seguramente el negocio marcha bien, porque siempre ha tenido la virtud del optimismo y la habilidad para contagiarlo a los posibles clientes: enseguida se ponía al lado de los entusiastas y enseguida encontraba alternativas adecuadas para los dubitativos. Sé la edad que tiene y recuerdo algunos gestos íntimos. Pero ¿qué más? ¿Tiene pareja? Una vez lo vi caminando por la calle con una mujer cuya actitud no parecía la de una cliente. Seguramente no le habrán faltado aventuras, porque sigue siendo atractivo y, cuando quiere, resulta simpático. Su aspecto indica que cuida su físico y su fortaleza. Pero ¿qué siente cuando piensa en mí? ¿O en Lucas? Ya no sé cómo es, y quizá nunca lo he sabido. Quizá yo también soy como esas mujeres que creyeron casarse con hombres que las tratarían como a diosas y en realidad se encadenaron a un desconocido cuyas reacciones son un enigma.

—En estos días no he dejado de pensar —dice.

—¿En qué? —pregunto con una ironía que él no advierte.

—En todo esto. En lo de la otra noche. En cómo es ahora todo y en cómo era antes.

—¿Y?

—Creo que nuestra relación se montó sobre un espejismo. Algo agradable, sí, pero ficticio, sin demasiada base, en la que entramos los dos un poco por inercia y porque no teníamos otras relaciones con las que compararla. Y en ese sentido, no fue mal durante aquellos años.

—¿Y luego?

—Luego comenzó a estropearse en cuanto cada uno de nosotros empezó a sospechar que más allá de aquella reverberación había otras cosas que era necesario conocer.

Su diagnóstico coincide con lo que yo pensaba entonces y él negaba siempre. Pero ahora se ha incluido en el plural y elude con cuidado cualquier reproche, no dice que únicamente era yo quien no estaba satisfecha. Porque a él sí le gustaba aquel modo de vida, centrado en la repetición de los hábitos, en el trabajo y en ampliar cada año las ganancias de la empresa. He conocido a gente ambiciosa de dos tipos: aquellos que quieren poseer cosas absolutamente distintas de las que ya poseen, y los que quieren tener lo mismo que ya tienen, pero en más cantidad. Nico siempre ha sido de estos últimos. Por eso adivino lo que va a decir enseguida.

—Creo que deberíamos intentarlo de nuevo. Ya rompimos una vez, y luego volvimos y todo fue bien, al menos hasta que tú...

Se interrumpe y me mira, esperando alguna reacción por mi parte, pero no quiero hablar de esa posibilidad, ya está todo acabado, todo lo que intentáramos después sería una falsificación.

—Podríamos cambiar de casa, de trabajo..., de ciudad si quieres —insiste ante mi silencio.

—No, no. No he conocido ninguna pareja destrozada que se arreglara con algo tan sencillo como cambiar de ambiente. Hay cosas que no se pueden cambiar.

—Pero eso no volverá a ocurrir. Ya sé que aquella noche...

—No, Nico —lo interrumpo—. Ya no hay rectificación posible.

—Lucas estaría contento —dice entonces en voz baja.

¡También Nico! Noto el asomo del chantaje, la excusa para exigir impunidad.

—Lucas siempre estará más contento viéndonos separados cordialmente que viéndonos juntos discutiendo.

Por fin parece aceptar mi rechazo y se levanta y camina hacia la puerta. Si no fuera por la violencia de aquella noche, tendría que agradecerle su fe, su porfía en volver a intentarlo. Porque en el fondo te sigue halagando que un hombre te diga que quiere vivir contigo, aunque ese hombre sea tu exmarido y en algún momento se haya comportado de manera tan despreciable.

Cada dos horas abro el correo, esperando la llegada de alguna noticia. Por fin, cuando voy a acostarme, hay algo importante en la bandeja de entrada. El mensaje dice:

«Luis Moll vive en Hannover, en el barrio español. Lo conocí personalmente hace seis meses. Pero siento no tener más datos». Lo firma una mujer: Ángela García-Behn. Pincho en *Responder* y escribo: «Gracias, muchas gracias».

Con menos datos salí a buscarlo por las calles de Barcelona y de Cádiz. Ahora ya puedo subir hacia allá arriba. Todo coincide y las noticias son cada vez más recientes. Seis meses. Cada día estoy más cerca en el tiempo de los lugares donde él ha estado. Es la hora de apagar los electrodomésticos, cerrar puertas y ventanas, cortar el gas y el agua y partir de nuevo en el fiel Volkswagen, que ha sido revisado a fondo, porque nos aterroriza el avión. Esta vez me acompañarán Lucas —lo he consultado con el doctor Calderón— y mi padre. No se quedarán solos aquí.

Ahora que voy con ellos dos en el coche los kilómetros pasan más rápidos, casi sin darme cuenta. Un desvío a una ciudad o un área de descanso, anunciados todavía lejanos, ya están aquí de pronto, ya quedan atrás, ya se alejan en el retrovisor. Al salir de casa puse el contador a cero y en ese momento tuve la impresión de que éste era el viaje definitivo, de que todo lo recorrido hasta ahora sólo había sido un prólogo, como ese trayecto que, la víspera de la partida, se hace desde casa al taller para comprobar el estado del vehículo y llenar el depósito de gasolina. Ahora vuelvo a oír muy nítida la voz que me susurra: Búscalo, búscalo, pregunta y sigue caminando, no te desanimes por el cansancio ni por las negativas. Estás cerca de él y ya verás como terminas encontrándolo.

Mi padre va aquí, a mi lado, y Lucas, detrás. Pronto se reclina en la silla y no tarda en dormirse, rendido al sopor, o quizá al ligero mareo, que siempre le provocan el ronroneo del motor y el vaivén del movimiento. ¿Con qué soñaba hace un instante, cuando gimió débilmente? ¿Con los juegos violentos en el patio del colegio o con las jeringuillas con que le extraen su sangre blanca y a las que no acaba de acostumbrarse? Suelto mi mano derecha del volante para acariciarle la pierna hasta que se tranquiliza.

Mi padre es un agradable copiloto. No corrige mi modo de conducir, ni me avisa de los coches que vienen adelantando, ni vigila por el rabillo del ojo la aguja del velocímetro. Va relajado y sólo me pide calma cuando en tramos de curvas encontramos delante vehículos muy lentos o conductores temerarios, o cuando en algún instante obedezco la voz de la impaciencia que me empuja: Más deprisa, más deprisa, no tienes mucho tiempo, y piso en exceso el acelerador. Sé cuánto odia los coches, quizá por haber litigado tanto con ellos en su trabajo, y a menudo le he oído lamentarse de la rapidez con que aparece el cansancio del caucho y del acero para convertirlos en pequeñas cámaras de los horrores. Siempre se resistía a que lo llamaran guardia de circulación en lugar de policía municipal y nunca llegó a aprenderse las marcas y modelos que sus compañeros identificaban con una simple mirada, recitando todas las variantes de motores, cilindros, puertas y prestaciones. Al llegar a casa, se duchaba a fondo, porque le molestaba el olor a humo y gasolina. Sé también que lo llena de pereza hacer un viaje tan largo, compartiendo entre los tres un reducido espacio de apenas dos metros cuadrados, sin poder estirar durante muchas horas las articulaciones que se endurecen con la inmovilidad. Pero no se opuso, y desde el momento en que se lo sugerí se prestó a ayudarme en todo lo necesario. Cuando esta búsqueda termine y Lucas esté curado, dedicaré más tiempo a estar con él, a darle un poco de compañía mientras, invierno tras invierno, envejece.

No tardamos en llegar a Irún y atravesar la frontera con Francia, cuyo racional rostro geométrico parece mirar por encima del hombro a la irregular y áspera España. Es la primera vez que viajo a Alemania. Nunca me han asustado los viajes largos, pero tampoco han despertado mi pasión. Nunca he sentido envidia al contemplar los grupos de turistas llenos de excitación e impaciencia antes de partir ni interés por

escuchar su repertorio de anécdotas cuando regresan, quizá porque nunca he tenido espíritu de trotamundos. En mi niñez y adolescencia algunos amigos y compañeros soñaban con ser exploradores de mundos exóticos —las selvas, los polos, los desiertos— cuando se hicieran mayores, pero yo nunca compartí ese afán aventurero. Claro que me habría gustado viajar, pero a lugares que ya hubieran descubierto y civilizado otros, donde no hubiera animales salvajes, ni voraces insectos, ni caníbales, ni enormes extensiones desiertas sin alguien que te ofreciera un trozo de pan y un vaso de agua. A mí me atraía viajar donde habitara gente amable en cómodas casas, donde hubieran edificado bellos edificios, canalizado los ríos, cultivado los campos y tendido la red de luz eléctrica para leer una novela o la guía del viaje al acostarse por la noche y donde nadie fuera armado y la policía no te desnudara para cachearte. Por eso no me asusta ahora este trayecto hacia el norte de Europa.

—Sólo una vez estuve en el extranjero —comenta mi padre.

—No me lo habías contado.

—Sí, pero no te acuerdas. No fue nada importante. Cuatro días en París.

—¿De vacaciones?

—¡No! ¡Ojalá! Fue hace mucho tiempo, en la época de la transición. Tú debías de tener unos ocho años. Tu madre no había muerto —dice, utilizando ese hito que divide su vida en dos mitades y al que tantas veces recurre.

Siempre que la nombra, se queda luego unos segundos callado, como si recordara cosas que no quiere decir. Siempre guarda su dolor en silencio, nunca le he oído quejarse, «Si ahora estuviera tu madre, esto no hubiera sucedido», nunca ha utilizado su ausencia para justificarse de un olvido o de un percance doméstico. Nunca le ha reprochado que hubiera muerto tan pronto. Tampoco cayó en la tentación de hacer de mí su sustituta e intentar que me convirtiera en ella, ni siquiera cuando me separé de Nico. La soledad suele engendrar necesidades extrañas, y a me nudo quien tiene potestad para hacerlo exige su satisfacción. Pero él, desde el principio, se impuso un límite a sus exigencias que nunca ha quebrantado.

—Como empezábamos a salir de la dictadura, invitaron a un grupo de policías españoles a un congreso internacional que se celebraba en París. Me ofrecieron ir y acepté. Sentía mucha curiosidad por ver cómo funcionaba la policía local en esos países donde se decía que los agentes paseaban por las aceras saludando a los vecinos y tomaban el té con las ancianas y no tenían inconveniente en quitarse de la cabeza la gorra o el casco para que los niños se fotografiaran con él. Aquí todavía se reprimían las manifestaciones políticas en las calles y, aunque los municipales no participábamos en esas carreras y alborotos, mucha gente te decía: «¡Qué trabajo más horrible! ¿Cómo podéis soportarlo?», como si dieran por hecho que, por llevar aquel uniforme, tenías que amar los coches, las multas, los conflictos callejeros. A mí, ninguna de las tres cosas me gustó nunca.

—Ya lo sé. ¿Y cómo te fue en París?

—En realidad, no muy bien. Nos alojaron en un hotel agradable y nos enseñaron

la ciudad y algún museo. A los franceses les gusta mucho presumir de sus cosas. En casa hay por algún sitio una foto de nuestro grupo bajo la torre Eiffel. Pero, en general, a los municipales españoles nos miraban como a sospechosos de simpatizar con Franco. Yo creo que un viaje que no sea obligatorio propicia el buen humor. Sin embargo, algunos detalles desagradables lo impidieron.

Mi padre estira las piernas hasta donde se lo permite el reducido espacio, mira hacia atrás para comprobar que Lucas duerme y continúa:

—Uno de los policías españoles, un hombre de mal carácter, odiaba el queso, cualquier tipo de queso. Era la única comida que no podía probar sin que al instante sintiera náuseas. Ni siquiera soportaba verlo cerca, olerlo. Y ya sabes que allí, incluso sin que lo pidas, nunca falta en la mesa. Una noche, cuando bajábamos de la habitación del hotel, lo vimos sentado en la barra de la cafetería, perplejo ante una enorme tabla de quesos que le acababan de poner delante. ¡Imagínate cuántos tipos de quesos en Francia, con corteza y sin ella, con y sin agujeros, fuertes y suaves, frescos y con moho, duros y fundidos! Extrañados y algo burlones, le preguntamos qué hacía y nos contó que había pedido un sándwich, que se lo había repetido varias veces a la camarera y que, en cambio, le había traído todo aquello. No pudimos evitar las carcajadas contemplando la gigantesca tabla cuyo intenso olor nos inundaba. Nos lanzamos hacia ella y enseguida la dejamos vacía, mientras él nos miraba sin encajar muy bien la broma. —Mi padre me mira, ve que sonrío y continúa—: Poco después, en un bar de allí cerca, nos encontramos con el grupo de los ingleses. Nuestro compañero, con el estómago vacío, bebió más de lo razonable y comenzó a propasarse con una chica, una de las policías británicas que asistían al congreso. En aquella época, aquí en España no se les permitía ejercer esa profesión a las mujeres. Como ella lo rechazó con un gesto seco, reaccionó mal. Ya sabes, lo de siempre: Gibraltar, los hijos de la Gran Bretaña, los viejos chistes sobre un inglés, un ruso y un español... El asunto no terminó bien para nosotros. Hasta tuvo que intervenir alguien de la embajada para pedir disculpas. Yo creo que por entonces los españoles aún no sabíamos viajar al extranjero. Llegaban tan pocas noticias del exterior que no imaginábamos lo que había fuera. Habíamos permanecido aislados tras los Pirineos durante tanto tiempo que, o íbamos como conquistadores, o íbamos como criados. Y ninguna de las dos actitudes es adecuada para viajar. Nos resultaba difícil establecer una relación de igual a igual. Supongo que ahora todo eso ha cambiado.

—Sí, creo que sí.

Y otra vez se queda en silencio, ahí al lado, uno de esos hombres que, por su oficio, por la época o el lugar en que vivieron, han visto muchas cosas y sin embargo son reacios a hablar demasiado de ellas, de sí mismos, de su honradez, aun sabiendo que esa honradez ha hecho bien a mucha gente.

—Hannover —dice de pronto—. ¿Por qué hay que ir tan lejos?

—Allí vive un posible donante —me limito a responder.

—¿Tan lejos? —insiste.

—Sí.

—Hace unos días me encontré casualmente con el padre de Nico. Me preguntó por Lucas y me dijo que a ellos no los han llamado para hacerles los análisis.

—Ya —digo, porque ahora mismo hablar y callar son una misma cosa.

—Es eso, ¿verdad? Es ese donante a quien fuiste a buscar a Barcelona, donde estuviste hace siete años, y luego a Cádiz, y a quien no has encontrado todavía. Y ahora vamos a buscarlo a Alemania.

—Sí. Él es el padre de Lucas —confieso con vergüenza y alivio, con la vergüenza de no ser como él esperaba que fuese y de no disponer de las palabras adecuadas para poder explicárselo, pero también con el alivio de no verme obligada a inventar más mentiras.

Mi padre asiente en silencio, los ojos fijos en la carretera, quizá intentando conjugar el amor que siente por su hija con la decepción por lo que acaba de conocer. Él siempre ha creído que la vida en pareja es fácil, puesto que fue fácil la suya con mi madre. Mira con más perplejidad que desacuerdo los conflictos emocionales de alguna gente a quien conocemos, extrañado de que prefieran los sobresaltos, la inquietud, las mentiras y las tensiones de las aventuras amorosas a la plácida satisfacción de la vida familiar. Pero no fueron frívolos los impulsos que me llevaron a coincidir con Luis, no fue una aventura de fin de semana. De modo que comienzo a contárselo todo, en voz baja, mientras Lucas duerme profundamente atrás.

Los he levantado muy temprano, todavía de noche en Poitiers, y, después de desayunar, comienzo a conducir hacia el norte. A esta carretera de largas rectas, un poco ondulada, le sienta bien el alba, su asfalto claro y ancho es una invitación al viaje ahora que hemos descansado en el hotel del área de servicio.

Varias horas después paramos de nuevo y les señalo en el mapa el lugar donde estamos, París, lo que ya hemos recorrido del camino y lo que todavía nos falta por recorrer. Hace unas semanas, nunca hubiera imaginado que el libro que más veces tendría que consultar era un mapa de carreteras. Lleno el depósito de gasolina y aparcamos. Los coches pasan tan veloces por la autopista que apenas podemos creer que también nosotros vamos así de rápido.

Desde las amplias cristaleras del restaurante vemos llegar cinco grandes y oscuros automóviles de lujo —Mercedes y Audi—, uno seguido de otro como brillantes procesionarias metálicas. De cada uno de ellos baja un hombre joven. Las matrículas son alemanas, pero ellos son españoles: entran riendo en el bar, que de pronto se llena con su salva de carcajadas, y hacen en voz alta comentarios sobre velocidad, motores, curvas, ciudades, ventas de coches, dinero. Aunque se han aflojado las corbatas, van vestidos con elegancia, con trajes que se adaptan bien a su alta y desgarrada estatura —como si hubieran crecido demasiado rápido y sus huesos aún no hubieran terminado de encajarse—, y resultan muy distintos de la imagen de los jóvenes

trotamundos de hace cuarenta años que solían viajar por placer o aventura en coches lentos y oscilantes. Éstos viajan por negocios. Uno de ellos, que parece tener alguna jerarquía sobre los demás, comenta algo de lo que espera ganar con esta nueva remesa de automóviles caros que compran allí arriba y luego venderán en España, en el mercado de segunda mano. Fanáticos de la Visa y de los Camper, a veces me ha tocado verlos destrozados en deportivos con demasiado desequilibrio entre la carrocería y la potencia del motor. Mi padre los mira con curiosidad, quizá pensando, como yo, que hay una cierta locura en toda esta gente que basa las mayores emociones de su vida en lo que les ocurre en las carreteras.

Se sientan a una mesa contigua a la nuestra y todo lo que piden para consumir es grande: los bocadillos, los vasos de Coca-Cola, los *croissants* y pasteles de brillo venenoso, el café doble. De vez en cuando hacen alguna parada en la comida para llamar o consultar mensajes en sus teléfonos móviles.

Entre sus frases sobre miles de euros, modelos de vehículos y ciudades de Alemania distingo dos veces una palabra: Hannover.

—Perdonad que os interrumpa —les digo, atrapando esta casualidad que de pronto me brinda el azar, hasta ahora tan esquivo—, pero os he oído sin querer. ¿Venís de Hannover?

—Sí.

—De la feria del automóvil —explica otro de ellos.

—Yo voy hacia allí. Estoy buscando a alguien que vive en el barrio español.

—Allí apenas conocemos a nadie. Sólo contactos del gremio —dice el que parece dirigirlos—. Subimos tres o cuatro veces al año y nos traemos unos cuantos coches para España. Nada más.

—¿Cómo se llama? ¿En qué trabaja? —me pregunta otro.

—Luis Moll. Trabaja en algo relacionado con la música. Conciertos o algo parecido.

—¿Conciertos de música? No te será fácil encontrarlo.

—Lo sé.

—Quizá Lepanto —apunta uno de ellos que no ha hablado hasta ahora—. ¿No dijo alguna vez que estaba trabajando en algo así?

—Hay un viejo allí, en Hannover, que asegura que conoce a todos los españoles. Al menos, todos lo conocen a él. Dice que fue uno de los primeros que llegaron como emigrantes. Y creo que vive en el barrio español.

—¿Cómo se llama?

—Lepanto. No sé si ése es su verdadero nombre, pero todos lo llaman así. Algunas veces se viene a España con nosotros. Luego regresa en avión.

—¿Viaja con vosotros? —pregunto extrañada.

—Sí. Una vez nos ayudó a hacer unas gestiones y nos pidió ese favor. En el trayecto cambia de coche según le apetece. Siempre nos ha dado buena suerte. Nunca vi a nadie a quien le gustara tanto viajar.

—Casi tanto como hablar —comenta otro de ellos.

—¿Ahora está en Hannover?

—Sí, aunque esta vez no lo hemos visto. Alguien nos dijo que se encontraba un poco enfermo. Pero que no era nada grave.

—¿Sabéis su teléfono?

—No. Él siempre averigua cuándo vamos a llegar. Pero no te será difícil encontrarlo si preguntas en el barrio español. Lo reconocerás porque le falta el brazo izquierdo. Por eso no puede conducir.

—Muchas gracias por vuestra información.

—De nada. Suerte en Hannover.

Pagan y salen, despreocupados y ruidosos. Por las cristaleras los vemos montar en los cinco coches y entrar en la autopista acelerando, derrochando caucho y gasolina, hasta perderse en la lejanía de las llanuras francesas.

Hemos dejado atrás Francia y el tramo de Bélgica y con las últimas luces de la tarde pisamos Alemania. Todo es aquí verde, las colinas panzudas y suaves, acolchadas de hierba, las llanuras parceladas con alambre o hileras de álamos o chopos, donde siempre hay un enorme barracón para guardar cosechas o ganado estabulado. Todo está en explotación de pastos o de cultivos —los tractores regresan al descanso tras tejer la pana marrón de los barbechos— y cuando termina un sembrado surge la muralla de los bosques oscuros, compactos e inmutables, sin apenas transición en esta húmeda fecundidad centroeuropea. Es como si todos sus pobladores estuvieran de acuerdo en que un campo no es hermoso si no está cultivado. No hay en medio esas tierras baldías, de monte bajo o retamas o jaras, que en España no se sabe bien a qué se dedican, si sirven para algo. Aunque quizá esta exhaustiva explotación tenga algo que ver con las pocas aves que se ven volando en el cielo.

Ahora el cansancio comienza a invadirme, a pesar de los cambios de postura: encojo una u otra pierna para que no se me adormezcan las rodillas, desenfoco la mirada de la carretera para enfocarla durante un segundo en el volante o en una mancha del parabrisas, levanto y agacho el cuello fatigado. La clavícula que me destrozó la bala se enfada con el sobreesfuerzo y de vez en cuando protesta con dolorosos pinchazos. Mastico algunas gominolas, algunos frutos secos. Son demasiadas horas conduciendo en estos dos días y por momentos siento ganas de pisar a fondo el acelerador y avanzar por la autopista como un relámpago, como los chicos aquellos que volvían a España con los coches de lujo. Lucas, aburrido, protesta y pregunta a menudo cuánto falta para llegar. Mi padre, también cansado, se pasa atrás con él, a intentar entretenerlo.

Cenamos en una nueva área de servicio donde todo está colocado en expositores y apenas es necesario utilizar palabras. Tomo un café solo y seguimos avanzando. Poco después, mi padre cabecea en el asiento delantero, emitiendo de vez en cuando un

suave ronquido. Los indicadores luminosos del panel de mandos dan a su rostro un tinte naranja que acentúa su gesto de fatiga. Entonces, de pronto, aparece la niebla como si fuera un lugar fijo, estable, señalado en los mapas. El coche se envuelve en ella como en un inmenso pañuelo blanco, empapado de lágrimas, que limita la visión y enseguida cubre el parabrisas de diminutas gotas. Reduzco la velocidad y enciendo todos los faros para ver y hacerme visible. La temperatura ha descendido: ahora ya se puede decir que estamos en el norte.

Mi padre se despierta y mira sorprendido la blanca muralla que nos rodea.

—¿Cuánto nos falta? —pregunta.

—Bastante.

Mi intención era hacer el viaje en dos días, pero el cansancio me impide seguir conduciendo. Tenemos que parar a dormir otra noche. Mañana llegaremos a Hannover.

Ya estamos aquí, en el lugar donde hace pocos meses ha sido visto Luis. Quizá se encuentra cerca, conduciendo uno de estos automóviles con los que me cruzo, quizá es uno cualquiera de esos numerosos ciclistas que pedalean por los carriles, que recorren toda la ciudad, quizá uno de los peatones que esperan a que los semáforos se pongan en verde.

No circulan muchos coches y, buscando alojamiento, llegamos fácilmente al centro de la ciudad. Nos detenemos frente a un hotel en una gran plaza cruzada por tranvías, con una estatua de un rey a caballo hecha de algún metal que no admite la herrumbre. Al fondo, la estación de trenes. Pedimos dos habitaciones: una para mi padre, otra para mí y para Lucas. No son lujosas, ninguna audacia feliz rompe su seca austeridad. En las camas no hay sábana de arriba, sólo un edredón que no parece que alcance a cubrir desde el cuello a los tobillos, pero todo está perfectamente limpio y todo funciona, como si hubieran renunciado al lujo en la decoración a cambio del lujo en la eficacia. En las mesillas de las dos habitaciones se ve el mismo libro: el Nuevo Testamento, las historias de los apóstoles que escuchaba de niña y que no he vuelto a oír, porque ya no voy a la iglesia y no hay nadie a mi alrededor que me hable de ellas. Por la ventana, tan hermética que detiene todos los ruidos de fuera, se ve la plaza enorme, con las bicicletas aparcadas en grandes circunferencias. De vez en cuando pasa un tranvía. Pero circulan pocos automóviles y todo parece apacible, ordenado, limpio, silencioso, ligeramente triste, muy distinto de las ruidosas plazas de España, de nuestra frenética agitación meridional.

Está muy avanzada la tarde, y nosotros, muy fatigados, de modo que deshacemos el equipaje, cenamos algo y nos retiramos a descansar.

El reloj marca las tres de la mañana cuando me despiertan los quejidos de Lucas. Enciendo la lámpara de la mesilla y voy junto a él: se ha desarropado y está sudando. Al tocarle la frente abre los ojos y me mira desconcertado.

—Tienes un poco de fiebre. Voy a ponerte el termómetro.

Mientras lo sujeta bajo su pequeña axila le acaricio el pelo, la cara.

—¿Te duele algo?

—Me duele la garganta.

Ha debido de quedarse frío durante el viaje, dormido atrás, con la lenta caída de la temperatura a medida que avanzábamos hacia el norte y la niebla. Pero si sólo es la garganta, el problema no es serio.

—Aquí —me explica, y se toca el cuello—. Por dentro.

Tiene treinta y ocho con seis. Si no sube la fiebre, bastará con controlarla con paracetamol de la pequeña farmacia que llevo encima. Por la mañana, con la luz, nos acercaremos a un centro médico. Pero de momento, espero y velo, escucho en la oscuridad cómo su respiración poco a poco se va serenando con la medicina, mientras vuelve esa sensación que tan bien conozco, porque reaparece cada vez que se siente mal: un pinchazo de difusa culpabilidad por haber fallado en algo que no sé y el deseo insoportable de cargar sobre mí los efectos de su enfermedad. Que sea yo quien sufra su malestar, que sea mi cuerpo el que arda bajo la fiebre y esté postrado en cama.

Sólo sé un poco de francés que aprendí en el instituto, pero en la recepción del hotel, por la mañana, se esfuerzan en darme todas las indicaciones necesarias. Lllaman a un taxi y vamos a un pequeño hospital donde un médico muy amable, que habla español perfectamente, examina a Lucas y le diagnostica un proceso catarral que ha inflamado la laringe. Antibiótico, analgésico y reposo durante tres o cuatro días. La crisis no tiene nada que ver con la leucemia, si bien hay que vigilar su recuperación y tener paciencia.

—No se preocupe —me tranquiliza todavía, cuando vamos a salir, posiblemente sin adivinar cuánto agradezco escuchar sus palabras en mi idioma en esta ciudad extranjera—. Estas enfermedades pequeñas las curan las madres mejor que nosotros, los médicos.

Tranquilizados, buscamos una farmacia. La gente que camina a nuestro lado habla otro idioma muy distinto, pero sus consonantes parecen menos complicadas cuando las oyes que cuando las ves escritas en racimos; muchos tienen otro color de ojos y de pelo y profesan una religión algo diferente, pero en este momento no me siento incómoda en esta entrañable, civilizada, antigua Europa. Estoy en un país del primer mundo donde ningún niño corre peligro por una infección catarral.

Al día siguiente la niebla de paso a una lluvia fina, intermitente, que parece derretida de un cielo encapotado, color pizarra. Es extraño, parecen gotas silenciosas, como si también el agua se hubiera contagiado de una cierta quietud, y no puedo evitar compararla con los chubascos que en España caen repiqueteando sobre calles y tejados, en una lluvia perlada, sonora, ostentosa, como si quisiera atraer la atención

de los habitantes de un país seco para solicitar su agradecimiento. No salgo apenas de la habitación, acompañando a Lucas, que mira en la tele dibujos animados cuyas peripecias parece comprender —porque a veces sonrío, aunque no entiende el idioma— y oscila cada seis horas entre la tranquilidad y la fiebre, según hace efecto la medicación. De vez en cuando me asomo a la ventana y contemplo la plaza todavía llena de bicicletas a pesar del mal tiempo, silenciosa y limpia tras los cristales que peina la lluvia. El rey de bronce, desde su alto pedestal, parece mirar directamente hacia mí como para indicarme que todo está pacífico en su reino, que soy bien acogida y que puedo salir a recorrerlo y a buscar lo que necesito. Paciencia, paciencia.

Pido en recepción un plano de la ciudad y la guía de teléfonos. No hay en ella ningún Moll, aunque sí encuentro algunos apellidos familiares: Molina, García, Rodríguez, Mundo. La chica de recepción, que habla francés, me señala en el mapa la situación del hotel y la zona del barrio español. No queda lejos de aquí. Cuando se lo digo a mi padre, me quita el plano de las manos, coge el paraguas y sale.

Cuando regresa tres horas después, vuelve con los zapatos y el bajo de los pantalones empapados.

—¡Lo he encontrado! El barrio español. En realidad, hay muchos alemanes, todo está ya mezclado. Vi un bar gallego, y pregunté al dueño por Luis Moll. No había oído nunca ese nombre. Entonces le pregunté por la persona que nos indicaron los chicos de la autopista. Lepanto. ¡Resulta que sí lo conoce! Va por allí a menudo. Le he dejado tu nombre y el número de teléfono del hotel que venía en el plano. El dueño dice que, tal como es, seguro que te llamará.

Mi padre está contento por haber vuelto a ser él el primero en tomar una decisión y hacer una tarea. «No iba a perderme por las calles teniendo un plano en las manos», me ha dicho. Mi padre ayudándome en todo lo que puede, a pesar de que yo no me haya preocupado por él todo lo que podía. Pero quizá siempre es así, llegan inexorables los años en que los hijos no piensan demasiado en los padres, pero es imposible que los padres no piensen en los hijos. Y en un día no muy lejano también a mí con Lucas me ocurrirá lo mismo.

—Me gusta este país —me dice por la tarde, cuando bajamos a cenar, muy temprano para nuestra costumbre, al restaurante del hotel, porque las medicinas están actuando beneficiosamente y Lucas comienza a sentirse mejor—. Limpio, ordenado, laborioso.

—Supongo que sí, que es un buen país para vivir. Austero pudiendo ser opulento —repito la imagen que tenemos de él en España.

—Y respetuoso con las leyes. Cuando iba caminando por las calles, apenas vi en todo el trayecto a un policía, como si no fueran necesarios para que se cumplan las normas que han pactado.

Cuando volvemos a la habitación apenas tengo tiempo de llevar a Lucas al cuarto de baño, donde vomita todo lo que ha cenado. Nos hemos precipitado al creer que ya

estaba bien.

Sin embargo, una hora después duerme profundamente y la fiebre ha desaparecido casi por completo, como si el propio vómito lo hubiera limpiado de flemas y de virus. Es entonces cuando suena el teléfono, parece que hubiera esperado intencionadamente este momento de paz. Descuelgo enseguida y oigo una voz que pregunta por mí en español, pero con un acento extraño.

—Soy Lepanto —sólo dice ese nombre que no sé si es su nombre verdadero.

—¡Cómo me alegro de oírlo! Me hablaron de usted los chicos que compran aquí esos grandes coches y los bajan a España por la autopista.

—¡Ah, los chicos! Esta vez no he podido ir con ellos —comenta. Luego añade—: Quería usted hablar conmigo.

—Sí. Estoy buscando a Luis Moll. Es muy importante. Me dijeron que usted podría conocerlo.

—¿Luis? Claro que sí, claro que lo conozco. Pero ya no vive en Hannover. Se mudó hace unos seis meses.

—Me habían asegurado que...

Incluso a través del teléfono debe de haber advertido mi decepción por no haber llegado aún a la última estación del viaje, porque se apresura a añadir:

—Pero no se preocupe. Vive en una pequeña ciudad no lejos de aquí, a poco más de una hora. Lüneburg. Lüneburg —repite—. En el norte. Ahora mismo no llevo encima su dirección y su teléfono, pero puedo dárselos mañana.

—Se lo agradezco. Es muy importante...

—¿Podemos vernos? —me interrumpe—. Me gusta hablar con los españoles que llegan de abajo.

—Claro que sí. ¿Dónde? —le pregunto mirando a Lucas, que respira con serenidad, a intervalos largos y regulares.

—Aquí, en el bar gallego. Son las ocho y media, no es demasiado tarde, ni siquiera para Alemania. Le será fácil venir en taxi. No está lejos de su hotel, apenas diez minutos.

—¿Cómo nos encontraremos?

—No se preocupe. Yo la reconoceré.

Mi padre ocupa mi sitio junto a Lucas, que sigue durmiendo. Cojo el móvil para estar en contacto, compruebo que la batería está cargada y subo al taxi que me han pedido desde recepción.

Diez minutos más tarde empujo la puerta del bar, cuya decoración me golpea los ojos con su excesivo costumbrismo: una bandera española con un toro negro en el centro, objetos de artesanía, bufandas de varios equipos de fútbol españoles, una gaita y un gorro de mujer de brillantes colores, con un espejito en el centro de la alta copa.

Reconozco la voz del hombre que se separa de la barra y viene a saludarme tendiéndome la mano derecha. Le falta la izquierda y ahora entiendo por qué tiene ese nombre.

—Lepanto —lo saludo—. Soy Andrea.

—Andrea —repite—. También se llaman así muchas mujeres alemanas.

Ronda los sesenta y cinco años y, al observarlo, tengo la impresión de que sólo morirá de vejez, de que el suyo no es de esos organismos a los que, dejando de lado la mano izquierda, les falta o les sobra algo imprescindible —carne, dientes, sangre roja, alguna extraña hormona— cuya carencia o exceso termina por estallar en una enfermedad definitiva. Es casi alto, delgado, endurecido, moreno. Su cara, aunque curtida, no está deteriorada, porque sus arrugas no parecen causadas tanto por las adversidades, que horadan el rostro, cuanto por los esfuerzos hechos para combatirlos, que lo esculpen. Un bigote cano y espeso sobrepasa las comisuras de su ancha boca y sus puntas se levantan un poco al sonreír.

—¿Ya está recuperado? Me dijeron que se encontraba algo enfermo.

—¿Enfermo? —pregunta con extrañeza, casi con presunción—. No, no. Era una revisión rutinaria y el médico me obligó a repetir los análisis porque no podía creer que fueran tan buenos los resultados.

—Me alegro.

—¿Quiere tomar algo? El bar es español, pero el dueño tiene el buen gusto de servir sólo cerveza alemana. Es excelente.

—De acuerdo. Una cerveza.

El camarero se demora al batirla en las jarras y luego vamos a sentarnos a una mesa.

—Le agradezco mucho que me haya llamado —le digo.

—No hay por qué.

—Claro que sí. Casi nadie lo haría con un desconocido. Todos somos cada día más reticentes a dar datos de los demás.

—Pero usted es amiga suya. Conociéndolo a él, no creo que le importe. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí.

—¿Por qué tanto interés? ¿Por qué un viaje tan largo?

—Debía haber empezado por ahí —respondo, y luego le hablo de Lucas, de la enfermedad y de sus venas de nieve, del trasplante necesario para su curación, del desarreglo en el orden natural del ciclo de la vida. Lepanto me escucha con atención y tristeza.

—Luis no lo sabe, ¿verdad?

—¿Saber?

—Que es el padre de ese niño.

—No, no lo sabe. Ni siquiera que existe ese niño. Si no, creo que ahora estaría al alcance de mi mano. No hubiera sido necesario venir a buscarlo tan lejos.

—Mañana te enviaré al hotel su dirección y su teléfono. Se habrá acabado tu búsqueda —me tutea.

—¿Cómo lo conociste? —le pregunto.

—En el trabajo.

—¿Trabajabais juntos?

—Sí. Fue una afortunada coincidencia —dice al ver mi gesto de sorpresa.

—Me hablaron de algo relacionado con la música.

—Algo así. En realidad, yo mismo no sospechaba que existiera una empresa de ese tipo. En España tal vez sería imposible, pero no aquí, en Alemania, donde la música culta es mucho más que una simple diversión o que un espectáculo artístico.

—Pero ¿en qué consiste el trabajo?

Lepanto mira unos segundos alrededor, pensativo, antes de comenzar a hablar.

—Digamos que consiste en equilibrar los sonidos del mundo. En llevar la música desde unas zonas donde sobra a otras donde hay un déficit.

—No acabo de entenderlo.

—Poco después de que cayera todo el imperio de la Unión Soviética y se derrumbara el Muro de Berlín, comenzaron a aparecer en este lado músicos de allí que, o se habían quedado sin trabajo, o querían probar fortuna —empieza a contarme—. No todos eran excelentes, claro, pero sí la mayoría. Auténticos virtuosos que por unas monedas tocaban en cualquier sitio cualquier obra que les pidieran. Entonces dos chicos de aquí, de Hannover, tuvieron una idea: organizar legalmente todas las posibilidades que ofrecía aquella nueva situación. Yo creo que en el primer momento tampoco ellos sabían hasta dónde podrían llegar. Parecía casi una aventura, y en todo caso un riesgo, implicarse en tantos esfuerzos iniciales sin tener asegurados unos beneficios. Yo entré a trabajar con ellos enseguida, y fue increíble cómo después de un año de tanteos y rechazos comenzaron a llamarnos de sitios que no habíamos imaginado. Los dos socios iban a ciudades de la antigua Unión Soviética, o de Polonia, o de lo que había sido la Alemania del Este, a escuchar una orquesta o un grupo de cuerda, o a un pianista, antes de contratarlos para una gira por Francia o por España. En una ocasión me dejaron que los acompañara en un viaje por Rusia. Encontramos a pequeños genios, talentos disciplinadamente forjados a lo largo de años de estudio en un conservatorio de Leningrado o en cualquier ciudad de las estepas del Volga. Si se enteraban de que estábamos allí y de lo que buscábamos, se esforzaban para dar lo mejor de sí mismos en los conciertos, que se organizaban en los teatros, en fríos salones, en las viejas iglesias que los domingos habían vuelto a llenarse de fieles. Todo se había hundido en una crisis repentina que los había dejado desconcertados y perplejos. Y para la mayoría de ellos la posibilidad de venir contratados a Occidente era un sueño.

—Una temporada en el paraíso. Que te paguen por hacer lo que harías sin que te pagaran —le digo, interviniendo en su charla mientras recuerdo el comentario del chico de la autopista de que a Lepanto hablar le gusta tanto como viajar.

—*Ja*. Eso es —se corrige sonriendo—. La oportunidad de superar todo aquello que se deterioraba a marchas forzadas. Las frías salas en las que ensayaban, donde el óxido invadía las tuberías, las rejas, las superficies metálicas; donde los radiadores

apenas calentaban porque se habían reducido los presupuestos para calefacción; los estudios con techos muy altos y muros descascarillados que indicaban que no era tan eterno el hormigón soviético, y donde a menudo aún se advertían las siluetas de la hoz y el martillo. Daba un poco de pena. A mí al menos me provocaba un sentimiento de decepción la facilidad con que se apartaban a un lado algunas ideas en cuya validez yo también había creído. Los músicos, sobre todo los jóvenes, nos entregaban sus currículos y sus carpetas llenas de diplomas de cursos con virtuosos, de algún premio de interpretación, de programas de conciertos en ciudades de las que nunca había oído hablar. A veces acompañábamos a algunos a los organismos donde se tramitaban los permisos de viaje. Eran oficinas repletas de legajos donde se solicitaban los visados rellenando interminables impresos que se acumulaban después de ser sellados con un tampón humedecido en una tinta aguada. Había que ser pacientes con aquella gigantesca burocracia que en la lentitud y en las trabas parecía buscar las razones de su supervivencia, puesto que estaba dejando de existir todo el sistema para cuya vigilancia, control y mantenimiento había sido creada... Pero no sé si te estoy cansando con estas historias —me dice de repente—. A ti todo esto ni te va ni te viene. Tú has venido a buscar a Luis...

—Sí. Pero me interesa. Además, me gusta saber lo que ha hecho él durante todo este tiempo.

—Él todavía no estaba en la empresa. De todo esto hace ya trece o catorce años. Con un poco de suerte —continúa con su relato—, unos meses después lográbamos cerrar una gira con un repertorio amplio y adecuado a distintos públicos. Poco a poco fuimos abriendo mercado, por decirlo de algún modo. Conseguíamos colaboración de las instituciones, de los ayuntamientos, de asociaciones musicales y de bancos o cajas de ahorro, y organizábamos una gira que comenzaba en Alemania, pero que también, gracias a lo bien que lo hacían, saltaba a otros países. A mí siempre me ha sorprendido que en España encontráramos tanta aceptación, tanto hueco para los conciertos, porque siempre había pensado que allí había poca cultura musical. Siempre he creído que España es un país duro de oído, debido a que gritamos mucho al hablar y a que siempre hacemos demasiado ruido, como si nos asustara sentir el silencio alrededor. Sin embargo, no dejaban de llamarnos para dar conciertos o para impartir clases en cualquier curso de especialización.

—España ha cambiado mucho en los últimos veinte años. Y ese cambio también se habrá reflejado en la cultura musical —le digo—. Yo también me he fijado en la frecuencia con que, en muchos lugares, se anunciaban convocatorias de actuaciones de músicos del Este.

—*Ja*. Sí. Y a mí alguna vez me tocó acompañarlos por allí. Ahora ya ha cambiado un poco todo eso, se ha reducido el entusiasmo. Se han hecho más... profesionales, más estables. Pero al principio había que ver las ganas con que los músicos afrontaban su tarea. El mimo con que montaban y desmontaban en cada ensayo o actuación sus instrumentos, la flauta, o el clarinete, o el fagot, y la delicadeza con que

los guardaban en las fundas negras, forradas de fieltro rojo, y no se separaban en ningún momento de ellos, los mantenían siempre al alcance de la mano, en los viajes o en las salas de espera, y antes hubieran olvidado calzarse los zapatos o ponerse el abrigo que recoger sus instrumentos, porque eran lo más valioso que tenían. No se ganaba mucho dinero, es cierto, es muy difícil hacerse millonario con esta música, pero a mí me parecía entrañable la austeridad con que vivían en las giras, la seriedad con que lavaban su ropa interior en los lavabos de los hoteles y el cuidado que tenían con los trajes con que iban a actuar, los esfuerzos por ocultar el deterioro de los cuellos de sus camisas blancas.

—¿Cuándo comenzó Luis a trabajar contigo?

—Hace dos años. Yo iba a jubilarme pronto y él debía ocupar mi lugar. Así que durante un tiempo trabajamos juntos. Teníamos mucho que hacer, pero lo pasábamos bien, nos gustaba nuestra tarea. ¡He visto a tanta gente que trabaja durante años y años en oficios y puestos que no les gustan! ¡Profesores que odian a sus alumnos, mozos de hotel hartos de sonreír a clientes que ni siquiera los miran, agentes inmobiliarios que ven pasar por sus manos millones de euros sin que a ellos les quede nada! Pero aquella tarea era muy apropiada para Luis. —Lepanto bebe un largo trago de cerveza. La espuma le deja dos pequeños copos blancos prendidos al bigote, y los limpia con un movimiento convergente del pulgar y del índice, como si temiera que al hablar pudiera escupirlos—. Trabajaba muy bien —continúa—. Ya sabes que su madre es alemana y que él habla varios idiomas con fluidez. Además, conocía el mundo del teatro, de los espectáculos y sabía interpretar enseguida las reacciones del público. Tú sabrás eso mejor que yo.

—Algo sé. ¿Y tú? ¿Tú también habías trabajado antes frente al público?

—¿Yo? —un intenso gesto de perplejidad le ensancha el rostro—. ¡No! Mi historia es una historia larga.

—¿Por qué no me la cuentas? Me gustaría oírla.

—¿Tienes tiempo? ¿Y tu hijo?

—No te preocupes —señalo el móvil que parpadea encendido junto a las jarras de cerveza—. Me avisarían enseguida. Y mi padre lo cuida muy bien.

Me apetece mucho seguir escuchando a este hombre que, aunque habla en voz baja, me produce la sensación de que sus palabras son lo único que oigo y que los demás ruidos del bar han desaparecido. Trato a menudo con tanta gente con la que apenas puedo conversar, o cuyas historias son siempre la triste repetición de la misma tragedia, que no puedo ni quiero resistirme a oír lo que me ofrece Lepanto. Sus palabras tienen un efecto benéfico, han conseguido que durante este rato haya olvidado mis preocupaciones.

—Espera un momento —le pido. Me aparto un poco y marco en el móvil el número del hotel. Mi padre contesta enseguida.

—Lucas sigue durmiendo. Está muy tranquilo —me dice—. No tengas prisa por venir, arregla todo lo tuyo. Yo te llamo si necesitamos algo.

Cuando vuelvo a la mesa, Lepanto ha hecho traer otras dos jarras de cerveza y espera a que me siente.

—Mi padre cruzó la frontera con Francia el 27 de enero de 1939, un día después de la caída de Barcelona en manos de Franco —comienza a hablar directamente, como si hubiera detectado mi interés por escucharlo—. Atrás dejaba a su mujer con un niño de seis años que nunca olvidaría la despedida de un hombre cuya barba sin afeitar le pincha en la cara al besarlo. Yo no sé qué recuerda más la gente en este tipo de adioses, si la imagen de quien se aleja o las propias emociones que uno siente al contemplarlo. Pero yo sólo recuerdo de él en aquel momento su estatura, era alto y grande, y el contacto áspero, casi hiriente de su barba. Ningún otro detalle guardo, de modo que no tengo de mi padre esa imagen de miliciano internacional, heroico incluso en la derrota, que muchas veces se ha reproducido después en libros y en fotos. Yo siempre lo vi como un hombre vencido —explica con una lúcida tristeza—. Como tantos otros republicanos españoles arrojados al exilio, también él decidió alistarse poco después en la Resistencia francesa y dejar de deambular por las calles sin otro objetivo que sobrevivir con la ilusa esperanza de que un brusco giro de la política internacional permitiera reanudar la lucha contra Franco. Y muchos de ellos, como él, terminaron en algún campo de concentración nazi.

—¡En Alemania!

—Muy cerca de aquí, en Bergen-Belsen. No sé si te suena el nombre. Yo tenía trece años —continúa—, y vivía como escondido en aquel pueblo de Zaragoza adonde había vuelto con mi madre, sin apenas dejarnos ver, porque todos sabían que mi padre estaba huido, cuando él reapareció un día en la puerta de la casa. Sin preguntarme nada, se inclinó a besarme y recuerdo que su barba sin afeitar pinchaba igual que había pinchado siete años antes. Pero ése era el único parecido. El hombre que yo recordaba era grande y alto y no tenía nada que ver con aquella piltrafa que, más que abrazar a mi madre, parecía sostenerse en ella para no caer al suelo.

Lepanto detiene su relato para responder con un gesto a alguien que lo saluda. Luego coge la jarra con su único brazo y bebe un nuevo trago de cerveza.

—Puede decirse que vivió así, tambaleándose, los cinco años que aún resistió en aquel tipo de vida que llevábamos en el pueblo. Trabajaba en el campo como temporero, sin un empleo fijo, según las estaciones, ganando lo imprescindible para sobrevivir. Entonces, en España, para gente como él, desafectos al régimen, se decía, todos los días de la semana eran días laborables. A menudo, yo salía a trabajar con él, recogiendo aceitunas, segando pasto, encerrando el grano o la paja. Pero otras veces, cuando las faenas eran especialmente duras, iba él solo y, al regresar, cenaba un poco y se quedaba mirando en silencio el fuego de la cocina. Él, que de joven hablaba tanto, se había vuelto muy callado, hermético. Algunas veces yo le preguntaba cosas, le pedía que me contara qué le había sucedido en aquellos años fuera, qué había hecho, dónde había estado. Pero apenas hablaba, y cuando lo hacía sólo se refería a las luchas y emboscadas en la Resistencia. Decía que los partisanos franceses

peleaban con tanta fe y energía precisamente porque necesitaban demostrar más que ninguna otra nación su valor, puesto que ningún otro país había sido derrotado por los alemanes tan rápida y vergonzosamente como ellos. Pero cuando yo quería saber algo de su cautiverio, entonces callaba. Se limitaba a mirarme como si no me viera. Un día, sin embargo, llegó a casa con un atlas universal, un tomo muy grande que todavía conservo. Nunca supe de dónde pudo sacarlo, si lo encontró por ahí, si fue un regalo o una compra, si tal vez lo robó. Pero desde ese momento se convirtió en su libro de cabecera. Abría las anchas páginas y se hundía en él como si quisiera aprenderse todos los lugares de la Tierra, pueblos, ciudades, ríos, mares, islas, montañas. Con el dedo índice, o, más tarde, copiándolos en las hojas de un cuaderno escolar mío que había quedado sin terminar, seguía itinerarios de viajes que sólo él sabía por qué los había trazado, o por qué deseaba hacerlos, o qué personajes y aventuras imaginaba sucediendo en ellos. Creo recordar que al principio los trayectos transcurrían por España, por los frentes donde había luchado en la guerra, parecía que intentara comprender qué errores de estrategia los habían conducido a la derrota, y más tarde por las zonas de Europa que había conocido. Solía asentir con la cabeza, pero otras veces negaba, como si dudara de que los mapas fueran exactos y reflejaran lo que habían visto sus ojos: las distancias, o los ríos, o las montañas..., no sé, no sé por qué lo hacía. Con el tiempo, los itinerarios fueron extendiéndose por todo el mundo, atravesaban sin lógica continentes y océanos, porque de pronto cambiaban el rumbo en mitad del Pacífico o cruzaban en zigzag el desierto de Gobi. Una noche, como si de repente hubiera recordado algo, se detuvo a mirar durante mucho tiempo la página correspondiente a Alemania. Entonces cogió el lápiz y lo apretó sobre un punto, con tanta fuerza que quedó marcado en varias hojas. Luego escribió un nombre al lado: Bergen-Belsen. Es aquí cerca, a pocos kilómetros de Hannover.

—El campo de concentración.

—Hoy allí no queda nada, pero durante la guerra en sus barracones hubo prisioneros franceses y algunos españoles apresados en Francia. Al ver la tensión con que había marcado el mapa, adiviné la causa y le pregunté si era allí donde había estado ese tiempo del que no quería contar nada. Mi madre, que no sabía leer y siempre miraba el libro con zozobra, intuyendo que una obsesión así no podía conducir a nada bueno, estaba en ese momento preparando algo en el fuego de la cocina y se volvió para mirarnos, y recuerdo muy bien la triste sonrisa que me dirigió, como si me agradeciera el intento de sacar todo aquello a la luz y airearlo. «Sí, ahí fue», fue lo único que respondió antes de cerrar el atlas y salir de la casa. Así fueron pasando aquellos cinco años que estuvo con nosotros. Un domingo del otoño de 1951, al mediodía, subió al desván a colgar unos racimos de uvas que alguien compasivo nos había regalado. A veces nos llegaban esos detalles, y a menudo de forma anónima: unas legumbres secas o unas frutas, una carga de leña que nos permitían recoger en invierno, un poco de carne o leche, pequeños regalos solidarios que iluminaban con un momento de resplandor las tinieblas de aquel agujero negro

que era entonces la España de Franco. Como tardaba mucho en bajar del desván, mi madre me pidió que subiera a buscarlo. Todavía lo recuerdo allí arriba, balanceándose en la viga, entre las hebras de sol que penetraban por las tejas, y también recuerdo el horror que me causó descubrirlo, a pesar de que su rostro no estaba deformado por la agonía. Al contrario, con los ojos cerrados y la cabeza algo inclinada hacia un lado, daba una impresión de descanso.

—¿Nunca había hablado de eso? ¿No lo había avisado?

—Nunca. Yo acababa de cumplir dieciocho años y pude soportar el daño que esa forma de morir nos ocasionó. Comprendí que lo hiciera: un hombre lucha en una guerra durante tres años, se ve obligado a huir de su patria tras la derrota, combate en otro país donde es hecho prisionero para ser de nuevo deportado, sobrevive a un campo de concentración entre reclusos que hablan diez idiomas diferentes y cuando, después de todo eso, al fin regresa al país donde nació, descubre que ya no tiene orientación ni arraigo en ningún sitio. Pero mi madre, no. Ella no pudo soportarlo y murió apenas un año después. A pesar de todo lo ocurrido, a pesar de estar tanto tiempo separados, a pesar de su silencio, seguían tan unidos como una flor y su perfume, y al morir uno también desapareció el otro. Así que me quedé solo en..., iba a decir mi país, pero me suena extraña esa expresión, porque yo, como mi padre, tampoco sé bien de qué sitio soy ya. No tenía abuelos ni parientes cercanos, no participaba en la pequeña vida social del pueblo, asentada sobre la misa de los domingos y el baile de la tarde. Apenas tenía amigos. De herencia sólo había recibido una casa pequeña y vieja, un equipo de herramientas agrícolas, un estupendo receptor de radio donde a veces, con el volumen apenas audible, escuchaba las transmisiones republicanas de Radio Pirenaica, y un puñado de libros entre los que des tacaba el atlas donde mi padre había trazado tantos itinerarios. Sentía como si estuviera esperando una llamada para irme y esa llamada llegó: una noche, al volver del trabajo, oí en la radio la palabra Alemania y una oferta de empleo para hombres que quisieran trabajar en la construcción. Al día siguiente, a la misma hora, estaba de nuevo escuchando, preparado para tomar nota de los detalles con el mismo lápiz con que mi padre trazaba sus viajes. Temía que no repitieran el anuncio o que fuera un error o un engaño, un señuelo. Porque me parecía increíble que eso sucediera en Alemania: un país queda devastado por una guerra, con la población diezmada y con las ciudades convertidas en montones de escombros; los supervivientes se ponen a levantarlo, agachan las cabezas sobre el trabajo, no sé si para olvidar con tanto esfuerzo algunas de las atrocidades en que participaron o no quisieron ver o para borrarlas y enterrarlas como si nunca hubieran sucedido. Y apenas diez años después necesitan contratar mano de obra extranjera porque ya están entrando de nuevo en la prosperidad.

—Yo también recuerdo que mi padre algunas veces hablaba del milagro alemán.

—Es que la propaganda de Franco lo ponía como ejemplo de lo que debíamos hacer los españoles. Pero yo no me quedé allí, no esperé a una segunda llamada.

Porque no se trataba sólo de huir de aquella España gris donde no había nada. Un país en el que los días más importantes, más solemnes del año, eran los días de la Semana Santa: nadie trabajaba, no se podía hablar en voz alta, se suprimían los programas de ocio en la radio y sólo emitían música sacra y militar, había que acudir obligatoriamente a la iglesia y todo olía a incienso. Una España oscura y asfixiante, encerrada en sí misma, de espaldas al mundo, que se pretendía autosuficiente, cuyos gobernantes alzaban la barbilla militar en las arengas mientras parecían gritar: «¡Aquí existe todo lo que existe en el mundo!». No era sólo huir de todo aquello, te decía, y de las ostentosas celebraciones que conmemoraban su victoria en la guerra civil. Era también la posibilidad de recorrer una de las rutas que con más frecuencia mi padre había trazado en el atlas, inculcándome una curiosidad y un afán por viajar que nunca, ni aún ahora que tengo setenta años, he logrado saciar del todo. Y, además, era venir a este país donde por fin podría comprender lo que mi padre nunca supo o nunca quiso contarme.

Lepanto me mira, quizá temiendo encontrar en mi rostro un gesto de impaciencia o de aburrimiento. No siempre alguien desconocido escucha con atención e interés la historia que otro cuenta de un modo tan directo, sin preámbulos, pero la suya es justamente el tipo de historias que a mí me gusta oír o leer, y algo de la fascinación que siento, que me hace olvidar que Lucas y mi padre están en el hotel, debe aparecer en mi cara, porque continúa:

—Al principio, trabajé en la construcción, en cualquier rama de la construcción, removiendo escombros o levantando andamios, con la piedra o el ladrillo, pero luego también con la madera o el hierro. No sé si a ti también te ha pasado, pero hay un entusiasmo que se contagia al limpiar ruinas y levantar una casa, incluso aunque la casa no sea para ti, una especie de fervor al ver cómo se elevan las paredes y se cubren los tejados y se acristalan las ventanas que protegen del frío y de la lluvia. Yo me dejé llevar por él, codo a codo con esta gente que reconstruía su país, y enseguida todo me fue bien. Un poco más tarde, en cuanto comencé a dominar el idioma (nos daban clases por las noches, escribíamos las palabras que oíamos durante el día), estudié hasta sacar el carné de conducir. Durante años recorrí toda Alemania, y también Suiza, Francia, Austria e Italia, y varias veces crucé el Telón de Acero, transportando cualquier mercancía en un pequeño camión que compré de segunda mano, un DAF holandés duro y cómodo, fabricado con un acero que apenas parecía sufrir desgaste. Era un trabajo estupendo. No sólo porque tenía autonomía de horarios y decisiones y porque en él había al mismo tiempo algo de moderno y medieval; también porque te enseñaba que, al menos aquí, en Europa, no hay apenas diferencias entre las gentes de un sitio y de otro; para comer, todos usamos cuchara y tenedor, por decirlo así. Hasta que un día tuve un percance estúpido descargando unas vigas de hormigón. No fue un accidente en la carretera —se señala la mano ausente, el muñón tapado por el trozo de manga que le cuelga.

—Debió de ser terrible —le digo, porque todo su relato me resulta tan

transparente que no necesita dar detalles para evocar lo cruento del accidente.

—Sí, terrible, y no por el dolor. El dolor pasa y termina olvidándose, los hematomas se disuelven en la sangre y las heridas se cierran con cicatrices. Pero la ausencia no, la mutilación nunca te permite que la olvides, cada día te la recuerda una mirada ajena, un movimiento difícil, una bombilla fundida que tienes que cambiar o la camisa que vas a comprar a la tienda. A partir de entonces ya no pude seguir con aquel trabajo que tanto me gustaba. Durante dos años viví sin hacer otra cosa que leer libros y, a veces, escribir recuerdos sobre alguno de los viajes que había hecho y sobre ciudades o paisajes que había visto. Podía permitírmelo gracias al dinero del seguro. Un día, alguien, al verme siempre así, entre papeles, me llamó Lepanto, y pronto otros comenzaron a repetirlo hasta que yo creo que olvidaron mi propio nombre. Yo mismo me acostumbré a él, hasta el punto de que me presenté así, como Lepanto, a pedir trabajo en una nueva empresa que acababa de crearse y que buscaba gente con posibilidad de viajar y con dominio de algún idioma. El anuncio no explicaba nada más, imaginé algo de vendedor ambulante o de agente comercial, y, en verdad, tenía muy pocas esperanzas de que me contrataran. Pero lo hicieron, tuvieron confianza en mí, aunque no conocieran muy bien mis capacidades. Yo creo que me contrataron para todo un poco, porque había viajado mucho y siempre he sabido moverme bien en todos los lugares, chapurreando un poco de todos los idiomas, pero también sé atender al teléfono y hacer cualquier gestión y decir «no» cuando hay que decirlo. Era un trabajo movido, interesante, en el que había que viajar a menudo, en coche, en tren o en avión, a cualquier sitio de Alemania, pero alguna vez también al extranjero. Ya te lo dije antes. Un verano tuve que ir a Canarias con una pequeña orquesta que tocaba en una cadena de hoteles con capital alemán. Por eso teníamos que ser gente, si no solitaria, al menos sin rígidas ataduras familiares.

—Como Luis.

—Como Luis. Tal vez por eso llegó él también a la empresa. Y él tampoco tenía un hogar fijo o un sitio que añorara y adonde estuviera seguro de querer regresar algún día. Desde el primer momento nos entendimos muy bien, ambos somos un poco trotamundos, desarraigados.

—¿Y ahora?

—No me encuentro mal aquí —señala alrededor con la única mano que le sirve para todo—. Ya no trabajo, pero he ayudado a más de uno a resolver gestiones con su empresa o con la administración alemana, y me siento apreciado por toda esta gente que vino de allá abajo hace ya mucho tiempo y que se reúne a charlar y a cantar con una dulce nostalgia coplas españolas con ritmo de *schlager*. Pero otras veces me siento cansado, no aparezco por aquí en muchos días, es como si me solicitara la parte germana que durante estos cincuenta años he ido inyectando en mi vida, y entonces me voy con los otros. No estoy mal entre estos alemanes. Es cierto que son demasiado serios de entrada, y parece que no pueden ser felices si no tienen un árbol al lado de la casa para que en otoño resbales en las hojas caídas y te rompas una

pierna —bromea—, pero en general son buena gente. Luego, tras un tiempo entre ellos, vuelve a reclamarme la otra mitad de esa extraña forma de ser en que estoy escindido y que hace que algunas veces se me confundan las palabras y exclame *Scheisse!* cuando debía decir «¡mierda!», y «adiós» en lugar de *Auf Wiedersehen*. Llega de pronto un día raro y me acuerdo mucho de lo que quedó allí abajo, tan lejos, y siento una nostalgia absurda, poco razonable, que no debería sentir, porque en realidad mi infancia y los años que viví en España no fueron felices, no encuentro apenas recuerdos agradables cuando remonto hacia atrás los decenios, hacia aquella España de Semana Santa y celebraciones patrióticas. Hace ahora un año tuve, yo creo, el más intenso impulso de volver para instalarme allí definitivamente. Era el mes de febrero, las navidades ya quedaban muy atrás, pero aquí aún no se atisbaba el mínimo asomo de la primavera, todo seguía nevado y parecía que el invierno, oscuro y opresivo, iba a eternizarse. Tenía la certeza de que España había cambiado desde los años ochenta, cuando entró en Europa y se modernizó, cuando las noticias que llegaban de allí hacían que por primera vez no sintieras vergüenza del país del que procedías. Pero entonces estalló el conflicto del bombardeo de Irak que tanto ha ensuciado el mundo, y en la prensa y en televisión apareció vuestro presidente sonriendo al lado de Bush y haciendo lo posible por romper la unidad y el delicado equilibrio de esta vieja y fatigada Europa. Era otra vez lo mismo: un gobernante que despreciaba la voluntad de la mayoría, que abandonaba su casa para ir a servir a un amo que le palmeaba el lomo con condescendencia. No sé si tú estarás de acuerdo — hace un gesto de duda—, pero aquellas imágenes anulaban enseguida mi dudoso deseo de regresar, porque entendí que todo volvía a complicarse en la crispación y que España nunca acabaría de comprender las lecciones de la Historia. Pero allí tengo todavía la vieja casa, con la cal desconchándose de las paredes y el tejado abarquillándose, con su pequeño huerto trasero, donde sobrevive la higuera, ahora ya estéril, en la que mi padre colgaba un trozo de espejo ante el que afeitarse todos los domingos, y allí están las dos tumbas, y cuando las visito vuelvo a dudar y no sé dónde quiero ser enterrado cuando muera. Y entonces llamo a los concesionarios de Audi y de Mercedes y pregunto cuándo van a llegar esos chicos españoles a llevarse más coches. Si no tardan mucho, los espero y bajo con ellos y vuelvo durante unos días o unas semanas a un país que a veces me resulta acogedor y otras veces no reconozco. Ya sé que corren demasiado, que van demasiado deprisa, pero incluso eso me gusta y me recuerda los años en que yo tenía el DAF y viajaba como ellos, más despacio, pero con la misma sensación de libertad e independencia.

—Cuando volvamos a España, después de hablar con Luis, si quieres puedes venir con nosotros. Tenemos sitio en el coche. No corremos tanto, pero...

Lepanto sonrío y yo poso mis manos sobre su única mano, porque no encuentro otra manera mejor de agradecerle su participación en estos momentos en que estoy tan llena de esperanzas.

—Gracias. Lo pensaré y quizá te tome la palabra. Pero ahora lo único importante

es que hables con Luis y que tu hijo pueda curarse.

Lucas está muy bien por la mañana. Se levanta hambriento y en el desayuno le sirvo una taza de leche y una deliciosa tostada de pan blanco con mantequilla que mastica con firmeza. Mi padre lo mira comer y sonrío.

Cuando vamos a regresar a la habitación, la recepcionista me entrega un sobre que un hombre con un solo brazo ha dejado para mí. Dentro hay una nota con el nombre de Luis Moll y un número de teléfono. Debajo, unas palabras: «Suerte. Y llámame si necesitas algo».

No soy nerviosa, pero mi mano tiembla al marcar el número de teléfono.

—*Hallo?* —es una voz de mujer—. *Hallo?*

—¿Luis Moll, por favor?

—*Herr* Luis... —dice su nombre y luego añade en alemán algo que no comprendo. Ante mis negativas, se esfuerza por telegrafiar en español varias palabras —: Yo limpieza... *Herr* Luis... trabajo... A cinco horas... cinco horas.

—A las cinco volveré a llamar —digo muy despacio, y le doy el nombre del hotel, por si Luis puede llamarme antes—. Soy Andrea, de España.

—*Ja*, de España —pronuncia ahora muy claro.

Como ha dejado de llover y mi padre y Lucas no aguantan más tiempo encerrados en el hotel, salimos a pasear bajo el tibio sol de octubre que, en lo alto, parece el capullo amarillento de un gusano de seda envuelto entre los hilos blancos de jirones de nubes. La ciudad es muy llana y resulta agradable caminar por las aceras limpias por la lluvia del día anterior, con un moderado tráfico de coches y, en cambio, muchas bicicletas. Algunas llevan enganchados atrás remolques infantiles, como diminutas calesas donde van sentados niños muy pequeños. En cuanto nos alejamos del centro aparecen los parques, por donde camina o corretea gente haciendo jogging, con deportivas de color negro y talón alto que serían impensables en el calor de España. Aislados o en hileras, crecen majestuosos árboles de una gran variedad que mi padre nos señala: abetos, hayas, tilos, abedules, serbales, sobre todo robles de ancho tronco rodeado por el muérdago avaricioso, con negras raíces visibles que culebrean por la tierra y bombean la savia hacia el cielo. De muchos de ellos están cayendo las hojas húmedas y doradas, y en las crucetas de las ramas se ven nidos vacíos. Hay zonas de césped repartidas en cuarteles verdes, perfectamente tundidos, remendados de continuo por las agujas de la lluvia. Una mujer desmigaja trozos de pan que saca de una amplia bolsa de tela y los arroja a las palomas que picotean entre sus pies. Una docena de grandes cuervos negros también bajan planeando a comer el pan entre las demás aves, cuervos convertidos en pájaros civiles, tan distintos de los esquivos cuervos aceituneros de los olivares hispanos.

Caminando, vemos de pronto un edificio grandioso con un lago que centellea tras él. Es el Ayuntamiento. Bajo la altísima cúpula central el interior diáfano está distribuido en cuatro espacios, y en cada uno de ellos hay una gran maqueta que reproduce con exactitud cómo era la ciudad en cuatro fechas diferentes: hace cuatro siglos, en 1939, en 1945 y en la actualidad. Si la primera y la última corresponden a la imagen de una villa burguesa del norte de Europa, llana, laboriosa y próspera, el contraste entre las dos maquetas intermedias evoca inmediatamente el horror de todo lo sucedido durante el nazismo. En la de 1939 destaca en una plaza el vacío donde estuvo la sinagoga que debió ser destrozada poco antes. La de 1945 es un espeluznante montón de escombros: esqueletos de casas, de edificios públicos, de fábricas. Todo ha sido arrasado por los bombardeos aliados, el cuerpo de la ciudad reducido a costillares, las calles astilladas, los puentes despontados. Nos parece

increíble que esto que estamos viendo represente la misma ciudad por la que paseábamos unos minutos antes. Mi padre, que ha desfilado sin demasiado interés ante las otras maquetas, se detiene ante ésta con un gesto de horror e incredulidad.

—Es terrible —dice.

Junto a nosotros llega un grupo de unos cuarenta niños de ocho o nueve años, acompañados por dos mujeres que parecen ser sus profesoras. Observan con profunda atención las maquetas, ajenos a todos los que estamos allí y a la grandiosidad del edificio, mientras una de las mujeres señala algunos lugares y explica su historia. Las palabras Hitler y nacionalsocialismo aparecen nítidas en su explicación, que de pronto termina con un gesto interrogativo y doloroso. Los niños escuchan con una grave concentración, casi no se miran entre ellos. Lucas los observa con esa curiosidad con que un niño solo, cuando está con mayores, observa la aparición de otros niños, pero se acerca a cogerme la mano, porque de algún modo percibe la tensión especial que late en todo el grupo infantil.

Cuando se marchan, mi padre también se queda mirándolos.

—Parece como si, sesenta años después, también los niños siguieran sintiendo remordimientos.

—Hitler prometió que el imperio que estaba fundando duraría un milenio. Luego leí en algún sitio que alguien dijo que la culpa por esa loca ambición pesaría sobre todos los alemanes durante cien años. Sin embargo, estos niños que estaban aquí... —dudo, sin saber expresar los confusos sentimientos que me invaden—. ¿Cuánto tiempo seguirá pesando sobre ellos la brutalidad de sus bisabuelos?

Mi padre mira a Lucas, como si buscara en él una respuesta, pero tampoco sabe qué responder. Salimos del Ayuntamiento en silencio, rodeamos el edificio y nos sentamos frente al pequeño lago cubierto de nenúfares a serenar la inquietud con que nos ha turbado la visita.

Es su voz la que ahora oigo al teléfono, la reconozco de inmediato a pesar de los siete años transcurridos.

—Soy Andrea —le digo, y me doy cuenta de que estoy temblando y sonriendo mientras espero a ver qué reacción le produce mi nombre.

—¡Andrea! No podía creerlo cuando he leído la nota que me han dejado. ¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va? ¿Qué haces aquí, en Alemania, tan lejos?

—He venido a hablar contigo —le confieso, pero callo mis deseos de gritar de felicidad, de contarle que he tenido que recorrer cinco mil kilómetros para encontrarlo, que tiene un hijo enfermo al que acaso él pueda curar y que no nos queda mucho tiempo.

—Entonces es algo muy importante —responde.

Casi puedo verlo al otro lado del teléfono, intrigado y un poco temeroso. Pero no quiero que me imagine como una figura enigmática que regresa de un pasado lejano y

un país extranjero y entra en su casa sin llamar a la puerta para inquietarlo con una deuda o un secreto que quedó sin cobrar o resolver.

—Sí, es importante —procuro que mi voz no se precipite sobre él, que suene tranquila y paciente.

—¿Estás en Hannover, verdad?

—Sí.

—Mañana debo terminar un trabajo urgente. Pero por la tarde podría ir a verte. Me gustaría mucho —me propone antes de que yo se lo pida.

—No, por favor, no te molestes. Yo puedo acercarme a tu ciudad. Lüneburg. No tengo otra cosa que hacer.

A él también le parece una buena opción y nos damos los números de los móviles para precisar la hora de la cita, mañana por la tarde. Luego podremos cenar juntos y hablar de lo que no procede hablar en este breve contacto.

¿Qué imaginará él? ¿Qué estará sospechando de mi interés por verlo? ¿Habrà pensado alguna vez que puede ser padre? ¿Lo piensa ahora? ¿Qué habrá hecho durante estos siete años, además de dedicarse a esos trabajos —el teatro, la ayuda a los inmigrantes, la música— que, después de haber sido policía, en cualquier otro hubieran parecido raros, pero que en él resultan lógicos, casi razonables? Lo conocí lo suficiente para saber que es de esas personas atrapadas en una inquietud que nunca termina de calmarse, cuya ansiedad los remueve con el mismo desasosiego con que los patos domésticos se remueven en el corral de la granja al ver pasar por lo alto del cielo las grandes bandadas de patos salvajes. O, quizá mejor, como esos pájaros libres y nerviosos que no parecen encontrar acomodo definitivo en ningún árbol, y cuando vuelan desean posarse en las ramas, y cuando están posados se agitan deseando volar. Sólo una vez hablamos de eso, de su carácter, que él mismo calificó de extraño, y algo sugirió de su condición de hijo único y de padres nómadas que siempre habían vivido a saltos entre España y Alemania, antes de dar un giro a la conversación y decirme que sentía una profunda envidia de algunas personas que conocía que no saben no ser felices, que casi sin proponérselo siempre encuentran motivos y ocasiones de bienestar en el lugar donde caen. Sin embargo, él siempre se había sentido en la periferia de la felicidad, no recordaba ninguna época, ni siquiera en su infancia, agitada por continuos traslados que nunca le permitían consolidar verdaderas amistades, que pudiera recordar como el paraíso perdido. La nostalgia, un sentimiento que todo el mundo citaba con frecuencia en libros y en conversaciones, a él le era desconocida, ignoraba en qué consistía ese desgarró de lamentar lo perdido, y se preguntaba —subrayó entonces— si esa incapacidad para añorar lugares y épocas pasadas no habría provocado también su incapacidad para añorar a personas con las que había mantenido buenas relaciones.

—He hablado con él —le digo a mi padre cuando regresa de uno de sus largos paseos—. Mañana vamos a verlo a su ciudad.

Mi padre sonrío y me abraza satisfecho, sintiéndose partícipe en este primer éxito.

Como yo, ahora ya no se acuerda de Nico, ni de lo ocurrido en el pasado, ni del pequeño incendio en la cocina, ni de la desilusión tras mis primeros viajes de búsqueda. Todos esos episodios parecen intrascendentes frente al hecho tangible de haber encontrado al padre de Lucas y frente a la esperanza de curarlo.

La ventana de la habitación del hotel da al Ilmenau, el río que atraviesa la ciudad, encauzado entre edificios cuyos cimientos sirven de límite y dique a la corriente. Todo en Lüneburg es muy distinto a Hannover. Una pequeña ciudad con suerte que no fue arrasada en la guerra por la aviación aliada, que no hubiera aparecido en las crónicas bélicas si no fuera porque aquí, mordiendo una cápsula de cianuro de potasio cuando huía acosado por las tropas inglesas, se envenenó Himmler, el hombre que diseñó la muerte de millones de hombres acusados de no tener sangre aria, el hombre que no hubiera dejado que mi hijo débil y enfermo viviera.

El aire es frío, pero no llueve por segundo día consecutivo, así que pedimos un folleto informativo y salimos a caminar, en uno de esos paseos entre el turismo y la terapia que tanto bien hacen a Lucas y que a mi padre le calman las molestias de sus rodillas. El adoquinado de las calles, las casas con la misma altura que hace siglos, construidas con el mismo ladrillo rojo de las iglesias góticas, las antiguas poleas con que subían los cereales al desván, el uso de colores tradicionales... hacen que no haya disonancias en la armoniosa arquitectura colectiva. Quizá porque muchas ciudades alemanas fueron arrasadas, la gente conserva con tanto mimo esto que les queda. Vemos las antiguas paredes inclinadas, se diría que de manera peligrosa para vivir dentro, en una estrecha calle cuyo subsuelo está horadado por las galerías de la mina de sal que antaño dio prosperidad a la ciudad. Las casas torcidas, apoyadas unas en otras, pero limpias, con geranios brillando en el hueco de las dobles ventanas, con pequeños visillos tras los cristales, dan la impresión de que se derrumbarían como una escalera de dominó en cuanto se despojara de su apoyo a la primera.

Atraídos por la música que alguien interpreta en el órgano, entramos en una iglesia. Entre estos muros, ante esas mismas teclas y tubos, tocó Bach durante tres años, nos informa el folleto turístico. Nos sentamos en uno de los bancos de madera oscura y gruesa, de respaldo muy alto, con filas de ganchos de hierro para colgar los sombreros, un poco sobrecogidos por la austeridad severa y protestante, por las notas de la melodía sacra que rocían el aire de una paz serena y consoladora, por la ausencia de figuras y cuadros frente a la barroca imaginería religiosa a la que estamos acostumbrados. No hay confesionarios en esta iglesia para gente que cree que los pecados huyen con sólo cerrar los ojos, arrepentirse y hablar directamente con Dios.

Al salir, una suave brisa arranca las hojas de los árboles y parece que, al caer, bailan un momento en el aire al ritmo de la música que sale de dentro. Desconcertados, no sabemos en qué dirección queda el hotel, cuya situación no identificamos en el plano, pero la primera mujer a quien preguntamos se presta con

amabilidad a guiarnos durante dos calles y nos enfila hacia nuestro alojamiento. Cerca de la plaza, una nueva llamada en una placa de una hermosa casa indica que fue el hogar de Heine. En ese instante tengo la impresión de que en esta pequeña ciudad del norte, casi desconocida y apartada de los circuitos turísticos, se reflejan al mismo tiempo, encarnados en ella, la admiración y el rechazo que provoca la historia de Alemania. Heine y Bach junto a Himmler; la espiritualidad, la cultura y el respeto hacia la herencia del pasado junto al estruendo que provoca un Messerschmitt; una partitura junto a una cápsula de cianuro de potasio.

«Espérame en la puerta», me ha dicho por teléfono, y aquí estoy, en la entrada del hotel, bajo una pirámide de cristal que protege el pasillo y permite ver la rapidez con que el cielo comienza a oscurecerse.

Luis aparece de pronto al otro lado de la puerta, enfundado en un grueso chaquetón color verde espinaca, y se detiene un instante a limpiar en el felpudo las suelas de sus zapatos. Al levantar la cabeza me ve y sonrío, y su sonrisa se mantiene mientras se acerca. Nos abrazamos unos segundos, luego nos miramos con las manos cogidas. ¿Cómo me verá? ¿Deteriorada por el paso del tiempo o todavía atractiva, como hace siete años? ¿Me recordará con agrado, como yo a él, o con indiferencia? ¿Me recuerda siquiera, será verdad que el hombre es el único animal que guarda memoria de sus amantes?

—No has cambiado nada —parece que me responde, y aunque sé que es mentira, me alegra mucho oírsele decir.

Su pelo castaño es más escaso, pero, quizá por el color, no da sensación de calvicie, y sus ojos mantienen su atractivo, las córneas azuladas siguen llenas de pequeñas pecas pardas, como si la herencia latina del padre hubiera logrado introducir su huella en el azul materno. Los años también han pasado por él: ha madurado, se mueve más despacio, aunque, curiosamente, está más delgado, y eso me sorprende, acostumbrada a ver que todos los compañeros policías que cambian de trabajo o se jubilan en unos pocos meses convierten en obesidad su anterior fortaleza.

—Mentiroso. Tú sí que te conservas bien.

Salimos y me guía entre calles donde un chubasco reciente ha dejado el suelo brillante, con charcos que esquivan las bicicletas de quienes, con la caída de la tarde, regresan presurosos a sus casas. El restaurante que ha elegido ocupa el primer piso de una casa en la plaza del Ayuntamiento y desde nuestra mesa situada junto a una de las ventanas vemos cómo va quedando desierta y silenciosa según avanza la noche. Durante un momento en que, casualmente, nadie cruza por ella, ningún coche ni peatón —Luis se ha levantado y estoy sola, contemplando su inmovilidad y su silencio—, me parece como si la plaza fuera una maqueta de enormes proporciones de una ciudad de varios siglos antes, como la maqueta del antiguo Hannover, que me acogiera en su pasado para aislarme de toda contingencia excepto de la petición que

vengo a hacerle. Ahí afuera todo parece un poco triste, pero aunque Luis y yo somos siete años más viejos, esa tristeza de la noche no parece estorbarnos para hablar. No recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre distinto de Nico me invitó a cenar, y sólo me siento levemente conmovida e insegura ante lo que tengo que hacer.

—¿Qué es eso tan importante de lo que tenemos que hablar, Andrea? ¿Eso para lo que has venido desde tan lejos a buscarme? —me pregunta cuando regresa, en un tono ligeramente perentorio.

—Tienes un hijo —le digo sin ningún preámbulo ni reserva, pero temblando, porque recuerdo las palabras de Mimí sobre su negativa a ser padre, porque sé lo opresiva que puede ser una noticia así después de tanto tiempo.

—¿Un hijo? —pregunta, soltando la copa de vino que ha llenado. Hay desconcierto y extrañeza en sus ojos al mirarme, pero no incredulidad ni cautela, ningún gesto indica que esté deseando levantarse de la mesa y salir corriendo—. Un hijo mío al que no conozco —afirma, y luego, enseguida, corrige—: Un hijo nuestro.

—Sí —le digo—. Se llama Lucas.

Un ligero temblor sin estridencias remueve y abre sus labios y sus párpados. Pero ¿quién no temblaría al conocer después de tanto tiempo una noticia así? Sus palabras son afirmativas, no pregunta, porque preguntar es dudar, y una duda suya en este momento, después de tanta búsqueda, me hubiera derrumbado. Le agradezco que no haya cambiado, le agradezco su aceptación, la sonrisa en que sus labios han convertido el primer gesto de asombro, tanto más cuanto que para un hombre negar su paternidad es lo más sencillo, el hombre parte siempre en una situación de ventaja, porque no tiene que hacer nada, le basta con no actuar, con mantenerse pasivo y contumaz en su negativa, nadie puede obligarlo a demostrar que no es el padre.

—Lucas. Es un bonito nombre —sonríe—. ¿Cuántos años tiene? —se precipita a preguntar, y yo pienso que no tendría que haber hecho esa pregunta, pero enseguida, otra vez, corrige—: Ya sé, ya sé. Seis años.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste enseguida? ¿Por qué has esperado tanto tiempo?

—Porque no lo sabía, no estaba segura. Llegué a pensarlo durante el embarazo, y dudé en llamarte, pero ¿para qué? ¿Para contarte mis dudas? Yo estaba casada todavía con Nico, aunque aquello no iba bien, estaba a punto de romperse. Ya te hablé de cómo habíamos decidido la separación. Sin embargo, él reaccionó muy bien cuando supo que estaba embarazada, estaba seguro de que el hijo era suyo. Es más, yo creo que ni siquiera imaginaba otra posibilidad. Además, tú..., tú nunca te habías mostrado muy ilusionado con la idea de ser padre —le digo evitando cualquier tono que pueda interpretar como reproche.

—Es verdad —admite.

—Así que todo siguió adelante de la manera más fácil. Más cómoda..., o más cobarde, si quieres. En una situación así, lo que menos se desea son las complicaciones, la inquietud, enseguida se piensa en que lo único importante es el

bienestar de quien va a nacer, y todos los problemas que puedan afectarlo se van posponiendo, se apartan a un lado, ya se arreglarán después. Cuando nació Lucas y todo salió bien, volví a dudar, porque se parecía mucho a mí, era como yo, «El vivo retrato de su madre», decían los médicos y las enfermeras, y ninguna otra señal aclaraba de modo definitivo la paternidad, pero, por eso mismo, tampoco la negaba. Yo no volví a saber nada de ti, ni tú volviste a llamarme desde que terminó el curso. Luego, según pasaba el tiempo, Lucas iba pareciéndose a Nico, sus cejas se alzaban de un modo similar cuando preguntaba algo, su risa no sólo imitaba la intensidad y duración de la de quien era oficialmente su padre, también los motivos por los que reía. He conocido a hijos adoptivos que, sin tener una sola gota de sangre en común, terminan pareciéndose a sus nuevos padres hasta tal punto que nadie creería que no los unen lazos biológicos. Acabé aceptando que todo estaba bien, que no podía complicar lo único que funcionaba, porque, aunque enseguida nos separamos definitivamente, Nico era un buen padre, siempre lo ha sido para Lucas. Y así continuó todo, y hasta ahora, cuando tuvimos que hacerle los análisis, no lo he sabido de manera definitiva.

—¿Qué análisis?

—Por eso he venido hasta tan lejos buscándote. Lucas tiene leucemia.

La palabra cae sobre la mesa como una bola de hielo que congelara el vino que bebemos, la comida que apenas hemos probado.

—¡Leucemia! —repite asustado—. ¡Pero esa enfermedad es muy grave!

—Sí, muy grave. Para curarse necesita un trasplante de alguien cuya sangre sea compatible.

Luis me mira y asiente en silencio. Lo ha comprendido. Coge mis manos y las aprieta suavemente mientras siento que algún músculo dentro de mi garganta bombea algo hacia mis ojos y me obliga a contener su presión.

—No te preocupes. Supongo que son muchas las posibilidades de que la sangre de un padre y la de su hijo sean compatibles.

—No, no son muchas —le explico—. Son los hermanos quienes tienen mayor coincidencia. Pero no podemos dejar de intentarlo.

Comienza a preguntarme detalles sobre la enfermedad. Quiere saberlo todo: cómo y por qué surge, a quiénes afecta, cuál es el mejor tratamiento, los porcentajes de enfermos que se curan, en qué países u hospitales emplean las terapias más avanzadas. Luego hablamos otra vez de Lucas y le cuento aquella conversación del poni y la inseguridad que algunas veces, a pesar de todo nuestro amparo y todas nuestras mentiras, lo asalta cuando mira a sus compañeros y advierte su propia debilidad.

—Un niño de su edad tiene en las venas diez billones de glóbulos rojos. Lucas apenas llega a cinco.

—¿Ahora está en España?

—No. Está aquí, en el hotel. Con mi padre.

—¿Y cómo no...? —hace un gesto de asombro—. Tengo muchas ganas de conocerlo.

—¿Ahora?

—Sí. Aún no es demasiado tarde —dice golpeando con el índice la esfera de su reloj.

—No creo que ya esté dormido. Es español —todavía surge en mí algún intento de humor.

Marco en el móvil el número del hotel. Es Lucas quien descuelga.

—¿Estás acostado? —le pregunto.

—No. Estoy jugando con el abuelo.

—Vamos a ir a veros. Tengo un amigo que quiere conocerte. Dile al abuelo que se ponga.

Luis se apresura a pagar y, sin terminar la cena, regresamos al hotel. Cuando entramos en el vestíbulo ambos están saliendo del ascensor. Lucas se adelanta y viene hacia nosotros mirando a Luis con curiosidad. Bajo la gran altura del techo del *hall*, entre las paredes donde se exhibe una exposición de enormes cuadros de paisajes alemanes, parece tan pequeño, tan débil, tan frágil que en su delgado cuerpo hay dolor de sobra para los dos.

Me agacho hasta él, le doy un beso y los presento —tan tarde, después de tanto tiempo—, como si fueran dos desconocidos que no comparten nada, cuando en realidad ambos son la misma carne, tronco y rama, roca y arena.

Luis le estrecha la mano a mi padre y enseguida se inclina hacia Lucas y repite el gesto de saludo, pero, como si eso fuera insuficiente, se agacha y le da un beso que Lucas devuelve tímido y un poco sorprendido. Yo los observo así, los dos juntos, en esa imagen que veo por primera vez y que se queda clavada en mi retina, y me gustaría decir que de pronto he descubierto el parecido que los une, pero no es cierto. Aquí, bajo la luz artificial del vestíbulo, tensos y cansados, compruebo otra vez que Lucas sólo se parece a mí y que, si hay alguna semejanza entre ellos, la separación y la diferencia de gestos y modales la mantienen oculta.

—Te pareces mucho a tu madre, pero tú eres más guapo que ella —bromea Luis, que también ha intentado penetrar los estratos de sus facciones y parece haber llegado a la misma conclusión.

Lucas sonrío un poco cohibido y me mira sin saber qué decir.

—Mañana os venís a mi casa —está diciendo Luis—. Cabemos todos. Sólo tengo que sacar unas mantas.

Intento negarme, pero no me deja protestar. Mi padre y Lucas se despiden de él y vuelven a la habitación.

—Supongo que tendré que hacerme unos análisis —me dice.

—Sí. Es muy fácil. Basta con extraer un poco de sangre. Los médicos saben qué tienen que buscar y medir cuando se trata de un trasplante de médula.

—Mañana por la mañana iré al hospital. Quizá necesite después una copia del

informe médico de Lucas.

—Te la daré. ¿Quieres que te acompañe?

—No, no creo que sea necesario. Mientras me hacen las pruebas y llegan los resultados, aprovecharé para terminar un trabajo urgente que no puedo dejar. Todo esto me ha pillado por sorpresa. Luego, en tres o cuatro días, estaré libre para lo que necesites.

Ahora sí parece cansado, noto en sus gestos el reflujo de la tensión a la que, en apenas dos horas, ha estado sometido por todo lo que ha descubierto. Más tarde, cuando esté solo en su casa, o cuando vaya mañana al hospital, verá toda la trascendencia de su nueva situación. Queda mucho por hablar entre nosotros. Pero ahora me gustaría darle las gracias por la manera en que a todo ha dicho sí, sin dudar, sin pedir nada a cambio, sin mencionar cómo o dónde se haría la intervención si los análisis resultan favorables, sin preguntar por los riesgos, que tan a menudo son los harapos con que se disfrazan las negativas. Sin embargo, cualquier frase que le dijera sería insuficiente y sólo sonrío y callo, porque sé que hay silencios que dicen más que las palabras y sonrisas que son más expresivas que las lágrimas.

—Ya está, ha sido fácil. En el hospital hay una sección de donantes y se alegran tanto cuando alguien se ofrece voluntario, que desde el principio lo han facilitado todo. Tendrán los resultados dentro de tres días. Me lo han explicado bien. Si la sangre resulta compatible, aquí mismo podré iniciar el tratamiento de multiplicación de las células madre. De modo que, cuando llegue a Madrid, estaré preparado —me dice cuando a media mañana viene a buscarnos al hotel.

Mi padre y Lucas suben al coche y ambos colocamos el equipaje en el maletero. Sentado a mi derecha, me va guiando hasta el extrarradio de la ciudad y poco después nos detenemos ante una casa de dos pisos. Del centro de la fachada parte una valla metálica, que la divide simétricamente en dos viviendas, sobre la que se trenza una enredadera plantada en un arriate que la recorre desde la casa hasta la calle. En el jardín así delimitado, media docena de árboles dejan aún espacio para un pequeño huerto con unos pocos surcos abandonados.

—Pasad —nos indica al abrir la cancela—. Ahora estoy yo solo. A temporadas, cuando se encuentra mejor, mi madre vive conmigo.

—¿Dónde está ella ahora?

—En una especie de hospital. Ya te contaré.

Avanzamos hacia la entrada por el camino de losas, y Lucas, que va delante conmigo, cogido de la mano, se detiene de pronto con un pequeño tirón y señala fijamente el suelo.

—Babosas —dice Luis mirando los tres oscuros, húmedos cilindros que atraviesan lentamente el camino. Se queda unos momentos observándolas con disgusto y atención, como si buscara comprobar algo en sus formas, en sus

movimientos, en sus intenciones—. Son una plaga. Casi no hay medios para acabar con ellas.

Al aplastarlas con el pie no muestra asco ni ferocidad, sólo una especie de resignado cansancio que cambia el gesto de su rostro. Caminamos hacia la puerta en silencio, esquivando las tres manchas negruzcas. Ha dispuesto dos habitaciones y deja que nosotros mismos nos organicemos en ellas como nos resulte más cómodo. Mi padre ocupará una, Lucas y yo dormiremos en las dos camas pequeñas de la otra. Nos entrega un juego de llaves y nos deja colocando el equipaje, porque él tiene que irse a trabajar a Hamburgo y no podrá regresar hasta la noche. Entonces seguiremos hablando.

La casa queda en nuestras manos, a nuestra disposición, abiertas todas las habitaciones, con la generosidad que Luis siempre había mostrado para ceder a cualquiera la soberanía de sus escasas pertenencias. Mientras mi padre y Lucas bajan al jardín, hablando de caracoles y babosas, no me resisto a curiosear un poco por la casa, por el dormitorio de Luis, sencillo y luminoso, donde una barra de labios en un pequeño cuenco de la cómoda habla de una fugaz presencia femenina. Me asomo a la habitación de la madre, que, con las persianas bajadas, las cortinas tendidas, sin ventilación y en completa oscuridad, parece una cámara sellada desde hace mucho tiempo. Al encender la luz veo la cama ancha y alta, el armario empotrado y la mesilla en cuya encimera de alabastro hay un bote de esas pastillas para insomnes con las que se suicidan los adolescentes. Hay también un piano de pared que da la impresión de que nadie lo toca ya nunca, que ha dejado de ser instrumento para ser sólo mueble. Sobre su tapa, varias fotografías ilustran diversos momentos de la vida de una pareja, desde que eran muy jóvenes hasta su madurez, cuando desaparece bruscamente la presencia del hombre, que muestra rasgos del sur: sin duda es el padre. En otra de las fotos se ve a un niño en el que es fácil reconocer a Luis.

Cierro la puerta sin tocar nada, sin alterar su limpieza: no hay polvo en los rincones ni salpicaduras de dentífrico en los espejos de los baños. En toda la casa persiste esa armonía profunda y categórica donde cada objeto ocupa su sitio exacto, y no el arreglo rápido de quien se levanta tarde y tiene que ordenarla de forma precipitada antes de marchar al trabajo. Sin embargo, hay algo inquietante en tanta precisión, queda la sospecha de que todo está inmóvil y armonioso no porque alguien se ocupe de mantenerlo así, sino porque en la casa no vive nadie que lo altere.

El estudio ocupa una habitación pequeña, pero las estanterías con libros en alemán y español trepan por las paredes hasta el techo. En la mesa, junto al teclado del ordenador, hay un cuaderno de cuadrícula. Está abierto por unas páginas escritas. Sé que es una indiscreción, pero me rindo al ver mi nombre en la última anotación:

«Esta mañana, cuando estaba en el trabajo, me ha llamado Andrea. De España. ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ella! Me he alegrado mucho al recordarla. Pero ¿qué querrá? ¿Por qué ha venido, hasta tan lejos, a buscarme?».

En la página de la izquierda, sin fecha ni título, leo un párrafo en español:

«Avanzan las babosas babeando veneno. Todo lo manchan, lo ensucian todo, la hierba fresca y fina que la lluvia ha lavado, las hojas fragantes del geranio, la ternura del trébol, los labios de las rosas. Muerden como forraje lo que la luz creó como perfume. Avanzan babeando y miran hacia arriba con sus ojos pequeños, venenosos, envidiando todo lo que es alto y noble y limpio, las copas de los árboles, la bondad de tu frente, tus mejores palabras. Suben hasta tus hombros y palmean amistosas tu espalda hasta mancharla. Si estrechas sus manos, se vuelven retráctiles y dejan tus dedos atados con hilos de bilis. Cuidate de ellas. Esa que echa baba sobre un pétalo blanco no dudará en envenenar tu lengua; esa que muerde la cereza no dudará en morder tus párpados; esa que corrompe el vino te chupará los ojos. Prefieren la noche para avanzar babeando veneno y devorarles los pies y el corazón a buenas gentes que cumplen su trabajo y al día siguiente, llenas de asombro, se preguntan qué pasó, quién lo hizo, por qué tanto dolor. Luego, satisfechas, se ocultan en las sombras y sólo quedan por todas partes baba y huellas de sus dientes viscosos, diminutos, porque no soportan no morder».

Termino de leer con un estremecimiento, con la sensación de haber vuelto a tocar la intimidad de aquel otro Luis a quien todo el mundo le parecía, si no hostil, sí extraño, el Luis que no quería junto a él a nadie que un día pudiera defraudarlo, el Luis lleno de oscuros recovecos por los que ni él mismo se atrevía a transitar, temeroso de lo que descubriera en ellos, el Luis de espíritu caedizo en la desilusión por cualquier tarea que hiciera, como si su carácter estuviera escindido entre el entusiasmo y la debilidad, y la aparición de ambos fuera igualmente impredecible. Esa alternancia era la que hacía posible su doble pertenencia a la disciplina de la policía y a la creatividad de un grupo de teatro. Y posteriormente le había hecho saltar geográficamente desde la última roca del sur a las frías landas del Báltico, desde la solidaridad a la indiferencia cuando debió de comprender que en un mundo tan vertiginoso e inestable el sacrificio personal no puede modificar nada. En estas líneas del cuaderno está su otra cara, distorsionada por la mueca de dolor o malestar que de vez en cuando lo invadía y contra los que no podía luchar, porque ni él mismo localizaba su punto de origen. Ése era su enigma: la contradicción de un carácter generoso, que no duda en dar sangre si se le pide, que se muestra solidario con el dolor ajeno y preocupado por el hombre como colectivo, pero al que, al mismo tiempo, le resulta muy arduo establecer individualmente relaciones afectuosas y duraderas sin caer en desavenencias personales. Ése era el enigma de Luis, lo que le hacía parecer extraño y reservado, y no algún oscuro trauma infantil o familiar, ningún secreto de ayer que se corresponda con lo que sucede hoy. Y si bien —como a menudo dice Mariana— todo hombre con un misterio en su alma se convierte en atractivo, no es eso lo que ahora busco en él. Solamente pido su ayuda para Lucas.

En el cuaderno hay más páginas escritas, pero no quiero leer más y bajo al jardín. Corrientes de aire cálido recorren el cielo y empujan las nubes para abrir hueco al sol. La temperatura ha subido. Es una mañana de otoño con aire de primavera. Un hombre en una bicicleta pasa por la calle repartiendo la correspondencia y deja en el buzón algunas cartas.

Poco después suena el teléfono. Una voz masculina pregunta por *Herr* Luis Moll. Me esfuerzo en explicarle que no comprendo su idioma y que él no está en casa, pero que puede llamarlo al móvil. No sé si me ha entendido cuando se despide y cuelga.

Mi padre y Lucas no saben qué hacer, se sienten como encerrados en la casa ajena, en la que casi no se atreven a tocar nada. Tras ordenar y limpiar lo que hemos alterado salimos a caminar entre árboles altos que arrojan de sus ramas los desperdicios del otoño. Llegamos al centro y nos sentamos a comer en el restaurante del hotel donde nos alojamos ayer: un bistec, unas patatas asadas blancas y succulentas, un queso claro con aspecto de jabón, pero de un sabor delicioso, y fruta. Por la cristalera panorámica vemos correr las aguas frías, grises, abundantes del Ilmenau, que repican sordamente entre las piedras y centellean bajo el sol en los límites del deslumbramiento.

Es tiempo de espera. No sé si el pesimismo de su escrito, de las extrañas frases que todavía rebotan en mi cabeza; no sé si la ausencia de Luis, el cansancio que sobreviene después de una búsqueda tan larga y la incertidumbre que aún sigue sobre su compatibilidad como donante; no sé si la ciudad donde no conocemos a nadie..., todo junto me ha contagiado de una leve tristeza que me veo obligada a disimular, no sólo ante Lucas y ante mi padre; también ante Lepanto, a quien llamo para decirle que ya he hablado con Luis y estamos en su casa; ante Mimí, a quien había prometido telefonar, que se demora mostrando su entusiasmo y que me pide que le dé recuerdos y que le diga que es un antipático por no llamar nunca, pero que lo echan de menos en Gloriamundi; y ante Mariana, que lanza un grito de alegría tan intenso que parece llegar hasta aquí por el aire, no por el auricular del teléfono. Y así pasa la tarde alemana, y llega la noche y Luis también llega con ella.

Está cansado, pero se esfuerza por contarnos su trabajo de ese día. El pianista, muy joven, que tenía que dar un concierto en Hamburgo, había desaparecido del teatro una hora antes de comenzar su actuación, presa de un ataque de pánico a tocar ante el público, a sentirse evaluado, a defraudar. Según nos dice, no es la primera vez que sucede una cosa así entre los músicos. Gracias al taxista que lo había llevado, lo localizaron sentado en un banco frente al lago, todavía tembloroso, y lo convencieron para que volviera. El público, que esperaba comprensivo, lo recibió con un profundo aplauso. El concierto, luego, fue un formidable éxito.

Así se nos hace tarde y, mientras termino de ordenar la cocina, Lucas acepta encantado que Luis lo ayude a acostarse y le cuente un cuento. Cuando cruzo ante la puerta los veo recostados en la cama, Lucas tapado con el corto edredón que, acostumbrada a las sábanas remetidas de España, siempre me hace temer que pasará frío, con los ojos muy abiertos escuchando con enorme atención el libro que Luis le traduce del alemán. Me llama con un gesto y voy junto a ellos. El cuento es otra vez el de Hänsel y Gretel, la eterna historia del hacha y el pan, del bosque y los niños perdidos, del terror y el despertar de la pesadilla.

—A pesar del final feliz es una historia terrible. Cuando era niña no me gustaba y

todavía me sigue asustando —le digo cuando volvemos al salón.

—Sí, es terrible, pero es la historia de todos nosotros y no hace más que ilustrar nuestros propios miedos.

Su voz suena distinta mientras comenta el cuento, como si se lo hubieran contado a menudo de pequeño y hubiera pensado mucho en él. Lo explica con tanta convicción que ya no sé si está hablando de la historia infantil o de sí mismo. Es la historia de todos nosotros, viene a decirme, porque en cuanto hemos crecido lo suficiente, nuestros padres nos arrojan al mundo sin más equipaje que unas migas de pan que ni siquiera servirán para alimentarnos, puesto que se las comerán los pájaros. Y es entonces, solos por el bosque, sin padres, sin recursos, sin guía, cuando se nos ofrece la posibilidad de conocernos. ¿Qué haremos? ¿Morderemos o no, hambrientos como estamos de consuelo, las esquinas de la casita de chocolate? ¿Retrocederemos o avanzaremos cuando, desde dentro, una voz que suena ambigua nos invite a pasar adelante? Aun sabiendo que el bosque y los monstruos tienden a asociarse, ¿atravesaremos la puerta? Y si lo hacemos así, luego, bajo las amenazas, el castigo o el chantaje, ¿encenderemos o no el horno donde será abrasado nuestro hermano? Por último, cuando hayamos dejado atrás el cadáver de la bruja y regresemos a casa volando sobre una oca, ¿lograremos mirar a los ojos al padre que nos abandonó y recuperar la armonía de la antigua inocencia, o bien viviremos para siempre con el reproche de ese abandono? Y respecto a la bruja, ¿olvidaremos que hemos dejado atrás su cadáver calcinado? ¿No viviremos con la sospecha de que todo pudo arreglarse de otra forma, de que los rescoldos del incendio final con que arrasamos la casita de chocolate nunca se extinguirán del todo, que seguirán ardiendo bajo las cenizas para recordarnos para siempre que nos hicieron e hicimos daño, para demostrar que nunca podremos olvidar la pesadilla?

Cuando termina de hablar parece agotado, como si sus últimas palabras lo hubieran fatigado más que todo lo que ha hecho durante el día. Es la primera vez que le oigo aludir claramente a su infancia, evitando cualquier sugerencia de nostalgia familiar.

—La historia de ese cuento es nuestra propia historia, Andrea, y por eso a mí, en cambio, me ha gustado tanto siempre. Y aunque sea cruel y terrible, como tú dices, yo creo que no es malo contárselo a los niños —dice, con la respiración más calmada, y luego añade, como si lo anterior lo hubiera evocado—: Esta mañana me llamaron aquí, por teléfono.

—¡Sí! —recuerdo de pronto—. Lo siento, lo había olvidado. Intenté decir que te localizaran en el móvil, pero no sé si me entendieron.

—Me llamaron... —duda—. Es por mi madre.

—¿Qué le ocurre?

—Está internada en una clínica de..., allí en España la llamarían de reposo. Un lugar a medio camino entre una residencia y un hospital, donde acude gente en situación de desamparo o, como en el caso de mi madre, con problemas depresivos.

—Pero dijiste que a veces vivía aquí contigo.

—Y así es. Ella misma decide cuándo necesita internarse, ve acercarse las nubes antes de que estén sobre su cabeza. Y entonces solicita el ingreso en una clínica, siempre la misma, a una hora de Lübeck. Pasa allí un tiempo, dos, tres, cuatro meses, y cuando la medicación hace efecto, o cuando se siente mejor, vuelve otra temporada que, la verdad, yo no sé cómo dilatar, no encuentro remedio para animarla, no sé qué decirle, qué hacer, no acepta ninguna de las propuestas que le ofrezco; viajar juntos a algún sitio lejano, pedir unas vacaciones para quedarme con ella, asistir a los conciertos que antes le gustaban tanto... Esta mañana me llamaron para avisarme de que estaba peor, que se resiste a comer y a tomar sus medicinas, que no quiere hablar con nadie. El médico me ha dicho que sería conveniente que fuera a verla. Pero cuando está así, con ese desmoronamiento, no me resulta fácil, todo se me enturbia y no sé cómo reaccionar ante su silencio, pero a veces también ante su desdén o ante sus lágrimas. Mañana voy para allá. Me gustaría que vinieras conmigo.

—Claro que iré —le digo abrazándolo—. Claro que iré.

Al sentir su cuerpo tan cerca, pegado a mí durante unos segundos, el eco del pasado acude a mi recuerdo, como una voz antigua que hubiera desaparecido por el aire y que, al rebotar en una montaña del fin del mundo, al cabo de mucho tiempo retornara con un acento debilitado y dulce. No sé si también por Luis cruzan las mismas sensaciones, que en mí sólo duran un momento antes de extinguirse sin fuerzas en la habitación donde duerme Lucas. Nos separamos lentamente. Los dos dudamos de que sea posible revivir todo aquello. Nada ocurriría del mismo modo, sería devaluar en el presente una historia que la memoria guarda como una pequeña perla. Sería introducir un pequeño sabotaje en la cadena del recuerdo. Muy atrás queda un pasado del que nos separa no tanto el tiempo transcurrido como el hecho de que este encuentro haya sido motivado por la enfermedad de Lucas, y no por el deseo o la añoranza. ¡Qué extraño que lo que nos une sea lo mismo que nos separa!

Como no es un día frío, algunos internos han salido al exterior de la residencia, una enorme extensión de paseos y zonas de jardín y de descanso delimitados por pulcros cuarteles de césped con las calles aún marcadas por las recientes pasadas de la máquina de segar. Hay un silencio demasiado profundo, una inmovilidad, una paz extraña a las que contribuyen el sol en el cielo, la suavidad del aire sazonado de sal y la ausencia de toda fricción atmosférica. Al fondo, más allá de la colina, se divisa el mar, el Báltico.

Luis acaba de localizar a su madre y se dirige hacia ella: una mujer sola sentada en el borde de un banco, sin apoyar la espalda en el respaldo, sin relajarse, como si temiera que de un momento a otro las sólidas patas de hierro forjado fueran a romperse. Luis se adelanta y yo me quedo un poco atrás, esperando. Veo cómo se inclina a besarla y le coge las manos mientras le pregunta algo e intenta sonreír.

Hablan unos minutos y luego ella se levanta con gesto cansado, sus pies poco firmes sobre la gravilla, se cuelga de su brazo y comienzan a caminar muy despacio, alejándose de mí. Luis me hace un gesto de espera y me siento en un banco, observando a los pacientes y enfermeros que entran o salen del edificio sólido, limpio y blanco que, no sé por qué, no tiene apariencia de asilo ni hospital, más bien de orfanato donde el ingreso de los internos no se decidiera por su vejez o enfermedad, sino porque no tienen a nadie que los cuide. Algunos pasean solos por los senderos de grava, hablando consigo mismos, los zapatos chirriando como grillos, cada uno un rostro diferente, pero sus cuerpos coinciden en el mismo cansancio de ceniza, en la mansa debilidad del litio o del prozac.

Cuando regresan, me acerco a ellos y me inclino hacia la mujer a darle un beso en la mejilla fría y tersa. Parte de su belleza ha logrado esquivar los años y aún resiste en los ojos azules sin exceso de arrugas, en la armonía de los pómulos altos, en la frente limpia y un poco abombada, en el centro de los labios brillantes, en la ausencia de rincones marchitos. Es más joven de lo que había imaginado viéndola desde lejos: se diría que apenas sobrepasa los cincuenta y cinco años.

—Andrea es una amiga. De España.

Ilona, así se llama, me mira y sus ojos azules parecen mostrar algún interés al oír la última palabra. Un interés perezoso, amortiguado por los sedantes.

—¿De España? Yo viví mucho tiempo en España, cuando era joven. Mi marido —dice vagamente, como si tuviera dificultades para recordarlo, como si se refiriera a algo ocurrido cien años atrás— era de allí.

Hablar le cuesta esfuerzo y sus labios se tensan y arrastran en su tensión todo el rostro, que se contrae en el entrecejo y pierde belleza. Sus ojos se han humedecido de niebla: dos limpias flores azules nadando en aguas ácidas. Luis remueve los pies, quizá temeroso de los efectos que los recuerdos puedan provocar, y comenta algo de mejoría y de viajar. Ilona vuelve a quedarse inmóvil y en silencio, como si hubiera dado un paso atrás para recuperar el descanso. La observo pensando que así como hay mujeres que son hermosas en el movimiento y en la armonía de sus gestos, hay mujeres que son hermosas en la quietud, en la serenidad y aceptación en que se abisman sus ojos, sus manos, su sonrisa, como si estuvieran contemplando un mundo que o bien no tiene necesidad de ser corregido o bien cualquier intento de corrección en él es inútil.

—Siempre hay tiempo para ir de nuevo. Mi casa está a vuestra disposición —les digo.

Ella alza los ojos y me mira para responder:

—No creo que pueda volver allí abajo. Me encuentro demasiado cansada. Además, viajar me da miedo..., todo me da miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? —dice Luis—. No debes temer nada. Iremos los dos juntos.

—Miedo a no poder ser feliz cuando todos me repetís que tengo tantos motivos para serlo —dice mirando hacia la lejanía del mar, que queda encuadrado frente a

ella, entre Luis y yo.

El gesto de piedad de Luis hace que sus rostros —madre e hijo— se parezcan mucho en ese instante, cruzados por la misma impotencia, por la lúcida comprensión de que no hay angustia más difícil de combatir que esa que no tiene fundamentos físicos ni morales para manifestarse, que parece contraria a la naturaleza, como la de un jilguero que no cantara en su árbol o la de un poderoso león que muriera de hambre porque se negara a cazar.

—No tardarás en recuperarte —insiste Luis—. Otras veces te ha ocurrido y luego, al poco tiempo, te has puesto bien.

—¿Te quedarás a vivir aquí, en Alemania? —me pregunta de pronto.

—No. Sólo estaré unos días. De vacaciones —improviso y miento, pero miro a Luis, que asiente con un gesto. Es él quien tiene que decidir cuándo hablarle de Lucas, de su enfermedad, de mi silencio mantenido durante tanto tiempo.

—Cuando te vayas lo echarás de menos. Este país sería prodigioso si no fuera porque algunas veces se empeña en castigarse a sí mismo —explica con voz baja, como si para nosotros no fuera necesario escucharlo, en un extraño apunte de claridad entre la apatía producida por la medicación. Pero quizá lo ha mezclado todo, y no es en el país en lo que está pensando.

—No dejes de tomar tus medicinas —le dice Luis tras un silencio en el que los tres nos hemos quedado sin palabras.

—Las tomaré.

—Es importante que lo hagas. El médico ha insistido en eso.

—No es por no tomar las medicinas por lo que me encuentro mal. Es otra cosa —dice suavemente.

Luis la mira sin preguntarle la razón. Ahora comprendo mejor su dificultad para tratarla, su angustia al verla así. Es como vivir junto a una campana inestable que, al mínimo soplo de viento, comenzara a doblar con señales de socorro o de alarma.

—Mañana vendré de nuevo a verte —dice, y se inclina hacia ella intentando transmitirle con un beso prolongado todo lo que no ha sabido transmitirle con palabras.

Nos despedimos de ella y la dejamos allí atrás, frente al mar de fondo por encima de la colina, sentada en el banco sin apoyarse en el respaldo, desactivado ese altivo aire heráldico que he visto en otras mujeres alemanas y que se desvanece en cuanto hablas unos minutos con ellas. Buscamos la salida entre los parterres milimétricamente alineados, caminando por una vereda donde hasta la grava parece lavada con esmero. Al llegar al aparcamiento de la entrada, Luis cambia de intención y me pide que caminemos un poco hasta la playa.

Aquí arriba no hay, como había allí abajo, tres mil kilómetros al sur, ni pateras embarrancadas en la orilla, ni zapatos viejos tirados en las cunetas, ni latas o envoltorios de la escasa comida con que sobrevive escondido un inmigrante en situación ilegal, ni colillas vaciadas del cenicero de un coche, ni preservativos entre la

arena demasiado fría. Nada que adultere la belleza que siempre ofrece el encuentro o el choque entre la tierra y el mar. Éste es el Báltico. Siempre lo había imaginado como un mar inhóspito y oscuro, amaratado de relámpagos, su superficie con una costra de salitre, lleno de arenques y medusas flotando entre sus costillas de hielo, con un agua negra, metálica, tan ácida que daría la sensación de que comenzaría a oxidar todo lo que tocara. Pero en este día claro, frío y espléndido, con el sol en el cielo azul y las nubes des terradas al reino de los polos, se puede pasear con agrado por la arena de la cala. La marea, suave y baja, envía pequeñas olas en las que un grupo de cisnes remojan sus plumas. Suena la sirena de un barco que viene del norte y parece el gemido de un gran elefante boreal. Todo es apacible y luminoso y, sin embargo, mientras caminamos por la arena blanca, recordando a la mujer sin fuerzas, obediente y vulnerable, que queda ahí detrás, muy cerca de nosotros, comprendo que la tristeza es la misma en las dos orillas, que resulta indiferente cuál sea la causa, que lo que nunca varía ni desaparece es la disonancia del dolor que sube y baja del ecuador a los polos alterando la armonía de los climas y de las estaciones, de paisajes y cielos, la inevitable congoja de una condición humana que viene herida desde el principio de los tiempos y nunca acabará de hallar consuelo.

—Te agradezco mucho que hayas venido.

—Pero ¿qué le ocurre? ¿Por qué está así? ¿Por qué la depresión?

—¿Quién lo sabe? Desde que murió mi padre ha intentado organizar su vida un par de veces y no le ha salido bien. Es demasiado joven para quedarse quieta y quizá demasiado mayor, como ella misma dice, para dejarse seducir por las novedades. No sabe qué hacer, dónde instalarse, cómo salirse de la rutina sin caer en la temeridad, cuándo hacerlo que no sea a destiempo. —Mira hacia el mar frío mientras habla, como si rehuyera mis ojos. La brisa le remueve el pelo y se ve cómo escasea, pero eso ahora lo hace más frágil y cercano—. Y lo peor es que no sé bien cómo ayudarla. No tengo la elocuencia o la astucia necesarias. Somos tan parecidos que, si quiere, ella desmonta con cuatro palabras todas las razones que invento para fingir optimismo, porque, en realidad, yo tampoco he logrado permanecer satisfecho en el mismo sitio durante mucho tiempo. Acuérdate de cuando nos conocimos, cuánto te extrañaba que yo siguiera en aquel trabajo. Decías que yo no encajaba en él. Ni siquiera la juventud y la inexperiencia parecen ahora motivos suficientes para aquella elección. Y en realidad nunca estuve convencido. Siempre me han extrañado esas personas que afirman con toda seguridad: «¡Es lo mío! ¡Esto es lo mío!», refiriéndose a una labor, a un oficio. Esa seguridad yo nunca la he tenido, y ahora, al cabo de los años, todavía ignoro las razones por las que me hice policía, si «hacerse» es la palabra adecuada. ¡Policía! —exclama con extrañeza—. ¡Cómo ser feliz en un oficio así! Te enseñan unas técnicas rudimentarias, te hacen asistir a unos cursos para aprender un puñado de leyes y, cuando te quieres dar cuenta, te han puesto una pistola en las manos. ¡Ya está! Con ese bagaje debes mantener protegida a la sociedad que te paga... Perdona —dice de pronto, al advertir que está hablando de mi oficio—. No

creas que me refiero a ti. Una de las cosas tuyas que más me gustó fue la fe que tenías en tu trabajo.

—A veces es difícil mantenerla —sonríó—. Pero aún no la he perdido del todo.

—Quizá de eso se trate, de fe. Es la incredulidad la que te hace ir de uno a otro trabajo, la que te convierte en un vagabundo. A menos que seas un mercenario.

Sé bien lo que quiere decir, sé bien a qué tipo de personas se refiere, pero no puedo desaprovechar la oportunidad que sus palabras me ofrecen para apaciguarlo, para desviar su atención de la mujer que ahí detrás sigue sentada en el filo del banco, esperando el atardecer de bruma y jirones de frío, la cena ligera y sosa en el comedor colectivo adornado con flores traídas por desconocidos, la noche de interminable insomnio.

—¿Esa falta de fe es la que te hizo ir a Cádiz?

Luis me mira un instante.

—¿Ha sido Blas quien...?

—Antes había sido Mimí quien me puso en camino hacia allí. Pero él me dio la primera pista para venir a Hannover. Luego, ya te lo dije, los chicos de la autopista. Y luego Lepanto.

—Yo también tendría que darles las gracias por enviarte hasta aquí —dice. Hacía muchas horas que no le había visto sonreír—. Blas. Un buen tipo, todavía lleno de la ingenuidad y el desafío necesarios para hacer aquel trabajo. Pero él ya te habrá contado su versión.

—No, no tenía una opinión clara sobre ti. Me dijo que nunca terminó de comprenderte. Ni cuando llegaste para trabajar con ellos ni cuando emprendiste el viaje de vuelta.

—En realidad no fui allí a colaborar con ellos. Varios amigos hicimos un viaje y, cuando íbamos a regresar, yo decidí quedarme. Recuerdo el momento en que tomé la decisión. ¿Conoces Tarifa?

—Sí.

—Estábamos en el pequeño dique de la playa, al atardecer, contemplando la cumbre del Yebel Musa, que asomaba por encima de las nubes. Esa mañana habíamos visto casualmente cómo una patrulla de la Guardia Civil detenía a un inmigrante en una cuneta de la carretera. Poco después oímos por la radio que la mitad de un grupo que había llegado en una patera habían muerto ahogados al intentar alcanzar la orilla. Aquél quizá era uno de los supervivientes. Recuerdo que una chica que iba con nosotros dijo algo así: «Cada marea alta nos trae un cadáver a la playa; cada marea baja arrastra hacia ellos un poco de nuestra basura». Entonces miré el faro que comenzaba a parpadear en la isla, también el vigilante, y luego volví a mirar al otro lado del Estrecho, la cima majestuosa del Yebel Musa, que se incrustaba en el cielo, mientras pensaba: Has nacido catorce kilómetros arriba y son tuyos los hospitales, los colegios, la policía, el bienestar, las grafías del alfabeto universal con el que se dan las órdenes y los precios que rigen el mundo. Has nacido

catorce kilómetros abajo y nada es tuyo, no tienes nada, eres mudo, puedes morirte, vivirás deseando huir o en una huida permanente. Así que, cuando tres días más tarde todos volvieron a llenar sus mochilas y maletas para el regreso, decidí quedarme. Acababa de abandonar el trabajo en la policía y no tenía nada que hacer, de modo que no supuso ningún sacrificio, ningún gesto noble de solidaridad, no creas. Como hablo inglés y alemán, no me fue difícil encontrar trabajo, unas pocas horas cada noche, en un local de copas frecuentado por turistas adictos al surf. Por la tarde iba a ayudar a aquella oficina. Porque fundamentalmente era eso, una oficina don de tramitábamos papeles, informábamos de rutas o de trabajos de temporada, dábamos clases de español y, a veces, salíamos a buscar por la orilla. También, de cuando en cuando, cada vez que había un ahogado, organizábamos una pequeña manifestación, si no de protesta, sí de testimonio.

—¿Por qué lo dejaste?

—Ya te lo dije antes: porque perdí la fe. Por otro lado, no era un trabajo activo, y yo necesitaba actividad, moverme, salir y entrar. Ahora ya no tanto, ahora me apetece a menudo el reposo, estar en casa sin nada especial que hacer, leyendo o tomando el sol en el jardín cuando hace buen tiempo. Pero en aquella época pensaba demasiado si me quedaba quieto.

—Como Lepanto.

—Como Lepanto. Por eso con él me entendía tan bien. Pero en Cádiz lo que no quería era quedarme en la oficina recortando de los periódicos noticias sobre la inmigración o elaborando informes sobre datos que nos pedía la prensa. También todo eso es necesario, vale, pero yo no era la persona adecuada para hacerlo. Se me caían las paredes encima, esperando a que vinieran a llamar a la puerta cuando lo que teníamos que hacer era meternos en el agua con un flotador para ayudarles a llegar a la orilla. O como aquella mujer que amamantaba a su hijo en la playa y, al ver llegar a plena luz del día una patera donde una madre exhausta traía a su bebé, apartó unos minutos a su hijo de su pecho para alimentar al bebé negro. Pensaba demasiado y llegué a dudar de la utilidad de lo que hacíamos, aunque no de la bondad de las intenciones. ¿A quién estábamos ayudando de verdad? ¿A la larga, no eran las mafias de la inmigración las más favorecidas? Es indudable que había que hacer algo, que no podíamos dejarlos así y que no nos estábamos equivocando de guerra, ni siquiera de batalla, pero quizá sí errábamos al elegir el escenario de la batalla. Los sátrapas corruptos que gobiernan sus países, esos señores de costumbres feudales con harén y rólex con diamantes, ¿no estaban aprovechando la inmigración para no hacer nada por los suyos? ¿Era la mejor solución animar a que vinieran aquí los mejor formados profesionalmente, los más emprendedores, o era en sus países donde había que prestarles la ayuda? La organización te decía: «Ayúdales cuando llegan aquí, en las pateras, a recoger las cosechas». Pero yo me preguntaba si no habría que decir: «Ayúdales a sembrar allí un campo de trigo y no tendrán que subirse a una patera». No sabía cómo responder a todas esas preguntas, no veía la solución y cada día tenía

que inventarme motivos para no dejarlo. Pensaba, y lo sigo pensando ahora, que en Europa occidental hemos tenido demasiada suerte en los últimos sesenta años y que el periodo de gracia y de paz se está acabando sin que sepamos hacer nada por evitarlo. Allá, en el Estrecho, medio mundo empujando para subir sin que ninguna alambrada pueda detenerlo, porque la desdicha de su condición no se reduce únicamente al hambre, la alimentan también los falsos sueños que les enviamos desde aquí con los medios de comunicación. Al este, el Islam, cada día con más adeptos en las filas de los fanáticos que piensan que sólo con violentos golpes de efecto se pueden paliar las humillaciones que les inflige Occidente. Y en el otro fondo, no mejor que los demás, una tropa de vaqueros que sienten una peligrosa inclinación a elegir como presidente al candidato que haya firmado un mayor número de penas de muerte. ¿Qué podemos esperar que salga de todo esto?

—No lo sé —respondo, un poco aturdida por la contundencia de su discurso.

Es una voz nueva la suya, nunca lo había visto tan preocupado por esos temas. Cuando surgía su malestar, siempre me había parecido que brotaba de su insatisfacción individual, no de las lacras colectivas. Aunque acaso tanta hostilidad no sea sino un modo de olvidar la llaga abierta por su madre subrayando una herida menos lacerante.

No necesito saber alemán para reconocer el lenguaje de los mismos marcadores sanguíneos que tantas veces he leído en los análisis de Lucas.

—¿Es eso lo que estabas esperando? —me pregunta Luis.

—Sí, es esto. Es compatible —le digo sin poder contener la alegría, el alivio al fin de tanta incertidumbre.

Nos abrazamos y esperamos que vengan del jardín Lucas y mi padre, que ocupa parte de su tiempo en podar las lantanas y los rosales, las escamas secas de las hortensias, y en limpiar los parterres de hojas y malas hierbas, de raíces muertas, de refugios para las babosas. Entonces se lo decimos y Luis abre una botella de vino y todos brindamos. Incluso dejo que Lucas se moje los labios con una lágrima del vino rojo. Observo las distintas formas con que cada uno de ellos muestra su alegría: mi padre sonrío sin hablar demasiado, sin notar la gota de sangre que le ha provocado una espina clavada en su dedo, en la mano que sostiene la copa; Luis, exultante, todavía asombrado por tener un hijo, quizá asombrado también de su alegría por tenerlo; Lucas feliz porque nos ve felices. Comenzamos a hacer planes, hablamos del regreso y de fechas, nos atropellamos al predecir que todo saldrá bien. Nosotros volveremos mañana en el coche y Luis tomará un avión una semana después, cuando haya hecho efecto su propio tratamiento. Así tendrá tiempo, además, para organizar su ausencia en el trabajo y para acompañar a Ilona. En cuanto nosotros lleguemos a casa, avisaremos al doctor Calderón para que reserve un quirófano.

Cuando esta mañana, muy temprano —con Lucas dormido, recuperándose del agotador viaje de vuelta—, le llevo una copia de los análisis, el doctor Calderón rompe su habitual prudencia y se muestra muy contento, muy optimista. En una semana, si todo está bien, comenzará con las sesiones para aplasiar las células malignas, de modo que pueda hacerle hueco en sus venas a las nuevas células progenitoras que va a recibir. Durante cinco días consecutivos lo someterán a un intenso tratamiento de quimioterapia; luego, un día más de radioterapia y una jornada de descanso antes de infundir la médula, al octavo día.

Ahora, mientras termino de deshacer el equipaje, en las noticias de la radio alguien dice que hoy no ha explotado ninguna bomba, que no se ha producido ningún accidente colectivo, que ninguna mujer ha muerto a manos de su pareja. Un sentimiento de plenitud y esperanza ilumina en esta mañana todos mis actos, todos mis movimientos. Incluso las tareas domésticas se vuelven ligeras, confortantes: el ruido de la lavadora que limpia la ropa sucia del viaje, el borboteo con que el café se destila en la cafetera, el silbido de la aspiradora, el frigorífico que se despierta con un suspiro y me invita a preparar una comida succulenta.

Me pongo ante el ordenador a redactar algunas de las notas para el informe que en todo este tiempo he seguido apuntando en bruto en el libro blanco que me regaló Mariana y que siempre procuro tener a mano. Es el mejor modo que tengo de manifestarles a ella y al comisario mi agradecimiento por todas las facilidades que me están dando, que a veces superan lo que permite el reglamento.

Mariana está encantada con mi regreso y con las buenas noticias. La discusión que tuvimos ya está olvidada.

—¡Por fin! Cuando Lucas sea mayor, me encargaré de explicarle cómo era su madre de joven y todo lo que hizo por él.

—No me importará lo que entonces le cuentes —bromeo con ella—, porque significaría que Lucas se habría hecho mayor.

—¿Es que todavía lo dudas? —me reprocha.

—No lo sé, Mariana, no lo sé —respondo tras unos instantes de silencio—. Pero quiero creer que todo va a salir bien.

Le entrego las notas para el informe y Mariana las hojea mientras murmura complacida:

—Muy bien. Es más de lo que esperaba. Creo que nos quedará un buen trabajo. Seguro que al jefe le gustará.

Tercera parte

El vientre del pelícano

Lo primero que se hace al entrar en una sala de Oncología Pediátrica es pensar en Dios. Pensar en Dios de dos formas distintas: para dejar de creer en Él inmediatamente por permitir tanto sufrimiento de quienes aún están limpios de culpa, por haber creado este mundo de un modo tan atroz y chapucero, tan precipitado, en siete días, precisamente Él, que disponía de toda la eternidad para haberlo hecho bien, como dijo algún filósofo; o bien pensar en Dios para arrodillarse a rezar con fe y rogarle un poco de clemencia hacia los niños calvos: su curación a cambio de tu promesa de convertirte en santo. Allí dentro no hay término medio: si existe, no está exento de culpa; si no existe, nos gustaría que existiera para pedirle ayuda.

Lo siguiente que se hace al entrar en una sala de Oncología Pediátrica es contener o disimular las lágrimas para que no las advierta quien te mira.

Una enfermera nos lleva ahora hasta una habitación individual. Visto a Lucas con el pijama y cuelgo la ropa de calle en el pequeño armario. No nos hacen esperar y poco después nos llevan a una sala para administrarle la primera dosis del último ciclo de quimioterapia. Estos centímetros cúbicos de un líquido color rojizo anaranjado que van pasando lentamente del gotero a sus venas, estas gotas que podrían parecer un inofensivo refresco van a matar las células dañinas.

En la sala colectiva, una hora más tarde, una docena de niños ven la tele, juegan ante tres ordenadores o, los más pequeños, construyen una ciudad de ciencia-ficción con las piezas de Lego que ocupan un rincón. Lucas se asusta un poco al verlos y agarra con más fuerza mi mano. Sin pelo en la cabeza, pero también sin cejas, sin pestañas, con lo que se agrandan sus ojos, que expresan más desconcierto que dolor. ¡Qué extraña es la mirada de los niños enfermos! Apagada, profunda como un pozo en cuyo fondo brilla algo pesado y luminoso que quisiera emerger y no lo logra. Algunos se acercan a saludarnos como si nos dieran una ingenua bienvenida a esta hermandad del dolor y la química, de los huesos huecos y las venas de nieve, pero otros permanecen silenciosos e inmóviles, apagados como pianos que hubieran olvidado su música en algún sitio. Una niña de la edad de Lucas nos mira fugazmente y luego sigue peinando con mimo la larga melena de su muñeca. A la niña todavía le queda algo de pelo en la cabeza, unos mechones que parecen más artificiales que los del juguete, pero da la sensación de haber renunciado a preocuparse por ellos. Me esfuerzo y sonrío al saludarlos y al presentarles a Lucas.

Junto al rincón de las construcciones hay una estantería y unas mesas con libros y *puzzles*, y también jarrones con flores: una sobreabundancia de flores y juguetes contra el encierro en esta burbuja aséptica de la planta, un esforzado remedo de parque y naturaleza entre estas paredes blancas. Un poco más allá, entre dos ventanas, veo un panel de corcho donde han pinchado algunos dibujos infantiles. Mientras Lucas va a jugar con dos niños que vienen a buscarlo, me acerco hasta las láminas. En una de ellas, muy grande, se han dibujado a sí mismos, en la sala. Por un momento siento el deseo de arrancarla, pero supongo que está ahí porque ahí debe estar, con la intención de no ocultarles lo que les va a ocurrir y de ayudarles a convivir durante unas semanas o unos meses con la enfermedad.

Aquí dentro también nosotros estaremos un tiempo, para comenzar de nuevo como si partiéramos de cero. Antes, las venas llenas de células malignas. Ahora la quimio que las quema. Después, la semilla de Luis para repoblar la tierra quemada.

Esta segunda noche me he quedado dormida en el sillón, velando a mi hijo, y he tenido un sueño muy desagradable del que he ido olvidando detalles a lo largo del día. Quizá sea mejor así, porque no creo que pudiera soportar también el desorden de las pesadillas. Grupos de niños iban y venían a mi alrededor en un extraño espacio circular sin puertas y sin techo, sin rincones ni esquinas. De pronto se les incendiaban los cabellos con una llamarada y se iban quedando calvos, aunque no parecían sufrir ningún otro daño. Yo huía de ellos, me resistía a verlos, y quería refugiarme con Lucas en algún sitio aparte, abrazada a él como si él pudiera protegerme. Pero mi hijo poco a poco se iba haciendo transparente como una medusa, hasta que sólo se veían sus venas como ríos donde flotaban racimos de cerezas rojas que un gran pez iba devorando para convertirlas en viscosos huevos blancos.

Me desperté sudando entre las paredes blancas de la habitación, con las uñas clavadas en las palmas de las manos, y miré a Lucas, que dormía respirando fatigosamente, incluso en estos momentos de descanso. Ha sido un sueño horrible, uno de esos momentos en que sólo deseas que la vida no sea como es. Me asomé a la ventana y contemplé la degradada bisutería de las luces con que la ciudad se adorna en la noche, el engaño luminoso que a otros puede servir para esquivar sus miedos, pero que no aplacaba mi terror a que la nueva sangre no prenda en el corazón de Lucas y su vida se marchite como una planta sin raíces.

Lucas suelta mi mano y se arrodilla junto a otros niños a jugar con las piezas con cuyas combinaciones encuentran una interminable diversión. Después de estos días ya no está asustado, pero de vez en cuando vuelve la mirada hacia mí para comprobar que me encuentro cerca, que no me he ido. Mientras espero me fijo en un niño mayor que todos los demás. Es muy alto y está de pie, mirando por la ventana. Sus labios

están heridos por llagas. Aunque sus ojos no parecen enfocados en ningún lugar concreto, su mirada la he visto antes en algunos presos que, para poder soportar su larga condena, terminan por no ver los barrotes de la celda y sus ojos sólo enfocan lo que está muy lejos. Una voz interrumpe mis pensamientos:

—¡Hooola!

Una cabeza de payaso asoma por la base de la puerta, junto al suelo, de modo que no la descubrimos enseguida. Saluda desde ahí abajo y, cuando va a levantarse, otro payaso tropieza con él y ambos se precipitan en la sala dando tumbos hasta chocar con estruendo sus cabezas contra una de las columnas. Los dos llevan pantalones muy anchos y cortos y calcetines de colores cruzados, pero uno se adorna con una peluca de grandes rizos amarillos y el otro tiene el pelo escaso aplastado contra el cráneo, atusado con agua.

La mayoría de los niños ríen, los saludan —ya los conocen de otros días— y aplauden. Lucas, entre sorprendido y asustado, deja la construcción y viene hacia mí y busca mi mano. El niño mayor que está junto a la ventana se vuelve y los observa sin participar, como si quisiera reír y no pudiera.

En la habitación irrumpe un tercer payaso, una chica. Trae un acordeón y, con la música, comienza a entonar una canción infantil que los otros dos bailan y escenifican.

A pesar de la tensión y el malestar que deben de sentir, los niños se dejan llevar enseguida por la tromba de alegría que han traído los payasos. Excepto el chico de la ventana, todos sonrían y siguen el ritmo batiendo palmas. Incluso Lucas ha ido a sentarse con los demás en un círculo en el suelo.

Yo, que tantas veces en mi trabajo me he preguntado por los motivos que alguien tiene para odiar a quienes lo rodean, ahora me siento llena de agradecimiento y simpatía hacia estos tres muchachos que hacen el payaso ahí delante y, con la misma extrañeza, me pregunto por los motivos que alguien tiene para amar a quienes ni siquiera conoce, para venir aquí y esforzarse por provocar su risa. La canción ha terminado y uno de ellos saca de una gran maleta negra donde leo su nombre artístico, Pupaclown, un bastón y unas cuerdas. Agita con rapidez el bastón en el aire y lo convierte en una lluvia de pañuelos de colores que los otros dos van anudando en los cuellos infantiles. Todos aplaudimos, los niños y los familiares que estamos con ellos. En ese momento entra una de las enfermeras que ya conozco y me llama con un gesto.

Por un momento pienso en Nico, en que por fin ha decidido venir. Ha estado aquí varias veces durante estos siete días de tratamiento, pero no aseguró que acudiera a la operación, porque tenía un insoslayable viaje de negocios. Sospecho que, sencillamente, no quiere encontrarse con Luis cuando él llegue, no quiere ver el rostro de quien ocupó su sitio y ahora, de algún modo, está de nuevo ocupándolo. Aun así, le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que todo era favorable y que ya se sabía la hora exacta. Pero la enfermera me dice:

—Ya puede ver al donante.

Le digo a Lucas que voy a salir un momento, que no tardaré casi nada. Él me mira poco convencido, pero el payaso mago lo advierte y viene a pedirle que lo ayude a sujetar por los extremos las tres cuerdas mágicas que van a convertirse en una sola.

Sigo a la enfermera por el pasillo y luego bajo con ella en el ascensor hasta la planta de quirófanos. Entra sin llamar en la habitación donde está Luis, tendido ya en la cama, con un brazo desnudo en el que un gotero destila suero o antibióticos o calmantes.

—¿Cómo estás? —le pregunto y me siento a su lado.

—Muy bien. Muy bien —repite—. Casi impaciente ya. Me han dicho que van a empezar conmigo y que luego, esta tarde, seguirán con Lucas. En cualquier momento entramos.

Quisiera darle otra vez las gracias, pero las palabras que conozco para hacerlo están tan gastadas que sólo rebajarían la intensidad de mi agradecimiento. Unas horas más para que un montón de células progenitoras que ahora están ahí, en su cadera, pasen a la médula y al corazón de Lucas; unos glóbulos rojos que ahora llevan oxígeno y alimento a sus manos, a su lengua, a su cabeza, dentro de poco correrán por las manos, por la lengua, por la cabeza de Lucas.

—No durará mucho. Me pondrán anestesia general, pero no durará mucho. En todo caso, lo mío no tiene importancia. Yo no estaré peor cuando todo esto termine. Y Lucas estará mejor, ya verás como todo sale bien, ya verás como prende. ¡Nunca me ha dicho nadie que yo tenga mala sangre! —bromea—. Es lo mínimo que puedo hacer por él después de tanto tiempo sin haber hecho nada.

Habla sin apenas darme tiempo a intervenir. También él está nervioso, impaciente por entrar al quirófano, pero finge bien, estaba acostumbrado a fingir en el teatro. Sin embargo, ahora su actuación sólo intenta aportar serenidad y optimismo.

—Todo saldrá bien —repite.

—No sé cómo decirte cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo.

—De ningún modo, Andrea, de ningún modo. ¿Te acuerdas de cuando, en Lüneburg, me comentaste que nunca te había gustado el cuento de Hänsel y Gretel?

—Sí que me acuerdo.

—Luego, en esos días en que estuve solo, me quedé pensando en lo que habías dicho. Y creo que tienes razón, que es una historia terrorífica, y yo no quiero que ahora se repita con Lucas, no quiero dejarlo solo en el interior del bosque. Por eso, en realidad, soy yo quien tendría que darte las gracias.

—¿Agradecerme? ¿A mí?

—Sí. Por haberme buscado con tanto afán hasta encontrarme, por traerme a Lucas, ese estupendo regalo, si puedo llamarlo así. Por darme la oportunidad de compensar con él toda esta... —tampoco él parece encontrar las palabras que busca — indiferencia en la que vivía.

—No digas eso. No es verdad.

—Cuando os marchasteis, fui de nuevo a ver a mi madre —me dice—. Me senté junto a ella y se lo conté todo. Le dije quién eras en realidad y por qué habías ido hasta allí a buscarme. Le hablé de Lucas, de la leucemia, y de que ahora es abuela. Bueno, que lo es desde hace seis años, pero que yo tampoco lo había sabido hasta entonces. Al principio me escuchaba desconcertada, no parecía entenderme y yo tampoco sabía cómo iba a reaccionar. Pero cuando volví al día siguiente comenzó a hacerme preguntas, a reprocharme que no se lo hubiera dicho desde el primer día. Aún no se encuentra bien, pero al menos ha comenzado a mostrar curiosidad.

Me inclino a abrazarlo y me quedo así junto a él, tranquila y conmovida, con una enorme paz.

Una enfermera y un auxiliar entran entonces con una silla de ruedas para llevárselo.

Cuando regreso a la planta de Oncología Pediátrica veo a mi padre y a Nico. Cada uno de ellos está de pie, a un lado del pasillo, sin nada que decirse.

—He oído anoche tu mensaje en el contestador —me dice—. Me alegro de que todo vaya bien con el donante —añade la palabra neutra, que no hiere ni ofende.

—¿Has visto a Lucas? —le pregunto señalando la sala del fondo, donde continúa el bullicio de los payasos.

—Sí. Un poco pálido. Pero parece contento.

—Lo está. Y también asustado. Pero es bueno que hayas venido. Ha preguntado por ti.

Mi padre se aleja un poco en el pasillo para dejarnos hablar a solas, para que su presencia no interfiera entre nosotros.

—¿Le has contado algo?

—¿Algo? ¿A Lucas?

—Sobre quién es en realidad el... donante —otra vez elige la palabra que pretende inocente, aunque después de lo ocurrido aquella noche, ya nada es inocente entre nosotros. Sólo la paz de Lucas impone esta cordialidad, esta aparente confianza.

—No, no le he contado nada. Ya te lo dije. Él sigue creyendo en ti —yo también eludo todo lo que ahora pueda turbarnos—. Y va a seguir creyéndolo a menos que tú decidas lo contrario. Es el pacto que te propuse y lo único que te pido. Por su bien. Sabes que no te pediré nunca nada más.

Nico ahora no me mira, desvía los ojos y comprueba que mi padre está lejos, al fondo del pasillo.

—¿Eso es todo? —me pregunta.

Creo que está pensando en otra posibilidad, en una esperanza de reconciliación, en un gesto amable, quizá en un abrazo. Pero nada de eso es posible, entre él y yo hay demasiado ruido, un sordo estrépito que no desaparecerá nunca.

—Eso es todo.

—De acuerdo —dice, muy serio.

Pero esboza una sonrisa cuando ve venir a Lucas con otros niños. Se agacha hasta

él y lo levanta en brazos, tan poco peso no le supone ningún esfuerzo para su corpulencia de caballo, que yo conozco bien.

Mi padre se acerca y, por un momento, los cuatro allí podríamos parecer a quien nos mirara desde fuera una familia que está unida precisamente por atravesar un momento de dolor y enfermedad: la familia que, a pesar de todo, éramos hasta hace apenas dos meses y que ya no volverá a ser nunca.

Regresamos a la habitación y esperamos un tiempo, impacientes, nerviosos. Luis ya debe de estar dentro, entre enfermeras y médicos vestidos de verde que se afanan bajo los focos bajos y potentes que iluminan agujas y tijeras, sondas y goteros, bisturíes y algodones.

—No he comido nada en todo el día. Voy a bajar a la cafetería a tomar algo — dice Nico.

Se levanta y le da un beso a Lucas. Sospecho que va a demorarse, quizá no haya regresado todavía cuando vengán a buscarnos. Pero es mejor así. Lucas está notando la tensión y los silencios, la paz quebradiza que podría romperse con una pregunta o una palabra inoportuna, la brevedad de las conversaciones que se inician y mueren rápidamente, sin humor, sin estabilidad, sin mucho que decir. A veces nos mira como si se preguntara algo, y otras veces mira hacia la puerta entreabierta por donde de cuando en cuando cruza algún niño, o sus familiares, como si quisiera irse con ellos a jugar o a ver la tele.

Estamos los tres solos cuando llegan la enfermera, el doctor Calderón y un auxiliar. Es la hora y hay que separarse. Una de las ruedas de la camilla en la que lo tienden chirría en cada vuelta y, sin quererlo, pienso en los miles de enfermos que habrá transportado de una planta a otra, de una cama al quirófano, y también en que sin duda habrá soportado el peso frío y muerto de algunas decenas de cadáveres.

Vamos con ellos hasta la misma puerta del quirófano. Mi hijo va a entrar dentro y yo esperaré aquí, mordiéndome las uñas, contando los lentos minutos que no pasan, deseando que se abra la puerta y temiendo que se abra y salga alguien corriendo o preocupado y me diga que algo no va bien. Lo rodeo y lo abrazo como el hueso abraza a la médula.

—Será sólo un momentito —le digo—. Te quedarás dormido y, cuando te despiertes, ya estarás curado.

—Tú no te vayas.

—Claro que no. Estaré aquí, esperándote. Luego, cuando ya estés bueno, nos vamos a casa y te hago para ti solo una bolsa gigante de palomitas.

—Pero sin incendio.

—Sin incendio —sonríe mi padre.

Se lo llevan adentro, por las puertas batientes que se cierran solas, como un parpadeo, para introducirlo en la noche de la anestesia mientras afuera permanecemos en la vigilancia y la vigilia. Mis piernas tiemblan y tengo que buscar apoyo. Sentada en la silla de la paciencia, amo y espero. El corazón se me ha subido a la boca, y lo

mastico y tiene un sabor a sangre y a antibiótico. Yo, que he muerto de mil formas diferentes, a quien de mil maneras distintas han matado, sé que en estos momentos corro el riesgo más grande de morir.

Mi padre se sienta junto a mí.

—No te preocupes, que todo saldrá bien. Lo difícil era encontrar a Luis y lo encontraste. Y estamos en el mejor hospital y con el mejor médico. No te preocupes. Lucas llegará a ser más viejo de lo que yo soy.

Seguimos esperando, pero las puertas batientes no se abren, para bien ni para mal. Escuchamos cuando oímos acercarse por el pasillo el ruido de los zuecos de alguna enfermera que pasa y se aleja sin mirarnos. No puedo estar mucho tiempo sentada y me acerco a las puertas e intento oír algo, pero nada se oye. El tiempo se hace eterno, el segundero del reloj late mucho más despacio que mi corazón. Quiero que pasen los minutos, pero también quiero que todo lo hagan bien ahí dentro, que trabajen despacio, que no hieran la carne de mi hijo más de lo necesario, por prisas o cansancio, que el bisturí sea paciente y delicado y que le dé tiempo a su pequeño corazón para que pruebe el nuevo alimento, que cambien toda su sangre blanca por la sangre roja que Luis nos ha dado, y que prenda luego en su médula, que prenda, como dicen ellos.

Sé que cabe la posibilidad del rechazo posterior y que entonces será casi imposible otra solución. Sé que corre el riesgo de morir y que entonces se acabaría todo, su voz y su figura, y ya nunca habría risas en la casa, ni bichos en los bolsillos o en botes de cristal, ni cuadernos escolares, nunca habría decenas de deportivas con las punteras rotas, decenas de pantalones con rodilleras, decenas de camisetas con dibujos que se le irían que dando pequeñas incluso a su estatura de poni. Ya no habría rubor ni acné, ni la seda suave del bozo en sus mejillas, ni esa furiosa hambre adolescente, ni puertas que se cierran con llave para proteger la intimidad y el descubrimiento. Ya no habría nada, sólo mi asombro por seguir estando viva. Sé que cabe la posibilidad de que ya no sea madre. Pero, ocurra lo que ocurra después, nadie podrá quitarme la felicidad de haberlo tenido. Duele más no haber sido feliz nunca que haber sido feliz y luego dejar de serlo.

Al fondo del pasillo aparecen Mariana y Nico. Ella, al verme, camina deprisa hacia mí.

—¿Está dentro? ¿Cómo va todo? ¿Cuándo saldrá? —me pregunta sin darme tiempo a responder.

—Está dentro desde hace una hora y media. Pero dijeron que tardarían más. Así que supongo que todo va bien.

—¡Seguro! Además, en este hospital tienen mucha experiencia. Cuando os buscaba en la planta de Oncología salía un niño a quien le habían dado el alta. Curado. Lo más difícil ya lo hiciste —dice sin citar a Luis, quizá para no herir a Nico, que espera incómodo, un poco desplazado del sitio que siempre antes había ocupado.

Mi padre es el primero en ver las puertas batientes que se abren a mi espalda,

porque exclama algo y salta de la silla. La enfermera sujeta una de las hojas y por ella aparece el doctor Calderón al mismo tiempo que una camilla con Lucas dormido. Está muy pálido y podría pensarse que algo ha ido mal si no fuera por las sonrisas que ellos traen.

—Todo ha salido muy bien —se anticipa a explicarme. Todavía lleva la bata verde y el gorro, pero no los guantes, y no hay ni una mancha de sangre blanca o roja en su atuendo—. Habrá que esperar a ver la aceptación, pero, en principio, no hay nada anómalo —le coge la muñeca y comprueba su pulso.

—Gracias, muchas gracias. No sabemos cómo agradecerérselo.

—De ninguna manera, es mi trabajo —dice—. Ya pueden ir con él a la planta. Yo aún no he terminado aquí.

Me inclino antes de que muevan la camilla, la rueda que chirría, y le toco la cara.

—Lucas, Lucas.

Mi hijo gime débilmente y parece que intenta abrir los ojos, pero sus párpados vuelven a caer, son de plomo. En su expresión hay sufrimiento.

Cabemos todos en el amplio ascensor, y sonreímos mientras se eleva hacia la planta. La enfermera nos explica:

—Irás despertando poco a poco. Y cuando haga pis y beba estará mejor.

Es mi hijo el que abre los ojos dos horas después y nos reconoce. Ya está aquí de nuevo, entre nosotros. Aún es demasiado pronto para saberlo, pero quiero creer que ya la sangre roja comienza a circular por su médula, enhebra sus vértebras, corre por las autopistas de la aorta y brinca de un ventrículo a otro, renueva los rincones del corazón redondo. Tiene sed y le doy un poco de agua, en sorbos cortos. Mariana le enseña el juguete que le ha traído: un caballo —no es un poni— que emite un enérgico relincho mientras mueve la cola y la cabeza.

Viene la enfermera, le toma la temperatura y sale satisfecha. Entonces yo también salgo para ir a ver a Luis. Nadie ha vuelto a ocuparse de él y debe de estar impaciente.

—Todo ha ido muy bien. Sin daño, sin aparente rechazo —le digo.

—¡Qué bien! —suspira fuerte, desalojando la tensión que ha soportado durante estas horas aquí solo.

Luego hablamos de lo que vendrá ahora, de los plazos para la recuperación, de las expectativas de salud, de su indefensión y del temor todavía a que cualquier bacteria se decida a atacarlo aprovechando su debilidad.

—Y tú ¿cómo estás?

—¿Yo? Casi no lo noto —se toca con la palma de la mano la parte posterior de la cadera, donde se produjo la punción—. Ha sido más sencillo de lo que imaginaba. Mañana podré salir. Y pronto tendré que regresar a Alemania.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días. Pero no tardaré en volver. Ahora tengo un hijo. Aunque ni él mismo lo sepa —añade.

—Tendremos que hablar de todo esto. Despacio.

—Claro que sí. Antes de irme. ¿Lucas está ya despierto?

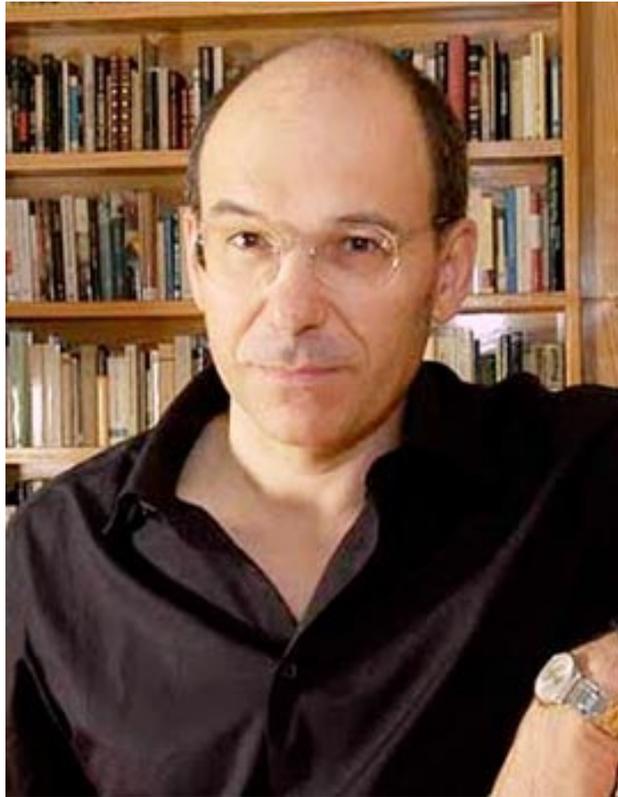
—Sí.

—Entonces ve con él. Estará preguntando por ti. Yo iré luego a verlo.

Nos abrazamos en silencio y salgo de su habitación. Antes de regresar con Lucas, sin embargo, tengo que pasar por el laboratorio a recoger el análisis que me hicieron. Una chica me entrega el sobre y lo abro enseguida. El rostro feroz de Nico aquella noche aparece en los resultados.

NOTA FINAL

Entre los muchos regalos que ya me ha dado la escritura de *Venas de nieve*, no es el menos valioso la posibilidad de agradecer las sugerencias, las ayudas en los viajes o las respuestas a mis preguntas sobre datos médicos a Paloma Osorio, a José Antonio Leal, a Guillermo Martín, a Chemi y Flor, a Isabel y José María, a Nuria y Gunther, a Lorton, a María José Ruiz. Y a Juan Cerezo y Fernando Alonso. A todos ellos, gracias.



EUGENIO FUENTES (Montehermoso, Cáceres, 1958). Sus novelas han merecido, entre otros galardones, el Premio Extremadura a la Creación, el IX Premio Alba/Prensa Canaria y el Premio Brigada 21. Es autor de un volumen de cuentos, *Vías muertas* (1997), de otro de artículos periodísticos, *Tierras de fuentes* (2010), y de los ensayos literarios *La mitad de Occidente* (2003) y *Literatura del dolor, poética de la bondad* (2013). Pero si Fuentes ha logrado con éxito que se le sitúe entre los renovadores del género negro con proyección en el extranjero ha sido gracias a su detective privado Ricardo Cupido, protagonista de *El interior del bosque*, *La sangre de los ángeles*, *Las manos del pianista*, *Cuerpo a cuerpo* y *Contrarreloj*. En Tusquets Editores ha publicado también *Venas de nieve*, una emocionante historia en torno a la lucha contra la fatalidad. *Si mañana muero* es la obra más ambiciosa e irresistible de Eugenio Fuentes, en la que narra una historia coral de pérdidas y renuncias, de supervivencia en medio de la barbarie, y del refugio inesperado que puede proporcionar el arte.